



BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ



BIBLIOTECA SELECTA

DE

AMENA INSTRUCCION,

POR

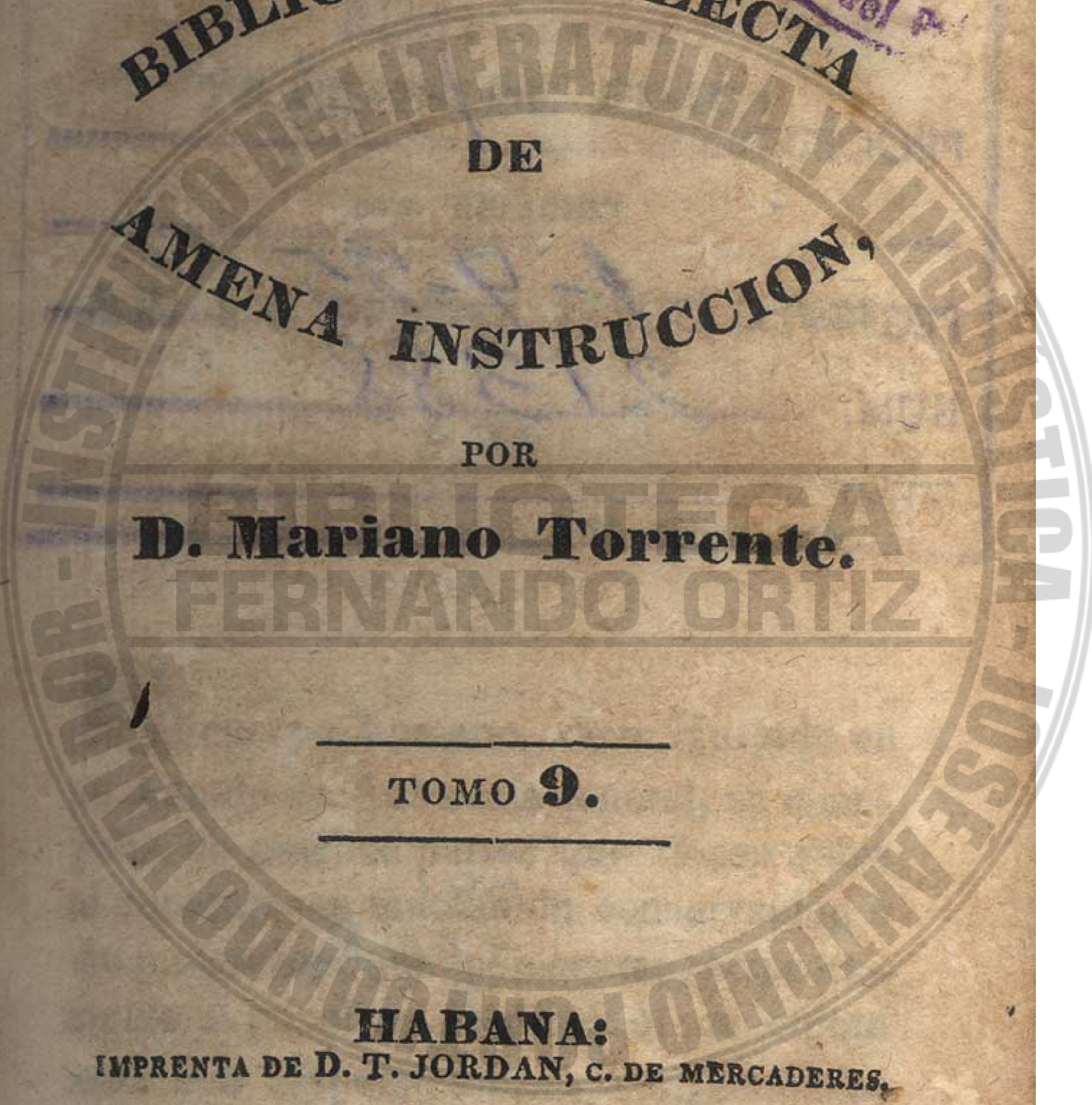
D. Mariano Torrente.

TOMO 9.

HABANA:

IMPRESA DE D. T. JORDAN, C. DE MERCADERES.

FEBRERO DE 1837.



INSTITUTO DE LINGÜÍSTICA

BIBLIOTECA

PROCEDENCIA

F. A.

FECHA

1-9-75

NUM.

21388

TIEMP

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

081
TORR

B
7, 9-10

FEBRERO DE 1975

LIBRERIA - LINGÜÍSTICA - JOSÉ

TRATADO DE FISICA

CON RELACION

AL CUERPO HUMANO,

Ó SEA

Anatomía considerada filosóficamente.

FERNANDO ORTIZ

El cuerpo humano, dice Hurtado en su tratado de Anatomía jeneral, se compone de muchas partes que tienen entre sí conexiones mutuas de conservacion ó de jeneracion, que representan recíprocamente el papel de medio ó el de objeto unas con respecto á otras, i cuyas acciones, variadas al infinito, tienen por resul-

tado la vida i la conservacion del todo que forman por su reunion.

Aunque nos parece que en esta definicion no estuvo el Sr. Hurtado tan feliz como en el resto de su obra, dice lo bastante sin embargo para que entendamos que el cuerpo humano se compone de muchas partes que tienen una conecision íntima entre sí, de cuya perfecta armonía i combinacion resulta la vida i la conservacion del individuo.

No siendo nuestra mision la de considerar i desenvolver estas cuestiones por el aspecto facultativo, i sí por el filosófico, daremos una rápida reseña de todas las partes que entran en el cuadro anatómico.

Sabemos que el cuerpo humano se compone de partes sólidas i fluidas, que llevan el nombre comun de *sólidos* i *fluidos*, ó *humores del cuerpo*. Por partes sólidas entendemos los *huesos*, los *cartilagos*, los

ligamentos, los músculos, los tendones, las membranas, los nervios, las arterias, las venas, i los varios conductores ó tubilares de varias clases.

En estos sólidos simples se forman los órganos compuestos de la vida, como son el *cerebro* i el *cerebelo*, ó *sesos*, los *lomos*, el *estómago*, el *hígado*, el *páncreas*, los *riñones*, las *glándulas*, los *intestinos*, juntamente con los órganos de los sentidos, á saber: *ojos, oídos, nariz i lengua.*

Las partes fluidas del cuerpo humano son *quilo, sangre, saliva, bilis, leche, linfa, semen, jugo pancreático, orina, flema, suero, i humor acuoso de los ojos.*

No es tanto la variedad de partes que constituyen la fábrica del cuerpo humano lo que mas llama la atención del filósofo observador, como el orden i la sabiduría con que todas ellas han sido colocadas, recibiendo i dándose auxilio unas á otras.

Así, pues, si consideramos toda la máquina animal bajo este punto de vista, i la comparamos con la mejor que haya producido el ingenio del hombre, quedaremos plenamente convencidos que ecsiste una intelijencia i un poder que sobrepuja á cuanto puede inventar el arte i concebir el pensamiento.

Hai sobre todo en la máquina animal una peculiaridad que admira mas que todas; i es la de que está provista de fuerzas internas que acuden próvidamente á reparar sus quebrantos, cuyos prodijios se ven á cada instante sin que se pueda dar razon de ellos. Una herida, por ejemplo, vemos que se cierra por sí misma; un hueso quebrado suele afirmarse encalleciéndose la rotura; los jugos nocivos se suelen espeler espontáneamente; una redundancia de sangre se arroja las mas de las veces por los únicos esfuerzos de la naturaleza; i esta emision cesa cuando ha sa-

lido la parte supérflua; una gran pérdida de sangre se compensa con la fuerza contractiva del sistema muscular que sabe acomodar la capacidad de los vasos á la cantidad contenida.

El estómago nos avisa cuando ha consumido sus provisiones, nos representa con ecsactitud la cantidad i calidad de lo que necesita en los diversos estados en que puede encontrarse la máquina, i á proporcion del descuido con que es mirado, eleva sus súplicas, i marca sus ecsigencias con mayor imperio i con argumentos mas fuertes. Estas son maravillas que se burlan de todos los inventos é imitaciones de los hombres, i que tan solo son dadas al divino arquitecto. ¡Por cuántos medios puede el filósofo ejercer su meditación en la sublimidad de la causa suprema!

Despues de esta corta digresion, tan necesaria para graduar los portentos que por

tenerlos todos los dias á la vista no hacen en nosotros aquella impresion religiosa correspondiente á su importancia, procederemos á describir las varias partes del cuerpo humano, principiando por la cabeza.

La cabeza, por lo que mira á la superficie esterna, se divide en dos partes; que son el cráneo i la cara. *El cráneo* está por la parte exterior cubierto de una membrana ó piel llamada pericráneo, i por la interior de dos membranas, llamadas *meninges*; á la mas contigua al cráneo se da el nombre de *dura meninge* ó *dura mater*, i á la mas interior, *el de pia mater* ó *pia meninge*: entre ambas membranas se halla otra tan delgada como una tela de araña, por lo cual se le dió la denominacion de *arachnoides*. La *dura mater* divide el cerebro en dos partes, á derecha é izquierda; la que mira á la frente es mas estrecha que la de atras: esta última tiene la

figura de una hoz, de cuya configuracion recibió el nombre de *falce messoria*. Levantadas estas membranas se descubren el cerebro i el cerebelo ó los sesos: el cerebro ocupa el medio de la cabeza, i el cerebelo cuadra sobre la nuca.

El cráneo se compone de diez huesos, que son: el *coronal* ó frontal por su parte anterior; los *parietales* por sus partes laterales i superior; los *temporales* por sus partes laterales é inferior; el *occipital*, por su parte posterior; el *etmoides*, por su parte inferior i anterior; i los *cornetes esfenoides*, por su base; i á éstos deben agregarse los cuatro huesecillos del oido, á saber: *martillo*, *yunque*, *lenticular* i *estribo*.

La cara se divide en mandíbula superior é inferior: la superior está formada de trece huesos, que son los dos de la *nariz*, los dos *unguis*, los dos *maxilares*, los dos *pómulos*, los dos *palatinos*, los dos *cornetes inferiores* de la nariz i el *vomer*. La

mandíbula inferior está unida al cráneo por una articulación movable, i se compone de un solo hueso llamado *maxilar inferior*.

Los *dientes*, cuyo número comun es el de treinta i dos, es decir, diez i seis en cada mandíbula: se dividen en *incisivos*, *caninos* i *molares*: los primeros cortan los alimentos, los segundos los rasgan, i los terceros los muelen ó trituran.

El *tronco* comprende todo el cuerpo, excepto la *cabeza*, *brazos* i *piernas*. Se divide en dos rejiones, superior é inferior; la primera se llama pecho ó *thorax*, i comprende todo el espacio que rodean las costillas; la segunda, ó sea la rejion inferior, se llama vientre ó *abdomen*.

El *estómago* es aquel gran saco membranoso en el cual deposita la comida el *esófago* ó tragadero, i que puede llamarse la fragua de la digestión. Como el alimento de los animales es de varias clases,

así tambien lo es la estructura de su estómago: en los carnívoros es aquella entraña mui sencilla en su forma, i posee poca virtud muscular; en los hervíboros, ó que viven de vejetales, como que este alimento tiene menos parte nutritiva, i como se necesita mayor espacio i un sistema mas complicado para la separacion, maceracion, trituracion i dijestion, es con efecto mas intrincado ese mecanismo.

El *diafragma* es una membrana mui fuerte, atravesada horizontalmente, que divide el pecho del vientre, é inmediatamente debajo de ella se halla el ventrículo ó estómago.

Los *intestinos*, que son un ramo intrincado de membranas que salen del estómago, i cuyo conducto podria considerarse como uno solo porque es un tubo continuado desde el piloro hasta su último punto, se dividen en dos secciones, una de las cuales comprende los intesti-

26/8/75-

B 1.9-10

081 TORRE

BIBLIOTECA - JOSÉ

nos delgados que son el *duodeno*, llamado así porque tienen doce pulgadas de largo; el *yeyuno*, que lleva este nombre porque casi siempre está vacío; i el *ileon*. La otra porcion comprende tres intestinos gruesos, que son: el *ciego*, llamado así porque tiene la figura de una bolsa, de modo que la entrada i salida es por arriba, el *colon*, que es donde principalmente se forman los cólicos; i el *recto*, que es el último en emitir las materias. Todos estos intestinos están pegados á una membrana mas clara i trasparente llamada *mesenteria*.

El *páncreas* es una membrana situada profundadamente entre el bazo i el duodeno, i detras del estómago por la parte inferior: su forma es la de una lengua de perro, i su principal oficio el de segregar un fluido que parece tiene mucha analogía con la saliva, i que se mezcla con la bilis para verterse en el intestino duodeno. El

hígado se considera como la mas gruesa de todas las membranas del cuerpo, es un órgano impar simétrico, mui denso i pesado, fácil de desgarrarse i de un color moreno rojizo. Está situado en el hipocondrio derecho i parte del epigastrio, debajo del diafragma i encima del estómago, i arco del colon, i por la parte exterior corresponde al punto que ocupa el codo del brazo derecho. Su principal oficio es el de segregar la bilis de la sangre.

El bazo se halla situado en el hipocondrio izquierdo, debajo del diafragma, encima de la izquierda del colon, i delante del riñon izquierdo, i en correspondencia del hígado, es decir, en el punto que describe el codo del brazo izquierdo. Algunos pretendieron que el bazo fuera una entraña ociosa puesta en aquel lugar para equilibrio i correspondencia con el hígado; pero ya en el dia está bien demostrado este error, porque segun las opiniones

mas fundadas sirve para adelgazar ó deshacer mas la sangre, de modo que la bilis pueda separarse de ella con mas facilidad en el hígado; i lo confirma la arteria llamada *splánica*, propia del bazo, por donde va la sangre á él, i un ramo grueso de vena, denominado *vena splánica*, por donde la sangre se retira; de lo que se infiere que la sangre va allí á prepararse de alguna manera.

Los *riñones*, que son la parte mas esencial del aparato urinario, están situados en correspondencia uno de otro en el espinazo debajo del hígado i del bazo. Los riñones son los órganos secretorios de la orina, i de cada uno de ellos sale un canal que se llama uréter.

Los *uréteres* son unos largos canales membranosos del volúmen de una pluma de escribir, un poco tortuosos, los cuales se estienden desde la pelvis de los riñones hasta el fondo de la vejiga.

La *vejiga* es un receptáculo músculo-membranoso prolongado en forma circular, mas largo que ancho, situado en la escavacion de la pelvis, cuyo oficio es el de servir de depósito á la orina. Cuando está suficientemente estendido se contrae, i su accion, unida á la de los músculos de las paredes abdominales, arroja ácia afuera el líquido contenido en ella.

De los huesos, ligamentos i cartilagos ó ternillas.

Se cuentan en el cuerpo humano 251 huesos, aunque algunos los reducen á 249. En la cabeza tenemos 60, á saber: 14 en el cráneo, otros 14 en la cara i 32 dientes. En el tronco tenemos 69, i son: en el espinazo 24 vértebras ó espondilos por medio de las cuales podemos doblarnos, enderezarnos i dar diversas posturas al cuerpo: 12 de estas vértebras forman el

pescuezo, 12 acompañan á las costillas i 5 á los lomos. Al fin del espinazo hai un hueso mayor llamado *hueso sacro*, que se compone de cinco menores, i remata en una puntita aguda encorvada ácia adentro, que llaman *coccys* ó *rabadilla*, i consta de cinco huesecitos.

Algunos antiguos tan solo daban tres huesos al *coccys*; otros modernos opinan que son cuatro; pero el gran Cowpler los estiende á cinco. Por la parte anterior acompañan á la garganta de ambos lados dos huesos largos atravesados, que llaman *clavícula*, i en las personas flacas son mui visibles. Debajo de las clavículas se hallan 24 costillas, 12 de cada lado. Estas costillas se juntan atras en el espinazo, i los siete pares superiores se unen delante del pecho con un hueso que llaman *esternon*, el cual consta de tres huesecitos, i remata por abajo en una ternilla que tiene la figura de una espada, i el vulgo la

llama *paletilla*. En la base del tronco hai seis huesos que forman el encaje para los huesos de los muslos.

En cada brazo tenemos 31 huesos; primero el de la espaldilla, llamado *escápula*, luego el del hombro hasta el codo, 2 desde el codo á la mano, conocidos con los nombres de *cúbito* i *radio*, siendo este último el que remata en la mano por la parte del dedo pulgar. En los dedos tenemos 15 huesos, tres en cada uno; en el *metacarpo*, que es la palma i el embes de la mano, 4 largos, i en el *carpo*, que llaman á la raiz de la mano que se une con la muñeca, 8 mas largos. En los pies tenemos 30 huesos en cada uno contando el pie i la pierna entera, á saber: el hueso del muslo llamado *femur*, que va del tronco á la rodilla; la *tibia*, ó canilla de la pierna, que va de la rodilla al pie, i el *peroné* que va á salir por detras encima del calcañar; la *rótula* ó *choquezuela* que

parece estar suelta cuando tenemos la pierna estendida; siete mas que hai en el *tarso ó empeine* posterior, 5 en el *metatarso* anterior, i 14 en los dedos, porque el dedo pulgar del pie tiene uno menos que el de la mano. Todas estas partidas reunidas forman la suma de 251 huesos; pero debe advertirse que en esta cuenta no van incluidos los cuatro huesecillos que hai en cada oído, ni unos huesecillos pequeños que se encuentran en las articulaciones de los dedos i en otras partes, que se llaman *sesamordeos*.

Los *ligamentos* son unas partes fibrosas de figura mui variada, las cuales adhiriéndose á lo menos por sus estremidades á los huesos i cartilagos, sirven para unir los unos con los otros. Los ligamentos se dividen en membranosos i en fasciculares; los primeros afirman las relaciones articulares, i los segundos unen fuertemente las superficies huesosas, impiden su dis-

locación prestando al mismo tiempo mucha facilidad en los movimientos.

Los *tendones* son una especie de cordones, redondos ó aplanados, compuestos de fibras ligamentosas íntimamente enlazadas, los cuales unen los músculos á los huesos ó á los cartilagos. Su oficio es el de fijar los músculos en las partes duras, i facilitar la accion de las fibras.

Cartilago es el nombre que se da á unos sólidos orgánicos lisos, mui elásticos, blanquizcos, homojéneos en apariencia, menos duros, menos pesados i compactos que los huesos, pero mas tersos que todas las demas partes del cuerpo, i en los cuales no se distinguen fibras ni láminas: tales son la nariz i las orejas; i su oficio es el de sustituir á los huesos en los sitios en que los movimientos de expansion, de estrechamiento, ect., necesitan la presencia de una armazon elástica i mas ó menos flexible.

Del cerebro, nervios i músculos.

Todo el movimiento de nuestros miembros se hace con los músculos auxiliados por los nervios, los cuales tienen su origen en el cerebro; de modo que es preciso convenir en que el cerebro es la raiz de la vida.

Los *nervios* son unos cordones blancos ó blanquizcos formados de filamentos medulares que por una estremidad comunican con los centros nerviosos, i por la otra con los tegumentos, los músculos ó los vasos.

Los antiguos no contaban mas que siete pares de nervios; pero ya en el día se reconocen diez, i aun algunos los estienden á doce. El primer par va á rematar al olfato estendiéndose por la membrana pituitaria; el segundo va á dar á los ojos, cuyo oficio es el de recibir las impresio-

nes de los objetos, porque de sus ramitos se teje i forma la retina; el tercero i cuarto par de nervios van á dar á los músculos que tenemos para mover los ojos; el quinto par se esparce por la lengua, por el olfato, por la cara i por las entrañas; el sexto se divide en dos ramos, uno de los cuales es el nervio *intercostal* que va á parar á las costillas, i el otro se dirige tambien á los músculos que ponen los ojos en movimiento; el sétimo se reparte en varios ramos, yendo los unos á los oídos esparciéndose por la cavidad del laberinto, i los otros á la concavidad de la boca i de la garganta; los restantes se estienden por todo lo demas del cuerpo. Hai ademas otros nervios que nacen de la médula espinal.

Los *músculos* son unos órganos blandos, rojos ó rojizos, compuestos de fibras mas ó menos paralelas entre sí, cuyo oficio es el de dar movimiento á las varias

partes del cuerpo. Su número es inmenso, i sus formas mui diferentes.

Por no hacer demasiado difuso este tratado no entraremos en pormenores sobre el sistema muscular, que es el agente poderoso de la fuerza del hombre; pero tal vez formaremos un artículo por separado del modo verdaderamente ingenioso i mecánico con que ejercita dicha fuerza; será forzoso que hagamos por ahora este sacrificio, i que procedamos á describir las demas partes del cuerpo humano.

Del corazon i de sus movimientos.

El corazon, segun Hurtado, es un músculo hueco irregularmente cónico ó piramidal, colocado en medio del pecho entre los dos pulmones, i contenido en una cubierta ó envoltura llamada *pericardio*. Es mui rico en vasos sanguíneos i pobre en nervios, i se compone de muchas cavi-

dades, de las cuales unas están separadas i las otras comunican entre sí.

Se cree vulgarmente que el corazon está situado á la izquierda porque se le siente latir ácia aquella parte; mas esto consiste en que está algo inclinado á aquel lado, i especialmente la cúspide ó punta de dicha arteria cae sobre las costillas izquierdas, entre las cuales sentimos su palpitacion. El corazon se ve sostenido por el *mediastino*, por la glándula llamada *thyno*, por el *pericardio* i por los grandes troncos de venas i arterias que nacen de él, i que luego se esparcen é introducen entre los pulmones i costillas.

Tiene dos ventrículos ó concavidades; el derecho es mas ancho pero mas corto que el izquierdo, i ambos están separados por una pared de carne. En la parte superior, que es la base del corazon, hai cuatro canales grandes por donde la sangre entra i sale: los que le dan salida se

llaman arterias, i los que le dan entrada se llaman venas.

Se calcula que cada ventrículo del corazon podrá contener una onza de sangre; i como se graduan en cuatro mil las veces que se contrae el corazon en una hora, se infiere que pasan en ese tiempo por dicha entraña cuatro mil onzas de sangre.

Los dos movimientos que tiene el corazon alternativamente se llaman *sístole* i *diástole*; el primero es una contraccion del corazon por medio de la cual espele por las arterias la sangre que tenia en sus ventrículos; el segundo se llama dilatacion, é indica el momento en que los ventrículos se ensanchan i se llenan de sangre.

De las arterias i de las venas.

Las arterias llevan la sangre desde el corazon á todo el cuerpo, i las venas ejer-

en su oficio inverso que es el de volver al corazon toda la sangre del cuerpo. El movimiento de las arterias es mas rápido que el de las venas, es decir, que la sangre sale por las primeras á oleadas, i vuelve por las segundas pacíficamente; lo cual no puede atribuirse sino al continuo roce que debilita su primitivo impulso, del mismo modo que al destapar un estanque observamos que sale el agua á borbullo- nes, pero desde que da su primer salto empieza á moderar su curso, de modo que ya á cierta distancia se la ve moverse lentamente.

Las arterias constan de cuatro tunicas ó pieles, las cuales sobrepuestas unas á otras forman el canal por donde circula la sangre: la mas interior es de sustancia nerviosa, la inmediata es membranosa; la tercera celulosa; i la cuarta vasculosa.

La *arteria corta*, que es la mayor de todas, nace de la base del ventrículo izquier-

do, i se divide en dos ramos pequeños que llaman arterias coronarias i son las que rodean el corazon, i en dos ramos grandes que se llaman *aorta ascendente* porque sube ácia la cabeza, i *aorta descendente* porque va en direccion contraria. Son infinitas las ramificaciones de las arterias, cuya prolija descripcion sería mas propia de un tratado puramente anatómico que filosófico, como lo es el presente; por lo cual nos limitaremos á decir, que dichos ramos, ya bastante delgados en su oríjen, lo son mucho mas á medida que se apartan del corazon, por manera que ya los mas lejanos son denominados capilares por su semejanza con el cabello.

La *arteria pulmonar* tiene su oríjen en la parte superior é izquierda del ventrículo derecho. El orificio cardiaco de este vaso está guarnecido de tres pliegues ó dobleces, de forma semi-lunar, llamados *válvulas sigmoideas*. Esta arteria se dirige o.

blicuamente ácia arriba i á la izquierda, i cruza el tránsito de la aorta, con la cual está unida á beneficio de un tejido celular grasiento; se coloca en su lado izquierdo, i despues de haber caminado dos pulgadas, se divide en dos troncos que van á ramificarse en los pulmones, i con las arterias i las venas de los brónquios.

De las venas.

Las *venas* vuelven al corazon la sangre que han sacado de él, i por lo tanto es su curso inverso al de las arterias. Las venas toman su orijen en todos los puntos de la economía animal por raices sumamente tenues, las cuales se engruesan insensiblemente hasta que producen ramas i troncos que igualan casi al volúmen de las arterias. Todas las venas van á parar á dos troncos principales que descargan en las dos *aurículas* del corazon, el uno

de los cuales se llama *vena cava superior torácica*, i el otro *vena cava inferior ó central*: la primera, formada por las venas yugulares interna i esterna, i por las subclavias i otras menores, vuelve al corazon la sangre que las arterias carótidas i subclavias habian distribuido en la cabeza, cuello i miembros superiores. La segunda, ó sea la *vena cava inferior*, formada por las venas iliacas primitivas internas i externas, vuelve al corazon la sangre que la aorta pectoral i abdominal habian repartido en el pecho, vientre, pelvis i miembros inferiores.

De la circulacion de la sangre.

Nuestro alveitar español Francisco Reina en una obra que imprimió en Burgos en 1564, habló ya de la circulacion de la sangre, i este es el primer documento auténtico de esta doctrina, i deberia por

lo tanto adjudicarse el mérito de haber sido el primer descubridor de tal sistema. Otros le han disputado esta gloria, i la buena suerte de. ingles Harvey en haber tratado esta materia con mas estension i claridad le aseguró un honor inmortal, i asimismo un gran premio pecuniario de su gobierno. He aquí el modo con que explica dicho sistema.

Del ventrículo izquierdo del corazon sale la sangre por la *aorta*, i repartiéndose por todas las arterias va hasta las extremidades del cuerpo; luego que llega á los últimos ramos de las arterias entra por los últimos ramitos de las venas que están continuadas con las arterias capilares, i vienen desembocando en otros mayores hasta dar en la vena cava, que es mui gruesa: ésta desemboca en el ventrículo derecho del corazon; allí entra en la *diástole*, pero en la *sístole* sale por la arteria pulmonar i va á regar los pulmones, cor-

riendo por toda la ramificacion de arterias que ellos tienen: de estas arterias pasa á las venas de los mismos pulmones, i viene juntándose en troncos mayores hasta restituirse por la vena pulmonar al ventrículo izquierdo del corazon, donde entra en la primera diástole, i luego vuelve á salir en la prócsima sístole por la aorta, como lo habia hecho antes. Esto es lo que se llama la circulacion, ó lo que es lo mismo, el mecanismo de fluir la sangre del corazon á todo el cuerpo por las arterias, i de volver luego por las venas al corazon.

La ecsactitud de esta doctrina se ve demostrada de un modo palpable i evidente por operaciones que están al alcance aun de las personas que no tengan conocimiento alguno de la física. Cualquiera puede observar que cuando se liga una vena del brazo se empieza á hinchar la parte que cae ácia la estremidad de la mano; i cuando se liga una arteria, su resul-

tado es inverso, es decir, que se hincha la parte que dá ácia el tronco, ó sea ácia el corazon; de lo cual se deduce que en el primer caso la sangre viene de abajo arriba, i en el segundo de arriba abajo, ó lo que es lo mismo que como la sangre sube al corazon por la vena, hallando tropiezo en su curso se va aglomerando por falta de paso, i es lo que produce la hinchazon, i que como la sangre baja por las arterias del corazon á las estremidades, siente iguales efectos que la vena si alguna de aquellas encuentra ostruido su paso, i he aquí la causa de la hinchazon por la parte por donde viene descendiendo la sangre.

Los sangradores esplican en la práctica este mecanismo ingenioso de la naturaleza, aunque mas bien maquinalmente, porque no pocos ignoran la verdadera causa. Todos ellos, cuando tratan de aplicar una sangría, principian por hacer una ligadura encima del punto en el que deben

abrir la vena, con lo cual consiguen que se vaya hinchando aquella parte, ó lo que es lo mismo, que se vaya aglomerando mucha sangre para que la vena esté mas gruesa i sea más fácil clavar la lanceta. Cuando ya han sacado la cantidad de sangre que se habian propuesto, sueltan la ligadura, i á fin de restañar la sangre en el acto de aplicar el cabezal á la cisura, oprimen la vena con el pulgar un poco mas abajo de la misma cisura, por cuyo medio consiguen ostruir el paso á la sangre. Es claro, pues, que todas estas operaciones indican que la sangre viene por las venas de abajo arriba, i como para subir es preciso que antes haya bajado por otros conductos, que son las arterias, luego la sangre circula del modo que hemos explicado.

Partiendo el profundo Almeida de un supuesto falso, cual fué el que el hombre no tenia mas que ocho libras de sangre,

siendo así que los físicos modernos le conceden con razon veinte i cinco por lo menos, sacó equivocada la cuenta que hizo relativamente á la celeridad de la circulación de la sangre, pues afirmó que daba dos veces la vuelta en menos de un minuto; lo que no es ecsácto, pues necesita de cuatro minutos para dar dicha vuelta segun los descubrimientos posteriores i rectificaciones hechas en un punto tan importante. He aquí la cuenta mas conforme á la verdad.

Cada ventrículo del corazon contendrá una onza de sangre; el corazon se contrae cuatro mil veces en una hora, es decir, que tiene cuatro mil golpes de sístole, i otros tantos de diástole, que son los que equivalen á las pulsaciones; i como á cada una de dichas oscilaciones entra i sale del ventrículo una onza de sangre, se saca por consecuencia que cada hora pasan por el corazon cuatro mil onzas de sangre

equivalentes á trescientas cincuenta libras; i como toda la masa del cuerpo humano es tan solo de veinte i cinco, resulta que una cantidad de sangre igual á toda la masa pasa por el corazon catorce veces en una hora, que equivale poco mas ó menos á una vuelta jeneral de toda la sangre en cuatro minutos, segun hemos indicado.

La celeridad de este movimiento es mucho mayor en el período de la fiebre, siendo su aumento el mismo que corre desde las sesenta á ochenta pulsaciones por minuto que son propias del hombre de mediana edad en su estado de salud, hasta las ciento ó mas pulsaciones que tiene por minuto cuando está enfermo, porque segun hemos dicho, á cada pulsacion corresponde la introduccion i espulsion de una onza de sangre en el corazon.

Las razones que acabamos de dar sobre la celeridad del movimiento de la sangre,

explican claramente la maravillosa rapidez con que vemos que obran tanto los venenos como sus antídotos i sus remedios en la masa de la sangre; porque si es pronto el efecto que produce la mordedura de una vívora ó de otro animal ponzoñoso coagulando la sangre, no lo es menos el del huaco, i en su defecto el del álcali volátil, disolviendo aquella misma sangre que ya coagulada hacia cesar la circulación i debía causar una muerte inmediata. Nos parece haber dicho lo bastante sobre la circulación de la sangre i sobre la celeridad de su movimiento.

Del quilo.

El *quilo*, que es la parte útil del alimento que tomamos, es una sustancia muy semejante á la leche, con el mismo color i casi las mismas cualidades; de lo cual se deduce que debe haber en él muchas par-

tículas oleosas i pingües, del mismo modo que las hai en la leche. Estas partículas están mezcladas con otras muchas salinas; i con el calor del corazón i de los vasos de la sangre fermentan unas con otras, de cuya mezcla i ajitacion resulta la conversion del color blanco en encarnado, ó lo que es lo mismo, del quilo en sangre.

No podrá dudarse de la citada conversion al considerar que por una serie de experimentos se tiene demostrado que mezclada la leche con las sales de ciertas cenizas i puesta á hervir, muda en encarnado su color blanco; i como las operaciones que sufre el quilo son ecsáctamente iguales, no deberá extrañarse que las mismas causas produzcan iguales efectos.

De los cuatro filtros de la sangre, páncreas, hígado, bazo i riñones.

La sangre se cuela, depura i purifica al pasar por ciertas entrañas, en igual modo que un licor al pasarlo por un tamiz; i esto es lo que se llama filtro.

El *páncreas* es el primero, pues constando de varias glándulas, deja la sangre al pasar por ellas un humor al que se ha dado el nombre de *jugo pancreático*, de un color claro i de gusto ácido, el cual entrando por unos ramitos que están en comunicacion con el canal que se halla á lo largo de aquella entraña, i que tiene la forma de una pluma, se vacia juntamente con la bilis en el intestino duodeno, en donde ejerce un oficio útil, cual es el de facilitar la dijestion de los alimentos.

El *hígado* está provisto de una vejiga que vulgarmente se llama hiel, la cual contie-

ne la bilis ó cólera, que es un humor amarillo i mui amargo: esta vejiga es de figura de una pera bastante puntiaguda, i consta de cuatro membranas, tres propias i una comun á todo el hígado. Previa esta esplicacion, haremos ver como la sangre depone en ella aquella parte de serosidad.

La *vena porta* es de la figura de un árbol, cuyo tronco no tiene válvulas como las venas, ni pulsacion como las arterias, i cuyas raices se estienden por el hígado, i las ramas por los intestinos: al pasar la sangre por dicha entraña con direccion á la vena cava, segrega i deja caer la bilis que va á pasar á la referida vejiga. Dicha bilis, que se vacia en el duodeno, se encuentra en el camino, segun lo hemos indicado, con el jugo pancreático, i mezclándose ambos humores, hacen fermentar el alimento que ya viene del ventrículo con principios de dijestion.

El *bazo*, como que tiene una arteria llamada *splánica* por donde va la sangre á él, i un ramo grueso de vena denominado tambien vena *splánica*, por el cual se retira la que ha entrado, es claro que la sangre ejerce allí algun oficio útil en su preparacion ó depuracion, i que no es una entraña ociosa como algunos lo han pretendido.

Los *riñones* son el cuarto filtro de la sangre, el cual se verifica quando las venas llamadas *emuljentes* llevan la sangre á dicha entraña, en la que se separa ó se depura la parte serosa é inútil para la pelvis, i el resto va á la vena cava. Dichas depuraciones forman la orina, por cuya razon vemos que los médicos la examinan siempre que quieren conocer el estado de la sangre, porque en efecto se encuentran en dicha orina los signos característicos de sus alteraciones. Algunos autores pretenden que no toda la orina

consiste en la parte serosa que depura la sangre, sino que mucha parte de ella se rezuma por los poros á la vejiga.

De los vasos que sirven para la nutricion.

La primera oficina de la digestion es la boca con la trituracion de alimentos por medio de los dientes i de la saliva, que es un humor que nace de unas glándulas que tenemos esparcidas por diversas partes de la boca; desde esta primera fragua pasa el alimento al ventrículo ó estómago por medio del *esófago* ó *tragadero*, que es un canal liso que atraviesa derechamente toda la rejion del pecho.

Este conducto es diferente del que pertenece á los órganos de la respiracion i que va por el pecho á los pulmones con nombre de tráquea-arteria ó áspera-arteria, aunque va emparejado con el anterior. Contrayéndonos por ahora al prime-

ro, que lo es el del esófago, diremos que va derecho al ventrículo, en el cual entra por la boca del estómago. Del ventrículo sale el alimento para los intestinos por un punto que tiene el nombre de *píloro*; en los intestinos acaba de fermentar i digerirse separando para la nutricion la parte útil que va corriendo todos los intestinos hasta que se espele.

Dentro del ventrículo hai un humor que nace de unas glándulas que están en su fondo, i se llama humor gástrico, al cual, del mismo modo que al que viene de algunas glándulas del esófago, se debe atribuir la dijestion del alimento en dicho ventrículo, pues que aquel humor acre le sirve de pábulo para la fermentacion, en igual modo que vemos se verifica la fermentacion de la masa de harina aplicándole la levadura ó sea otra masa corrompida. De aquí viene el decir á uno que comemucho i con frecuencia, (que es la

mejor señal de la pronta digestión) que está provisto de buenos jugos gástricos, es decir, que tiene humores escesivamente acrimoniosos en el estómago, que con la gran fermentación que promueven deshacen rápidamente todo el alimento que entra en esta oficina.

Cuando este humor gástrico, tan activo por naturaleza, no halla alimento en que cebarse, entra á roer i velicar las fibras del ventrículo i de los intestinos, i de aquí proviene la molesta sensación que experimentamos con el nombre de hambre: ésta también reconoce otra causa aunque procedente de igual origen, i es que el movimiento peristáltico de los intestinos i del ventrículo, cuando están vacíos, hace que se rocen unos con otros produciendo una sensación igualmente desagradable en la membrana nerviosa.

La sed consiste en la sequedad de la garganta por el calor del estómago, la

cual es mayor cuando éste trabaja mas en la dijestion de alimentos sólidos i secos, porque entonces se ponen mas ríjidas i elásticas las fibras internas que entran en la composicion de la garganta.

Habiendo ya descrito anteriormente la cantidad i calidad de los intestinos, nos limitaremos por ahora á bosquejar el modo prodijioso con que distribuye la parte útil del alimento por los conductos que le tiene prefijados la naturaleza para la nutricion del cuerpo humano.

Los intestinos están pegados á una membrana mui importante en la economía animal, cual lo es el *mesenterio*. Esta membrana se compone de dos capas transparentes i sutiles por entre las cuales pasan varias clases de venas i de vasos, siendo algunos de ellos los conductores de un humor claro llamado *linfa*. Hai otros vasos llamados *venas lácteas* porque parecen llenas de leche, que naciendo de

los intestinos en ramitos mui sutiles, van á dar á unas glándulas separadas por el mesenterio, i se les denomina *vasos lácteos* del primer jénero: de estas mismas glándulas salen otros conductos iguales que se llaman *vasos lácteos* del segundo jénero, i son los que llevan aquel humor blanco conocido con el nombre de *quilo* á un tronco mayor de esos vasos, llamado *cisterna láctea*.

De este receptáculo ó cisterna va un canal junto con la aorta por el cuerpo arriba á entroncar con la *vena subclavia* izquierda, i de allí entra en la *vena cava*, vaciando el quilo que vino de los intestinos separado de la parte mas crasa ó inútil del alimento. Este canal del quilo es lo que se llama *ducto torácico*, porque partiendo desde la parte inferior del riñon izquierdo atraviesa todo el *thorax* ó pecho.

*De los pulmones, de la tráquea-arteria i de-
mas órganos de la voz i de la respiracion.*

*Pulmones, bofes ó livianos, se llaman
dos órganos esponjosos, celulares i espan-
sibles, contenidos en la cavidad del pe-
cho, separados uno de otro por los me-
diastinos i el corazon, i rodeados por las
membranas llamadas *pleuras*.*

*La tráquea-arteria es un conducto car-
tilajinoso ó de ternilla lleno de círculos ó
roscas: su entrada se llama *laringe*, i vul-
garmente *nuez ó bocado de Adan*; la parte
mas alta se llama *epiglotis*.*

*Los órganos de la respiracion son dichos
pulmones, el diafragma i los músculos de
todo el pecho.*

Aunque los dos conductos titulados
esófago i tráquea-arteria están tan inme-
diatos, la naturaleza, por uno de aquellos
prodijios que le son tan comunes, ha dis-

puesto que la comida vaya siempre por el primero, i que si alguna vez se introduce por el segundo alguna gota de agua, ú otro cuerpo que no sea el aire, á lo cual llama el vulgo *dar en el galillo*, es tal el esfuerzo que hacen los pulmones para espeler aquel incómodo huesped, que no cesan de escitar la tos hasta haberlo desalojado.

Ya hemos dicho que por el esófago pasa el alimento al estómago, i por la tráquea-arteria va el aire á los pulmones. Como ya del primero hemos hablado con alguna estension, nos detendremos á ilustrar el segundo.

La *tráquea* al llegar á los pulmones se divide en dos troncos, los cuales se van subdividiendo despues en otros muchos ramitos.

Los pulmones, que están compuestos de una innumerable multitud de vejigui-llas que forman como ramos ó racimos de

uvas menudísimas, cuyos escobajos, que son los ramos de la tráquea, se llaman brónquios, dan paso libre al aire que entra por la boca hasta dichas vejiguillas; i por esta razon cuando tomamos aliento se dilatan los pulmones extraordinariamente, i en igual grado se contraen cuando echamos el aire á fuera; de cuya intumescencia i contraccion procede el movimiento de aspiracion i respiracion.

No habiendo en la economía animal parte alguna ni funcion que no tenga un objeto sublimemente concebido, no podemos menos de convenir en que el movimiento continuo de la respiracion debe ser de absoluta necesidad para la vida; i con efecto lo es, porque no de otro modo circularía la sangre, ni recibiría la frescura que le es indispensable para mitigar su ardor.

Como en los pulmones hai tres clases de vasos, que son los *brónquios*, las *venas pulmonares* i las *arterias llamadas tambien*

pulmonares, i como los brónquios están dispuestos de tal manera que van siempre por entre una vena i una arteria, resulta que cada vez que se hinchan i dilatan los vasos del aire, por necesidad deben apretarse i esprimirse los de la sangre, que es lo que promueve la circulacion. Resulta asimismo, que cuando dejamos de respirar va la sangre estancándose en los pulmones i en igual grado se va disminuyendo la fuerza de la circulacion, porque la sangre que ha de salir por la aorta para todo el cuerpo debe haber entrado antes por la vena pulmonar en el ventrículo izquierdo del corazon; i he aquí comprobada la primera utilidad.

La segunda es la de refrigerar la sangre; cuyo efecto se consigue al pasar aquel fluido por los pulmones en el momento que acaba de aspirar un aire nuevo i fresco.

Algunos han sido de opinion de que los

vasos del aire podian abrirse paso por los de la sangre, mas no podemos conformarnos con ella porque presupuesto este caso sería preciso admitir asimismo el paso inverso de los vasos de la sangre á los del aire, i por consiguiente que la sangre de las venas pudiera salir por la boca, lo que no es ecsácto, porque cuando vemos que los tísicos la arrojan por la tráquea-arteria, consistè en que con la fuerza de la tos, ó por otras causas, se les ha roto algun vaso, ya que sin tal rotura no puede haber hemorragia.

La *tos* es producida por una velicacion que hace en los bronquios el humor que se halla en los vasos propios para el paso del aire i que nos oprime el pecho, como sucede cuando tenemos alguna flusion. Cuando este humor está en los ramos mayores i mas cercanos á la tráquea, lo arrojamos con mas facilidad que cuando está en los ramitos mas internos. Cuando

es mui viscoso i pegajoso, nos vemos precisados á empujar el aire con fuerza para que salga por los brónquios. Como para hacer este esfuerzo elevamos el diafragma i apretamos los pulmones, aparece entonces nuestro vientre metido para dentro, porque se retiran las entrañas al lugar que el diafragma deja vacante al levantarse.

El *hipo* es un movimiento inverso de la tos, porque así como en ésta echamos el aire para fuera, en aquel lo recojemos para dentro; así es que cuando se junta la tos con el hipo sentimos un dolor mui incómodo, como que el diafragma es impedido ácia arriba i ácia abajo á un tiempo.

El *estornudo* no se diferencia de la tos sino en que aquel encamina el aire á las narices, que es donde siente el hormigueo; i esta lo dirige á la boca, como que su velicacion la experimentamos en los brónquios del pecho.

La *voz humana* comprende el sonido, el tono i la pronunciacion. Han sido varias las opiniones sobre el punto en que se forma la voz; pero la mas probable parece ser la de que sale de la *glotis*, que es una raja ó abertura ovalada en que remata la tráquea-arteria, i en la que se estrecha ó ensancha i se forman los diversos tonos segun es mayor ó menor la cantidad i calidad de la garganta; es decir, que el sonido nace de las cuerdas de la glotis, i el tono procede de la tension ó flojedad de estas mismas cuerdas ó labios de la glotis. La *pronunciacion* se debe á la lengua i á los labios.

De los órganos de los sentidos e n jeneral.

Los órganos de los sentidos perciben de un modo activo las impresiones de las cualidades pertenecientes ya al cuerpo

mismo de que forman parte, ó ya á los objetos exteriores, i las propagan ó comunican al encéfalo por medio de sus nervios; así es que los cuerpos olorosos, por ejemplo, hieren la membrana pituitaria, i dejan en ella una impresion de tacto; deben por lo tanto considerarse los sentidos como parte de la cubierta jeneral del cuerpo.

Todos los órganos de los sentidos se asemejan por los caracteres siguientes:

1.º Porque todos están situados en la cabeza.

2.º Porque todos tienen conecciones con el encéfalo, á beneficio de nervios gruesos i cortos.

3.º Porque todos reciben sus nervios de dos pares á lo menos.

4.º Porque forman una expansion mas ó menos manifiesta bajo la forma de una membrana delgada.

5.º Porque todos se comunican unos

con otros por conductos mas ó menos anchos.

Daremos una breve idea de ellos.

De la vista.

El órgano de la vista es una de las obras mas curiosas i admirables de la naturaleza; i las tunicas, músculos, vasos i humores de que se compone, forman una armonía tan perfecta entre sí, que dan un nuevo realce á la sublimidad del Criador. El ojo es un cuerpo globular que se compone de tres tunicas, membranas ó pieles, i de tres sustancias llamadas humores. La túnica exterior es conocida con el nombre de *esclerótica*, la del medio con el de *chorooides*; i la interior con el de *retina*.

El primero de los tres humores presupuestos se llama *ácqueo* porque es absolutamente como el agua, aunque su naturaleza es espirituosa, pues no llega á helar-

se aun con el frio mas intenso. El segundo se llama *humor cristalino* por ser transparente i mas sólido que los demas; es mui parecido á una lente óptica convecsa por ambos lados. Viene despues el *humor vítreo*, que siendo como ia clara de un huevo i mas abundante que todos los otros reunidos, da al ojo la forma esférica i tiene mas espesura que el ácueo, i mas delgadez que el cristalino. Al lado de este humor, en el fondo del ojo, hai una membrana mui fina que se llama *retina*, por medio de la cual están esparcidas las *fibras medulares* ó el nervio óptico que baja del cerebro.

Al caer los rayos de luz sobre el humor ácueo del ojo, son reflejados ácia el humor cristalino, por el cual en virtud de su cualidad de doble lente convecsa (que se conserva siempre á cierta distancia del humor vítreo), converjen dichos rayos i van á parar á la retina. La impresion que

forman en este punto la comunica el nervio óptico al cerebro, el cual representa á la imaginacion la especie i la imájen del objeto.

La luz, que es la que produce en nosotros aquella sensacion que llamamos vista, puede ser considerada ó como rayos que proceden directamente de los cuerpos luminosos, como el sol, la llama &c., ó bien como reflexiones de otros cuerpos.

Los cuerpos, por lo que mira á la luz, pueden dividirse en tres clases: 1.^a los que emiten rayos de su propia naturaleza como el sol, las estrellas &c.; 2.^a los que transmiten rayos de otros como el aire; 3.^a los que reflejan los rayos de los cuerpos luminosos como el hierro, la tierra &c. Los primeros se llamaban *luminosos*; los segundos *transparentes* i los terceros *opacos*.

Los cuerpos opacos se subdividen en *especulares* i *no especulares*: los primeros

son aquellos cuyas superficies bruñidas, reflejando los rayos en el mismo orden en que los reciben de otros cuerpos, transmiten sus imágenes.

Los rayos reflectados por los cuerpos opacos llevan siempre la idea del color, que no es otra cosa sino una disposición á presentar á la vista una clase de rayos mas distinta i copiosamente que otra, pues es bien sabido que los rayos están dotados orijinalmente de colores particulares, como el encarnado, el azul, el amarillo, el verde &c.

Cada rayo de luz que viene del sol se presenta como un manojo de diversas clases de colores; i como algunos de éstos son mas refranjibles que otros, notamos la variedad de colores que acabamos de indicar, porque llegan en ciertas situaciones á separarse de los demas; de lo cual resulta que cada cual marque su color peculiar. El mas refranjible es el morado, i

el menos el encarnado; los intermedios lo son por su órden el azul turquí, el celeste, el verde, el amarillo i el naranjado. Esta separacion es mui curiosa, i puede observarse cómodamente por medio del prisma.

Los rayos difieren asimismo en *reflecsibilidad*, es decir, en la propiedad de ser mas ó menos fácilmente reflejados de ciertos cuerpos; de lo cual procede el infinito número de composiciones i proporciones de los colores orijinales.

La *blancura* de la luz del sol es un compuesto de todos los colores orijinales mezclados en debida proporcion. La *blancura* en los cuerpos es una disposicion á reflejar todos los colores de luz casi en la misma proporcion en que están mezclados en los rayos orijinales; i la *negrura* es una disposicion á absorber i apagar sin refleccion los rayos que caen sobre los cuerpos.

Del oido.

El órgano del oido es el mas estenso de todos nuestros sentidos, i su construccion no es menos prodijiosa que la de la vista. Consta el oido de tres partes; la primera es la oreja, en la cual hai un canal que conduce á la segunda que se llama *tímpano* ó *tambor de la oreja*, i es una concavidad cubierta con una piel estendida á manera de tambor. La tercera tiene el nombre de *laberinto*, i se compone de un vestíbulo ó entrada de una especie de *caracol*, i de tres medios círculos de hueso huecos por dentro.

El aire es el conductor del sonido, i la mecánica construccion de la oreja por la parte exterior, recoge los fluidos en sus huecos, senos i recodos, i los trasmite al meato auditorio por donde penetran á las partes interiores que hemos mencionado.

En la concavidad del tímpano hai cuatro huesos pequeños, los cuales tienen nombres correspondientes á su forma ó ejercicio: el primero se llama *malleolus* ó martillo; el segundo *incus* ó yunque; el tercero *stapes* ó estribo; i el cuarto *os orbicularius* ó hueso orbicular.

He aquí el modo de comunicarse los sonidos: Al dar el sonido en el tambor, mueve los cuatro huesecitos del tímpano, i éstos del mismo modo mueven el aire interno que se halla en las concavidades del laberinto, el cual hace una impresion en las delicadas fibras del nervio auditivo, que corren por el vestíbulo, laberinto i caracol; por cuyo medio se hacen perceptibles todas las refracciones i modulaciones del aire exterior, i por consiguiente llegan prontamente al alma por la comunicacion de aquellos nervios con el cerebro.

El movimiento que produce en noso-

tros la percepcion del sonido no es mas que una vibracion del aire, causada por una gran agitacion rápida i violenta de los cuerpos que lo propagan, por lo cual se les ha dado la denominacion de cuerpos sonoros; i la verdad de nuestra definicion queda demostrada en las cuerdas de los instrumentos i en el temblor de las campanas, cuyo sonido deja de percibirse desde el momento en que cesa la vibracion ó movimiento.

Del olfato.

El órgano de este sentido es la nariz, la cual se divide en dos partes que llamamos caños, separados por una ternilla cuya parte superior es huesosa i la inferior cartilajinosa; la parte superior de esta concavidad está cubierta con una membrana espesa glandulosa, encima de la cual está colocado finamente el *nervio olfatorio* que

corre por la membrana de los huesos esponjosos de la nariz i por todos sus huecos i sinuosidades.

Al entrar los olores por las narices ó caños hacen su impresion en las fibras de dichos nervios, los cuales por medio de la comunicacion que tienen con el cerebro escitan en el alma la sensacion correspondiente á este sentido. Parece que los cuerpos odorosos están enviando de continuo efluvios ó vapores sin que se note su pérdida ó disminucion. El almizcle, por ejemplo, se tiene experimentado que sigue por el espacio de muchos años emitiendo sus partículas odoríferas; i de aquí se deduce que dichas partículas deben ser mui diminutas, aunque no lo son tanto como las de la luz, porque aquellas no pueden traspasar como éstas el cristal, i lo son menos todavía que los efluvios magnéticos que cruzan por todos los cuerpos, mientras que las partículas odoríferas escasa-

mente pueden penetrar por un papel blanco ordinario.

Del sabor ó paladar.

El órgano del paladar es la lengua, la cual está cubierta con tres membranas: la primera exterior es recia i áspera, especialmente en los animales; la segunda está llena de agujeritos por los cuales salen las estremidades de las fibras nerveas de que se compone la tercera membrana, que es la mas interior i la mas delgada i suave. Dichas estremidades de las fibras nerveas forman unas como pirámides mui pequeñas, pero bastante sensibles, las cuales tenemos esparcidas por la parte superior de la lengua, i se perciben distintamente. Para defender estas fibras nerveas de la aspereza de alguna comida seca ó ácida, dispuso el autor de la naturaleza que la última membrana las cubriese á

modo de capa, dejándolas sin embargo espedita su acción para recibir las impresiones i comunicarlas al cerebro por medio del quinto par de nervios que tienen aquí su asiento.

Otros opinan que la sede del sabor se halla en una especie de arrugas muy menudas que tiene la lengua á manera de escamas imperceptibles llamadas *papillae* por donde se forma la comunicacion con los nervios del cerebro, ó mas bien que son las estremidades de dichos nervios.

Del tacto.

El quinto i último de nuestros sentidos es el tacto, el cual está derramado por todas las partes del cuerpo, aunque mas principalmente por la punta de los dedos. He aquí como un profundo filósofo explica esta sublime operacion de la naturaleza. El cuerpo humano tiene por toda su

superficie dos membranas que se llaman *cutis* i *cutícula*: aquella interior, i ésta exterior. Entre una i otra hai una red cutánea, descubierta por el gran *Malpighio*, la cual está sembrada de muchos agujeritos, i da salida por ellos al vello que tiene su raiz en el *cutis*, i comunica con las estremidades ó puntas de las fibras nérvneas por las cuales llegan las sensaciones al cerebro. Rejido por este principio, asegura que el motivo de que las impresiones sean mas finas i delicadas en las manos que en otras partes del cuerpo consiste en que las fibras nérvneas están menos cubiertas, i que ejerciendo mas libremente su accion, reciben con mayor facilidad aun la mas leve impresion de los objetos externos.

BIOGRAFIA

DE

MADAMA MAINTENONT,

mujer de conciencia de Luis XIV.

Francisca D' Aubigné, nieta de Teodoro Agripa, nació en 8 de setiembre de 1635 en la cárcel de Niort, en donde estaban detenidos su padre Constante D' Aubigné i su madre Ana de Cardillac, hija del gobernador del castillo *Trompeta de Burdeos*.

Francisca D' Aubigné estaba destinada á experimentar todas las vicisitudes de la fortuna: conducida á América á la e-

dad de tres años; dejada en la playa por descuido de un criado, habiendo corrido gran riesgo de ser devorada por una culebra; vuelta á Francia á los doce años despues de haber quedado húerfana; criada con la mayor dureza por madama Neuillant, su parienta, consideró como una gran fortuna la de casarse con Scarron, que vivia cerca de su casa en la calle del *Infierno*.

Habiendo sabido este poeta el mal trato que le daban sus parientes, la propuso pagarle la dote si queria hacerse monja, ó tomarla por esposa en el caso que se inclinase mas bien al matrimonio. La señorita D' Aubigné abrazó este último partido, i al año siguiente, cuando tan solo tenia diez i seis de edad, dió su mano al festivo Scarron.

Este hombre orijinal que se presenta tan jeneroso en el primer término de nuestro cuadro, distaba mucho de ser rico, i á

mayor abundamiento estaba tullido de todos sus miembros; pero su familia era antigua en la magistratura, i no menos ilustre por sus enlaces: su padre era consejero del parlamento de Paris, i su tío obispo de Grenoble. Su casa era el punto de reunion de lo mas selecto de la córte. Vivonne, Grammont, Coligny, Charleval, Pelisson, Henault, Marigni, ect., todos iban á verle como á uno de los ingenios mas brillantes, tan célebre por su gracia i por su chiste como por sus enfermedades.

La señorita D' Aubigné fué mas bien su amiga i su compañera que su esposa, i se hizo amar en igual grado por la amenidad de su conversacion, por su talento i por su modestia, cuya última virtud no podia de modo alguno confundirse con la hipocresía. No me admiro, escribia nuestra heroína en 1709, que haya habido bastante atrevimiento i resolucion para

censurar mi juventud: los que me vulnerran con referencia á aquella época, ó han sido mui relajados ó no me han conocido. Sensible es tener que vivir con jentes que no son de nuestro mismo siglo; bajo este aspecto es una desgracia llegar á una edad avanzada. Añadiremos que la célebre Ninon Lenclós dió siempre los testimonios mas favorables á sus buenas costumbres.

Luego despues de la muerte de Scarron, que ocurrió en 27 de junio de 1660, volvió la señorita D' Aubigné á quedar sumida en la miseria. Un epicúreo, llamado el marques de C***, se ofreció á casarse con ella, pero fué desairado. He aquí como se esplicaba en sus cartas la viuda de Scarron por lo relativo á esta nueva conquista. "Qué diferencia, gran Dios, entre el nuevo pretendiente i Mr. Scarron! Este sin riquezas i sin diversiones atraia la jente mas escojida de la ca-

pital; aquel la habría alejado ciertamente: Scarron reunia la jovialidad i agudeza, que todo el mundo le ha conocido, á una bondad de corazon que nadie puede disputarle; éste no tiene ni solidez ni gracia alguna, i no abre los labios sino para decir una sandez i para ser ridiculizado.

Mi marido tenia un fondo escelente: algunas de sus licencias habia logrado yo correjírse las; lejos de ser un loco ó un vicioso, estaba dotado de una probidad á toda prueba i de un desinterés sin igual.

C*** no piensa mas que en sus placeres, i no es estimado sino por los jóvenes estragados; es un hombre entregado á las mujeres, hecho el juguete de sus amigos, orgulloso, colérico, avaro i pródigo á un tiempo: tal es la opinion que tengo formada de él.”

Algunos amigos de madama Scarron le afearon esta negativa, pero Ninon se la aprobó: ”Esta mujer, decia, vale por to-

dos los marqueses de Francia.” Madama Scarron solicitó repetidas veces de Luis XIV, i siempre en vano, la misma pensión que habia disfrutado su marido como *enfermo de la reina*. Uno de estos memoriales cayó en manos del cardenal Mazarini, el cual preguntó si la suplicante gozaba de salud, i habiéndole contestado que sí, dijo: ”Si está buena, no puede suceder á la pensión de un hombre que la disfrutaba por estar enfermo.

Madama Scarron estaba ya resuelta á irse de Paris por no tener recursos para vivir en aquella córte, cuando una princesa de Portugal, que se habia criado en Paris, escribió al embajador que le enviase una señora de algun rango, dotada del mérito competente para educar á sus hijos. Se le propuso este encargo á madama Scarron, i fué aceptado; pero antes de emprender su viaje para Lisboa quiso ser presentada á madama Montespan, en-

tonces la favorita del rei; i habiéndolo conseguido, la dijo por via de cumplimiento, "que no queria llevar consigo el sentimiento de haber salido de Francia sin haber visto á su principal maravilla. Rasgo de adulacion, indigno de quien aspiraba al título esclusivo de mujer virtuosa!

Quedó Madama de Montespan tan complacida de esta lisonja, que la aconsejó no saliera de Francia, i que en su vez le diese un memorial, que ella se encargaba de presentar al rei. Con efecto, el rei recibió nuevamente la peticion por este conducto i exclamó: "¿Cómo? ¿todavía insiste la viuda de Scarron? ¿Es posible que yo no oiga hablar de otra cosa sino de esta mujer? En verdad, Señor, le contestó la Montespan, que ya V. M. no debiera oir hablar de ella.

Le fué concedida la pension, i quedó desbaratado el viaje de Portugal: Mada-

ma Scarron pasó á dar gracias á la Montespan, la cual se prendó de tal manera de su fina i agradable conversacion, que quiso presentarla al mismo soberano. Se cuenta que S. M. la dijo: "Madama, yo la he hecho aguardar mucho tiempo; pero V. tiene tantos amigos, que he querido yo solo tener ese mérito para con V.

Desde esta época principió á mejorar la fortuna de Madama Scarron. Deseando la Montespan ocultar el nacimiento del fruto que llevaba en su vientre, puso la mira en dicha Scarron, como la persona mas á propósito para guardar el secreto i para dirigir su educacion: con efecto, tomó sobre sí este empeño i quedó convertida en aya de los hijos naturales de Luis XIV. Al principio llevó una vida mui retirada i molesta con su única pensión de dos mil libras, i con el sentimiento de saber que el rei no gustaba de ella. El desvío de este príncipe procedia de su aversion ácia

toda persona que trataba de hacer brillar su ingenio, (lo cual era tanto mas raro cuanto que él no dejaba de tenerlo mui sobresaliente) i tambien porque creia que Madama Scarron hacia la preciosa con afectacion.

Sin embargo, como Luis XIV no dejaba de apreciar interiormente su mérito, se acordó de ella cuando se trató de hallar una persona de confianza que llevase á las aguas de Barége al duque de Maine, que habia nacido con un pie disforme. Madama Scarron, sobre la cual recayó esta eleccion, entabló desde los baños una correspondencia directa con el rei, i logró borrar con la discrecion de sus cartas del ánimo de aquel soberano todas sus anteriores prevenciones. No contribuyó poco á este cambio feliz el mismo duquesito de Maine, con quien solia el rei entretenerse en juegos inocentes, en los cuales no se cansaba de admirar el juicio i

precisión con que este niño contestaba á todas sus preguntas. ¿Cómo has llegado á ser tan razonable en tan corta edad, le preguntó un dia Luis XIV? Preciso es que lo sea, le respondió el duque, cuando tengo una aya que es la misma razon personificada.—”Muy bien, ve pues á decirle, replicó el rei, que le regalas cien mil francos de aguinaldo.”

Madama Scarron empleó esta suma en comprar en 1674 una hacienda, llamada de Maintenont, desde cuyo tiempo tomó este último nombre, con el cual es conocida mas principalmente en la historia. Aquel monarca, cuyas primeras impresiones fueron tan poco favorables, pasó muy pronto de la aversion á la confianza i de la confianza al amor.

Madama de Montespan, con su carácter caprichoso, desigual i altivo, fué perdiendo la gracia del monarca i cediendo á Madama Maintenont el lugar que aque-

lla ocupaba en el rejio corazon. Fué nombrada esta última desde luego dama de estrado de la Delfina, i á poco tiempo dama de honor; pero rehusó este puesto haciendo ver al monarca que no le convenia atraer sobre sí la envidia i desagrado de los cortesanos. "En cuanto al honor que me daria este empleo ¿no lo disfruto ya en igual grado con la sola oferta que V. M. me hace de él?" El rei insistió, pero en vano; por lo cual doblemente admirado de tanta modestia i desinterés, la dijo: "Ya que V. no quiere gozar de mis favores, gozará V. á lo menos de su negativa;" i en aquel mismo dia á la comida celebró delante de sus cortesanos la moderacion i delicadeza de Madama de Maintenont.

Una conducta de tanta prudencia i abnegacion interesó mayormente el corazon del monarca frances, quien trató de elevarla á un puesto todavía mas distingui-

do: se hallaba entonces aquel príncipe en una edad en que necesitan los hombres de una mujer, en cuyo seno puedan depositar sus penas i sus placeres. El carácter flexible de Madama Maintenont, como que desde mui temprano se habia visto obligada por su pobreza á doblegarse á toda clase de circunstancias, era una prenda segura de que habia de ser la compañera mas agradable i complaciente, i la confidenta mas segura, para que Luis XIV pudiese disfrutar de los placeres inocentes de una vida privada como un desahogo del grave peso de los negocios públicos.

El padre Lachaise, confesor del rei, le propuso lejitimar su pasion por esta mujer con vínculos indisolubles de un matrimonio secreto, aunque revestido de todas las formalidades de la iglesia. Así se efectuó, i Harlay, arzobispo de Paris, les dió la bendicion nupcial en 1685 en pre-

sencia del citado padre Lachaise i de otros dos testigos. Tenia entonces Luis XIV cuarenta i ocho años, i Madama Maintenont cincuenta. Aunque se tuvieron muchos indicios de este himeneo, llamado de conciencia, se tuvo sin embargo por mui problemático.

Esta señora oia la misa desde una de las tribunas reservadas á la familia real; se vestia i desnudaba delante del rei, quien le dirijia siempre la palabra con el nombre de Madama: en los actos interiores del palacio no era posible dejar de conocer que aquella era la esposa del monarca. Cuando entraban el hermano del rei ó el delfin, no hacia mas que la demostracion de levantarse; i en quanto á los demas príncipes i princesas no eran admitidos en su cuarto sino en virtud de audiencias solicitadas, ó cuando tenia que hacerles alguna seca reprehension. A la duquesa de Borgoña nunca le dió otro título

sino el de *mi alma*; i ésta la llamaba *mi tia*.

Se dice asimismo que el corto número de criados que estaban en el secreto le tributaban en particular los honores de reina dándole el tratamiento de *Majestad*. La princesa de *Soubise* concluía una de sus cartas con la fórmula de "*soi con respeto*;" sobre lo cual la contestó Madama de Maintenont: "No se hable entre nosotras de respeto; V. no puede deberlo sino á mi edad, i yo creo que V. es demasiado política i delicadamente fina para recordármelo."

Empero la felicidad de Madama de Maintenont fué de corto término: ella misma lo manifestó mui pronto en uno de aquellos desahogos de su corazon. "Yo habia nacido ambiciosa, decia, pero combatia esta inclinacion. Cuando llegué á satisfacer todos mis deseos, i aun aquellos en los que nunca pude soñar, me creía di-

chosa; mas esta embriaguez me duró apenas tres semanas.”

La elevacion de esta mujer fué una especie de reclusion. Encerrada en su habitacion, su sociedad se reducía á la de dos ó tres damas respetables por su edad, i ni aun éstas la visitaban con la mayor frecuencia. Luis XIV pasaba todos los dias á verla despues de comer, i antes i despues de cenar. Despachaba tambien con sus ministros en el cuarto de Madama Maintenont, la cual se entretenía en la lectura ó en alguna labor sin mezclarse en los negocios de Estado, i aun finjiendo no atender á ellos, aunque no le fuesen indiferentes, de tal modo que mas de una vez dirigió ella misma el hilo de las negociaciones de acuerdo con los ministros, pero con tanta reserva i con un aire tan franco de desinterés que alejaba toda sospecha.

Por este medio influyó aquella célebre

mujer en la eleccion de algunos ministros como Chamillart, i de varios jenerales como Marsin, así como se debió á la misma la desgracia de no pocos, entre ellos Vandome i Catinat. El público la acusaba de ciertas faltas, de las que no siempre podia disculparse con su pretendida buena intencion. Su ciega sumision á la voluntad i caprichos de Luis XIV, i su exclusiva é intensa ocupacion en darle gusto la constituian en un estado de mayor aburrimiento i desgracia que el de indijencia que habia sufrido en su juventud.

”Ya no puedo mas, decia un dia al conde D’ Aubigné, su hermano; quisiera haberme muerto!”—En una de sus cartas decia al mismo: ”Cuánto daria yo por trasfundirte mi esperiencia! Cuánto desearia hacerte ver palpablemente el fastidio que devora á los grandes, i la pena con que pasan el tiempo. He sido jóven i hermosa; he gozado de los placeres; i he si-

do amada por todas partes. Ya en edad mas avanzada pasé al trato del talento; he sido elevada al favor, i te protesto que en todas las situaciones de la vida se encuentra un vacío horroroso.”

„Si alguna cosa pudiera desengañarnos de la ambicion, dice Voltaire, sería seguramente esta carta de Madama de Maintenont.” Qué suplicio, añadía la misma en otra de sus cartas á su sobrina Madama de Bolingbroke, divertir á un hombre que ya no es divertible! Escribenos noticias porque nos morimos de fastidio.—

El rei la daba algunos sofiones cuando élla se atrevia á resbalar alguna palabra sobre los negocios de Estado; pero la indemnizaba de estos pasajeros enfados con muestras de respeto i con finísimas atenciones, cuales no habia tenido con sus cortejos antiguos i ni aun con la reina.

Estos testimonios exteriores sin embargo no la resarcian sus afanes interiores.

La moderacion que ella se habia prescrito aumentaba la desgracia de su estado. No se aprovechó de su influencia para elevar su familia tanto como habria podido, porque temia fijar demasiado sobre sí la vista del público. En materia de riquezas tampoco habia tenido acrecentamiento alguno, pues no poseia mas que la hacienda de Maintenont que habia comprado anteriormente, i una pension de 48.000 libras: así es que decia, que los cortejos del rei le habian costado mas en un mes, que ella en un año.

Madama Maintenont no solo era desinteresada sino que ecsijia que los demas lo fueran del mismo modo; bien penetrado Luis XIV de tan nobles sentimientos, la solia decir, "Pero Madama, V. no tiene nada suyo."—"Señor, le contestaba no es permitido á V. M. darme nada." Ella no por eso olvidó ni á sus amigos ni á los pobres. El marques de Dangeau,

Barillon, el abate Testu, Racine, Despreaux, Vardes, Bussi, Montchevreuil, la señorita Scuderi i Madama des Houlieres recibieron muestras de su jenerosa proteccion.

Madama Maintenont consideraba como un peso el favor que disfrutaba, i que solo los actos de beneficencia podian aligerarlo. "Mi puesto, decia, tiene algunas espinas, pero al menos me proporciona el placer de hacer el bien." Proponia con frecuencia el ejercicio de algunas buenas obras, á las que no siempre se prestaba aquel soberano. "Mis limosnas, decia, son nuevas cargas sobre mis pueblos; quanto mas dé, mas habré de tomar de ellos." Madama Maintenont le contestaba: "Será cierto; pero tantas jentes que las guerras, los edificios de lujo, i aun los cortejos de V. M., han reducido á la indijencia por la necesidad que ha habido de aumentar los impuestos, es preciso

que se les alivie de algun modo. Es justo que estos desgraciados vivan á espensas de V. M. ya que han sido arruinados por V. M.

Desde el momento en que Madama Maintenont vió brillar los primeros rayos de su fortuna, concibió el plan de algun establecimiento para las señoritas pobres; i á sus instancias fundó Luis XIV en 1686 en la abadía de *Sain Cyr*, pueblo situado á una legua de Versailles, una comunidad de treinta i seis relijiosas i de veinte i cuatro hermanas conversas, para mantener i educar gratuitamente trescientas señoritas que habian de acreditar una nobleza de cuatro grados por parte de padre. Fué dotada esta casa con 40000 escudos de renta, pero con la condicion de que no habia de recibir dádiva alguna sino de los reyes i reinas de Francia. No se podia entrar en este colejio sino de los siete á las doce años, ni permanecer en él mas

que hasta los veinte i tres i tres meses; i al salir se entregaba á cada señorita una dote de mil escudos.

Madama Maintenont legó á este establecimiento todos sus bienes: ella misma fué la que hizo los reglamentos, los cuales fueron aprobados por Godet des Mairais, obispo de Chartres, superior nato de aquella casa de educacion. El celo desplegado por esta señora en favor de dicho establecimiento produjo los mas felices resultados.

A la muerte del rei, ocurrida en 1715, fué éste el retiro de la viuda de Luis XIV, el teatro principal en el que desplegó sus ínclitas virtudes, i el recinto que recibió sus últimos suspiros ecsalados en 15 de abril de 1719. Su sepulcro fué destruido en tiempo de la revolucion; pero sus restos mortales fueron recojidos por el director del establecimiento en el tercer año del consulado de Bonaparte, i de-

positados en un túmulo que conserva la
inscripcion siguiente:

LAS

COLEJIALAS DE SAINT CYR,

A

MADAMA DE MAINTENONT.

BIBLIOTECA

FERNANDO ORTIZ

ACQUISITICA - JOSE M

NOTICIAS CURIOSAS

SOBRE

LAS AMAZONAS.

Aunque la existencia de las amazonas ha sido tenida jeneralmente por fabulosa, hai sin embargo autores de mucho concepto que están por la afirmativa, i que refieren hechos mui curiosos relativos á estas mujeres: tales son Trogo Pompeyo i Justino en el libro segundo, Diodoro Sículo en el tercero i cuarto, Paulo Orosio en el décimoquinto, Marciano Capela en el nono, Quinto Curcio en el sexto, Herodoto en el cuarto, Solino Capítulo en el vijésimo sétimo i en el secsajésimoquinto,

Pomponio Mela en el primero, Servio, Amiano Marcelino i otros.

Diodoro Sículo afirma haber ecsistido dos sociedades de amazonas; la una en la Scitia, provincia septentrional del Asia, dividida, segun Tolomeo, en dos partes por el monte Emaus, que es la Tartaria actual; i la otra en Africa en la provincia de Libia; pero tan solo de las amazonas del Asia es de las que nos ha trasmitido la historia noticias con toda la apariencia de verdaderas.

Segun el citado Diodoro i Justino, hubo entre los belicosísimos Scitas, en tiempo mui antiguo, dos reyes igualmente guerreros i ambiciosos; i como cada uno de ellos desease gobernar solo, se suscitó una guerra civil mui sangrienta que terminó con la destruccion de uno de los contendientes. Los que habian seguido el partido vencido, á cuya cabeza se hallaban dos grandes capitanes, llamado

Pliños el uno i *Cholopiches* el otro, fueron desterrados del pais, i pasaron á los confines de la Capadocia, en el Asia menor, conquistando aquellos paises, i fijando su principal asiento en las orillas del rio Termodonte que desemboca en el Ponto Euxino.

Puestos nuevamente en campaña se apoderaron de las tierras inmediatas, é iban estendiendo sus conquistas, hasta que formada una liga secreta de los estados vecinos fueron hechos prisioneros con asechanzas i engaños, i degollados inhumanamente.

Irritadas por tal alevosía las mujeres de los desterrados, que babian quedado en su patria, juraron venganza; i para interesar en ella á todas las mujeres degollaron primero á los que habian sido causa de aquel destierro; i juntando un ejército de mujeres, sin querer admitir entre ellas á ninguno de los pocos hombres que

habian quedado, se dirijieron contra los asesinos de sus maridos, los cuales estaban mui descuidados, i se mofaban de tan ridícula cruzada. Así que cojiéndolos desapercibidos los derrotaron completamente, los pasaron todos á cuchillo, i se hicieron dueñas de todo aquel territorio.

Engreidas con estos primeros triunfos, estendieron sus conquistas sobre los países vecinos, i elijieron dos reinas, llamada la una *Marthesia* i la otra *Lampedo*; las cuales dividiendo su ejército con el mejor órden defendian por diversas partes las tierras que habian sojuzgado. No contribuyó poco á sus ilustres triunfos la creencia vulgar de que eran hijas de Marte, pues que no de otro modo podian obrar tales prodijios.

Aseguradas ya estas ferocísimas mujeres en su dominio, les ocurrió que sino tenian sucesion, la guerra i las enfermedades acabarian bien pronto con esta na-

cion femenina; i para remédial tamaño inconveniente entraron en convenio con una de las provincias comarcanas para reunirse en ciertos parajes con algunos de sus jóvenes hasta que hubiesen concebido, siendo otra de las cláusulas de su convenio que las hembras que naciesen se quedarian con ellas, i que les enviarian los varones, i así lo verificaron.

La educacion de estas niñas era toda guerrera; ya desde mui tierna edad las acostumbraban á los ejercicios gimnásticos i á toda clase de penalidades para endurecerlas en la fatiga; i como sus armas consistian principalmente en el arco i la flecha, para cuyo manejo les servian de mucho estorbo los pechos, ya desde mui niñas les quemaban el derecho, que era el que mas las embarazaba: i de aquí las vino el nombre de amazonas, porque *amazonos* en griego quiere decir *teta*, i *a* es el equivalente de *sin*, cuyas dos voces reu-

nidas forman la palabra *sin teta*.

Yendo en aumento su poder, i dejando su reino bien provisto de guerreras para defenderlo, proyectaron nuevas conquistas, i caminando de victoria en victoria llegaron á *Tanais*, entraron en Europa, en donde se apoderaron de algunas provincias, i estendieron sus armas triunfantes hasta la Tracia, de donde se volvieron para el Asia cargadas de ricos despojos, haciendo nuevas incursiones hasta el mar Caspio.

Durante estas felices correrias edificaron muchas i famosas ciudades, entre las cuales descollaba la memorable Efeso, en donde estuvo aquel templo tan famoso dedicado á Diana, que fué quemado por Eróstrato, pero conservando su principal asiento en las comarcas del referido rio Termodonte.

Usaban estas mujeres, segun Virjilio, unos escudos de forma de medias lu-

nas, i segun Marciano Capela, se servian de una música de flautas, del mismo modo que los lacedemonios, para animar la jente en las batallas.

En tiempo de Hércules, Theseo i otros valientes capitanes de la Grecia, habia llegado la fama de las amazonas al apojeo de su grandezá; por manera que queriendo el rei Euristeo, de Athenas, probar el denodado esfuerzo del primero, le dió la comision de que tomando la jente i auxilios guerreros que pudiese necesitar, se dirijiese á pelear con dichas mujeres, i le trajese las armas de la reina; cuya empresa se tenia entonces por imposible.

Reinaban á esta sazón en los Estados de las amazonas dos hermanas, nombrada la una *Antiope* i la otra *Oritia*; esta última se hallaba con una parte del ejército ocupada en conquistas fuera de sus dominios, i la primera vivia mui descuidada dentro de su reino cuando Hércules, con

un cuerpo de valientes aportó al río Termodonte é internándose en el país con la celeridad del rayo i con la mayor reserva, se echó de repente sobre las amazonas, las derrotó completamente matando á muchas i haciendo prisionera una parte de ellas, cuya suerte cupo á dos hermanas de las reinas llamadas Menalipe é Hipólita.

La reina Antiope, que pudo salvarse de aquella refriega, entró en tratados con Hércules, i le pidió el rescate de Menalipe, á lo que accedió aquel guerrero con la condicion de que dicha reina le entregase sus armas, que habia sido el objeto principal de su mision. Aunque tambien fué solicitada la libertad de Hipólita, Theseo que habia sido quien se habia apoderado de ella, i que se habia prendado de su hermosura, no consintió en dejarla, en su vez se la llevó en su compañía i luego se casó con ella, de cuyo consorcio

nació aquel Hipólito que ocupa un lugar en la mitología.

Satisfecha la ambicion de estos aventureros, se volvieron para la Grecia; i como en este tiempo hubiera llegado á noticia de Oritia el gran desastre que habia ocurrido en su reino, abandonó sus conquistas i regresó precipitadamente á su córte. No pudiendo soportar la idea de haber sido vencida aquella nacion mujerial por los griegos, resolvieron vengar tanta afrenta; i habiendo reunido cuantas amazonas les fué posible armar, i hechos los aprestos mas vigorosos para la guerra, se dirigió Oritia á *Sigillo*, rei de los scitas, en solicitud de auxilios, haciéndole ver que siendo las amazonas descendientes del mismo tronco, era un honroso deber suyo mirar por su gloria i conveniencia.

Movido dicho rei Sigillo por los ruegos i escitaciones de Oritia, envió en su

ayuda á su propio hijo *Penaxágoras* con un gran refuerzo de caballería, con cuyo apoyo se puso en marcha aquella nacion de mujeres, penetró en Europa, i llegó á las tierras de Athenas arrollando cuanto se les presentaba al frente; pero habiendo ocurrido alguna discordia entre las amazonas i sus auxiliares, se retiraron éstos, i habiendo aquellas quedado solas en la demanda, no pudieron resistir al poder de los griegos, quienes volvieron á derrotarlas, matando la mayor parte i obligando á las demas á salvarse con la fuga en el real de *Penaxágoras*, quien las defendió de ulteriores ataques.

Habiendo regresado á su pais las pocas amazonas que pudieron libertarse de aquella nueva catástrofe, i no sin grandes trabajos i quebrantos, hubo esta nacion de deponer toda idea de conquista, i reducirse á vivir á duras penas dentro de sus confines.

Así continuó este reino muchos años hasta que ocurrió la guerra de Troya, á cuya defensa acudió *Pentásilea*, que entonces gobernaba aquel estado, bien fuese por inclinacion que tuviese á los troyanos, ó bien por odio heredado contra los griegos que habian sido la causa de la decadencia de su esplendor. Aquí tuvieron nuevos quebrantos las amazonas, las cuales participaron de las desgracias de los troyanos, i derrotadas en una batalla, murieron las mas de ellas, i la misma *Pentásilea* sucumbió al esforzado brazo de Aquiles.

Las pocas que sobrevivieron á estos desastres regresaron á su patria á llevar la desolacion i espanto. Sin embargo de tantas pérdidas conservó esta nacion su independencia por largo tiempo, aunque abatida i humillada, pues refiere Quinto Curcio que al entrar Alejandro Magno en la provincia de Ircania le salió al encuentro

la reina *Talistris* con gran comitiva de amazonas, i despues de haberse saludado cual convenia á dos soberanos, i de haberle dicho Talistris, que solo el deseo de conocer un rei de tanta nombradía le habia inducido á hacerle aquella visita: le preguntó Alejandro si queria alguna gracia, la cual le sería concedida en el acto. La reina de las amazonas le contestó que no pedia tierras ni mercedes, pues tenia cuantas pudiera desear, i que tan solo queria tenerle por marido hasta que hubiera quedado preñada, á fin de tener por sucesora de sus Estados una hija de héroe tan ilustre, ofreciéndole que si fuera varon lo que concibiese se lo enviaria renunciando todos sus derechos. Alejandro defirió á esta estraña demanda, i aun quiso tenerla siempre á su lado; pero la amazona se retiró de los reales de Alejandro á los trece dias de cohabitacion con él, i cuando ya creyó que habia logrado su intento.

Ya desde esta época se presenta con oscuridad la historia sucesiva de las amazonas, cuya nacion parece se fué debilitando i destruyendo hasta que desapareció totalmente, sin que se pueda prefijar con certeza el período de su estincion. Esta circunstancia sin duda es la que ha hecho poner en duda la ecsistencia de este reino i de estas mujeres guerreras; pero ¿cómo destruir las respetables autoridades que hemos citado, las cuales afirman la verdad de los hechos relacionados de un modo tan claro i terminante? Nosotros no salimos garantes de ellos, aunque por otra parte no dejen de hacernos mucha fuerza las citas alegadas.

Y a donde esta época se presenta con ex-
curidad la historia sucesiva de las cosas
mas que para el presente se les debilitan

de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

parte no deben de hacerme mayor
las citas alegadas.

de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian
de las cosas que se desahucian

INQUISITICA - JOSE M

GEOGRAFIA.



MOSCOW I SUS HABITANTES EN 1835.

Ya está V. en Moscow, me dijo el conductor del drosky. Me apeé del carruaje con el corazón oprimido, teniendo presentes las ideas que habia adquirido sobre la barbarie de estos habitantes. Entré en la posada de un tártaro mui conocida por los franceses con el nombre de *Fonda del tártaro Ismaelof*, i no pude menos de experimentar una sensacion de temor i desconfianza. ¿Entre qué jentes estoi? fueron las primeras ideas que se presentaron á mi

imaginacion en aquel estado de aislamiento. Me hallaba sin amigos; las largas barbas i las grandes capas que observaba en aquellos habitantes no eran por cierto las mejores garantias de la cariñosa hospitalidad que pudiera prometerse un extranjero.

Todo, pues, me parecia hostil en aquella ciudad, el conductor de mi drosky habia recibido su propina sin hablar una palabra, i se habia alejado chasqueando su látigo. Un perro, que fué el primer objeto que encontré en la escalera de la casa del tártaro me habia recibido ladrando; llegué á un aposento pequeño i me arrojé sobre una silla, entregándome á pensamientos los mas lúgubres i penosos, de los que difícilmente se escapan los viajeros, aunque luego los supriman en la pomposa relacion que hacen despues de sus empresas; mas esta tristeza fué de corta duracion. Cobré aliento, me arrimé á una ventana, la abrí con mucho cuidado, pasé primera

mente la nariz, luego una parte de la cara, i finalmente me asomé del todo.

Despues de haber dirigido mi vista en todas direcciones, conocí que vivia en una casa bastante aseada i de buena construccion en forma de un paralelógramo con un gran patio en el medio. Las habitaciones tenian mas regularidad que elegancia. El derrotado ajuar colgado á las ventanas atestiguaba la pobreza de los que vivian en los cuartos que tenian vista á dicho patio. Enfrente de uno habia un banco de madera que servia de descanso á cinco ú seis personajes inmóviles como estátuas, que tenian una gran pipa en la boca, los ojos fijos i ardientes, i cuya fisionomía carecia de aquella espresion dulce i paternal que caracteriza en jeneral á los moscovitas.

Eran tártaros aquellos individuos, descendientes de los mongoles, i se hallaban de paso en la ciudad que sus padres habian incendiado en un tiempo, é inun-

dado de sangre; asiáticos verdaderos, enemigos del origen esclavon, i que nunca han desmentido su ferocidad. Se apoyaban los unos á la pared con aire distraido, i los demas se paseaban con mucha gravedad i compostura. El aspecto de estas jentes trasportaba mi imaginacion á las faldas del Cáucaso. Notaba yo una cierta calma mezclada de una profunda abstraccion en las miradas de estos hombres, que se dirijian á una ventana chiquita que se mantenía cerrada.

En vano trataba de seguir la direccion de sus rayos visuales; la ventana fatal no me presentaba cosa alguna que pudiera satisfacer mi curiosidad. De cuando en cuando salía un hombre mui apresurado por una de las puertas que daban al patio, dirijía algunas palabras á los miembros de aquel grupo misterioso, i se volvía para adentro sin aguardar respuesta alguna. Esta farsa se repitió cinco ó seis

veces, hasta que la ventana se abrió de repente i dejó percibir un grito agudo, i á su continuacion una especie de ahullido infernal que ahuyentó de aquel sitio á los tártaros de que acabo de hablar.

Dos criados sacaron en seguida un cáver tendido sobre una cama de paja; i de allí á poco volvieron á salir los mismos tártaros que se habian retirado á la vista del féretro i formaron un círculo á su alrededor, se sentaron sobre sus talones i empezaron á cantar en voz baja una especie de salmodia lúgubre, cuyas solemnes pausas i grave cadencia me comunicaron una respetuosa emocion.

El objeto de aquellas trájicas demostraciones era un gran señor tártaro que acababa de despedirse de este mundo; era una grande estrella desprendida del firmamento; era por fin un descendiente de una noble casta que habia ido á sentarse en el paraiso de Mahoma. Duró la fúne-

bre ceremonia mas de media hora sin ninguna variacion, cuya monotonía era capaz de hacer venir el sueño al hombre mas vigilante i despierto. El patio estaba lleno de rusos i tártaros, quienes asistian con la cabeza descubierta á esta triste representacion. Llegó por fin el momento de que se llevasen el cadáver i la cama de paja; la procesion se dirigió ácia el cementerio, i el difunto conservando todavía su calor vital, fué entregado á su eterno descanso. Habia trascurrido una hora, i ya los crepúsculos iban oscureciendo los objetos cuando se vió volver la procesion despues de haber cumplido con aquellos fúnebres deberes.

Yo me habia quedado sentado á la ventana observándolo todo con aquella sencilla curiosidad propia de los viajeros que toman la novedad de los objetos por una seducccion irresistible, i cuya admiracion se fija en los accidentes mas sencii-

llos i comunes de la vida.

Ya el sol dejaba percibir una claridad mui escasa cuando todos los habitantes de aquella especie de colmena, como si hubieran deseado aprovechar la última hora del dia, iban saliendo de sus domicilios i agrupándose de un modo irregular por el patio. Una docena de jóvenes formaba una especie de comparsa, todos iban con los brazos cruzados i con tanta sencillez i naturalidad que aumentaban la parte pintoresca de aquel cuadro. Un rosario colocado al rededor de la frente de cada uno de ellos ceñía su largo cabello rubio, i presentaba la forma de una diadema de cobre ó estaño encima de sus cejas. Unos anchos cinturones de varios colores recojian sus pantalones á la oriental, que descendian hasta las rodillas.

De allí á poco parecieron sobre la escena algunas muchachas, se sentaron las unas tranquilamente en el banco que ha-

bían ocupado los tártaros, i las otras formaban graciosos grupos, cruzando las manos sobre los hombros de sus compañeras ó abrazándose por la cintura. Todo este aparato producía un efecto admirable; la mayor parte de los actores aparentaba una gravedad imponente, i todo indicaba que ya con mucha antelación había sido preparada esta función.

La aparición de las jóvenes fué para los mozos la señal de un coro que entonaron todos á la vez, i al cual se fueron agregando las voces de dichas muchachas. Los agudos sonidos femeninos se unían á los mas graves de los hombres, i de este modo se fueron sucediendo tres ó cuatro cantos nacionales que no carecían de armonía i agrado en su extrema sencillez, i que se asemejaban mucho á la melodía rústica de la Escocia, mi patria. Yo estaba encantado. Sobrevino la noche, i no pude menos de admirar la poesía natural

que las castas mas salvajes aprenden al nacer; poesía que se halla entre un pueblo oprimido, al cual se le cree falto de jenio.

Los tártaros no cesaban de hablar sin pensar en la época no mui lejana en que Moscow habia sido su conquista, i en que la media luna, ensangrentada con la sangre cristiana, dominaba la ciudad santa. De cuando en cuando algunas mujeres tártaras salian á la ventana á observar por debajo de sus cortinas lo que estaba sucediendo en el patio, como si tuviesen envidia de los placeres que la lei cristiana permite á las rusas. No me olvidaré de una niña mui linda que podria tener unos diez i seis años, verdadera oriental i que jugaba á los naipes toda la tarde con una tia vieja i con su madre; á cada minuto iba esta jóven á levantar suavemente las cortinas entre las que vivia sepultada, i luego las dejaba caer con viveza i con te-

mor, como si la acusase la conciencia de cometer algun crimen.

Los himnos de aquella juventud rusa no cesaron hasta mui entrada la noche; la dulzura de su espresion iba aumentando gradualmente, de modo que empecé á tranquilizarme i á perder el temor que habia concebido por los bárbaros del Norte.

Habia llevado una carta de recomendacion para un príncipe: esta clase de personajes abunda mucho en Rusia; los haicos, pobres, influyentes, célebres i desatendidos; nosotros conocemos mui poco la organizacion de la sociedad moscovita para apreciar con ecsactitud el valor que este título representa en Rusia. Todos los hijos de un príncipe lo son del mismo modo que el padre; la herencia paterna se reparte entre esta colonia de altezas; de aquí es que á la segunda ó tercera jeneracion ha salido del primitivo tronco un enjambre de príncipes i princesas, que

son por lo jeneral mui miserables. No puede por lo tanto establecerse una aristocracia de riquezas porque se opone á ella la division de bienes. Un solo hombre se puede decir que tiene crédito en aquel imperio, i éste es el autócrata á quien todo está subordinado.

El príncipe, al que yo estaba recomendado, reunia á su calidad de alteza un patrimonio considerable i las mas altas dignidades. Su grandeza descansaba sobre bases mui sólidas; nadie gozaba de mas crédito que él. Me habló de Oconell, de la reforma de Inglaterra, de la situacion de los partidos con una claridad i conocimiento de los hombres i de las cosas políticas cual yo no esperaba en estas rejiones. Eran las diez de la mañana, i con mi mayor sorpresa vi que salia la princesa en traje de confianza, i vino á sentarse con nosotros. Me pareció mui amable sin embargo de que observaba que en esta o-

casion habia faltado á la etiqueta, i que no habia sabido sostener el papel de princesa con aquella dignidad que una de nuestras duquesas habra considerado como indispensable.

Se ocupaba dicha princesa, del mismo modo que su marido, en establecimientos piadosos, i no dejé de quedar sorprendido al oir los informes que uno i otro me dieron sobre este punto. Empecé á convenirme de que esta nacion de bárbaros estaba extraordinariamente adelantada; la Inglaterra habra podido recibir lecciones de su ilustrada beneficencia i de su filantropía bien entendida. Convino el príncipe en que la institucion de los hospicios para niños espositos favorecia la licencia de las costumbres; pero consideramos, añadió, que vale mas dejar la puerta abierta á mil faltas veniales, que á un solo crimen contra la humanidad.

La Rusia es el único pais en el que se

hayan puesto en lotería las dotes necesarias para solteras i viudas que desean marido. El conde de Shemeretoff es el fundador de esta estraña lotería con sus propios fondos. Dos ó trescientas muchachas ó viudas, con sus certificados de moralidad i recomendacion de las autoridades civiles, se reunen en solicitud de estas dotes, que son de 50, 100, 150 hasta 1000 rublos de oro que es el punto mayor. (El rublo se regula prócsimamente en dos pesos i medio). Yo he presenciado una vez esta ceremonia singular; i como un amigo mio felicitase á una de estas pretendientas por haberla caido un premio á la lotería matrimonial, exclamó medio riendo i llorando: Ah, Dios mio, qué marido puedo yo encontrar con 250 pesos!

Asistí á una comida de etiqueta: nada en esta reunion me recordaba la Rusia. Yo no vi frutas ecsóticas, ni manjares desconocidos, ni novedades raras; era

mas bien una comida parisiense en toda la fuerza de la espresion. Vinos de Champaña, de Madera i de Burdeos, costillas i potajes con guisos á la francesa, platos de repostería, en fin, nada faltaba. Entre las reconvenciones que pueden hacerse á los rusos encuentro una que es la mas justa i la mas bien merecida; ya no los acuso de bárbaros, i sí de haber impreso á su civilizacion el carácter servil de una civilizacion extranjera i meridional. Los parisienses son menos parisienses que los rusos. Cuando yo estaba haciendo mis observaciones para ver si podia descubrir algun rastro de barbarie septentrional, me hizo reparar uno de los comensales, tambien ruso, en una vieja vestida con mucha sencillez, que nunca hablaba, que era servida la última, i que sin estar confundida con los criados parecia que ocupaba un lugar subalterno entre los convidados; se me informó entonces que casi todas las

familias rusas de algunas conveniencias conceden la hospitalidad á las parientas ancianas escasas de bienes de fortuna, las cuales si bien no están espuestas á sonrojos, tampoco reciben sino una especie de frios miramientos.

Me acosté sin recelo en medio de esta nacion compuesta de esclavones i de scitas. A la madrugada del dia siguiente salí á dar mi primer paseo por la ciudad, i quedé asombrado. En lugar de cuevas ó pocilgas que creia encontrar, vi palacios á la italiana que hacian un efecto fantástico; casas pintadas de azul bajo, de color de rosa, de verde claro, de lila ó de paja, como las decoraciones de teatro; las iglesias me llamaron todavía mas la atencion por sus numerosas cúpulas de formas extraordinarias, pintadas de verde mui reluciente, ó de encarnado, i aun algunas de ellas doradas. El espectador europeo no sabe si está en el pais de los sueños ó de

las realidades. A qué modelo podrán referirse esas curvas descritas por las medias naranjas, que recuerdan todos los matices del tulipan, esos arcos iris que brillan sobre todas las bóvedas? No se puede dar una solución sobre este punto, i se concluye por calificar de bárbaro aquel lujo, sin embargo de su gran mérito, no solo por la elegancia, sino por la gracia i lijereza de su capricho. (1)

[1] El terreno, sobre que está situado Moscow, es mui desigual segun Mr. Schniltzer, lo cual da á la ciudad un encanto particular por los puntos de vista de que se disfruta á cada paso. Las eminencias que rodean esta ciudad por el Sur i el Este forman un vasto anfiteatro, i el Kremlin, que se halla en el centro, se eleva considerablemente sobre el nivel del rio formando una colina, desde la cual domina la vista todos los barrios del Sur. Desde las orillas del Jaonza se eleva el terreno por grados, de modo que puede decirse que esta po-

Los ricos tienen un cierto número de protejidos ó clientes, los cuales cuando una vez han sido convidados, pueden estar seguros de hallar siempre puesto su cubierto. Yo he sido de este número; un convite de una vez para siempre nada tiene de humillante para el que hace uso de él con amplitud. Por esta razon se hallan casi siempre las mismas caras á la mesa; si faltan un dia, no deja de estrañar el amo de la casa. El príncipe, á quien yo estaba recomendado, tuvo constantemente á su mesa todos los domingos, por el espacio de algunos años, un

blacion va faldeando i ascendiendo por aquella; montañas hasta su cúspide, en la cual se hallan unos conventos tan ricos como majestuosos. Despues de Constantinopla es Moscow la ciudad mas grande de Europa, pues ocupa una superficie de diez i seis millones de toesas cuadradas, sin que su poblacion esceda de 320.000 almas.

ficial conocido en la casa por el nombre del caballero de las charreteras. Era este hombre mui fino, de escelente conversacion, que á nadie incomodaba, i con el cual sin embargo nadie tenia estrechez alguna. Poco á poco se hizo tan necesario en la comida del domingo como el servicio de la mesa i como las columnas de la sala; en cuanto á su nombre todos lo ignoraban. Dejó de verse un dia el tal caballero de las charreteras; se sentaron á la mesa todos los convidados; el príncipe i la princesa no pudieron ocultar su desazon; la conversacion se resintió de frialdad, el servicio se hizo con lentitud, i todos advertian que faltaba alguna cosa á la reunion.

Tomando finalmente el amo de la casa la palabra, i fijando sus miradas sobre el asiento desocupado, preguntó: ¿Qué se ha hecho el señor de las charreteras? Nadie lo sabia. Corren los criados en su busca,

pero inútilmente, porque no hallaron quien pudiese darles noticia de este misterioso personaje. Se le esperó en vano por varios domingos consecutivos; no volvió á parecer, i por mucho tiempo llevaron estos convites el duelo por aquel desconocido que se representaba sin cesar á los comensales.

Los rusos tienen una caterva de criados no solo inútiles, sino fastidiosos é insoportables. ;Qué diferencia entre la casa de un noble ruso i la de un noble inglés! En la de éste se hallan por lo regular cinco ó seis criados obsequiosos, afables i complacientes sin bajeza, que se dirijen con respeto i agrado á los huéspedes i visitantes, les cojen la capa, les abren las puertas de las habitaciones, i les llenan de finezas i atenciones. En la antecámara de un palacio moscovita se hallan veinte ó mas miserables mal vestidos i mui desaseados, habladores, descorteses,

impertinentes, torpes i desmañados, que hacen concebir mui mala idea del amo á quien sirven.

El número de los esclavos en Rusia es mucho menor de lo que se crée; se trata de los verdaderos esclavos, de aquellos que no poséen nada absolutamente, i que el amo pueda matar, vender ó dar de palos cuando se le antoje. La masa del pueblo está constituida en la clase de siervos. Habrá cincuenta años se promulgó una lei que prohibia en Rusia el tráfico de carne humana; pero en este pais, así como en otros muchos, la teoría se ve anulada por la práctica.

Un ruso, á quien yo manifesté mi estrañeza de ver la inhumanidad con que son tratados los esclavos, me contestó, i no sin razon, que la civilizada Inglaterra habia observado por mucho tiempo el mismo sistema, i que la América libre no era menos cruel para con sus esclavos,

que Roma lo habia sido para con los suyos, i Esparta para con los Ilotas.

Analícemos la sociedad rusa en todas sus partes. Por encima de los esclavos se halla una clase media bastante numerosa que la forman los colonos de los nobles. Tanto en esta parte, como en lo que concierne á las costumbres rusas, la práctica ha correjido los errores, ó mas bien los crímenes de la teoría. Cuando las instituciones sociales son tan malas que su locura ó su necedad compromete la existencia de la misma sociedad, Dios envia por contrapeso la necesidad.

El siervo, que segun llevo dicho, es el que compone la masa de la nacion rusa, privado como se halla de libertad de accion, i despojado de espontánea voluntad, sería la criatura mas miserable sin aquella revulsion que hace inclinar ácia la clemencia el mas terrible despotismo, i ácia el despotismo la anarquía mas desen-

frenada. Los amos se ven precisados á dejar caer en desuso las leyes que les conceden un imperio tan estenso sobre sus siervos: estas jentes, que sin el permiso de su amo no pueden ni casarse, ni dejar la hacienda en que están ocupados, ni mudar de domicilio, no se hallan descontentos con su suerte, ni se créen por eso mas desgraciados que los pueblos libres.

Los colonos de la corona se hallan un grado mas elevados que los siervos; pagan como éstos un *obrok* que es el tributo de vasallaje, el cual hace ver que su suerte es el resultado de la antigua conquista; pero este *obrok* pertenece al Zar i no á los señores rusos; así es que se considera como una contribucion é impuesto del gobierno. Hai pueblos gobernados por un miembro elejido de los mismos habitantes, que no pueden tardar en emanciparse. Cuando el emperador quiere trasladar

en masa á otra rejion á dichos siervos de la corona, tiene derecho de mandarlos por colonias.

Despues de haber recorrido muchas chozas i de haber tratado de cerca tanto á los colonos de la corona como á los siervos de los señores, no he encontrado la menor diferencia entre su situacion i la de los aldeanos de los paises libres. Tan pobres i tan mezquinos son los proletarios rusos, i del mismo modo se ven abrumados para ganar su miserable pan, como el aldeano florentino, ó como el jornalero de Picardia.

La cuarta clase subiendo siempre ácia la cima de la sociedad, la componen los artesanos i los hombres que viven independientemente con medianos recursos. Cuando estos individuos, bien sean libres ó siervos, poseen un fondo suficiente para ejercer una industria i establecerse, hacen su declaracion, i se colocan en la ca-

tegoría siguiente: Con un capital de 300 rublos se puede hacer el comercio por menor en el distrito de su naturaleza. Veinte mil rublos dan el derecho de ejercer el comercio por toda la estension del imperio. Se necesita tener 50.000 para establecer manufacturas, i esportar ó importar mercaderías. Estas tres clases ó corporaciones de mercaderes pagan al gobierno un impuesto de cuatro i tres cuartos por ciento sobre el capital declarado, sin que por eso deje de gravitar sobre cada individuo el *obrok* personal. Cuando estos esclavos se enriquecen, compran su libertad; pero muchas veces se la rehusa el amo, i así no es raro ver un soberbio coche tirado por hermosos caballos, perteneciente á un siervo que lo posee todo menos á sí mismo.

Esta mala organizacion social ha deramado por las clases inferiores un carácter menos pundonoroso que en los demas

países. En las mas elevadas se encuentra la misma mezcla de costumbres, vicios i virtudes que en toda la Europa; pero en jeneral á medida que la situacion social de los rusos es mas elevada se halla mas desenvuelto el sentimiento del honor; lo que comprueba que el abatimiento i la humillacion no son capaces de enjendrar virtud alguna.

He tenido el gusto de entrar varias veces en las tiendas i de regatear un objeto de poco valor para observar las muchas mañas que emplean los mercaderes á fin de doblar el valor aparente de la mercancía. Empero si dejaba con malicia sobre el mostrador mi bolsillo con algunas monedas como lo hice en repetidas ocasiones, corrian estos mismos individuos tras de mí para entregármela, causando en mí una gran estrañeza esta conducta, sin saber cómo esplicar que aquel mismo mercader que me da una prueba tan positiva

de probidad, no haya tenido escrúpulo en estafarme, haciéndome pagar un artículo de mercancía el duplo de su valor. Se diría, pues, que aquellos hombres consideraban como una ganancia justa lo que era debido al noble esfuerzo de su habilidad i astucia, mientras que la retencion del dinero ajeno se les presentaba como un actor epugnante á su moralidad.

Al pobre Gerónimo W*** le ocurrió una aventura mui triste con estos comerciantes, cuya picaresca probidad lo dejó completamente burlado. No puedo resistir al deseo de contarla aunque no sea nada honrosa á la fama conquistadora de mis compatriotas. W*** habia nacido bajo la sombra protectora de la iglesia de San Pablo en Lóndres. El vareo de percales i de cintas habia constituido la parte sólida de su educacion. Debia toda la elegancia de su espíritu i todo su conocimiento del mundo i de los hombres á las

novelas amorosas cuya lectura le habian proporcionado los gabinetes de lectura. Este estudio produjo su resultado. Se apoderó de este jóven el espíritu de aventuras. Seguro de los efectos de su hermosura física, i animado por el ejemplo de todos los héroes pobres que por lo regular salen coronados por el amor con alguna buena fortuna, á lo menos en el desenlace de las comedias, se puso en camino en busca de una suerte mas propicia. Nápoles, Roma, Viena, Madrid le parecieron capitales mui esplotadas; creyó por lo tanto mas acertado dirigirse ácia el pais de los bárbaros. Yo conocí á este jóven en casa del tártaro Ismaelof, en donde hacia los honores con mucha gracia una tal Madama Variner. Se hallaba mui triste i no sin razon, porque ya sus recursos se habian agotado, i no habia llegado el caso todavía de que alguna heroína bárbara se hubiera declarado apasionada de su rele-

vante mérito. En vano corria en busca de aventuras, la fortuna se le mostraba severamente esquiva. Me refirió sus angustias, i yo sin poderlo remediar me sonreia en el acto mismo que lo compadecia.

Un dia le ví entrar mas alegre de lo acostumbrado, le pregunté la causa, i me dijo, estirándose la corbata i afectando un aire de modestia: "Amigo mio, la aventura mas linda que pueda concebirse! Pasaba por la calle Petrowska cuando al través de la vidriera de un diamantista divisé una hermosura verdaderamente rusa: cara redonda, color mas bien de azucena que de rosa, sobradamente rolliza, facciones agradables aunque irregulares, un pañuelo en la cabeza con el que ocultaba su cabello, que sin duda es rubio como el de todas las moscovitas. Me paré delante de la tienda, pasé una i mas veces, se encontraron mis ojos con los suyos, i sin que pueda atribuirse á una fátua presun-

cion, (porque ya V. sabe que no es éste mi defecto) vi claramente una invitacion formal pintada en el rayo emanado de aquel mirar suyo tan tierno i sentimental. Entré, me esmeré en ser amable, cortes i gracioso; regateé mucho tiempo una joya cuyo valor debo confesar á V. francamente era mui superior á todo cuanto yo poseia.

—Pero, vamos, camarada ¿en qué quedó la conquista?

—Ai de mí! Todo lo echó á perder un marido que habia de por medio. Yo vi á ese bárbaro que desde el fondo de la trastienda se adelantaba con su largo traje talar i su barba prodijiosa, i con un tono ágrío i amenazador, me preguntó: "¿Qué es eso? ¿De qué se trata?" Ya V. sabe que no soi cobarde; pero tampoco me gusta comprometerme con estos bárbaros: así pues, tomé el sombrero, i me retiré prudentemente.

—¿I despues?

—Ya V. lo sabrá, replicó W*** con un aire todavía mas modesto é importante.

He aquí lo que ocurrió á este mentecato. Al dia siguiente no dejó de constituirse desde mui temprano en acecho; se paseaba por delante de la tienda, sentaba con fuerza su baston en el suelo, dirijia sus miradas con aire de triunfo ácia la conquista; pero ¡oh fatalidad! qué desengaño le estaba reservado! Vió entrar en la tienda un extranjero, cuyo traje i porte anunciaban la riqueza i elevacion; vió que hacia muchas compras, que hablaba con confianza, se sonreia con agrado, i que por último se despidió graciosamente de la negocianta rusa. Ya le pareció desde entonces que le habia sido cometida una infidelidad; ya mil ideas se revolvian por su cabeza; ya resentido i ajitado se alejaba el héroe de este romance precipitadamente.

mente del santuario habitado por la dama de sus pensamientos, cuando una mano desconocida que lo agarró por los faldo- nes de la casaca le hizo volver la vista con violencia.

Un mozo que Mr. W*** habia visto en la tienda de la joyera se dirige á él con mucho respeto, le entrega una bolsa mui pesada, i se retira sin aguardar contesta- cion. Mr. W*** abre i encuentra una sortija de brillantes i unos veinte rublos de oro: encantado con la inesperada vista de estos amables huéspedes, que ya des- de algun tiempo se le mostraban tan des- deñosos, exclamó: "No hai duda, la he- roina bárbara ha adivinado mi situacion, i me envia á un tiempo una prenda de su ternura i un rasgo de su jenerosidad."

Ya desde este momento fué mas elás- tico el paso del jóven ingles, i su porte mas erguido i majestuoso, cuando de re- pente llega á sus oidos un ruido confuso

causado por las veces i correría de varias personas; se para, i reconoce al marido que le iba á los alcances bebiendo los vientos. Un marido! i un marido ruso! Pies, para qué os quiero? Echa á correr, se aumenta la gritería, es detenido por uno de los celadores del barrio, quiere defenderse, pero cae i suelta la bolsa que todavía llevaba en la mano. Llegan á esta sazón los que iban en seguimiento del fujitivo, recojen la bolsa, i de todas partes salen gritos de ira é indignacion contra el infeliz ingles.

—¿Cuándo encontró V. estas prendas?

¿Por qué las ha retenido sino son suyas?

—Señores, gritaba el menguado seductor, sobre el cuello de cuya casaca tenia sentada todavía el corchete su pesada mano, yo aseguro á ustedes que no he hablado con Madama sino una sola vez i con el mayor decoro é inocencia.

—No se trata de eso, sino de la bolsa que mi aprendiz le ha entregado á V. por

equivocacion i que contenia una suma considerable. ¿Por qué la ha aceptado V? ¿Con qué motivo queria V. quedarse con élla? ¿Si no es V. el que dejó ese dinero en la tienda, si mi esposa la devolvía al verdadero dueño, si el aprendiz se ha equivocado en darsela á V., ¿cómo ha tenido V. la poca vergüenza de aprovecharse de su error?

El pobre ingles avergonzado i humillado sin saber qué contestar, ni cómo salir de aquel aprieto, fué sin embargo dejado en libertad despues de haber recibido otra porcion de improperios; i escarmentado de aventuras galantes, ya no trató sino de regresar á Inglaterra, como lo verificó volviendo á tomar su vara de medir, i maldiciendo las novelas, i las ideas fantásticas que su lectura habia escitado en su ánimo.

No es raro ver esta especie de aparente probidad entre los mercaderes de Mos-

cow, quienes establecen una gran diferencia entre el robo i la industria, entre hurtar ó engañar, pues en esto último es mui elástica su moralidad.

Dejando aparte estas singularidades notables, es preciso convenir en que las tiendas rusas están tan bien guarnecidas como las de la mayor parte de las ciudades de Europa. En Memel, última ciudad que separa el mundo civilizado del moscovita, se me habia prevenido que hallaria la ciudad de los Zares enteramente desprovista de todas aquellas comodidades que algunos las calificarán de superfluas, pero que en fuerza del hábito nos son ya de una indispensable necesidad. Temia, pues, que me habia de ver privado de aquellos cuidados de aseo i demas conveniencias sociales que sino nos conducen en derechura al paraiso, nos ayudan por lo menos á soportar el infierno terrestre en que vivimos; pero no pude me-

nos de manifestar al coronel Pablo Monchanoff mi admiracion de haber encontrado en esta ciudad aun aquellas frivolidades de moda i de lujo que el petimetre ingles ha inventado para desesperar al vulgo, i para distinguirse entre los animales pensadores que pueblan la superficie del globo.

El coronel, que habia sabido adquirir un grado de instruccion científica con la que podia dar en rostro á muchos profesores, me contestó en los términos siguientes: "Es verdad que nuestra nacion es jóven; ¿pero ignora V. que nuestro jenio es la imitacion? El carácter del esclavon es el de amoldarse i prestarse á todo, i el de copiar con esmero i ecsactitud. El esclavon, que está considerado como un salvaje de los bosques, se halla dotado de una atencion fija; i servido por órganos los mas flecsibles, no necesita sino de un modelo para reproducir en

poco tiempo los frutos de la civilizacion mas adelantada.

En la academia de artes de San Petersburgo verá V. un hermoso busto de Catalina II, i no podrá V. menos de admirarlo: semejanza perfecta, hermosa cabeza i atitud sobresaliente. El trozo de mármol que sirvió para este busto se hallaba tirado por el muelle; un pobre moujick, sin ninguna clase de conocimientos de la escultura, se puso á modelarlo con una mala hacha, i sacó el retrato de Catalina, igual al que él habia visto en algunas estátuas i pinturas.

Yo no me atreveré á decir si es facultad creadora, instinto de las artes, ó simplemente facilidad de imitacion; pero lo que puede asegurarse es que el pueblo copiadador por escelencia lo es el moscovita, cuya nacionalidad esclavona se ve marcada tan solo por esta grandiosa esposicion. V. sabe que los esclavones, pasto-

res en su oríjen, siempre errantes, siempre en guerra con los invasores, han conservado en las muchas alteraciones que ha sufrido su casta, la dulzura de costumbres, la gracia fluida del lenguaje, i una aptitud maravillosa para identificarse con los demas pueblos.

A algunas verstas de Moscow está el pais cubierto de chozas ocupadas por artesanos *mougicks*. Se les ve sentados cerca de la ventana manejando un telar, que silvando i rechinando entre sus manos, produce escelentes terciopelos bordados ó lisos, i toda clase de estofas segun las muestras mas ricas i elegantes.

No bien ha llegado un dibujo de Lion ó de Manchester, cuando ya el ruso se ha apoderado de él, i con tanto primor que es mui difícil distinguir la copia del original. Ajilidad, maña, paciencia, astucia, perseverancia i destreza, que son las cualidades características de los rusos, no

han podido elevarlos sin embargo á la invencion espontánea. Acaso tiene en ésto una gran parte su situacion social. Este pueblo ha manifestado valor en la guerra, pero un valor sometido á la disciplina, un valor pasivo. El libre atrevimiento de la imajinacion no ha inspirado todavía esas creaciones nuevas que son imitadas por los demas pueblos.

Nosotros los nobles nos empezamos á modelar desde la cuna á la moda de las demas naciones de Europa; nuestra aya es inglesa, nuestro preceptor frances; nuestras misiones diplomáticas nos obligan á aprender el aleman, i no hemos cumplido los treinta años sin que haya venido á completar nuestro curso de lenguas la italiana, por ser la de un pais al que damos la preferencia sobre todos los demas.

Nosotros no imitamos solamente la civilizacion, sino tambien la barbarie.

Los tártaros tenían desde algun tiempo el monopolio de una estofa preciosa que abrigaba mucho, al paso que era lijera i de vista mui linda imitando al terciopelo; ya han aprendido á elaborarla nuestros moujicks con tal perfeccion, que los mismos tártaros vienen ahora á proveerse de ella entre nosotros porque los precios son mucho mas equitativos.

Tambien hemos aventajado á los polacos en la fabricacion de estofas de lana: las mas caras, que valen ahora treinta i dos rublos la archina, (medida de dos pies i cuatro pulgadas) son mui hermosas, si bien nuestros colores oscuros son malos i pardean mui pronto. En otro tiempo nos venia la lana del extranjero, hallándose á muchos centenares de leguas de distancia los mercados que nos abastecian: pero ya en el dia lo hemos reformado todo; actualmente está en la mayor prosperidad nuestro comercio de paños con la China,

i hemos logrado aclimatar los merinos desde las orillas del Báltico hasta las murallas del imperio central. Esta gran conquista la debemos á los ingleses.

Fué Mr. Kempton Harvey, hermano del profesor de la universidad de Moscow, el que hizo venir en el otoño de 1829 desde el interior de la Sajonia á esta ciudad seiscientas cabezas de merinos, i para aclimatarlos los envió á Irkutsk. Harvey encontró mui pronto imitadores; á poco tiempo se formó una compañía, la cual bajo la proteccion del gobernador de Siberia, Mr. Zeidler, trasladó una colonia de cuatrocientos merinos al mismo centro de la Rusia asiática. La colonia cuadrúpeda empleaba cuatro años para atravesar la distancia de seis mil millas. Ya estacionados en Irkutsk, Minusinsk i Verknyndinsk, empezaron á prosperar dichos merinos, i su lana no sufrió deterioro alguno enmedio de las nieves

del Cáucaso. La larga lana de la primera jeneracion pudo mui bien compararse con las mas hermosas que presenta el mercado ingles.

Esta compañía poseia en 1834 seiscientos treinta i cuatro merinos de raza pura, i dos mil novecientos cuatro de raza cruzada de primero i segundo producto. El emperador tomó cuarenta acciones para animar esta empresa, siendo cada una de dichas acciones de 225 rublos. Ya V. vc que esta imitacion de la industria civilizada no deja de hacer honor á una nacion tenida por bárbara.

Nuestros fabricantes de azúcar de remolacha no han sido tan felices. Cuál ha sido la causa de su mal resultado lo ignoro, i no dejo de estrañarlos siendo excelentes nuestros productos, i rindiendo como rinde la remolacha rusa un diez por ciento de jarabe mas que la de Francia. Se ha formado otra empresa nueva sobre las

ruinas de la anterior, la cual vende ya el pond de azúcar, equivalente á 36 libras inglesas, tres rublos mas barato que el del azúcar de las Antillas.

En varios ramos de industria le quedan á la Rusia muchos progresos que hacer. Nuestras porcelanas comunes son detestables; el hierro fundido nos viene de Inglaterra; nuestra cuchillería no vale nada absolutamente; nuestros aceros salen mui mal templados. Se puede comprar un millar de malos corta-plumas por veinte rublos, i volviéndolos á vender á medio rublo cada uno, que es su precio corriente, se puede ganar un dos mil cuatrocientos por ciento; de este modo lucra mucho el comercio por menor, pero es á espensas de la industria nacional.

Nuestras hermosas porcelanas casi rivalizan con las de Sevres. Nuestros sombreros de castor, que no son sino de piel de liebre, tienen un mérito especial, i

nuestros sombreros de felpa son mejores i mas lijeros que los de Lóndres, i se venden un cincuenta por ciento mas baratos.”

Yo acompañé á este instruido coronel á muchas de las escursiones que hizo á las cercanías de Moscow: las aldeas ó poblaciones chicas que se hallan en ellas se asemejan mucho á los lugares de Escocia; pero son aquellos mas sucios é irregulares, i abundan mas en ellos los perros i los cochinos, viviendo en gran parte de las inmundicias acumuladas.

El aldeano ruso va vestido con ropa de abrigo aunque mui sencilla; su constitucion física parece mui análoga á la del aldeano frances é ingles, i su tono es mas familiar que el de nuestros labradores. Ofrece con la mas fina voluntad un pedazo de pan negro i un plato de crema ó de cuajada con un poco de azúcar, i que por cierto es cosa delicada: cuando quiere hacer un obsequio mas distinguido,

alarga un vaso de *quass*, especie de cerveza pequeña algo agria que se sirve sobre todas las mesas, sin esperar remuneracion alguna por su hospitalidad, ni rehusarla si se la dan.

A poca distancia de Moscow se hallan los jardines de Tzaritzena, paseo favorito de los habitantes de aquella capital, i que son una especie de tívoli ó de campos Elíseos, que el príncipe Potemkin creó en otro tiempo para regalarlos á la emperatriz Catalina; pero que en el dia sirven de recreo para el público. (1)

Ofrece con efecto una singular curiosidad ese palacio tan bizarro i caprichoso

[1] Los jardines i el castillo de Tzaritzena, contruidos en 1775, se hallan á diez verstas de Moscow, sobre un terreno que se compró del príncipe Cantimir. Mirada aquella capital desde este punto, ofrece uno de los panoramas mas magníficos que puedan verse.

como el mismo Potemkin, esos kiosques elegantes, cubiertos de un musgo precoz, esas estatuas colosales degradadas i vacilantes, esos techos despedazados, esos caprichos de la arquitectura italiana que se están arruinando, i esa poblacion moscovita tan circunspecta i grave aun en el exceso de su alegría circulando por debajo de los verdes árboles de que están rodeados aquellos escombros. El bosque que en otro tiempo era recortado con tanto esmero por los jardineros encargados de su elegancia, estiende por todas partes su espeso ramaje i ocupa un vasto espacio, un lago regular i otra porcion de curiosidades propias del terreno. Se ven de trecho en trecho algunos pabellones, sillas i mesas dispuestas con orden i simetría; la clase media de Moscow va allí con frecuencia á pasar el dia llevando sus provisiones; muchas veces se dan conciertos i se pasan tambien las noches enteras en

estas partidas de campo. Cuando uno se pasea en verano por estos jardines no oye mas que cantos i risas alborozadas, conversaciones chistosas i animadas que salen de entre los árboles i pabellones iluminados, en los que han establecido su comedor algunas familias.

En cualquiera otra parte menos en Rusia, i con cualquiera otro pueblo, sería de temer que estas diversiones nocturnas, estos pabellones secretos que pueden cerrarse cuando se quiere, esa libertad suma con que andan ambos secos por los bosquecillos frondosos, perdiendo de vista á las personas encargadas de la vijilancia juvenil, habrían de convertirse en teatros de orjias escandalosas; pero no sucede así; tan grande es el respeto de aquellos habitantes á la decencia i al recato que se debe á la virtud i á la inocencia! Si en las cercanías de Lóndres i Paris se hubiera establecido un lugar de recreo con la li-

bertad i proporciones que presta el de Tzaritzena ;qué uso se haría de él?

Despues de haber pasado algun tiempo en esta gran capital moscovita me retiré de ella bien persuadido de que no se puede dar sin injusticia el título de bárbara á esta nacion nueva, jóven por la civilizacion, i envejecida por la imitacion que ha modelado las costumbres de la córte i de la Europa sobre la esclavitud antigua, i sobre un feudalismo salvaje. Fenómeno, que del mismo modo que en la América Septentrional, no ha llegado todavía á su desarrollo, i que no se podrá juzgar sino mui tarde.

(New Monthly Magazine.)

de las i proposiciones que presta el do
Trazada que use se para de el

Después de haber pasado algun tiem-
po en esta guerra civil me he

cas de esta bien personal de
puede con sin injusticia el

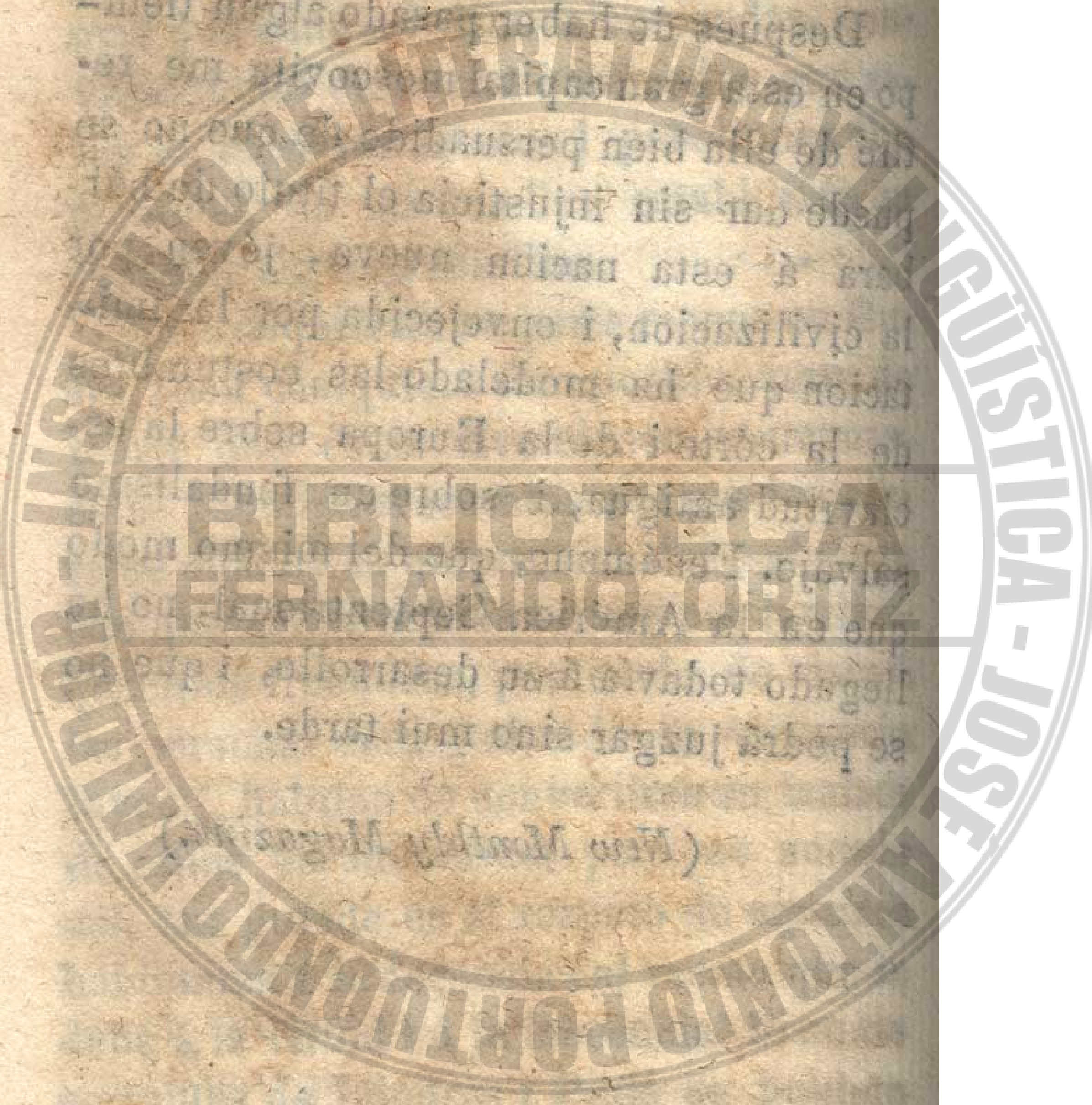
esta a esta nación nueva y
la civilización, i envejecida por la

acción que ha modelado las
de la guerra i de la guerra sobre la

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

legado toda la vida de guerra i
se podrá juzgar sino muy tarde.

(Luz de la guerra)



ACQUISITICA - JOSE

HISTORIA,



AVENTURAS DEL COSACO IMLOW.

A los 27 años de edad mandaba Im-
low un escuadron de cosacos organiza-
dos: su padre, que habia encanecido en las
fatigas de la guerra, le habia dado una
educacion análoga á este áspero ejercicio;
así que el jóven Imlow sobresalia tanto
por la robustez hercúlea de su cuerpo i
por el esfuerzo de su ánimo, como por el
desprecio con que miraba las gracias del
espíritu i los finos modales. Habiendo
pasado toda su vida en los campamentos,

i ocupado sin cesar en las fatigas militares, los pocos momentos que le quedaban de descanso los empleaba en leer á Jenofonte ó á Folard.

El aprecio que habia sabido granjearse de sus jenerales, la consideracion con que era tratado por los oficiales, i el amor que le profesaban los soldados, formaban el complemento de sus aspiraciones; i pareciéndole que ya no podia haber otro placer en el mundo, estaba mui distante de prestar jénero alguno de homenaje ni aun á las mujeres de superiores atractivos. Insensible á los encantos de la dulce union sentimental de dos corazones, no podia creer que los placeres sensuales mas intensos valiesen el sacrificio que el hombre tiene que hacer de su dignidad cuando sucumbe á las leyes de la galantería.

Tal era Imlow en la época en que el ejército frances cruzó el Niemen en 1812. Su carácter de inflexibilidad i dureza con

los soldados de dicho ejército en tanto que fueron victoriosos, se convirtió en humanidad i beneficencia desde el momento en que los vió oprimidos por la cólera del cielo. Respetemos al desgraciado, decia á sus subalternos, tan conmovidos á la vista de aquel horroroso desastre; no aumentemos los males que ya sufren á impulso de su adverso destino. Como él no buscaba sino resistencias, atravesaba con religiosa piedad aquellas llanuras cubiertas de guerreros que iban sucumbiendo al rigor de los mortíferos hielos; jamas su sable se desenvainó para dar el último golpe á aquellos infelices.

Una de las noches de mayor frio, en que el escuadron habia fijado su campamento á las orillas de un bosque espeso, tendido Imlow debajo de un cobertizo de ramaje que en un instante le habian arreglado sus soldados, descubrió al débil resplandor de su hoguera un hombre casi

desnudo que se acercaba á él con un aire de vacilacion i desconfianza. ¿Quién eres? le preguntó en frances.—Una voz desfallecida contestó: "Soy un oficial á quien los cosacos han despojado de cuanto tenia, i vengo á suplicar á V. me reciba como prisionero de guerra."—No queremos embarazarnos con prisioneros; sigue tu camino, le replicó bruscamente Imlow.—

Empero al concluir esta áspera salutation oyó escalar un lánguido suspiro i vió caer desmayado en el suelo aquel desgraciado; le coje de repente un arrebató de compasion, se lanza sobre él, lo levanta con sus robustos brazos, lo lleva á su cama, llama á su asistente i le ordena que le administre los ausilios necesarios.

Aunque Tsokew estrañó ver que su amo infrinjia las órdenes que tenia dadas de no hacer bien ni mal á aquellos hombres que en su retirada precipitada habian depuesto todo carácter de hostilidad, em-

pleó sin embargo todos sus recursos para volver á la vida al oficial frances; le calentó los pies i las manos con agua tibia, le frotó con espíritus las sienes, el estómago i las articulaciones; i cuando vió que empezaba á restablecerse el calor natural, le dió una bebida fortificante, lo envolvió en la manta de su caballo, i dejó que el descanso completase su curacion.

Un sentimiento involuntario habia inclinado el ánimo de Imlow á la piedad para con su enemigo rendido; pero cuando se hubo acostado en su cama de hojas secas, se fijaron sus miradas sobre el semblante de aquel desgraciado; i en aquel estado de contemplacion se enterneció por su suerte. Aquel hombre, á quien acababa de salvar la vida, era sin duda el padre, el hijo, el amigo de seres sensibles, que en aquel momento estaban tal vez formando fervientes votos por su regreso; é Imlow se consideraba como un delegado

de la providencia para conservarles aquel objeto de su tierno cariño. En las facciones de su semblante se traslucía la benevolencia; aquella frente no presentaba los surcos de las arrugas de la cólera; aquellos labios risueños no debían haber proferido palabras de odio; en fin, todo hacía ver á su corazón conmovido que había salvado de la muerte á un ser criado para honrar la humanidad, i antes de quedar dormido resolvió completar la obra.

Cuando el toque del clarín anunció el alba, Imlow se despertó conservando las mismas disposiciones favorables al extranjero, el cual continuando todavía en su benéfico sueño aparecía mas interesante que la víspera, al favor de la serenidad que se veía derramada sobre su semblante.

Imlow se acercó á él, i le dijo dándole una suave sacudida para despertarlo: "Frances, ahí te dejo el fuego, algunos

viveres, mi caballo, una gorra i mi capa; diríjete ácia el Este, i con ese disfraz i la debida cautela podrás incorporarte con tus compañeros. A Dios.” I sin aguardar la respuesta mandó tocar á echar sillas i se marchó.

Este suceso produjo un efecto feliz en el carácter del oficial cosaco, porque desde aquel dia agregó la cualidad de jeneroso á la de humano que le era natural. En su marcha á retaguardia del ejército frances no solamente perseveró en su sistema de no molestar á los que no le oponian resistencia, sino que los socorria siempre que podia hacerlo sin que lo viese su tropa.

Transijiendo con el deber militar, se decia á sí mismo: ”Es verdad que un jefe no puede recomendar á sus soldados la caridad para con sus enemigos, cuyo exterminio está autorizado por las leyes de la guerra cuando le es imposible llevarlos

prisioneros; pero sería harto triste que con algun acto de beneficencia no pudiese indemnizarse en secreto de la dura mision de derramar la sangre de tanto desgraciado. Así, pues, en el curso de dicha retirada desastrosa le ocurrió mas de una vez, después que sus cosacos habian arrancado el fusil de las manos de un soldado enemigo, acercarse á él con una moneda i un pan, diciéndole: "Ten, camarada, mas necesitas tú de esto que de tu arma."

La compasion de Imlow ácia aquellos franceses sobre quienes habia descargado su pesado alfanje mientras que tuvieron el carácter de invasores, se fortificó al ver la noble constancia con que sufrían la desgracia; así que al atravesar las fronteras de la Francia, no pudo menos de saludarla con el nombre de *nacion de valientes*. Empero cuán grande no fué su admiracion al ver que el ejército ruso era acogido por las mujeres con cantos de alegría!

Se ofendió en extremo, i no pudo menos de comunicar á sus oficiales los motivos de su estrañeza; mas uno de éstos, que habia estado prisionero en Francia le hizo observar que como el sistema de conquistas seguido por Napoleon lo ponia en la precision de llevarse todos los mozos para el ejército, ahogando por este medio las jeneraciones en su oríjen, no era estraño que las madres, cuyos hijos varones estaban amenazados de una eterna separacion, i cuyas hijas habian visto por iguales motivos frustrados sus proyectos de matrimonio se regocijasen de la caida de tal sistema.

Querido amigo, le contestó Imlow, cualesquiera que sean los motivos que puedan mover á esas mujeres á ajitar sus pañuelos blancos en el aire cuando entramos en las poblaciones, lo que yo puedo decir es, que si alguna de ellas fuera mi mujer ó mi hija, las obligaría á estar encerradas

en su cuarto, i no permitiría que cometiesen la vileza de victorear á unos extranjeros cuyos sables están teñidos en la sangre de sus compatriotas i de sus mismos hermanos. Digan lo que quieran, esta accion es monstruosamente vituperable.”

Al entrar Imlow con su escuadron en una ciudad pequeña, se presentó una señorita mui linda acompañada por seis señoras de alguna edad, i enlazó al cuello de su caballo una guirnalda de flores artificiales; i el padre de la misma se adelantó á suplicarle tuviera á bien alojarse en su casa. El jóven cosaco contestó con urbanidad á la invitacion; pero al ver que el correjidor de dicha ciudad se sonreia muchas veces durante los cumplimientos del convite, le dijo Imlow aparte: ”Yo desconfio de un empeño tan eficaz; dígame V. quiénes son estas jentes i por qué motivo obran de este modo?”—Nada hai en estos obsequios que pueda inspirar á

V. el menor recelo, contestó el correjidor con aire risueño, este es un simple testimonio de profunda gratitud por la incomodidad que se han tomado ustedes de venir de tan lejos á restablecer los señorios, de cuyo derecho ha ya veinte i cinco años que se ve privado el señor de Malevole; puede que tambien se agregue á ello su resentimiento por algunas quejas que tiene la señorita Bríjida su hija contra un capitan de coraceros; por lo demas son personas mui honradas, de las cuales no podrá V. recibir sino atenciones i obsequios.

El aire grave con que se presentó Imlow en la fiesta que se le daba en honor de los cosacos, no alteró de modo alguno las favorables disposiciones de los hospedantes á celebrarla con alegría. Todos los aristócratas del pueblo i de sus cercanías, en número de siete mujeres i tres hombres, se esmeraron á porfia en hacer creer

al moscovita que la nacion francesa estaba mui contenta de haber sido conquistada. Durante el banquete creyó la señorita Bríjida dar un rasgo brillante de su ingenio diciendo al jóven cosaco, "que por fin los pueblos de Europa iban á ser vengados de las rapiñas que los franceses habian cometido sobre ellos.

Imlow, sobre el cual se habia dirigido la vista de Bríjida al parecer con ia idea de recibir de sus labios la sancion de aquel desvarío, como que ignoraba el arte de disimular la severidad de sus principios, aun delante del objeto mas adorable, contestó del modo siguiente: "Es verdad que el brigandaje de sus compatriotas de V. ha escitado una aversion jeneral; i tal vez el maravilloso progreso de la civilizacion en Francia la autorizan á V. á unir su voz á la de las víctimas de sus depredaciones; pero en nuestro país, sin embargo de nuestras bárbaras costumbres, jamas

nuestras esposas, nuestras hijas i nuestras hermanas, hablan de nuestras faltas sino con induljencia, señaladamente cuando están delante de algun extranjero.”

—Esta reconvencion, que no dejó de picar á la señorita Bríjida hasta el punto de hacerla salir los colores á la cara, la puso todavía mas afable: antes de concluirse el dia ya llamaba á Imlow su amable scita. Ya este empezaba á considerar el partido que podia sacar de aquella familiaridad, cuando recibió la orden de dirigirse al instante á algunas leguas de distancia á interceptar las comunicaciones. Se marchó, pues, sin manifestar sentimiento alguno, como se lo prescribia la buena crianza, por la pena que manifestaba Bríjida, ni por la aprension que tenia el señor de Malevole de ver entrar otra vez los húsares franceses á poner á dura prueba su virtud hospitalaria.

Al llegar á la confluencia de muchos

caminos, que era el punto confiado á su vijilancia, situó Imlow sus centinelas de modo que nadie pudiera pasar sin ser descubierto; i luego que amaneció dirijió la vista en busca de algun sitio conveniente para encerrar los viajeros que habia de examinar i detener. En aquel mismo instante observó que iba á salir del pórtico de una casa de hermosa apariencia, una berlina escoltada por un criado montado. Apretó espuelas al caballo en aquella direccion, i divisó dentro de dicha berlina una dama de extraordinaria belleza acompañada por una señora de mayor edad que debia ser su aya segun lo indicaba su traje.

La direccion que habia tomado el oficial cosaco para salirles al encuentro las sobrecojió; Imlow conoció su turbacion, i les dijo que no temiesen; porque si bien las órdenes que habia recibido de sus superiores lo ponian en la precision de detener su marcha, él se esmeraría en hacer

menos sensible tan desagradable mision ofreciéndolas amparo; i al mismo tiempo mandó al cochero que volviera para atras. — Tranquilízate, amiga, dijo la dama joven á su compañera; el oficial habla frances, él nos protegerá. — Cuidado, Enriqueta, le contestó con aire de inquietud la mujer á quien ella se dirigía, la cual habia sido encargada de su educacion despues de haber concluido su primer ministerio de nodriza.

Enriqueta era hija de un rico contratista: habiendo entrado desde mui temprano en uno de los grandes colejos en los que se dedica mayor cultivo al espíritu, á las gracias i á las artes de adorno, que á la razon reunia á todos estos encantos la destreza de hacerlos valer, i asimismo un vivo interes de ser admirada. Aun antes de saber el motivo de su empeño en agradar, formaba un estudio especial en hacerse reparable por la ele-

gante orijinalidad de su traje, en disipar la indiferencia con el suave sonido de su voz, i en subyugar el corazon con la dulzura de sus miradas i con su encantadora sonrisa.

Así, pues, á la edad de diez i ocho años, en que se desposó con el señor Delmance, habia ya disfrutado de la gloria de un gran número de conquistas, i habia tenido que sufrir las violentas quejas i reconvenciones de las víctimas de sus frias seducciones. El matrimonio, el temor de desagradar á su marido, i asimismo algunas ideas de forzada circunspeccion, habian enfrenado considerablemente la coquetería de Enriqueta; pero olvidaba con frecuencia estas lecciones de severa moral; i para que no volviese á sus antiguos hábitos solia la nodriza recordarla lo que debia al decoro de su nuevo estado; i he aquí por qué le habia encargado de un modo mui significativo, que se anduviera con cuidado.

El señor Delmance estaba ausente á aquella sazón, i Enriqueta vivia en compañía de sus padres en su hermosa quinta, en la cual se habian refugiado asimismo varios de sus amigos figurándose que por hallarse este ameno sitio separado del teatro de la guerra i de las grandes poblaciones, habia de ofrecerles mayor seguridad; pero en la víspera de la llegada de Imlow se habia esparcido por toda aquella comarca la alarmante voz de que los destacamentos de cosacos se cruzaban en todas direcciones, i que amenazaban de cerca aquel asilo. Habiéndose resuelto de repente trasladarse á la cabeza del partido, todos se habian puesto en camino en la misma tarde, escepto Enriqueta que habia tenido reparo de viajar de noche; cuyo atraso fue causa de su detencion.

Apenas se hubo apeado encargó reservadamente al cochero que avisára pronta-

mente á todos los criados lo que ocurría, previniéndoles que dijeran, si eran preguntados, que su padre i su marido se ejercitaban en el comercio. Se ocupó al instante en preparar un almuerzo esquisito, i convidó al oficial cosaco á que viniese á acompañarla. Aceptó Imlow, i se presentó mui pronto á recibir aquel obsequio.

Para juzgar con acierto de las escenas que vamos á describir, se hace necesario ecsaminar previamente la posicion de los personajes. Una mujer jóven i hermosa se halla de repente cautiva de un destacamento de cosacos. Los rumores públicos la han hecho concebir una idea espantosa de aquellas hordas feroces; i en el momento en que su espíritu se ve ajitado por horribles conjeturas acerca de la suerte que la espera, distingue al través de unos bigotes espesos las nobles facciones del jefe de estos bárbaros, i consi-

dera como garantía de su buena educación algunas consoladoras palabras pronunciadas en su propio idioma.

De la impresion que va á hacer en el ánimo de este jefe pende la conservacion de sus bienes i la seguridad de su persona; así, pues, aunque tuviera esta mujer menos inclinacion á la coquetería que la que es comun á las demas, se vería en la precision de valerse de las armas que la naturaleza ha puesto en su mano, i á esforzar este poder con la majia del arte: se halla por fin en la necesidad de emplear en su defensa su hermosura, su amabilidad i todas sus gracias. ¿Qué otra resistencia podría oponer á la fuerza sino la sonrisa i la influencia de sus encantos á fin de ganarse el amparo de su dominador antes de recurrir al extremo de implorar su jenerosidad con las lágrimas? En esta pugna de intereses será ella censurable si abusa de su poder? Mas ¿qué

vencedor se ha parado en los límites prefijados por la prudencia? Dónde está el hombre cuyas pretensiones, por modestas que hayan sido en el principio, no se dirijan al último término si ha obtenido algun triunfo en sus primeros ensayos?

Al lado de este ser débil i pusilánime va á sentarse un jóven soldado, árbitro de acometer la mas atrevida empresa, pero contenido por algunos principios de honradez. Es verdad que su corazon es injenuo, i sus ideas se hallan ecsentas de siniestra intencion; es verdad que ha sabido conservarse puro enmedio de los campamentos; pero sin contar con lo que ha observado en otras partes, i ciñéndose á lo mas reciente, ha visto desde su entrada en Francia que algunas mujeres, tan distinguidas al parecer como la que va á tener á su lado, han solicitado sus obsequios, i que pocas horas antes una de ellas, la señorita Bríjida, con la

desenvoltura de sus modales habia despertado en su pecho sensaciones peligrosas; luego ¿podrá extrañarse que se llegue á persuadir que en esa nacion está radicada la fragilidad en sus hábitos, i la voluptuosidad en las costumbres?

Rejido por estas ideas ¿no deberá merecer induljencia su extravío? Si tratase de hacer mas que acoger un abandono voluntario, ó si intentase cometer alguna clase de opresion sería vituperable; ¿pero dónde está el hombre que sepa combinar la cordura con la ambicion? Qué capitán piensa en la humanidad cuando se le ofrece la ocasion de vencer?

Todas estas consideraciones deben tenerse presentes antes de proceder á juzgar la conducta de Enriqueta i de Imlow desde el momento en que se sentaron á almorzar sin mas testigos que el aya. El jóven oficial principió por manifestar su dolor de que las órdenes tan rigurosas

que habia recibido lo hubieran puesto en la desagradable necesidad de detener á tan amable señora, añadiendo que él haría cuanto estuviese de su parte para que aquel contratiempo le fuera menos sensible.

El modo con que el cosaco hizo aquel cumplimiento dió á entender á Enriqueta que se hallaba con un conquistador dispuesto á tratarla como reina mas bien que como cautiva; desde entonces se desvanecieron todos sus temores, i ya no le quedó mas que el deseo de ejercer su imperio sobre aquel indomable corazon. Las galantes palabras de Imlow la dieron márjen para que ella le atestiguase la confianza que depositaba en un hombre cuyos labios espresaban con tanta finura la delicadeza de sus sentimientos. Se entabló en seguida una conversacion embellecida por su ingenio i animada por su alegría, en la cual le manifestó su voluntad

de que él fuera su caballero, á cuyo título iba anecea la obligacion de defender el honor de su dama.

Sobre este convenio se cruzaron vivísimas alusiones, juegos de palabras de muchísima significacion, i otras agudezas anfibolójicas que para un frances no habrían sido de gran importancia, no así para el inesperto moscovita, cuya imajinacion se ecsaltó de tal modo, que dió por tierra con su repugnancia á la galantería.

A estos indiscretos discursos sucedieron algunàs sorpresas. Cada vez que el oficial volvía á la casa de Enriqueta, despues de haber evacuado asuntos del servicio que ecsijian su presencia en los puestos avanzados encontraba nuevos motivos de admiracion.

Ora la hallaba desplegando la belleza de sus armas en el acto de dar movimiento i vida á su armoniosa harpa

ora estaba acordando los dulces sonidos del piano con los de su melodiosa voz, ó declamando con calor los versos mas sentimentales; i á cada una de estas escenas, inventadas por la infernal coquetería, se irritaba mas i mas la pasión del cosaco. Sus miradas devoraban aquel prodigio de perfecciones; ya estaba en disposición de franquear los límites de la moderación, i de pasar de una escésiva timidez á la audacia mas insolente. Enriqueta gozaba de estas impresiones que descubrian una tinta animada, un embarazo en su porte i unos ojos centelleantes. — Ya he adquirido un celoso protector, decia ella á su aya. — Cuidado, Enriqueta, le contestaba ésta meneando la cabeza en ademan de manifestar lo poco satisfecha que estaba de aquella conquista.

Estas peligrosas galanterías duraron todo el dia. Cuando Enriqueta se retiró por la noche á su habitacion salió Imlow

de repente de su embelesamiento, se precipitó detrás de ella, la alcanzó en el momento en que entraba en su cuarto, i le cojió la mano en la cual imprimió los besos mas ardientes. Aunque Enriqueta se sobrecojió al principio, volvió mui pronto de su sorpresa al ver un porte tan fino, i le dijo con una sonrisa graciosa: "Buenas noches, mi caballero, cuento con la vijilancia de V. para asegurar mi descanso."

Avergonzado Imlow de lo que acababa de hacer, bajó lentamente la escalera, se detuvo un momento en el patio para respirar un aire mas libre; pero al oír que volvía el aya despues de haber cerrado con dobles cerrojos el cuarto de su señorita, salió á pasearse sobre el parque que estaba delante de la casa, i con los ojos fijos en una de las ventanas, en las que divisaba todavía alguna luz, meditaba los planes mas siniestros.

Empezó á desenvolverse en el seno del

jóven militar una pasion violenta; su frente estaba cubierta de sudor; su pecho inflamado; una fiebre ardiente, que le habia secado el paladar, aceleraba sus palpitaciones, i contraia sus músculos. En medio de este delirio se apaga la luz, i concibe de repente la idea de cometer un crimen; i este crimen se presenta á su trastornada fantasía sin ninguna sombra de horror. Coje tres cosacos, entra con ellos en el salon en el que estaba la dueña ocupada en acomodar algunos muebles, manda que se aseguren de ella, i despues de haber arrancado de sus manos la llave del dormitorio de su señorita, á pesar de los esfuerzos contrarios que hizo esta débil mujer, toma una vela i corre al santuario en el que creia Enriqueta que sus coquetías le habrían valido la ventaja de dormir con tranquilidad.

Franquea Imlow la escalera en el mismo grado de delirio; pero ya cerca del um-

bral pierde el acceso una parte de su violencia; abre la puerta con precaucion, camina con paso mesurado deteniéndose el aliento hasta que llega á la cama en que descansa el objeto de su ardor. Se para un instante á contemplar sus divinas facciones, su brazo muellemente caido, sus labios de rosa, i tantos otros encantos que le enardecen la sangre, i lo escitan á perpetrar su atentado. Ya resuelto á este acto execrable va á dejar su candelero sobre una cómoda, i en aquel instante se fijan accidentalmente sus ojos sobre una capa que estaba colgada en una percha, i reconoce que es aquella misma que por un impulso de compasion habia regalado á un oficial frances. Se sorprende, cree que es ilusion.... pero no, es el mismo paño, el forro de piel de oso negro, su broche de oro, i aun el agujero de la bala que le habia atravesado el cuello; pero cómo puede ser si su marido es negociante

te?... Tal vez ella habrá temido confesar que es militar.”

Luego que sus ojos hubieron recorrido aquel misterioso ropaje para asegurarse de que era el mismo, quedó pensativo un momento, i de repente se le presenta una ráfaga de luz virtuosa para disipar su delirio. ”No, dijo entonces con firmeza volviendo para atras, i redoblando su cuidado para no ser oido, no voy á perder el mérito de una buena accion.”

Con efecto, el marido de Enriqueta era el oficial á quien Imlow habia salvado de una muerte cierta cerca de Kalouga. Hallándose de coronel en el ejército encargado de la defensa de Paris, habia pedido Delmance licencia despues del armisticio para ir á ver á su familia, que sabia se halla en el campo espuesta á las irrupciones de las tropas lijeras. Habiéndose provisto de un humilde disfraz para no ser

conocido, habia emprendido á pie su camino salvándose de los destacamentos que recorrian el pais en todas direcciones, i habia llegado á las inmediaciones de su quinta en el mismo dia en que Imlow se habia situado en frente de ella.

Habiendo sabido que su esposa estaba en poder de los cosacos, i no poco ajitado su ánimo sin embargo de haber sabido que la trataban con todo miramiento, aguardó á que hubiera entrado la noche, i se introdujo por puertas escusadas que le eran bien conocidas, hasta el interior de la casa. Alarmado con el ruido confuso que oye en el salon, se presenta en el momento, en que la dueña se lamentaba de su flaqueza é impotencia enmedio de los tres cosacos. Al ver á Delmance esclama: "Ah señor! el gefe de estos mónstruos acaba de arrancarme la llave de la habitacion de Enriqueta; corra V. á salvarla! Pero se destacan contra él dos de los cosacos,

i antes que el ultrajado marido tuviese tiempo de echar mano á sus pistolas para abrirse paso, lo tenían ya sujeto i desarmado.

Mientras que estaba agotando sus débiles esfuerzos contra estos dos colosos de prodijioso vigor, entra Imlow llevando un candelero en la mano, arrima la luz á la cara de Delmance, i reconociendo aquellas facciones que lo habian enternecido en otra ocasion, le dijo con frialdad: "Señor Delmance, su esposa de V. duerme; tome V. la llave de su cuarto i esta bujía; vaya V. á verla; por fortuna la vista de mi capa ha apagado el fuego que su coqueteria habia encendido en mi pecho." Volviéndose entonces á sus cosacos, i dirijiéndoles algunas palabras en su idioma, se marchó con ellos; i á las dos horas ya estaba en marcha para Paris por órden que habia recibido en este tiempo de su jeneral.

Delmance conoció al momento al hombre que acababa de hablarle; pero escitado por un sentimiento mas fuerte que el de espresarle su agradecimiento, guardó silencio, i corrió á la habitacion de Enriqueta. En tales casos es mui natural que la vista de un marido se dirija como el relámpago á todas partes; así lo hizo Delmance; pero se tranquilizó; su esposa dormia profundamente; la capa, aquel talisman que él habia tenido la feliz ocurrencia de colgar á los pies de su cama, era el único objeto que parecia haber sido descompuesto. Ya mas dueño de sí mismo despues de esta breve exploracion, despertó suavemente á Enriqueta, i para disminuir la fuerza de su emocion le fué refiriendo con maña los motivos que lo habian inducido á pasar á verla, i concluyó por instruirla del peligro que acababa de correr.

Asomaron al semblante de Enriqueta

algunas señales de indignacion, cuando oyó lo que Imlow habia dicho á su marido. Delmance se figuraba que ella debiera haber quedado afectada por la reconvencion de coquetería; pero se equivocó, pues la oyó pronunciar estas palabras propias de su carácter: "Ah! él dijo que la vista de su capa.... en verdad que es bien presumido ese ruso!... El no habia visto todavía correr mis lágrimas; i tu bien sabes, amigo mio, que yo sé llorar á las mil maravillas...."

Tan valiente como era Delmance en el campo de batalla, así era bueno en el trato doméstico; se dedicó, pues, á apaciguar el desagrado de su esposa, i lo consiguió por fin; mas no dejó ella de maldecir en lo sucesivo mas de una vez la capa, cuya vista le habia arrebatado el triunfo mas completo i mas apetecido por una coqueta. Delmance, sin embargo, no aprobaba que su esposa pusiera á pruebas

tan duras su fortaleza ni su confianza en sus encantos, sin embargo de que habia él experimentado muchas veces el májico poder que sabia ejercer con ellos, i por lo tanto no dejó de mirar con ojos de grata complacencia aquella capa, la cual á manera de vanguardia habia evitado que se comprometiese la reserva.

Luego que Delmance regresó á Paris, salió en busca de Imlow, lo encontró, le devolvió su capa, lo llamó su bienhechor con toda la efusion de su corazon, i le manifestó sinceramente sus deseos de que frecuentase su casa. El cosaco aceptó los testimonios de una amistad reconocida, pero no quiso volver á ver á Enriqueta.—
"Yo haré, decia, un estudio particular en lo sucesivo de huir de las coquetas, del mismo modo que huyo de los fanfarrones. Toda mujer, que sin abrigar un sentimiento de amor trata de agradar mas de lo que permite una modestia severa, es á mis

ojos tan poco apreciable como el hombre cobarde, cuyo designio es el de adquirir opinion haciendo vana jactancia de un valor que no conoce; yo conceptuo que es una suma imprudencia relacionarse con estas dos clases de personas, que no forman en realidad mas que una, porque ambas son dirigidas por el mismo móvil que lo es la vanidad.”

Delmance no insistió en su invitacion, i al reflexionar sobre las austeras sentencias del cosaco, no dejó de experimentar un vivo dolor por la falsa ternura i frívola educacion que Enriqueta habia recibido de sus padres; cuyas faltas la hacian indigna del ardiente amor que la profesaba.

FISICA EXPERIMENTAL.



LECCION TERCERA.



De la Hidrostatica.

La voz *hidrostática* se forma de dos palabras griegas que significan *agua*, i la ciencia que trata del *peso de los cuerpos*. Así, pues, la *hidrostática*, considerada como un ramo de filosofía natural, comprende la naturaleza, la gravedad, la presión i el movimiento de los fluidos en je-

neral, i el modo de pesar los sólidos con ellos.

Muchos escritores dividen este ramo tan importante del saber humano en dos partes, que son la *hidrostática* i la *hidráulica*: esta última se refiere esencialmente al movimiento del agua por tubos i conductos ó cañerías; pero nosotros lo comprenderemos todo bajo un mismo título.

Un fluido se define jeneralmente un cuerpo, cuyas partes ceden fácilmente á cualquiera presion, i que se mueven con igual facilidad unas sobre otras.

Entre los fluidos i los líquidos hai una notable diferencia; i como algunos los reputan por sinónimos, los marcaremos con sus propios caracteres. El aire, el azogue i los metales derretidos se hallan comprendidos en la definicion anterior de fluidos, mas no reúnen la segunda cualidad de líquidos porque no se adhieren sus partes á otros cuerpos, si se es-

ceptua el azogue que se pega á algunos metales. El agua, la leche, el vino, el aceite, los licores, ect., son fluidos i líquidos á un tiempo, porque participando de los primeros atributos, se adhieren á todo cuerpo que se ponga en contacto con ellos.

Debe tambien establecerse como premisa, que un fluido será mas perfecto cuanto menos fuerza se necesite para moverlo.

Los filósofos opinan que las partículas de los fluidos son escesivamente diminutas, porque no han llegado á distinguir las ni aun con los lentes ó vidrios de aumento; pero convienen en que deben ser redondas pues no de otro modo podrían moverse con tanta facilidad unas sobre otras. Partiendo de este supuesto, afirman que deben quedar espacios entre dichas partículas en su escala menor, del mismo modo que no puede menos de ha-

berlos en todo punto en que se reúnen muchos cuerpos esféricos.

Varias son las razones que se alegan para probar que las partículas del agua son globulares, á saber:

1.^a Todas las plantas acuáticas tienen sus poros de forma redonda, lo cual no puede tener otro designio en la naturaleza sino el de recibir las partículas de agua que tienen igual configuración.

2.^a Todas las aguas minerales i medicinales derivan evidentemente su carácter peculiar de las diferentes sustancias que reciben en sus poros; de lo cual se infiere que las partículas del agua son globulares; i sobre este principio se hacen las tinturas de quina, ruibarbo, ect. Si una parte de quina en polvo, ó cualquiera otra sustancia pulverizada, se mezcla con espíritu de vino, las partículas mas finas se introducen en los poros del espíritu, i cambian el color de la masa

sin perder su transparencia.

3.^a razon i la mas evidente. Si en un vaso ó botella que tenga agua llovediza se introduce una pequeña cantidad de sal, se disuelve sin que la altura del agua se altere en lo mas mínimo. Si despues de disuelta la sal se le echa un poco de azúcar, tampoco habrá alteracion en la línea primitiva del agua, siendo así que ambas sustancias ocupan lugar, i debieran al parecer elevar dicha línea del mismo modo que la eleva cualquiera cuerpo que se introduzca dentro del vaso.

He aquí como en física se esplica este fenómeno. Las partículas de sal al disolverse han ido á ocupar aquellos pequeños espacios que se hallan entre una i otra partícula globular del agua. Las partículas del azúcar, como que son mas finas que las de la sal, han ido á ocupar los diminutísimos espacios que dejó por cubrir la sal; es decir, que las partículas

de ambas sustancias se perdieron entre los huecos de las partículas del agua; del mismo modo que si en una caja llena de balas se introduce una porcion de perdigones, cabrán en los huecos sin que se levante la línea de su capacidad, i si luego se le echa arena ó ceniza cabrá tambien otra porcion entre los huecos que no han podido cubrir los perdigones, i finalmente se podrán tambien introducir otros polvos mas finos ó sustancias que se introduzcan en los diminutísimos espacios dejados por los cuerpos anteriores.

Las partículas de los fluidos son excesivamente duras é incapaces de compression. Todo cuerpo queda reducido á menor tamaño por medio de la presion; no así el agua, el aceite, el mercurio i demas fluidos, en los cuales la presion no hace casi mella alguna. Uno de los filósofos mas distinguidos de Italia quiso hacer la última prueba acerca de estas teorías, á

cuyo fin hizo construir un globo de oro como la materia mas compacta i dura; lo llenó de agua, lo cerró con la mayor firmeza, puso dicho globo en una prensa, con la cual lo fué aplastando i estrechando su capacidad, i vió que el agua en vez de reducirse á menor espacio con tan violenta presion, salia por los poros del globo en finísimas partículas.

Este experimento es el mejor comprobante de la dureza del agua, la cual sin embargo de tener huecos ó espacios como hemos demostrado, nunca se aplasta sobre ellos hasta el punto de disminuir su volúmen. Tal era la creencia de los físicos antiguos; pero piensan de distinto modo los modernos, i entre ellos Boile, Canton, Oerstedt, Colladon i Sturm, los cuales han deducido de sus repetidos ensayos que los líquidos eran tambien compresibles, aunque de un modo poco sensible.

Del peso i presion de los fluidos.

Para dar á este capítulo la posible claridad sentaremos algunas proposiciones en las cuales está contenida toda la doctrina del peso i presion de los fluidos, i las ilustraremos con la esplicacion mas análoga á su fácil comprension.

Primera proposicion. — *Las partículas de los fluidos obran con respecto á su peso i presion, independientes las unas de las otras.*

Si un hombre pone en su cabeza un cuerpo circular ó cuadrado, cualquiera que sea su diámetro, sustentará el peso no solo el que cae perpendicular á su cabeza, sino tambien el que está fuera de dicha línea, porque todas las partes de que se compone aquel cuerpo son coherentes; pero este mismo hombre puesto debajo del agua no sustentará sobre su cabeza sino aquella columna de líquido

que le caiga perpendicular, porque como las partículas de agua no tienen cohesión entre sí, se destacan unas de otras. He aquí la diferencia que se nota entre los fluidos i los sólidos; lo cual se esplica con mayor claridad con el siguiente ejemplo.

Si sobre una mesa se hallan atados tres cuerpos de arroba cada uno, será menester aplicar una potencia igual á tres arrobas para levantar cualquiera de ellos; pero si dichos tres cuerpos están sueltos, bastará la potencia de una arroba para mover á uno solo.

Un cuerpo cualquiera, por ejemplo, una cajita colocada en el fondo de un estanque de la mayor profundidad, i aunque contenga mil ó un millon de arrobas de agua en todo el recipiente, se conservará intacta; i si sobre la misma caja se pusieran una ó dos arrobas de agua metidas dentro de un barril se aplastaría; porque en el primer caso tan solo la co-

Columna de agua que le cae á plomo es la que gravita sobre aquel cuerpo, el cual aunque débil puede sustentarla, mas no así cuando le cae encima un cuerpo sólido cuyas partes gravitan por igual sobre él, estén ó no sobre su línea. Parece, pues, que queda bien demostrado que los fluidos no tienen cohesion en sus partículas.

Segunda.—*Las partículas de agua superiores oprimen i cargan á las inferiores, i tanto mas cuanto mayor es la altura del agua.*

Los antiguos creyeron que el agua no gravitaba sobre el agua, ó segun su expresion mas jenérica, que los fluidos no gravitaban *in proprio loco*; pero repetidos experimentos han dejado ya totalmente desvanecido aquel error. Ilustraremos este punto con algunos ejemplos.

Si se arroja al mar una botella vacía bien tapada i lacrada, i se la conserva á pocas brazas de profundidad, se la vuelve.

rá á sacar en el mismo estado en que se hallaba antes de su inmersión; pero si se la hace descender á una gran profundidad, se la sacará con alguna agua que la ha penetrado por los poros del vidrio ó del corcho; luego esta penetración no se puede explicar de otro modo sino conviniendo en que el mayor peso de la gran columna que gravita sobre dicha botella á una gran profundidad fuerza á la misma agua á que se introduzca aunque sea en finísimas partículas; luego el agua se oprime una con otra, es decir, la superior á la inferior, i así progresivamente.

Cuando á un tonel lleno de líquido se le hacen agujeros en varios puntos de su altura, se observa que el líquido sale con mas violencia por los bajos que por los altos; lo cual no puede atribuirse sino á la mayor presión del agua cuanto es mayor la altura de donde principia á ejercer su acción.

Un cántaro lleno de agua ó cualquiera otro cuerpo, i mas cuanto mas superficie presente, es mas penoso moverlo debajo del agua que despues de haber salido fuera de ella; luego queda bien probada la segunda proposicion.

Tercera.—*Los líquidos cargan i pesan ácia los lados del mismo modo que ácia el fondo.*

Se conocen varios instrumentos físicos para probar con evidencia la verdad de esta proposicion; pero nosotros nos valdremos de puntos de demostracion mas al alcance de todos. Sentado el innegable principio de que todo cuerpo que es oprimido por otro huye de la opresion si puede, i si no puede forcejea para moverse por aquella parte por donde fácilmente se libra de la opresion, no deberá extrañarse que cuando vemos salir con igual fuerza el líquido de una cuba al abrirle un agujero en el fondo i en los costados, sosten-

gamos que lo causan las leyes del principio que acabamos de emitir. Todavía se marca mas la fuerza que los líquidos hacen ácia los costados si para cerrar uno de los agujeros que se le hayan hecho se aplica un corcho débil, ó bien no se le aprieta suficientemente, pues cuando así sucede, salta dicho tapon con violencia con el impulso que le comunica el líquido encerrado.

Presentaremos otro ejemplo bien palpable de la presión de los fluidos ácia los lados en las esclusas de los canales. La fuerza que hace el agua contra las puertas cuando están cerradas es tan grande que no hai fuerza humana que pueda abrirlas, i solo es comparable su resistencia al peso de la misma agua que se halla en aquel recinto, pero al levantar una compuerta, por la cual va saliendo el agua á otra esclusa, en donde se va elevando hasta que se nivela con la anterior, entonces

se equilibra la presión por uno i otro lado de la puerta i se abre con la mayor facilidad.

Cuarta. — Cualquiera cantidad de agua, por pequeña que sea, puede equilibrar i sustentar una cantidad inmensamente mayor.

Esta proposición ha sido considerada como una paradoja hidrostática; pero se explica con facilidad con el ejemplo siguiente. Constrúyanse dos tubos de cualquiera materia que sea, uno de ellos muy delgado i el otro muy grueso; únense ambos i pónganse en franca comunicación por una punta en la forma de una V, échese agua por el tubo delgado, cuya capacidad será tan solo de una libra, i se observará que por aquel conducto se va llenando el otro tubo aunque su capacidad sea de cincuenta, ciento ó mas libras. Ahora, pues, si la libra de agua del primer tubo no sostuviere el peso de las ciento que están en el otro, estas últimas no ha-

brían podido subir al segundo tubo, ó después de haberse elevado harían salir del primero la libra de agua que está contenida en él, es decir, que el mayor peso del segundo tubo debería ir empujando i oprimiendo el agua hasta que fuera saliendo por el primero toda la que formase un desnivel con su peso específico, como sucede cuando se lanza un cuerpo pequeño delante de otro grande, en que aquel se ve empujado por éste. No habiendo, pues, este empuje en el caso presupuesto, porque estando llenos de agua los dos tubos se conservan en perfecto nivel sin que ni de una ni de otra parte salga el agua; luego es preciso convenir en que la columna chica de agua del primer tubo sustenta la otra gruesa del segundo; luego una pequeña cantidad de fluido puede sostener masas inmensamente mayores.

Quinta.— Todos los líquidos tienen la superficie en la misma línea horizontal i oprimi-

men con igualdad en todas direcciones.

Es bien conocido el equilibrio de los líquidos, el cual se funda en la forma globular de las partículas de que se compone, la cual les da una suma facilidad para resbalarse hasta que se iguala su superficie. Sobre este principio fueron contruidos los niveladores de agua, que son unos largos canutos de madera ó de cristal, ó de cualquiera otra materia, los cuales cuando se llenan de agua hasta cierta altura marcan por medio de su superficie el nivel del sitio en que se colocan, i sirven para infinitos usos de la vida, como para nivelar los relojes de sobre-mesa, para arreglar los cuadrantes, los telescopios, los theodólitos i otra porcion de instrumentos físicos.

Los fluidos ejercen asimismo una fuerza de presion ácia arriba i ácia los lados. De la presion ácia los lados ya hemos hablado en la proposicion tercera; tratare-

mos en esta de la presión ácia arriba.

En la proposición anterior propusimos el ejemplo de dos tubos en forma de ángulo poco abierto para demostrar que una pequeña cantidad de agua podía sostener otra inmensamente mayor. Con el mismo haremos ver que los fluidos ejercen igual presión ácia arriba que ácia abajo, porque si así no fuera no se llenaría de agua sino uno de los tubos presupuestos, es decir, aquel por donde se le introdujese dicho fluido; i como vemos que éste pasa al otro tubo por el cual va subiendo hasta nivelarse, luego es claro que ecsiste la citada presión ácia arriba.

Si en uno de los dos tubos unidos que acabamos de figurar, i aun mejor si se construyera otro tubo que tuviese la forma de un medio arco con la parábola inversa, i uno de sus brazos mas corto que el otro, i se colocase en él algun cuerpo lo sostendría dicho fluido siempre que el exceso

de su peso no fuese mayor que el exceso de agua que se hallare en el brazo mas largo del tubo, i si dicha boca ó punta se cubriese con un tapon de corcho que no estuviese mui apretado correría mucho riesgo de que saltase con el esfuerzo del agua; luego no puede combatirse la proposicion de que el peso de los líquidos impele algunos cuerpos pesados ácia arriba, ó que los sostiene para que no caigan.

Aun sin recurrir á experimentos artificiales observamos esta presion del agua ácia arriba, cuando colocado algun peso sobre una caja de carton, ó de papel por ejemplo, la dejamos caer sobre el agua, pues que ni se va al fondo ni se hunde ácia el centro de la caja, siendo fácil conocer que sino fuera por dicha presion no podría conservar plano su fondo, sino que principiando á hundirse por el centro de su gravedad específica concluiria por desaparecer de la superficie.

De aquí emana asimismo un corolario que forma una de las leyes de la hidráulica, á saber: *que mientras las columnas del líquido no tuvieren igual altura é igual peso, no parará dicho líquido hasta que la columna mas lijera no suba á ponerse á nivel de la otra.*

Ilustraremos este punto con algunos experimentos curiosos. Se conoce en la física un fuelle llamado hidrostático, el cual se compone de dos tablas redondas semejantes á la tapa i al fondo de un barril, pegadas á un cuero á modo de saco para que la tabla de arriba pueda llegar á descansar sobre la de abajo: en el centro de la tabla superior se halla un cañoncito ó tubo por el cual se llena de agua aquel fuelle. Si despues de introducida el agua se coloca una persona en pie sobre dicha tabla, cuyo peso equivalga al del agua, sube ésta por dicho tubo sin derramarse; pero si sobre la tabla se pusiera un peso ma-

yor el agua saldria fuera del tubo, á menos que no se le añadiese otro trozo mas largo.

Entre los varios experimentos que sorprenden al que no tiene conocimiento de la física, se halla el de una copa que de repente cambia el agua en vino; cuya maravillosa transformacion se apoya en la diversidad de peso de un fluido comparado con otro. Dicha copa tiene un agujerito en el fondo en comunicacion con la parte hueca de su pie ó base en el cual se halla oculto el vino. Por aquel agujero va saliendo este líquido, i por ser menor su gravedad se va elevando sobre el agua, i ésta va entrando por el mismo agujero en el recipiente en que antes estaba el vino, que forma, por decirlo así, la base de la columna del líquido; por manera que si la cantidad de agua que se ponga en la copa es igual á la del vino, habrá un cambio tan completo que que-

dará oculta toda el agua, i saldrá á fuera todo el vino sin que se note la menor mezcla en las particulas de ambos líquidos.

Sobre este principio, de la mayor lijereza del aceite que el vinagre, están construidas aquellas ampollas de vidrio con dos cuellos que distribuyen con separacion ambos líquidos sin embargo de estar contenidos en un mismo recipiente; i he aquí el modo. Dichos dos cuellos se hallan en direccion encontrada, i estando el nacimiento del primer tubo mas elevado que el del segundo, resulta que al decantar la ampolla por aquel lado sale tan solo el aceite que se halla encima, i decantando la ampolla por el otro lado sale solo vinagre, como que el cuello arranca desde el fondo en el que se halla el líquido mas pesado.

No deja de haber algunos esclavos que conocen prácticamente esta parte de la

hidrostática, i que emplean en ocultar sus robos de aguardiente sustituyendo á la cantidad sustraída otra igual de agua que saben dirigir al fondo del barril introduciéndola por medio de un tubo largo desde el cual cae en derechura á dicho fondo, por ser mas pesada que el licor, i sin que éste pierda grado alguno de fuerza porque no llega á mezclarse.

Son infinitas las máquinas que ha inventado el ingenio del hombre sobre estos principios de gravedad relativa de los fluidos, cuya prolija esplicacion nos haría traspasar los límites de esta obra.

Del peso de los cuerpos sólidos dentro de los líquidos.

No hai cuerpo alguno que sumerjido dentro de algun líquido no pierda algo de su gravedad específica, porque el peso del líquido lo ayuda á sostener el suyo

propio; así es que cuanto menos ligero sea el líquido, mayor será la ayuda que le preste; i cuanto mayor sea el volúmen ó superficie del cuerpo que se sumerja, ha de ser mayor tambien el peso que pierda. Fácil es hacer esta demostracion. Si se coloca en cada uno de los platillos de una balanza una libra de peso, quedarán en su fiel aunque en un lado haya oro i en el otro plata, cobre ó cualquiera otra materia; ahora bien, sumérgase en el agua dicha balanza, i se verá que se desnive-la, es decir, que el plato que contiene el oro queda para abajo i el otro va para arriba, siendo esta inclinacion mayor ó menor segun sea la materia ó superficie del peso del otro plato; de modo que aun comparado el oro con la plata que es donde puede notarse menos diferencia, hai sin embargo la bastante para inclinar el peso á su lado. He aquí, pues, probada la ecsactitud de aquella proposicion, á

saber: que un cuerpo metido en cualquier líquido pierde de su peso tanto quanto pesaría igual volúmen de ese líquido; i que quanto mayor fuere su volúmen, mayor ha de ser el peso que pierda; es decir, que si un cuerpo del peso de dos libras i de media vara de superficie en cuadro, pierde una cuarta parte de su peso en la inmersion, otro de igual peso, pero de doble superficie, perderá la mitad, i así progresivamente.

De este principio de gravedad específica se valió Arquímedes para descubrir el fraude de un platero en la corona de oro que hizo para el rei Hieron de Siracusa. Se cuenta que sospechando Hieron que el platero lo habia engañado mezclando partículas de metal innoble en dicha corona, comisionó al sabio Arquímedes para que lo averiguase sin disolver la corona, cuya hechura era del gusto mas primoroso. Estando este insigne filósofo medi-

tando profundamente en el modo de dar cumplimiento á su mision, entró en el baño que estaba lleno de agua hasta la última línea de su borde; i habiendo observado que el agua que rebosó á su entrada no podia ser sino la correspondiente al volúmen de su cuerpo, saltó del baño en el arretrato de su entusiasmo, i echó á correr desnudo por las calles de la ciudad gritando: "Ya lo encontré! Ya lo encontré!"

Calmados ya sus primeros transportes de alegría procedió á la demostracion práctica de su problema. Cojió un trozo de oro i otro de plata, cada uno de ellos igual al de la corona; los sumerjió cada uno á su vez en un cubo de agua perfectamente nivelada, i calculando la cantidad que habia rebosado en ambos casos, marcó la diferencia que resultaba. Con tales datos sumerjió la corona de oro, i al favor de su prodijioso ingenio graduó á

punto fijo las partes de oro que tenia dicha corona, i las que tenia de mezcla.

Parécenos que no será fuera de propósito dar aquí una tabla de las gravedades específicas por el órden siguiente:

El agua destilada, que será nuestro punto de comparacion, se gradua por ejemplo en una cantidad de.....	1000
El agua del mar está en proporcion de.....	1026
El oro está en la de.....	17486
El mercurio en.....	18568
El plomo.....	11352
La plata.....	10391
El bronce.....	8399
El cobre.....	7788
El peltre.....	7291
El hierro fundido.....	7207
El hierro en barras.....	7788
El zinc.....	7191

	211
El flint glass (cristal).....	3290
El marfil.....	1825
El aceite.....	940
El corcho.....	240

Del movimiento de los fluidos.

La velocidad del agua á la salida de una vasija por un agujero hecho en su fondo, es igual á la que adquiriría un cuerpo grave cayendo de la altura vertical de la superficie del fluido encima del orificio.

Igual velocidad tiene el fluido por un agujero lateral abierto á corta distancia del fondo por ser prócsimamente igual su profundidad; i con esta velocidad ó empuje puede subir el agua á la misma altura de la que se desprendió.

Igual velocidad tienen los caños grandes que los pequeños, porque si bien los primeros por la mayor densidad oprimen

con mas fuerza, tambien la masa que desalojan es mas considerable; por lo cual queda en su vigor aquel principio de que *cuando las fuerzas motrices son proporcionadas á las masas que ponen en movimiento, las velocidades son iguales.*

Las cantidades de líquido que salen en un mismo tiempo por orificios de diferentes alturas son entre sí como los productos de las áreas de los orificios por las raices cuadradas de dichas alturas; es decir, que se multiplican por sus números respectivos. Por ejemplo, si un agujero abierto en una vasija de agua á un pie de profundidad da mil pulgadas de agua cúbica por minuto, otro agujero de igual diámetro abierto á nueve pies de profundidad dará tres mil, porque la raiz cuadrada de nueve es tres. Aun á la simple vista se observa esta diferencia al extraer el agua de cualquiera vasija en la cual es violentísimo el empuje con que se pre-

senta al agujero ó llave cuando está llena, i la flojedad gradual que va adquiriendo á medida que se va vaciando, i la razon no es otra sino la presion, cuya fuerza es mayor en razon de su cantidad i altura.

En una pipa de vino, por ejemplo, que requiera seis horas de tiempo para vaciarse, dividiendo dicho líquido en treinta i seis partes iguales se observará que en la primera hora habrán salido once partes, nueve en la segunda, siete en la tercera, cinco en la cuarta, tres en la quinta i una en la sesta.

Del sifon.

El sifon es un tubo curvo de cristal, de metal ó de madera, con un brazo mas corto que otro; el cual sirve para extraer toda clase de líquidos sin mas trabajo que el de aplicar el brazo corto á la vasija i ehupar por la estremidad del brazo largo.

Fácil es inferir que este fenómeno, así como todos los que se observan en esta parte mecánica, consisten en la presión del aire. Contrayéndonos al sifon, diremos que estando la superficie del líquido contenido dentro de una vasija, oprimida con igualdad por todas partes, se conserva en descanso; pero desde el momento en que se le quita con la absorción la columna de aire correspondiente al diámetro del tubo, principia á elevarse i á salir por él; i ésto comprueba una de nuestras anteriores proposiciones de que los fluidos empujan tambien ácia arriba, porque la facilidad con que se dirige el agua al sifon indica que desde que le quitaron la columna del aire que lo oprimia quedó siendo mayor el empuje del fluido ácia arriba; i á esta menor resistencia que experimenta por la parte superior se debe que se escape por el citado tubo.

Empero esta sola razon no bastaria si

la columna de aire en la parte descendente del tubo no fuese mayor que en la ascendente, pues en tal caso se suspenderia dicha salida, porque siendo iguales las supuestas columnas se equilibraria en ella el aire, i no podria ejercer su fuerza de atraccion, porque pesaria tanto la una como la otra. De estos mismos principios procede el fenómeno que observamos en las fuentes intermitentes, i que se forman cuando el terreno en donde se hallan los receptáculos de agua es parecido en su estructura á un sifon mediante su conducto natural que del fondo del agua se eleva para luego descender á mayor profundidad. En este caso i cuando una filtracion mayor de agua levanta el líquido al punto que necesita para que la presion del aire sea menor que la de la misma agua, sale por dicho conducto, oríjen del manantial, hasta que la columna descendente se nivela con la ascendente, que es la señal de la intermision.

Vuelve á aparecer dicho manantial cuando el receptáculo interior ha recojido mayor caudal, con el cual ha pasado la línea ó límite de su suspension, cuya operacion se repite muchas veces; i he aquí la causa de la citada intermision de algunas fuentes.

De la jeringa.

La jeringa se compone de un tubo cilíndrico dentro del cual se introduce otro cilindro ajustado que se llama émbolo, el cual puesto en accion ascendente forma en la parte inferior del tubo un espacio, que pasa á ser ocupado por el agua si se aplica el piton á algun vaso que contenga dicho fluido. Dando á dicho émbolo la accion descendente, ó sea empujando ácia abajo, sale el agua con ímpetu por el orificio.

Todo este mecanismo estriba en la pre-

sion de la atmósfera. Como en efecto se estiende su fuerza á todos los cuerpos i superficies, i de consiguiente al agua, desde el momento en que ésta deja de ser oprimida por algun punto, se levanta por él al favor de su elasticidad.

Esto es, pues, lo que sucede con la jeringa, la cual con la absorcion deja todo el diámetro del piton sin presion alguna, i por allí se levanta el agua hasta que llena todo el vacío.

De las bombas.

Las bombas, que son unas máquinas hidráulicas destinadas á elevar el agua, se componen de cilindros huecos sin escabrosidad alguna en lo interior, i de un diámetro bien igual en su lonjitud, que se llaman *cuerpos de bomba*, en los cuales se hace entrar un tapon ó sea el *émbolo*, que se hace obrar por medio de una espiga de

metal, á la estremidad de la cual se ajusta la fuerza motriz con el auxilio de una palanca ó de cualquiera otra máquina. A todo este aparato se une un tubo ascendente para conducir el agua á la altura que se desea, i por último se agregan unas válvulas ó sopapos.

Es bien conocido que los prodijiosos efectos de este mecanismo se deben á la presion del aire. Es sabido asimismo que en todos los cuerpos que se hallan sobre la superficie de la tierra ó á poca distancia de la misma, es dicha presion igual á 14 ó 15 libras de peso por cada pulgada cuadrada. Como á cada movimiento de la bomba va el émbolo sacando por intérvalos dicho peso que oprimia el agua, va ésta subiendo, hasta que al fin de un número de golpes dados con la palanca ó mango de la bomba llega á la estremidad, por la que se derrama sobre el punto que se desea.

Cualquiera puede observarlo prácticamente aprocsimándose á las bombas de mano que tanto abundan en los jardines, en las haciendas de campo i aun en las casas particulares. Se verá que para que llegue el agua á la estremidad superior se necesita dar varios golpes de arriba abajo al mango de dicha bomba; á cada uno de los cuales sube la columna de agua cierto espacio, i para que al tiempo de bajar el émbolo sin cuya accion inversa no podria volver á subir, supuesto que todo el movimiento es en una área muy corta, i para que en igual ascenso i descenso no se pierda lo que se ha adelantado en el golpe ascendente, se fija una válvula, la cual al bajar al émbolo se cierra, i al subir se abre; por medio de cuyo mecanismo se ve que á los pocos golpes de bomba ya está, como llevamos dicho, el agua saliendo por el tubo superior, i una vez establecida la salida continúa el

chorro sin intermision, con tal que no se deje de dar movimiento á la citada bomba.

Empero este modo de elevar el agua tiene sus límites, porque no pudiendo el peso de la atmósfera balancear ó conservar en equilibrio una columna de agua sino hasta los 34 pies franceses, es claro que no podrá la bomba ejercer su accion sino hasta dicho límite, i como debe descontarse alguna parte por los rozamientos ó por otras causas atmosféricas, no será prudente aplicar la bomba á un pozo, estanque ó receptáculo de agua que tenga mas de 33 pies de profundidad, porque es mui probable que mas allá de ese término no alcance su fuerza.

Se conocen varias clases de bombas; las unas son compresivas i las otras atractivas; i las hai tambien compresivas i atractivas á un tiempo; las compresivas se subdividen en elevatorias é impelentes.

No admitiendo la concision del presen-

te tratado esplicaciones difusas sobre cada uno de los puntos relativos á esta parte tan importante de la física, nos vemos precisados á suprimirlas, i nos limitaremos por lo tanto á apuntar lo mas interesante para que tengan una idea jeneral de este mecanismo los que no se hayan dedicado á un estudio de tanto recreo é instruccion.

La bomba de mano que acabamos de describir pertenece á la clase de las *compresivas elevatorias*.

La bomba *compresiva impelente* se compone de un cuerpo de bomba del todo cerrado por la parte inferior, i enteramente abierto por la superior; en cuyo cuerpo se halla un émbolo que no difiere de la bomba anteriormente descrita, sino en que la válvula obra en un punto mas bajo. Esta bomba debe estar colocada en parte debajo del agua.

La bomba *compresiva i atractiva* á un

tiempo se compone de un cuerpo de bomba abierto por la parte superior, i que contiene en la parte inferior el tubo de atraccion, en la reunion de cuyo tubo con el cuerpo de bomba se halla colocada una válvula destinada al mismo uso que en la bomba simplemente atractiva. En dicho cuerpo de bomba hai un émbolo entero que se pone en movimiento con la ayuda de una espiga i de una palanca. Al lado del citado cuerpo i ácia su parte inferior está unido un tubo ascendente, en cuya parte inferior hai otra válvula, i en la superior un desagüe; siendo indispensable circunstancia que la citada bomba no esté sumerjida en el agua mas que la estremidad inferior del tubo de atraccion.

Se ve por lo tanto que la primera accion de esta bomba es atractiva, por que si se levanta el émbolo, snbe la columna de aire que carga encima, i el aire que se halla en el tubo de atraccion se hace con es-

te motivo mas raro que el exterior; luego este último cargará con mas fuerza sobre la superficie del agua, i la hará subir despues de dados algunos golpes de émbolo. Llegado al cuerpo de bomba si se baja el émbolo, se cierra la valvula primera, i el agua no puede menos de entrar por el tubo ascendente levantando la segunda válvula, la cual inmediatamente que cesa la presion vuelve á caer por su peso i por el del agua que tiene encima; luego se ve que el émbolo atrae al subir é impele ó comprime al bajar.

Con esta clase de bombas se puede elevar el agua á una grande altura, no necesitándose para ello sino dar mayor lonjitud al tubo ascendente, i aumentar la fuerza que debe poner la bomba en movimiento.

De las bombas de incendios.

En la última clase que acabamos de describir se pueden incluir las bombas de incendios, las que son á un tiempo compresivas i atractivas, i sostienen asimismo un chorro de agua continuado sin embargo de no tener mas que un cuerpo.

En estas bombas no se halla mas diferencia sino la de que su tubo de atraccion es mucho mas corto, i que en lugar de tubo ascendente sólido, lo tienen algunas de cuero, al cual se le da una lonjitud conveniente. Una máquina de esta especie se compone, pues, de un cuerpo de bomba abierto por la parte superior, con su tubo de atraccion en la inferior, en la reunion de cuyo tubo con el cuerpo de bomba se halla una válvula que tiene el oficio de estorbar que el agua, ya introducida vuelva á caer al depósito. En dicho

cuerpo hai un émbolo sin agujerear, i que se pone en movimiento con el apoyo de una espiga de metal i de una palanca de segundo órden. Acia la parte inferior del cuerpo de bomba i sobre uno de sus lados hai un agujero que se cubre con otra válvula, asegurada con un tornillo, i la cual tiene por oficio el de impedir que el agua, una vez fuera del cuerpo de la bomba, pueda volver á entrar en él cuando se levanta el émbolo.

Por medio de este mecanismo complicado con otra porcion de piezas necesarias para fijar el tubo de cuero i para formar el cajon de agua, que jeneralmente está pegado á la bomba de incendios, se consigue que obrando la presion del aire exterior sobre la superficie del agua al levantar el primer émbolo, la obliga á pasar al cuerpo de bomba levantando la primera válvula, i al bajar el mismo émbolo su presion cierra la misma válvula i abre la segun-

da, pasando entonces el agua no solo al tubo de cuero, sino tambien al intévalo que se halla entre el cuerpo de bomba i el tubo que lo rodea comprimiendo el aire encerrado en él.

Como de la operacion anterior procede que se levante de nuevo el segundo émbolo, el aire sujeto á la presion que sufría antes, se desenvuelve en virtud de su elasticidad, obra sobre el agua que está entre el cuerpo de bomba i el tubo que la rodea, i la hace subir ácia el tubo de cuero, de modo que cuando baja el émbolo el agua es impelida por el émbolo mismo, i cuando se levanta, es impelida por la elasticidad del aire, lo que es causa de que no se pare la salida del agua.

La continuacion del chorro es necesaria en los incendios i se obtiene con esta bomba, empleando la elasticidad del aire en el momento en que se levanta el émbolo. Aunque para hacer andar estas bom-

bas se necesita dupla fuerza porque se trata de dos acciones, que son la de impe-
 ler la columna del agua i la de comprimir
 el aire, no puede ser éste un grave incon-
 veniente, porque cuando ocurren los in-
 cendios sobran los brazos para manejarlas.

De los surtidores.

Es un principio conocido que los sur-
 tidores se elevan á una altura igual á la
 de los depósitos; pero se reconocen varias
 causas que debilitan en parte dicho im-
 pulso, i son: 1.^a El rozamiento de los en-
 cañados ó tubos desde el depósito á la sa-
 lida. 2.^a El rozamiento contra el circuito
 del orificio. 3.^a La resistencia que opone
 el aire al movimiento de la columna de
 agua. 4.^a El peso de las partículas del
 agua que han perdido su velocidad al su-
 bir, i que tratándose de ascensiones ver-
 ticales caen sobre las partículas que van
 subiendo, lo que no deja de templar su

fuerza; por cuya razon sube mas el agua en los surtidores algo inclinados.

Con todo, á pesar de estas fuerzas atenuantes sube el agua con poca diferencia á igual altura de la que se desprende; i esta altura interior es lo primero que calcula cualquiera que desea tener una fuente con su surtidor.

Del hidrómetro.

El *hidrómetro*, cuyo oficio es el de fijar con prontitud i seguridad la gravedad específica de los fluidos, es un tubo hueco cilíndrico de cristal, marfil, cobre &c., de cinco ó seis pulgadas de largo, i que tiene pegada á su estremidad inferior una esfera de cobre, de la cual pende otra mas pequeña que contiene azogue ó plomo para dar peso á la máquina, i hacer que se hunda verticalmente en el fluido. En lo largo del tubo se halla marcada la numeracion (que principia de abajo arriba) de

la gravedad específica del fluido á que se aplica; por manera que si dicho hidrómetro al colocarlo sobre el agua se hunde hasta los diez grados, i en el espíritu de vino hasta el 11-6, dará por resultado que la gravedad específica del agua con respecto á la del espíritu es como 11-6 á 10, i así en los demas, es decir, de 862 onzas por 1.000 que corresponden al agua.

Sobre este principio están contruidos los graduadores de los mismos licores, es decir, aquellos hidrómetros centigrados de cristal, contenidos en pequeños tubos que se llevan fácilmente en el bolsillo, i que poniendo un poco de licor en dichos tubos ó canutos, se coloca el centigrado en el verdadero punto que le corresponde i marca los grados de fuerza que tiene.

De la campana del buzo ó urimatoria.

Esta no es mas que una campana de cobre sin badajo, de suficiente tamaño

para que uno ó dos hombres puedan trabajar dentro de ella, i obra sobre la mar del mismo modo que un vaso invertido sobre una palangana de agua, pues que así como en este último caso el agua no penetra sino dos ó tres dedos á lo interior del vaso, del mismo modo en dicha campana no invade el agua sino la primera superficie por aquel principio de física de que ya hemos hablado, á saber: que el aire es elástico i cede su lugar al líquido hasta cierto punto i nada mas, porque como éste es casi incompresible, queda aquel dueño de las rejiones superiores de la campana, en la cual debe haber conductos para renovar el aire, porque de otro modo se asfisiarian los que estuviesen dentro.

Esta máquina se inventó para descubrir i estraer del fondo del mar los objetos preciosos, i se ha puesto infinitas veces en ejercicio con los mejores resultados.

HISTORIA,



El Charlatan.

Embarcado recientemente, dice un célebre escritor i viajero anglo-americano, en un buque de vapor sobre el Misisipí, nos hallábamos ya á dos horas de distancia del pueblo al que nos dirijíamos, cuando nos sobrevino una de las desgracias mas horrorosas que hayan ocurrido desde la feliz invencion de este ajente prodijioso.

Me hallaba sentado en la popa del bar.

co, cerca de la ventana de la cámara que daba vista á la mar, absorto en mis filosóficas meditaciones, cuando oí de repente un ruido parecido al terremoto que estremeció el buque, i lo hizo retroceder algunas varas, i en el mismo instante se vió salir una columna de vapor inflamado por las aberturas que habia hecho en la cubierta la furiosa esplosion de las calderas; se vieron asimismo volar por el aire varias piezas de la máquina i del mismo buque, i despues de una corta pausa principiaron los jemidos i lamentos de los moribundos, i los agudos gritos de los que no habian recibido lesion alguna; tendí azorado la vista á mis alrededores i me vi salvo por milagro.

Me levanté para informarme de aquel trájico suceso, i ¡oh escena de horror! vi porcion de cadáveres tirados sobre cubierta i otros en la bodega; por todas partes fragmentos de la máquina, i ennegre-

cida aun la parte sana del buque con el hollin i cenizas lanzadas por dicha esplosion; los pocos que sobrevivieron á esta catástrofe presentaban el aspecto de la muerte; todo era horror i espantosa afliccion; se sacaron colchones de la cámara sobre cubierta, i en ellos se fueron reuniendo las mutiladas i desfiguradas víctimas de estos estragos.

Jamas me he hallado en una situacion tan cruel i dolorosa; ver de repente reducidos al polvo i á la nada aquellos hombres rubustos que eran el emblema de vigor i de la fuerza; oir los lamentos del dolor i de la desesperacion cuando pocos minutos antes no se oian mas que cánticos i espresiones las mas vivas de placer i de regocijo! Justo Dios, cuán distantes estábamos de pensar en tan horrible calamidad! Cuán deleznable es nuestra vida si en un momento podemos perderla, i sepultar de un golpe todos nuestros

mundanos proyectos i brillantes esperanzas! Nosotros tejemos guirnaldas de alegría sobre el mismo borde del sepulcro; nos recreamos con los benéficos rayos del sol sin pensar en la furiosa borrasca que se está levantando sobre nuestras cabezas, i que va á lanzar en breve su electricidad esterminadora!

Ya el sol iba caminando para su ocaso cuando los que habíamos tenido la fortuna de salvarnos de aquella ruina empezamos á navegar sobre el mismo buque reparado del mejor modo posible, i habilitado con la vela para el corto trecho que nos faltaba, i á poco tiempo entramos en el pueblo, situado á la orilla del rio sobre una colina de suave ascenso que le daba la forma de un hermoso anfiteatro. Alborozado de gozo i penetrado de gratitud al Ser supremo por haberme salvado prodigiosamente de aquella catástrofe, considerando al mismo tiempo que habia salido

á recibírnos sobrada jente para prestar á mis compañeros de infortunio los ausilios necesarios, i para tributar los últimos servicios fúnebres á los que habian fallecido, cojí la parte de mi equipaje que habia quedado servible i me dirigí en busca de una posada ácia uno de los puntos mas risueños de la poblacion, cuya vista se enseñoreaba con embeleso sobre la inmediata campiña i sobre aquel caudaloso rio.

Absorto en mis meditaciones sobre los grandes sucesos que acababa de presenciar, caminaba lentamente, cuando al levantar la cabeza vi sobre una eminencia, á poca distancia del camino, un pabellon ó tienda de campaña con una bandera de varios colores que la brisa de la tarde agitaba con violencia, i en la cual se leian las siguientes palabras: *Al comedor de culebras.*

La tienda ó pabellon presentaba una abertura á modo de puerta, cuya entrada

estaba cubierta con una cortina. Se veían en la parte exterior algunos bancos colocados en anfiteatro que á aquella sazón estaban llenos de jente, i detras de la oscura cortina se divisaba la opaca luz de una lámpara. Movida mi curiosidad por este aparato, dirigí mis pasos ácia aquella reunion, pagué mi contingente á la persona encargada del cobro, i tomé asiento entre la muchedumbre.

Principió á oscurecerse el firmamento, i el centelleo de las estrellas se divisó mui pronto sobre las aguas del Misisipí que nos caía enfrente, i cuya vista no dejaba de recrear nuestros sentidos. Los cipreses que teníamos á la vista tomaban con la oscuridad formas fantásticas capaces de escitar alarmas en imaginaciones débiles i acaloradas, i el lúgubre chillido de la lechuza, que se oía de vez en cuando desde los bosques vecinos, no dejaban de inspirar un respetuoso temor.

Me hallaba entretenido en la contemplacion de estos variados objetos, cuando al toque de una campanilla se levantó la cortina de la tienda i se presentó un jóven sentado sobre una mesa, teniendo delante de sí una caja con cristales que formaba al parecer dos ó tres separaciones. La edad de este jóven sería de veinte i ocho á treinta años; su cara era seca, i pálido su color, pero sus ojos hundidos tenian aquel brillo sobrenatural que se ve tan á menudo en los que adolecen de consuncion ó de tisis. Su voz, aunque floja, tenia mucha suavidad; pero la tos que le acometia con frecuencia no le permitia usar de la locuacidad propia de su oficio. Luego que se hubo quitado la corbata i levantado las mangas de su casaca á guisa de cubiletero, dijo:

”Este público respetable se ha reunido para ver al comedor de culebras. Si alguno desea satisfacerse viendo el reptil que

voi ahora á tragarme en presencia de todos, i á sacarlo vivo de la garganta, tenga la bondad de acercarse.

Volvió entonces ácia los espectadores la caja con la tapa levantada, i descubrió á la vista de todos una horrorosa culebra de cascabel: estaba dormida i enroscada; pero cuando se la aguijoneó un poco levantó su cabeza piramidal, i moviendo con rapidez su venenosa lengua, envestia al cristal haciendo vanos esfuerzos para escaparse, en tanto que se estremecian sus cascabeles con un sonido violento i aterrador, mientras que sus dilatados ojos arrojaban fuego, i que sus ásperas escamas se presentaban como erizadas; señales todas de hallarse aquel ser ponzoñoso en el mayor acceso de su furia.

Hecha ya esta espantosa esposicion, volvió á colocar el comedo de culebras dicha caja en su antigua posicion, inclinó su cara ácia uno de sus ángulos, dió un

suave silvido i fué sacando con la mano al terrible reptil, el cual, como si hubiera sido embelesado por el aliento i silvido del charlatan, se presentó como lánguido i sin accion, si bien no dejaba de percibirse el sonido de los cascabeles. Arrimó á sus labios la venenosa serpiente, abrió su boca i empezó á introducir en ella la cabeza. Era con efecto un espectáculo de horror ver como el mónstruo feroz iba abriéndose paso por la garganta de aquel ser humano, cuyas mejillas empezaron á dilatarse de repente, i su semblante á tomar un color amoratado. Sus ojos parecia que iban á saltar de sus órbitas; sus labios se llenaron de blanca espuma, i apareció toda su fisonomia tan desfigurada como si estuviese luchando con las ansias de la muerte. Una parte de los espectadores no pudo menos de prorumpir en un grito de horror.

Despues de haber aparentado el charla-

tan que masticaba i se tragaba aquel ponzoñoso manjar, volvió á abrir poco á poco la boca, i fué sacando la cabeza del reptil con su lengua inflamada como el fuego, que movia sin cesar, i luego fué saliendo el cuerpo, aunque lentamente, como si fuera retenido por otros reptiles de su especie que tuviesen su vivienda en aquella extraña caverna estomacal. Al paso que las encojidas coyunturas i pliegues de la culebra se iban desenvolviendo, lo que sucedia á medida que salian de su encierro, este raro gastrónomo volvía á tomar su color natural. Salió por último todo el reptil; fué colocado de nuevo en la caja, i se concluyó la fiesta.

Habiéndose sentado el comedor de culebras por algunos instantes á fin de reponerse del cansancio de una tarea tan pesada i espuesta, volvió á levantarse, i dirigiéndose á los espectadores les dijo: Señores, deseo que éstos mis arriesgados

experimentos hayan producido el objeto que me he propuesto, que es el de admirar i sorprender, i no el de alarmar ó causar algun espanto. Es verdad que hai en mis habilidades un misterio; mas éste no puede ser revelado. Me llaman loco i brujo, pero no soi brujo; i aunque fuí loco en algun tiempo, no lo soi ahora, si bien en ciertos momentos desearía serlo. No faltará quien califique de bárbara mi profesion i aun de repugnante; pero si ustedes me conociesen juzgarian de mí de un modo mas favorable. Doi á ustedes gracias por su asistencia, i deseo que ustedes hayan quedado satisfechos i complacidos.

Entusiasmado el auditorio con un espectáculo tan maravilloso, prorumpió en tres vivas, i se retiró penetrado de espantosa admiracion. Yo dejé que todos hubiesen salido, i luego que me vi solo me dirigí al comedor de culebras, el cual estaba despachando con envidiable apetito

algunas provisiones que llevaba en su alforja. Entablé conversacion con él; pero aunque lo encontré sociable desde el principio, se me mostró sin embargo triste i reservado, hasta que por grados fueron mis observaciones escitando simpatía en su ánimo; i como era ya la media noche, i nos hallábamos los dos solos en su errante habitacion, sentados al descubierto contemplando al turbio Misisipí que corría por debajo de nuestros pies, i las centelleantes estrellas que iluminaban el firmamento, parece que este hombre singular adquirió conmigo una confianza sin límites; i sin que fueran necesarias las mayores escitaciones por mi parte, quiso referirme su historia como un desahogo ó consuelo de sus penas, i principió en los términos siguientes:

„Yo no soy, amigo mio, lo que V. ve. Aunque el vulgo me considera como hombre que tiene pacto con el diablo i con las

brujas, no soi mas que un ser desgraciado, perseguido por la suerte, atravesado por las penas mas acerbadas, i casi sin esperanza alguna. No me esplico así por merecer la compasion de V., porque la compasion humana lo mas que puede hacer es renovar en mi corazon las llagas de la fúnebre ternura, sin derramar un rayo de consuelo sobre las fuentes del dolor: éstas deben correr en la oscuridad sin que vean jamas la luz. Oigame V.

Habrá como ocho años que dominado por el espíritu de aventuras llegué en derecha desde la universidad en que estaba concluyendo mis estudios á uno de los Estados de este hermoso pais. Traje sin embargo muchas cartas de recomendacion de mi padre, i me dediqué al comercio asociándome á algunos colonizadores, quienes del mismo modo que yo trataban de fomentar sus relaciones mercantiles ensanchando las fronteras de la

civilizacion. El comercio de pieles por trueques con otros jéneros me fué mui ventajoso; mi capital se duplicó en poco tiempo: la suerte continuó dispensándome sus favores hasta que adquirí lo bastante para vivir desahogada i prósperamente.

Me vi sin embargo precisado á abandonar la sociedad, i á condenarme á la vida bárbara i errante. V. estará admirado de mi relato, i tendrá curiosidad de saber las causas de esta mi estraña resolucion. Pues no fueron otras que una pasion.

Un tio mio, que habia venido á América algunos años antes, tenia una hija que yo habia querido con el mayor estremo desde mui niño, i á mi llegada á este pais la encontré enteramente formada i convertida en un prodijio de hermosura. Era con efecto el ser mas precioso que hubiera salido de las manos del Criador. Su belleza adquiria doble realce con la gracia i el talento. Su voz era melodiosa, su son-

risa encantadora i en sus dulces ojos azules se veia la espresion del mas puro i candoroso afecto. El color de sus mejillas desafiaba al de la rosada aurora, i cuando su alma recibia alguna fuerte sensacion superaba al encarnado de la púrpura; de su blanca frente se desprendian hebras de oro puro, pues tal era su rubio cabello. Era por fin un conjunto de perfecciones que no admitia punto de comparacion en lo humano. Este fué, pues, el centro de mis deseos, el objeto de mis aspiraciones i el ídolo de mi corazón.

Llegué á ser el mas afortunado de los mortales, llegué á poseer aquel tesoro; la iglesia lejitimó nuestro amor, i el cielo bendijo nuestra union con darme á los nueve meses un delicado fruto de nuestro cariño. Para vivir con mas tranquilidad en el seno de mi familia habia abandonado la carrera ambulante de expediciones comerciales, i habia fijado un estableci-

miento industrial en una aldea situada sobre las mismas fronteras de los indios, la cual si bien era miserable, me ofrecia sin embargo las mejores proporciones para continuar mi comercio lucrativo con aquellos pueblos salvajes.

Todos los domingos teníamos que andar algunas millas si queríamos oír la palabra de Dios, porque en nuestra aldea carecíamos de un ministro eclesiástico que nos la anunciase; i aun mas que por la distancia era penosa por la calidad del camino quebrado i metido entre espesos i espantosos bosques, los cuales no se podían cruzar sin que se penetrase el alma de terror. Nuestro amor á las prácticas religiosas nos hacia arrostrar sin embargo estos peligros; mas no fué aquí donde el destino habia decretado mi ruina.

En el mismo dia en que celebrábamos el segundo aniversario del nacimiento de nuestra única niña Sara, se hallaba esta

malograda criatura sentada sobre el mostrador, i su madre en pie á su lado, cuando entraron en la tienda tres indios feroces. Ellos venian sin duda de largas distancias porque estaban llenos de lodo, con los pies descalzos i con la ropa despedazada. Al momento reconocí á uno de ellos, llamado el *lobo ahullador*, hombre bárbaro i desesperado que haciendo con frecuencia sus escursiones sobre nuestros establecimientos fronterizos, no traia mas objeto que el de pedir ron i hacer cambios de malas pieles que sacaba de la caza. Recordé que en el año anterior me habia rehusado á darle aguardiente, i que resentido de esta negativa habia jurado vengarse de mi.

”Ola, dijo al adelantarse ácia el mostrador en donde estaba jugando mi niña, el *lobo ahullador* prometió volver i lo cumple; necesita beber el espíritu que alegra; lo pide, i sino habrá venganza!”

Procuré entrar en razones con él, pero fué en vano, porque ya su cabeza estaba perturbada con el licor que habia tomado del frasco que uno de sus camaradas llevaba colgado al cuello.

Vamos, repitió el lobo, quiero leche de fuego, ¿dónde está? No puedo aguardar mas tiempo. Me llenó de coraje tamaña osadía i me negué decididamente á sus insolencias; mas no dejé de arrepentirme cuando vi la ira i desesperacion que se habia difundido por su fisonomía, i cuando reflexioné que aquella negativa podría producir fatales consecuencias; pero ya no era tiempo de tomar otro partido.

El bárbaro retrocedió algunos pasos, habló bruscamente con sus compañeros, i en el acto se adelantaron los tres ácia aquella inocente criatura, i sacando el lobo su daga de la cintura la levantó para sacudir el golpe. Aunque aterrado con aquella accion, me arrojé sobre él, pero

fué rechazado por sus compañeros. Mi hija lejos de asustarse se sonrió como si pretendiese desarmar el brazo del bárbaro con sus tiernas caricias.

Se detuvo un momento ese hombre furioso; la madre empezó á dar gritos desahogados, la niña se llenó de terror, i haciendo débiles esfuerzos para desasirse de su asesino, en tanto que ni su madre ni yo podíamos auxiliarla, porque nos habian sujetado los demas indios, exclamó con aquella sencillez propia de su tierna edad: Feo indio, si tú me haces daño mamá se enojará i te castigará; i al concluir estas sus últimas palabras empezó á llorar amargamente.

En aquel mismo instante la mortífera arma del indio furioso dividió en dos partes la cabeza de aquella prenda de mis entrañas, sus camaradas cayeron sobre mi esposa i la asesinaron bárbaramente, i en seguida prendieron fuego á mi estableci-

miento. Recuerdo todavía estos trájicos sucesos con tanta viveza como si acabasen de ocurrir; me parece que estoi viendo yertos i ensangrentados á los dos objetos que idolatraba mi corazon, mi casa incendiada, i aquellos bárbaros contemplando con feroz alegría mi afliccion i mi ruina.

La fuerza de mi dolor i desesperacion estravió mis sentidos; huí á los bosques; viví como una fiera no respirando sino saña i venganza.

A los diez meses de haber sucedido esta catástrofe me hallé en Nueva-Orleans sin saber como habia sido conducido á un hospital, en donde al favor de los cariñosos ausilios que se me prestaron logré sanar de mi locura, pero me vi desprovisto de todo recurso, i reducido á la clase de mendigo. Difícilmente llegan solas las desgracias. Mi padre habia muerto; pero como ya habia yo recibido anticipadamen-

te mi lejítima, la cual fué consumida por las llamas, nada me alcanzó de los cortos bienes que dejó, i mas cortos si se atiende á las muchas partes en que fué preciso dividir aquella herencia por ser mis hermanos en gran número. Me hallé, pues, sin hogar, sin amigos i sin proteccion.

Yo mismo no sé como he podido subsistir. Paseando un dia por las calles de dicha ciudad vi un grupo de jentes reunidas al rededor de un indio que estaba haciendo sus habilidades con una caja dentro de la cual habia una culebra de cascabel; la curiosidad me movió á arrimarme á aquel círculo, i al fijar mi atencion sobre el charlatan conocí al momento al bárbaro *lobo ahullador*.

¡Ah infame, exclamé! Tu eres el asesino de mi esposa i de mi hija; i penetrando por entre los espectadores di un golpe furioso á aquel mónstruo execrable i lo derribé al suelo; cojiéndole entonces por

la garganta le puse mi rodilla sobre el pecho, reiteré mis golpes, i en breves instantes quedó frio cadáver á mis pies.

Conoció el pueblo la justicia con que me habia vengado de aquel hombre feroz, i nadie se movió para arrestarme. Aprovechándome de la caja de aquel mónstruo como una escasa compensacion de los daños que me habia causado, aprendí mui pronto el secreto de sus prodijios, que consistia en una culebra finjida que se hallaba en la segunda division de dicha caja, i que no era mas que la piel de uno de aquellos reptiles que podia inflamarse con facilidad, cuya lengua figurada se movia con hilos de alambre por medio del imán que tenia dentro, i cuyos cascabeles recibian igual impulso.

No es, pues, difícil concebir la posibilidad de tragarse este figurado reptil ó de reducirlo á un espacio mui corto desde el momento en que se le va estrayendo el

aire, ni tampoco el modo de que al volver á aparecer como sacado del estómago vaya tomando su forma natural por medio del aire que se le introduce con el aliento.

No pudiendo acomodarme á usar de los mismos instrumentos que habian servido al destructor de todo lo que yo poseia de mas precioso sobre la tierra, me proporcioné otra culebra de cascabel, i despues de haberme amaestrado en el modo de ejercer este oficio, me dediqué á practicarlo como único recurso en mi desgracia, i desde entonces he ido corriendo de poblacion en poblacion con el nombre de *comedor de culebras*. Me asiste asimismo la facultad de mudar de color i de hacer las muecas i contorsiones tan necesarias para aumentar la ilusion. (1)

[1] La habilidad de cambiar de semblante no es tan rara entre los cómicos. El célebre

Empero con esta miserable ocupacion no logró distraer mis cuidados i pesares sino momentáneamente, porque llevo en mi corazon una fiebre ardiente que ninguna de las felicidades de este mundo puede aliviar, i mucho menos disipar.

Los objetos que antes me exan gratos me repugnan en el dia i me son insoportables. Es verdad que con el ejercicio de esta arte me proporciono mas recursos de los que necesito para arrastrar mi miserable ecsistencia; pero ¿de qué me sirven si me parece que vivo solo en este mundo de miseria i de ruina?

Mis visiones de dia i mis sueños de noche me representan de continuo á mi esposa i á mi hija: esos son los únicos ob-

trájico Bootti sabia ponerse encendido como una grana, i cambiar de repente aquel brillante color en una palidez mortal; lo cual daba un realce extraordinario á su desempeño teatral.

jetos que ocupan mi imaginacion; i este estado de delirante inquietud i agitacion no podrá cesar hasta que no me haya reunido con ellos en aquella rejion deliciosa, en donde son desconocidas las tinieblas i en donde los justos no pueden ser atormentados por jénero alguno de pena ni afliccion.

Por grande que fuera mi cariño ácia mi hija, me parece que podría olvidarla considerando que su ecsistencia era la de la flor que despunta, i que una gota de rocío hace que se ecsale ácia el cielo; pero en cuanto á la balsámica rosa que se hallaba en toda su frescura i lozanía, i que constituia todas mis delicias, imposible será que yo deje de llorarla mientras viva.

Así habló el desgraciado comedor de cullebras mezclando sus desahogos con abundancia de lágrimas i suspiros; i como ya á este tiempo empezaba á asomar A-

polo por las puertas del oriente reanimando la hermosa naturaleza representada por aquellas deliciosas campiñas i vistas imponentes, me despedí de aquel miserable prestándole todos los consuelos que me sujeria la simpatía que habia excitado en mi sensibilidad.

En otro viaje que hice á la capital del Misisipí me informé de la suerte de este hombre singular, i supe que habia muerto, i que habia ido á reunirse con los robados tesoros de sus afectos.

(*Knickerbocker.*)

MISCELANEA.



Simpatías i antipatías.

El filósofo Eracleto era de opinion que todas las cosas se hacian por simpatía ó antipatía, i que de estos dos principios procedia la produccion ó jeneracion, i la corrupcion ó destruccion.

Prescindiendo de si son ó no admisi-
bles estas doctrinas, convendremos sin
embargo en que hai con efecto porcion
considerable de objetos animados é inani-
mados en los cuales obran fuertes razo-

nes de simpatía ó antipatía sin que sea fácil adivinar la causa de donde provengan estas diversas afecciones i contrastes. En la clase de antipatías se cita la que se observa entre los gatos i los perros, entre el aceite i la pez, entre los cisnes i las culebras, entre los cuervos i los milanos ó cernícalos, entre éstos i las lechuzas, i entre las águilas i los ansares, llegando esta contrariedad á tal grado, que si se pone una pluma de águila junta con otras de ansar, concluye por apolillarlas i consumirlas.

Se cuentan asimismo en la clase de antipatías la que ecsiste entre los cuervos i culebras, atribuyéndose á los primeros la cualidad de extraer de sus cuevas con su aliento á las segundas para comérselas, cuyo terror de parte de éstas es tan grande que huyen del humo del cuerno de ciervo. Ecsiste igual antipatía entre el cuervo i los asnos i toros, sobre los

cuales sacude sendos picotazos, i les arranca los ojos siempre que puede. El águila persigue á la urraca, i la urraca á la cogujada i la quiebra los huevos. A los asnos, toros i zorras los persigue de muerte el lobo. Los buitres i las águilas son enemigos encarnizados.

El leon teme i huye del gallo, del fuego i del rechinamiento de las carretas. La pantera tiene por enemiga á la hiena, i el alacran á la tarántula, especie de araña, cuya mordedura ponzoñosa se sana con la música, i la del alacran con aceite en que se hubieren ahogado algunas tarántulas.

El elefante huye de los carneros i de las culebras, i se espanta del gruñido del puerco. Los caballos, asnos i mulos temen á las comadrijas i hurones. Esta misma antipatía se observa entre los francolines i los gallos, entre los halcones i las zorras, entre los cuervos i las tórtolas, entre los murciélagos i las cigüeñas, en-

tre la perdiz i el galápago, entre el pelícano i la codorniz; i en la clase de peces se observa igual antipatía entre el camarón i el pulpo, entre los delfines i ballenas, entre el congrio i la lamprea, entre el mismo congrio i los pulpos i langostines.

Se tiene asimismo observado que las culebras temen á los ratones i éstos á las comadreja; las ovejas á los lobos, los mismos ratones son tan contrarios á los alacranes, que se cura la mordedura de éstos aplicando á ella un raton. La culebra i la vívora tienen una secreta antipatía á los cangrejos, pero de tanto poder, que el puerco mordido por aquellos reptiles venenosos se cura comiendo cangrejos. El pez escorpion i el cocodrilo se persiguen i riñen hasta matarse. Las cornejas están en guerra abierta con las lechuzas, las abispas con las arañas, las gaviotas con las ánades, los milanos con

los zorros, los cerdos con las comadreja*s* i hurones, los lobos cervales con los leones, los ratones con las hormigas, i las arañas con las culebras, á las cuales suele matar aquel insectillo cayéndolas perpendicularmente sobre los sesos cuando están dormidas.

Tambien hai antipatía entre el aceite i la pez, por manera que aquel fluido metido en una vasija empegada llega á comer toda la pez; ecsiste dicha antipatía entre el aceite i el agua i entre este líquido i la cal. Las berzas no fructifican ni prenden cerca de donde hai orégano.

En la clase de simpatías deben enumerarse la que tienen los pavos reales con las palomas, las tórtolas con los papagayos, los mirlos con los zorzales i tordos, los chorlitos con los cocodrilos, cuyos dientes i muelas les limpian aquellos pajaritos; la urraca con el cuervo, la zorra con las culebras, las palomas con las tórtolas,

las perdices con las torcaces, la gaviota con el grajo i el pez raton con la ballena, á la cual sirve de vanguardia para avisarle los bajíos.

Plinio, Aristóteles, Alberto Magno, Eliano i el poeta Marbodeo son los autores de estas curiosas observaciones, á cuyos textos nos referimos; no debiendo pasar por alto que igual simpatía ó antipatía ecsiste entre el hombre i la mujer, que es lo que se llama amor, i aun entre hombre i hombre, pues llegan á mirarse unos á otros con particular inclinacion, sin que se pueda conocer la causa secreta que da impulso á esta variedad de gustos ó caprichos.

LITERATURA GALANTE.



Ceremonias de los antiguos para celebrar sus matrimonios.

Aunque el matrimonio no es mas que una sociedad hecha por recíproco consentimiento del hombre i la mujer, sin embargo, en todas épocas i en todos los países ha habido ciertas fórmulas para dar legitimidad, vigor i fuerza á este contrato. Nada diremos de los ritos i ceremonias de nuestra religion porque son demasiado conocidos; nos remontaremos á los tiempos antiguos, i referiremos las singulares

costumbres i prolijos, i al parecer ridículos, requisitos con que se solemnizaba este acto tan serio é importante que decide de la suerte de los contrayentes para toda la vida, cuyos curiosos pormenores podrán entretener tal vez con agrado la atención de nuestros lectores.

Los antiguos romanos, segun Ciceron, se casaban de dos modos; á saber: con matronas i con madres de familia: las primeras no tenían los derechos de las segundas, i mas bien podian llamarse concubinas que mujeres lejítimas. Estas, pues, que llevaban el nombre de madres de familia, se desposaban de un modo muy parecido al nuestro, pues que sus primeras ceremonias eran las de preguntar alternativamente á los dos contrayentes si el uno estaba contento del otro, i las de darse las manos como sancion del contrato.

Quando la recién desposada era con-

ducida á casa del marido, se paraba en el umbral de la puerta i no entraba sino por la fuerza, habiéndosela hecho igual violencia aparente al sacarla de la casa paterna, pues que era costumbre se acojiese fuertemente al regazo de su madre, del cual el aspirante la arrancaba á viva fuerza. La violencia que se hacia en la casa del marido indicaba que solo por la fuerza puede una casta doncella determinarse á perder su noble distintivo; i la que ya habia recibido antes en su propia casa, denotaba la violencia que se habia hecho á las jóvenes sabinas por los romanos cuando fueron arrebatadas para poblar aquella naciente república.

Se obligaba asimismo á la novia á tocar el fuego i el agua, cuya ceremonia, segun Plutarco i Lactancio, era el emblema de la jeneracion, porque aquellos dos elementos, es decir, el calor i la humedad, son los agentes principales de la

creacion de todas las cosas, i segun otros el símbolo de la pureza i fidelidad; lo cual se esplica por los atributos de estos dos elementos, pues el oficio del agua es limpiar toda mancha, i el del fuego afinar los metales.

Era para los romanos de mal agüero todo matrimonio que se efectuase en mayo, porque siendo el mes de abril consagrado á Venus, i el de junio á Juno, era mal visto quien no anticipaba ó posticipaba su enlace para disfrutar de la influencia de una de estas dos falsas divinidades.

Tambien al entrar la recién desposada en casa del marido debia decir en voz alta: *Caya Cecilia, i tu Cayo Cecilio* en conmemoracion de una mujer de este nombre que hubo en Roma en tiempo de Tarquino Prisco, i que tambien se llamó Tanaquil, cuya castidad i virtudes eran recordadas como modelos de imitacion que debia tomar dicha novia.

Se invocaba igualmente el nombre de *Talasio*, que fué un hombre de grandes prendas, segun Marco Varron.

Tambien se llevaba delante de la novia una rueca alta con un copo de lana para recordarle las tareas en que debia ocuparse.

Era asimismo costumbre entre los romanos, segun Macrobio, que los matrimonios, en los que fuese viudo alguno de los contrayentes, se celebrasen en dias de fiesta en los que habia menos jente por las calles que en los de trabajo, que eran los destinados para las bodas de los solteros.

Los babilonios reunian las doncellas en cierto dia del año, i las sacaban á pública subasta empezando por las mas hermosas, las cuales eran adjudicadas á los mejores licitadores. Llegaba el turno de las feas; i para que no quedasen sin marido las rifaban por la inversa, es decir,

que se ofrecia por cada una de ellas una suma de dinero, i se adjudicaban á los que se allanaban á recibirlas por menos; de modo que con las cantidades que se habian recaudado en la venta de las hermosas, habia para dar una compensacion á los que cargaban con las feas; i por este medio se despachaban todas.

Antonio Sabelico atribuye igual costumbre á los antiguos venecianos.

Entre los galos se hacian los matrimonios de otro modo no menos singular. El dia en que querian casar á sus hijas convidaban un gran número de mancebos proporcionados á su clase i circunstancias, i daban facultad á sus hijas para que elijiesen de los convidados el que fuese de su agrado; i el modo de espresar ellas su inclinacion era arrojando agua en las manos del favorecido; cuyo obsequio no dejaba de ser aceptado por el novio, i aprobado por todos sin oposicion.

En Leptin, ciudad antigua de Africa, se observaba la ceremonia de que el primer dia del desposorio enviaba la novia á pedir prestada una orza ó una olla á su suegra, i ésta respondia con aspereza que no se la queria prestar; cuya costumbre tenia por objeto aleccionar á las nueras á sufrir las contradicciones é impertinencias de sus madres postizas.

Los mesájetas tenian una costumbre vil é inmoral, i era la de que desde el momento que se casaban entraban en sociedad con los demas casados para ceder sus derechos, i adquirirlos sobre los socios.

Eusebio en el libro sexto de *preparatio-
ne evangelica* refiere lo mismo de los antiguos bretones, i Estrabon de los habitantes de la Arabia feliz.

¿Cuáles son las edades i circunstancias proporcionadas entre marido i mujer?

Los filósofos han andado mui discordes en cuanto á la mayor edad que debe tener el marido respecto de la mujer; todos convienen en que ésta debe ser mas jóven. Fundándose Aristóteles en que las mujeres paren hasta los cincuenta años, i los hombres conservan sus facultades jenerativas hasta los setenta, dice que debieran mediar veinte años de diferencia entre ambos para que cesaran á un tiempo en el objeto primario de la institucion del matrimonio.

Hesiodo el poeta i Genofonte el filósofo limitan esta diferencia á diez i seis años, i el lejislador Licurgo la estiende á diez i nueve, pues mandó que ningun hombre se casara hasta que no hubiese

cumplido treinta i siete años, i las mujeres á los diez i ocho.

La obligacion que imponia Licurgo de que la mujer fuese diez i nueve años mas jóven que el marido, tenia por objeto facilitar al marido los verdaderos medios de imprimir en el molde tierno de la que habia de ser su compañera para toda la vida su mismo jenio i carácter, inclinaciones i costumbres, á fin de evitar las contradicciones que son tan comunes en el matrimonio.

Pítaco, Plutarco Erasmo i otros sabios opinaron que el hombre debe buscar mujer de su misma clase, i que no le supere en rango i riqueza para no sufrir las altiveces i desprecios, i la falta de sumision i dependencia que debe esperar de una mujer que se crea superior al marido.

Favorino el filósofo, segun escribe Aulio Gelio, decia que el hombre debe casarse con mujer que ni sea hermosa ni

fea, con lo cual evitará los inconvenientes que le habia representado otro filósofo, á saber: los sinsabores i quebraderos de cabeza si era hermosa, i las penas i tormentos si era fea.

Carácter de un buen marido.

Buen marido se llamará aquel que casado por verdadera inclinacion i no por interes, es constante en su cariño; que trata á su mujer con delicadeza i ternura; que califica de debilidades sus estravagancias i de inadvertencias sus indiscreciones; aquel que llevado de su buen natural es indulgente con todos sus defectos, que dedica el mayor afan i esmero á su bien estar, i que emplea toda su fuerza i poder en ampararla i protegerla; será buen marido aquel que muestre mayor an-

siedad por conservar en toda su pureza el carácter i reputacion de su esposa, que el suyo propio; i será buen marido finalmente el que dotado de un fondo de piedad i relijion reuna sus jenerosos esfuerzos á los de su esposa para promover su recíproca felicidad.

—

Carácter de una buena mujer.

Merecerá el dictado honroso de buena esposa la que sin olvidar un instante el solemne contrato que ha contraido, es casta, pura i sin mancilla en sus pensamientos, palabras i acciones; la que es humilde i modesta por razon i convencimiento, sumisa por eleccion i obediente por inclinacion; la que conserva por prudenciã i discrecion lo que ha adquirido por amor i ternura; la que considera como un grato

deber servir i dar gusto á su marido; la que sabiendo que cuanto contribuye á la felicidad de su marido, refluye directamente sobre la suya propia, se afana por un objeto de tanta importancia; será buena esposa aquella que sabe con su ternura aliviar sus cuidados, con su afecto mitigar sus penas, i con su buen humor i aire complaciente disminuir i aun disipar sus aficciones; aquella que abre la boca, segun dice Salomon, con dulzara i amabilidad; aquella que educa bien á sus hijos, cuida de su casa con verdadero celo i interes, i desempeña igualmente todos los deberes de sociedad, de piedad i de religion.

¿Son preferibles los primeros amores á los sucesivos?

Se suele decir que el primer amor es el solo verdadero; que no se ama bien sino

una sola vez; i que pasado aquel primero i vivo afecto, todas las demas pasiones son con respecto al corazon i á la felicidad lo que es el arte con respecto á la naturaleza.

El primer amor es el todo, han dicho beneméritos escritores, i lo han repetido las rancias doncellas, i sobre todo las feas, para las cuales el primer amor es el último porque no han conocido otro. Pero la juventud simple é inesperta ¿en dónde coloca la primera vez su afecto? ¿I qué es este primer amor sino un sentimiento vago, indeciso, por lo regular una niñada ó una bobería? ¿Se ha podido en los mas tiernos años desplegar el dulce fuego de las pasiones? ¿Se ha aprendido todavía el arte difícil de amar i de hacerse amar? ¿Se puede suponer que se nazca con la amatoria ciencia infusa, i que los simples aprendices se conviertan en maestros en un instante? ¿Podrá estar madura la dulce

manzana en la primavera? ¡Sabrá el niño alado volar cuando todavía tiene pegado el cascaron del huevo?

No se puede tributar un digno culto al Dios de los tiernos corazones, sino despues de haber visto i admirado muchas mujeres, i tan solo sobre un altar en el cual se haya quemado algun incienso, i se hayan pronunciado ardientes votos. Las delicadas fibras del corazon se mueven con menos trabajo despues de haber tenido repetidas vibraciones. La luz apagada de fresco se enciende con mas facilidad que la que nunca ha ardido.

Para amar con viveza, con galantería i con verdadera pasion, es preciso haber amado por lo menos tres veces: este es el número de las gracias. A los poetas, ó por derecho natural ó por licencia poética se les puede permitir nueve veces, que es el número de las musas.

Cerraremos este corto artículo con pro-

testar que estas máximas no son mas que ocurrencias festivas, i que no pueden erijirse de modo alguno en dogmas de la galantería, i ménos de la austera moral, á la cual deben estar subordinados todos los chistes i juegos de palabras.

Del Fastidio.

¿Qué se hace en Postdam? preguntaba un príncipe real de Prusia.—Se pasa el tiempo conjugando el verbo *Fastidiarse*. Este verbo lo podrian conjugar asimismo otros muchos que viven en otros países, porque en todos es el fastidio una enfermedad mui propagada. Hemesius, que llamó al hombre "animal que se fastidia," parece que quiso asignar á dicho mal una influencia mayor.

El fastidio ha sido denominado con ra-

zon la jaqueca del alma. El duque de Brancas consultó á sus médicos sobre si el fastidio podia quitar la vida; i habiéndole contestado afirmativamente, quería que la señorita Arnoult se presentase en los tribunales á reclamar daños i perjuicios contra el príncipe de Henin que la hacia morir con su cara patética, con sus fastidiosos discursos, i con su pertinaz asiduidad.

A un caballero tirado muellemente sobre el sofá se le oyó esclamar un dia: "Estoi asesinado, me han matado." Corren en su auxilio i le preguntan, que quién habia atentado contra su vida. El fastidio, contestó."

El fastidio penetra por todas partes, se introduce como huésped el mas importuno en las grandes funciones en las que parece reina mayor alegría, i en las academias en las que se habla con el mas agudo ingenio. Cree uno que ha dicho cosas mui lindas

i graciosas á una dama, i no ha hecho mas que aburrirla. ¡Cuántos hombres en la corte! ¡pero cuánto fastidio! Las imagina- ciones ardientes sucumben fácilmente al fastidio, no al que procede de la inaccion, porque éste tan solo es herencia de los necios, i sí á aquel fastidio mas profundo que nace del vacío que encuentra nuestra existencia, el cual enmohece el alma i paraliza el jenio.

Por lo regular se fastidia uno mas con lo que se debiera fastidiar menos. No hai cosa mas desagradable que ver el aburrimiento de aquellas personas por cuya distraccion tenemos algun interes. "¡Tener que divertir á quien ya no es divertible!" decia madama Maintenont hablando de Luis XIV.

Lo peor que puede tener un discurso, un libro, un espectáculo, es el ser fastidioso. Nada hai de mas intolerable que aquellas machacas que se parecen á los lán-

guidos i relajadores vientos del Sur, pues desaparece la alegría de cualquiera parte á donde se presentan. Madama Sevigné decia que comprendia á los fastidiosos en el número de los tunantes, pues que hacen mas mal que si robasen i asesinasen. Las virtudes mas esclarecidas i las máximas mas delicadas é ingeniosas no tienen gracia sino se saben presentar con arte.

Casandra profetizaba verdad, mas no era creída porque fastidiaba. Podrá ser un hombre el prototipo de la honradez; pero si es pesado todos huyen de él. Se cuenta que uno de estos pelmazos al entrar en el infierno espantó á los mismos diablos, los cuales se escabulleron del mejor modo que les fué posible dejándolo solo, mortificado i confuso. "Esta sí que es gracia, exclamó; me sucede aquí lo mismo que en todas las casas de mi pueblo, que á nadie encontraba cuando iba á hacer mis visitas."

Se dijo de un insigne posma: "Lástima que no sea un pillo, porque á lo menos habría un derecho para ponerlo en la calle."

El ministro que quiera agradar á su soberano procure no fastidiarlo, i se esmere en su vez en presentarle todos los negocios con la mayor claridad, para que los penetre fácilmente.

Para granjearse el favor de una persona es preciso entretenerla con agradable variedad. Cuando veas que las personas que visitas empiezan á dar pruebas de aburrimento, coje el sombrero i lárgate.

El que al hallarse mano á mano con su dama, observa que bosteza i que se alegra de que entre otra persona, recoja su maleta i levante el campo, porque el amor no vive en la casa del fastidio.

Nada hai de mas descortes que permanecer en sociedad con el fastidio pintado en el semblante. No se puede hacer ofen-

sa mayor á un hombre de elevados sentimientos que manifestarse fastidiado de él.

¡Qué desgracia es el fastidio! El confesor de madama de Maintenont, que deseaba humillar la soberbia de su penitenta, le impuso por espiacion de sus culpas que habia de ser fastidiosa en la conversacion. Aquella dama galante hizo todo cuanto pudo para cumplir la penitencia; pero conociendo cuánto se aborrece el fastidio, i aun mas al que padece esta enfermedad, pidió á su padre espiritual una conmutacion, protestándole que preferia vivir de raices i de langostas como los anacoretas de la Tebaida.

Florian dijo: "Es preciso tener mucho ingenio para ser amable, mas no para ser insoportable."

No descubra V. su fastidio para que sus amigos no se rian de V., decia el poeta polaco Kokanowsky. Hablemos ahora del fastidio por la parte favorable, ya que to-

das las cosas tienen su pro i su contra.

Es preciso que haya no poco fastidio en el justo reparto de los bienes i de los males para que se restablezca el equilibrio en el órden moral. Si la dura suerte de los pobres es el trabajo, para los ricos lo es el fastidio i la saciedad.

El fastidio, que se presenta de un modo tan temible, tiene sin embargo sus placeres i sus ventajas. El hombre fastidiado del mundo i de su falso brillo entra en sí mismo, se consagra á los estudios serios, busca el retiro i la soledad, i la sensatez habla á su corazon. Si no sucediese tan pronto el fastidio, se apuraría la copa del placer, i se abusaría de todo. El fastidio es con respecto al placer lo que el descanso i el sueño con respecto á las fuerzas del cuerpo i al trabajo.

Un soberano por huir del fastidio invade un reino, i deja las dulzuras por correr cien peligros; un viejo caduco por igual

razon hace la locura de casarse con una niña; otro cansado de los goces de esta vida, ó mas bien fastidiado con la monotonía, se hace saltar la tapa de los sesos.

Ci git Jean Rosbif Ecuyer,

Qui se pendit pour se desennuyer. [1]

Es por el contrario cosa mui útil saberse fastidiar á tiempo. Mas de una vez se consigue un beneficio, un empleo, una herencia por haber sabido fastidiarse visitando aquel ministro orgulloso, oyendo todas las noches aquel viejo chocho i haciendo la córte á aquella rancia matrona.

Un viejo riquísimo instituyó por heredero universal á un hombre astuto que ni remotamente era pariente suyo, solo porque habia tenido la paciencia de oír por el

(1) Aquí yace el caballero Juan Berruezo,

Que por librarse del fastidio se apreto el pescuezo.

espacio de muchos años sus sempiternos discursos.

El acto de fastidiarse supone un jenio fino i delicado que requiere ocupaciones vivas i una amable variedad de recreos. Los niños, del mismo modo que los tontos, se contentan con cualquiera fruslería, i son capaces de estar horas enteras á mirar un juego que no entienden, ó á divertirse con el loro. Cualquiera comida es buena para un tosco paladar; el hombre de gusto i acostumbrado á las buenas mesas necesita de platos escojidos.

Es preciso, pues, que se halle en el fastidio alguna felicidad cuando se ven personas mui ociosas, i que por lo tanto no pueden menos de pasar muchas horas de fastidio, que tienen hermosos colores, i que duermen plácidamente. "Yo me engordo, decia el príncipe de Ligné, luego es señal que me fastidio.

Madama Deffaut decia: "Cuando me co-

je algun tanto de mal humor, escucho sin oír, miro sin ver; i si salgo de mi letargo con un blando suspiro ó con un lánguido boftezo, conozco que me fastidió; este es siempre un placer.

Temiendo que ya debe fastidiar este capítulo á nuestros lectores, lo concluiremos con aquel dicho frances: *On n'est pas malheureux, quand on á le loisir de s'ennuyer.* (1)

[1] No es uno tan desgraciado cuando tiene tiempo para fastidiarse.

MISCELANEA.

—•••••

Anécdotas curiosas.

En la vida de Moliere hai un pasaje mui curioso que prueba lo que vale para grañearse un concepto, aunque efímero, la buen presencia, un aire misterioso i enigmático, i una gravedad bien sostenida. Al cruzar dicho Moliere el Sena cierto día con su compañía de cómicos, se suscitó una controversia literaria mui empeñada entre los principales actores: en el calor de la disputa todos se dirijian con frecuencia á un religioso que accidental-

mente se hallaba en la misma barca, i se referian á su decision. El fraile debia á la naturaleza una respetable presencia; cuya circunstancia, reunida á su sistema de no despegar los labios, i sí solo á dar señales de aprobacion ó desaprobacion embosada con menear la cabeza, arrugar la frente, lanzar algunas interjecciones cortadas por alguna sonrisa, elevó á tan alto grado la opinion de este pobre fraile, que fué tenido por un filósofo de ingenio demasiado agudo i penetrante para que quisiera mezclarse en aquella polémica.

Fué subiendo de punto este colosal concepto, hasta que al tiempo de desembarcar vieron que el buen lego cojia las alforjas que habia dejado en un rincon i las cargó al hombro, i que dirijiéndoles una mirada burlona i dándoles las buenas tardes con mesurada calma i sardónica sonrisa, se alejaba de ellos para ir en busca de provisiones para su comunidad.

Gregorio Leti en su historia del duque de Osuna, refiere un caso en que acredita cuán penosas son las prohibiciones, pues que hacen apreciable aquello mismo que antes se aborrecia, i escitan á correr con ansia en pos de lo en que antes no se pensaba ni remotamente. Habia en Nápoles un rico negociante llamado Santiago Morel, el cual se jactaba de no haber puesto los pies fuera de la ciudad en cuarenta i ocho años. Habiendo llegado á noticia del virei, duque de Osuna, esta orijinalidad, quiso probar por via de diversion i chanza si se le quitaba aquella mania; i en su consecuencia le mandó una orden para que por ningun motivo saliera de la ciudad sopena de incurrir en la multa de diez mil pesos. No bien habia recibido Morel esta intimicion, cuando empezó á inquietarse i á entristecerse, parecién-

ole que le habia de ser imposible observar este mandato: así que creciendo de dia en dia su desazon i su angustia, resolvió hacer un viaje por Europa, dándose por mui contento de comprar con el desembolso de diez mil pesos aquella misma libertad que habia tenido anteriormente, i de la que no le habia ocurrido jamas hacer uso alguno.

Al hablar Dryden de los historiadores, dice: No sé en qué consiste la fatalidad que suele acompañar á los que dan la inmortalidad á los demas, que por lo regular son mal recompensados por los cohetáneos i aun por la posteridad, i se olvidan pronto sus méritos i servicios. Los hombres son ingratos á sus mas sabios bienhechores; i es altamente reprehensible permitir que vivan oscurecidos i tal vez an-

gustiados los que ilustran nuestro entendimiento por los medios mas seguros, i ensalzan nuestras virtudes. Es asimismo detestable que á estos beneméritos escritores se les considere tan solo como si hubiesen nacido para el servicio del público, i que no se manifieste interes alguno por su bien estar; i lo es en igual modo que despues de haberlos encendido como cirios se pretenda que han de arder hasta consumirse por la conveniencia de otros. ¡Cuántas aplicaciones tienen estas preciosas palabras!

Un oficial fué en la víspera de una batalla á pedir licencia á su jeneral para hacer una visita á su padre que estaba gravemente enfermo, i cuya bendicion deseaba recibir por la última vez. El jeneral, que conoció el motivo de aquella solicitud,

le dijo: "Vaya V., amigo, no se detenga; ya veo que V. tiene bien presente, i quiere observar lo que dice la sagrada escritura, que se debe honrar padre i madre para vivir luengos años sobre la tierra.

Un príncipe de la sangre real de Francia entró una mañana mui ajitado en el aposento del valiente Crillon, i le dijo que los enemigos habian dado el asalto i se hallaban sobre la brecha. Crillon saltó al momento de la cama sin inmutarse, cojió sus armas i salió apresuradamente á donde lo llamaba su honor. Al verlo el príncipe tan azorado prorumpió en una gran carcajada de risa, i le dijo que todo aquello habia sido una broma inventada para sorprenderlo, i para ver hasta dónde llegaba su serenidad.

Tomando entonces Crillon un aspecto

severo, dirigió al príncipe una mirada de indignacion, i aferrándolo fuertemente por el brazo, le dijo: "Incauto jóven, guardaos bien de repetir estas pesadas chanzas; no os espongais jamas sin algun motivo congruente á explorar el corazon de un hombre esforzado; si yo hubiera tenido la desgracia de haberme sobrecojido, i de haber manifestado cobardia i vileza, á fe mia que os habría pasado de parte á parte con esta espada.

Siendo el padre Martin prior del convento de la Cappa en Italia, por solo cambiar un punto en un lema que estaba escrito en la puerta del monasterio, perdió su priorato, i de aquí viene aquella sentencia tan conocida de "Por un punto Martin perdió la capa." El antiguo lema decia: *Porta patens esto. Nulli claudatur*

honesto. Habiendo quitado el punto de la tercera sílaba i trasladádolo á la cuarta, quedó la siguiente significacion: *Para nadie debe estar la puerta abierta. Ciérrese al hombre honrado.* Causó tanto ruido i escándalo la traslación de dicho punto, que el pobre padre Martin perdió su prelación, si bien le quedó la fama póstuma, pues no es fácil que ya se borre aquel dicho de nuestro idioma, i menos del italiano de donde lo hemos tomado los españoles.

Habitaba en Bagdad un hombre muy jeneroso, el cual á fuerza de ejercer su espíritu de liberalidad habia llegado á agotar sus riquezas. Se presentó un dia el poeta Almai á la puerta de quien creia que fuese todavía hombre rico para ofrecerle unos versos, por los que esperaba alguna recompensa. Habiéndole el porte-

ro negado la entrada, escribió en el acto un dístico cuyo sentido era el siguiente: "¿Qué diferencia hai entre el avaro i el hombre jeneroso si este último cierra la puerta?" Dejó los versos i se marchó. No tardó mucho en recibir la contestacion en otro dístico que decia: "Cuando el hombre jeneroso ha dado todo lo que tiene, cierra la puerta para no pasar por la pena de negar lo que tenia costumbre de dar."

Cosroe, rei de Persia, tenia por primer ministro al virtuoso Mitranes, adorado por todo el reino. Se le presentó un dia este buen súbdito á pedirle licencia para retirarse al campo. ¿Por qué me quieres dejar, le dijo Cosroe, cuando sabes que eres el ídolo de mi imperio, i cuando ves que derramo de continuo sobre ti todo el rocío de mi favor, i cuando no puedes du-

dar de que me complazco en que seas respetado como mi misma persona?—Señor, contestó el ministro, porque tengo un hijo único i quiero ocuparme esclusivamente en su educacion, i en formar su corazon para que pueda ser un dia digno sucesor de su padre, i recorrer igual carrera de honor, de virtud, de fidelidad i de adhesion á vuestra sagrada persona.

—Pues bien, le replicó el rei, ya que te empeñas en ello es preciso que te llesves asimismo á mi hijo primojénito, para que amaestrado con tus sabias lecciones llegue á ocupar con lustre el puesto que yo debo dejarle. Volvió algunos años despues el viejo Mitranes con los dos discipulos; i como Cosroe observase que en su hijo no brillaban con igual fuego las virtudes que en el de Mitranes, quiso reconvenirle por esta diferencia; mas el favorito contestó: — Señor, mis cuidados i atenciones se han prodigado con igual es-

mero á ambos, i si cabe con mayor empeño al príncipe real; mas mi hijo ha logrado sacar mejor partido porque sabia que habría de necesitar de los hombres; no así al vuestro, al cual no he podido ocultar que los hombres necesitarian de él. Sabía el primero que habia de obedecer, i el segundo que á él estaba reservada la voz del mando.

La célebre miss Bellamy, actriz de Covent-garden en Lóndres, resolvió poner un término á su angustiada ecsistencia, con cuya idea se dirigió una noche ácia el puente de Westminster; bajó lentamente la escalera, i se sentó en la última grada esperando que la marea la fuese cubriendo i concluyese por sumerjirla. Apoyada la cabeza en sus manos, i absorta en tan siniestros pensamientos, iba á perderse para siempre, iba á franquear el umbral

de la eternidad sin haber recibido todavía la órden de su criador. Oyó de lejos una voz que la despertó de su funesto letargo: era una pobre mujer que hablando con su hijito le decia con voz lastimera: "¿Cómo lloras por pan cuando sabes que no tengo ni siquiera unas migajas que llevar á tu pobre padre que está espirando de hambre? ¡Dios mio, hágase tu santa voluntad!"

¡Santo cielo! exclamó la cómica con toda la amargura de un profundo dolor, ¿con que hai todavía personas mas desgraciadas que yo? Las últimas palabras de la infeliz madre obraron como una chispa eléctrica en el corazon de miss Bellamy; i horrorizada del delito que iba á cometer derramó un torrente de lágrimas repitiendo aquella frase de *Hágase tu santa voluntad*. Sacando el pañuelo del bolsillo para enjugar su llanto, encontró algunas monedas, de las que ella mis-

ma no tenía conocimiento, i subiendo precipitadamente aquella misma escalera por donde poco antes habia bajado con el corazon poseido del último grado de la desesperacion, entregó á aquella desventurada madre de familia dicho dinero, por el cual recibió las mas pardientes bendiciones. Se postró la arrepentida Bellamy á adorar los decretos del altísimo en haberle proporcionado aquella circunstancia tan feliz para rescatarla del hondo abismo en que iba á precipitarse: así, pues, el placer de hacer el bien, i la mágica voz de la humanidad la hicieron amar la vida, i la preservaron para siempre de tan tétricas ideas.

Fué preguntado un animoso espartano por qué iba á la guerra siendo cojo; i contestó que cuando se dirigía al ejército en

defensa de su patria no trataba de huir, i que por lo tanto podia mui bien servirla con aquel defecto.

Un rei tuerto quiso que le hiciesen su retrato: uno de los principales pintores de la córte, que por un efecto de baja adulacion no queria presentar al rei con aquella deformidad, lo pintó con dos ojos hermosos i brillantes; pero incurrió en el desagrado de S. M. por la imprudencia i descaro con que faltó á la verdad. Fué llamado otro pintor, el cual deseando evitar el escollo i mala suerte del primero, lo pintó con un ojo solo, es decir, á lo natural i sin ninguna clase de adorno ideal que hiciese disimulable aquel defecto; incurrió tambien en el desagrado real por su ingrata sinceridad. El tercero trató de buscar un medio término para no

sufrir igual anatema, i con efecto lo pintó de perfil; cuya obra fué recibida con sumo agrado, i recompensado el autor dadivosamente. Este es un apólogo que indica sobradamente la necesidad de suavizar las tintas de todo cuadro sin faltar á la verdad histórica.

El coche de madama Barentin se encontró en una calle angosta con el del conde de Lauregais que venia de vuelta encontrada; suscitóse una disputa muy acalorada entre los cocheros sobre quién habia de cejar, cuando asomándose á la portezuela aquella dama con una cara llena de costurones, con ojos pitarrosos, nariz aplastada, color de hígado i cutis arrugado i granujiento, reprendió agriamente á los criados del conde, i les mandó que tuviesen mas respeto i se re-

tirasen. Dicho conde, que tambien sacó la cabeza al oír las descompasadas voces de su antagonista, se dirigió á ella con mucha gracia diciéndole: "Señora, ¿por qué no se hizo V. ver antes, i no solo yo i mis criados, sino tambien los caballos i el coche habrían retrocedido de espanto?"

Esclamaban algunos célebres capitanes del ejército contrario al del mariscal de Luxemburgo, ¿Es posible que nos ha de ganar todas las batallas ese jorobado de Luxemburgo? A lo cual contestó este célebre guerrero: ¿Cómo saben que soi jorobado si nunca me han visto las espaldas?

FIN DEL TOMO NOVENO.

INDICE DE LAS MATERIAS.



TITULOS.	PAJINAS.
1 Tratado de física con relacion al cuerpo humano. -- Anatomía.....	5
2 Biografía de madama Maintenont....	67
3 Noticias curiosas sobre las Amazonas.	89
4 Moscow i sus habitantes en 1835.....	103
5 Aventuras del cosaco Imlow.....	151
6 Física experimental.- Leccion tercera.- Hidrostática.....	285
7 El Charlatan.....	231
8 Simpatias i antipatias.....	257
9 Ceremonias de los antiguos para celebrar los matrimonios.....	263
10 ¿Cuáles son las edades i circunstancias mas proporcionadas entre marido i mujer?.....	270
11 ¿Son preferibles los primeros amores á los sucesivos?.....	274
12 Disertacion sobre el fastidio.....	277
13 Anécdotas curiosas.....	287

ERRATAS.

<i>Páj.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
27	21	arteria corta	arteria aorta
178	20	se halla	se hallaba

(Continúa)

CONTINUA LA LISTA

DE

LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE LA HABANA.

- 1191 Srs. don Fernando de Leon.
- 1192 don Luis Flaquer.
- 1193 don José Castelló.
- 1194 don Joaquin Celestino Lastres.
- 1195 don Domingo Ferran.
- 1196 don José Guadalupe de Montes.
- 1197 don Felipe Arrigorriaga.
- 1198 don Jorge José Colon.
- 1199 doña Gertrudis Garcia Montiel.
- 1200 don Isidro Calderon.
- 1201 don Luis Sarraute.
- 1202 doña Trinidad de la Torre de Varona.
- 1203 don Clîmaco Reventós.
- 1204 don Juan Antonio Fabre.
- 1205 don Francisco Mendoza.
- 1206 don Ambrosio Valdés
- 1207 don Valentin Catalá.

(Continuará)

BIBLIOTECA SELECTA

DE

Amena Instruccion.



FERNANDO ORTIZ



BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AMENA INSTRUCCION,

POR

D. Mariano Torrente.

TOMO 10.

HABANA:

IMPRESA DE D. T. JORDAN, c. DE MERCADERES.

MARZO DE 1837.

ANTONIO PORTUONDO

INSTITUTO DE LITERATURA Y LENGUAJE

ANTONIO PORTUONDO

1884

BIBLIOTECA FERNANDO ORTIZ

TOMO I

INSTITUTO DE LITERATURA Y LENGUAJE

MARZO DE 1884

ANTONIO PORTUONDO - JOSE M...

TRATADO

DE HISTORIA NATURAL.



REINO MINERAL.

Los animales, del mismo modo que los vegetales, se diferencian en sus tamaños i en su fuerza, segun los sitios en que se crian: los que nacen en un suelo árido son fuertes i vigorosos aunque no mui corpulentos; los de los climas calientes i húmedos son mayores que los de otros paises; en las partes interiores

de la América del Sur, i tambien en las del Africa es donde se nota mas este aumento de corpulencia: las lombrices, por ejemplo, tienen una vara de largo i una pulgada de grueso; se ven culebras de cuarenta pies, mosquitos tan grandes como los tábanos, sapos mas gruesos que los patos i arañas tan grandes como gorriones. En las heladas rejiones del Norte son mui escasos los animales, i todos ellos, si se exceptua el oso, tienen la mitad menos de corpulencia que en la zona templada.

El número de los animales que están al servicio inmediato del hombre no llega á ciento, aunque se conocen mas de veinte mil clases, que comprenden sin embargo una parte mui pequeña de la naturaleza animada, pues son infinitas mas las que se ocultan á nuestra comprensión. No solo la tierra, el aire i el mar se ven cubiertos de millones de millones de

seres vivientes, sino que casi todos los
vegetales, i cada una de sus hojas, están
llenas de una inmensidad de insectos,
cuya variedad de formas i de propiedades
ha dejado atónitos á los observadores mi-
croscópicos.

La mayor parte de los animales tiene
cinco sentidos como el hombre, i en todos
le superan menos en el tacto.

Los animales se dividen en macho i
hembra, si bien hai algunos, como las
lombrices que tienen ambos jéneros i se
llaman hermafroditas. Con respecto á su
procreacion se dividen en *ovíparos* i en *vi-
víparos*. Linéo los divide segun su estruc-
tura interna.

Algunos tienen el corazon con dos ven-
trículos i la sangre colorada i caliente,
como son los cuadrúpedos i las aves; o-
tros tienen el corazon con un solo ventrí-
culo, i la sangre fria i encarnada como
los anfibios i los peces: aquellos están



provistos de pulmones para su respiracion, i éstos de agallas. Algunos tienen el corazon con un ventrículo, i en vez de sangre una serosidad blanca i fria como los insectos i los gusanos.

Todos los cuadrúpedos se distinguen por sus dientes, i forman siete clases, á saber: *primates* ó principales, que tienen cuatro dientes incisivos en cada quijada; *bruti* ó los brutos, que no tienen dientes incisivos; *ferae* ó las fieras que por lo jeneral tienen seis dientes incisivos en cada quijada; *glire* ó los animales, que pasan una parte del año durmiendo ó aletargados, los cuales no tienen mas que dos dientes arriba i dos abajo; *pecora* ó el ganado ovejuno que no tiene dientes arriba, i tan solo seis ú ocho abajo; *belluae* ó las bestias llamadas ganado mayor, que tienen dientes arriba i abajo para rumiar; i *cetae* ó los cetáceos, que tienen dientes cartilajinosos.

De las aves.

Las aves son, despues de los cuadrúpedos, los animales que mas llaman nuestra atencion. Los caracteres distintivos de esta especie son: el cuerpo cubierto de plumas, dos pies i dos alas.

Las aves son infinitamente mas numerosas i mas variadas que los cuadrúpedos. Parece que la providencia las ha destinado á una vida solitaria; i aun no les son inferiores en fuerzas para el ataque i defensa. Poseen una potencia mayor en su clase que es la de poder huir sin ser alcanzados elevándose á la rejion de los aires. Todas las partes de su cuerpo están admirablemente dispuestas para este movimiento: su forma esterna aguda por delante para hendir el aire, gruesa gradualmente por el centro, i aguda tambien

por la parte posterior con una larga cola que les sirve de remo.

El vestido de las aves es perfectamente adecuado á su jénero de vida: las plumas tienen la direccion ácia atras, i están cerradas una sobre otra con mucho espesor i lisura, con lo que ocurren á las tres necesidades de estar abrigadas, bien defendidas i dotadas de velocidad. Las plumas mas contiguas á la piel son una especie de pelusa suave i caliente, las superiores tienen barbas dobles mui espesas, i mas largas por un lado que por otro, terminando en puntas iguales.

El cañon de cada pluma se forma de un tubo delgado i hueco que corresponde á los objetos de la fuerza i lijereza; la punta que está pegada al cuerpo del ave está llena de una blanda sustancia con la cual se alimentan las barbas. Dichas plumas están situadas con tan buen arreglo, que las mas largas i mas fuertes, cuales

son las de las alas i de la cola, son las que llevan por decirlo así todo el peso del trabajo. La parte esterna de cada filamento está provista de ciertos pelos á las puntas, los cuales encajan en los de los inmediatos filamentos, i así forman una superficie unida, suave i lijera, por encima de la cual se resbala el viento con facilidad.

Las aves están asimismo provistas de ciertas glándulas en la rabadilla que contienen una cantidad de aceite, las cuales esprimen con los picos, i alisan con aquella sustancia sus plumas para que puedan rechazar el agua. Las aves acuáticas, como patos, gansos, ect, tienen mayor cantidad de dicho aceite que las que viven en seco, i que no estienden sus alas con frecuencia, como la gallina, ect.

Las aves poseen una vista mas perspicaz que el hombre i que todo otro animal; parece que la providencia ha querido dis-

pensarles la calidad de que mas necesitan para su conservacion; porque si así no fuera, serían fácilmente presa de las astucias del hombre, i aun las mas débiles lo serían de las aves de rapiña que se lanzarian sobre ellas destruyendo sus especies; i asimismo es útil la perspicacia de su vista para descubrir el alimento á largas distancias.

Las aves acuáticas tienen en los pies un tejido ó membrana que les ayuda mucho para nadar; las demas clases los tienen sueltos, i sus uñas mui flexibles para poder sujetar la presa ó agarrarse de las ramas de los árboles. Las que están provistas de patas largas tienen igualmente el cuello largo para poder picar mas cómodamente el alimento; pero algunas aves acuáticas, como los gansos i los cisnes, tienen el cuello largo i las patas cortas.

Las aves carecen de vejigas urinatorias;

mas no de riñones i conductos por los cuales se hace la secrecion de la orina, que es conducida con los demas escrementos á un canal comun; por lo cual están menos espuestas á enfermedades que los cuadrúpedos que beben mucha mas agua relativamente, i que tienen un paso separado para el escremento fluido.

La mayor parte de las aves se porean á la entrada de la primavera, i el pacto de union que establecen es observado inviolablemente á lo menos por aquella estacion; i aun hai especies que entran en consorcio por años, i á veces por toda la vida.

Todas las aves son ovíparas escepto los murciélagos; i las hembras de todas las especies ponen huevos aun sin la conjuncion del macho, como la gallina; mas estos huevos son estériles. Cada ave fabrica su nido del modo i con los materiales mas adecuados á su intento i situa-

cion: así, pues, la golondrina, que pone mas huevos de los que puede cubrir con su cuerpo, arregla su nido mas abrigado; pero el cuervo i el águila que ponen pocos huevos, i cuyo cuerpo es mui grande para empollarlos, necesitan de nidos menos resguardados, del rigor de la atmósfera; i estas mismas aves cuando se hallan en países frios construyen sus nidos con mas preservativos i precauciones que en los climas calientes. Los machos de la mayor parte de las aves, durante la época de la empollacion, suplen la ausencia de las hembras cuando se separan momentáneamente de sus huevos para ir en busca de la comida, ó bien se la traen ellos, que es lo mas comun.

Los polluelos de crias tempranas son mas fuertes i vigorosos que los de las tardías. No está bien asegurado el número de huevos que un ave puede poner; pero es bien sabido que aun la que no suele

poner mas que dos ó tres, si se los quitan volverá á poner otros tantos, i así sucesivamente hasta diez ó doce. Una gallina, si está bien alimentada, podra poner cien huevos desde el principio de la primavera hasta el fin del otoño. La naturaleza ha dispuesto sabiamente que las aves menores i mas débiles, i en jeneral todas aquellas que sirven mas para el sustento del hombre, sean mas prolíficas, al paso que las mas grandes, como son las de rapaña, procrean mui poco.

Las aves viven mas tiempo que los demas animales: un jilguero llega hasta los eatorce ó quince años, un ganso á los ochenta; i los cisnes águilas i algunos otros, se dice que viven uno, dos i aun tres siglos. Aunque conocemos mas de quinientas especies de aves, tan solo hemos podido domesticar nueve, que son: los pavos reales, los pavos comunes, las gallinas comunes, las de Guinea, las pa-

lomas, los cisnes, los gansos, los ánades i los patos de Guinea. Por rareza se ven algunas otras aves en los gallineros, como perdices, codornices, avestruces, ect.; pero no pueden considerarse como aves domésticas por regla jeneral.

De los animales anfibios.

Por animales anfibios se entienden los que pueden vivir tanto en tierra como en agua, i están provistos de pulmones i de vejigas de aire adecuadas al intento: tales son el castor, el galápago, la nutria, el buei, lobo, oso i leon marino, ect. Hai porcion de insectos, especialmente de los alados, que parecen anfibios: son de esta clase los mosquitos que ponen sus huevos en el agua, en la cual se vivifican i se crian como los peces hasta la época de

su metamorfosis en que les despuntan las alas, i salen de su nativo elemento para vivir en el aire.

De los peces.

Los peces son una clase de seres animados al parecer mas tosca i de inteligencia mas torpe que los demas; i aunque pueden resistir el hambre mas tiempo que ningun otro, son sin embargo los mas voraces de todos, pues parece que el único impulso que dirige las acciones es su insaciable ansia por la comida; i su vida es por lo tanto una escena continuada de violencia ó de evasion. La mayor parte de los peces presenta la misma forma esterna, aguda por ambas estremidades i abultada en el medio; la cual es la mas acomodada para vivir sobre el elemento líquido. El hombre la ha imitado para la

construcción de sus barcos; pero los adelantos que ha hecho con estas máquinas son muy inferiores á la fuerza de la natural velocidad de estos seres acuáticos, los cuales aventajan en la carrera al buque mas ligero, aunque sea impelido por el viento mas fuerte ó por la máquina de vapor de mayor potencia.

Los instrumentos del movimiento de estos animales son sus aletas, de las cuales tienen por lo regular cada uno de ellos dos pares juntas i tres separadas, si bien algunas tienen mas i otras menos. Las aletas del pecho están situadas á alguna distancia detras de las agallas, i son generalmente fuertes i grandes, i en el pescado hacen el mismo oficio que las alas en los pájaros i los remos en los botes, que es el de empujar el cuerpo para adelante. Sirven tambien para balancear el cuerpo, i para impedir que la cabeza se sumerja.

Las aletas del vientre están colocadas debajo de la barriga ácia la parte inferior del cuerpo; éstas se hallan siempre sentadas de plano sobre el agua, i sirven para levantar ó bajar el cuerpo mas bien que para caminar.

La aleta dorsal está situada en la línea del lomo, i sirve para conservar el equilibrio así como para aumentar su velocidad.

La aleta que se llama anal i que se estiende desde el ano hasta la cola, sirve para conservar recto el cuerpo ó en direccion vertical. En algunos peces la cola es vertical, i en otros horizontal. Tal es el equipo i armadura de estos animales con la cual adquieren un movimiento tan rápido que saben hacer viajes de mil leguas en una estacion.

Tambien los pescados están provistos de una materia glutinosa que se derrama por todo su cuerpo, i los preserva de los

efectos corrosivos del agua salada. Debajo de esta materia tienen algunos una capa muy fuerte de escamas con las que defienden su cuerpo como si fuera una cota de malla. Debajo de dichas escamas se encuentra una sustancia oleosa la cual provee al animal del calor i fuerza que necesita.

En la mayor parte de los sentidos tienen los peces mayor torpeza que los demas animales. Su olfato, sin embargo de estar dotados de narices, es menos perfecto que el de los demas seres vivientes, lo cual no puede menos de ser así en razon del elemento en que viven: este sentido no puede entrar en accion sino por mediacion del fluido que trasmite á sus nervios olfatorios el olor de lo que lo haya impregnado el objeto.

El sentido del sabor debe ser no menos imperfecto por componerse su paladar de una materia dura i huesosa, al paso que

en los animales que se distinguen por la finura i delicadeza de este sentido es blanda i flexible. De aquí es que el pescado traga del mismo modo el cebo bueno que el malo.

El sentido del oído es en ellos todavía mas defectuoso, si es que lo tienen, pues aun esto último puede dudarse segun los experimentos que se han hecho, i porque en ninguno de estos animales se han hallado órganos auditivos excepto en la ballena.

El sentido de la vista lo tienen algo mas perfecto, aunque nunca llegan á la escelencia de los demas animales: carecen totalmente de cejas, i sus ojos están cubiertos con la misma piel que circuye el resto del cuerpo.

Es poco conocido el período de su vida, aunque se cree jeneralmente que llegan á una edad avanzada, i que algunos de ellos superan la del hombre. El modo de

descubrirla es por el ecsámen de las cubiertas trasversales de las escamas con el auxilio del microscopio, ó por la seccion trasversal del hueso dorsal. Buffon ecsaminó una carpa por el primer método, i le fijó cien años contando uno por cada una de las cubiertas de dichas escamas. La edad de los peces que no tienen escamas se descubre ecsaminando el número de pliegues ó anillos que forma la superficie en las coyunturas del hueso dorsal á razon de un año par cada pliegue. Aunque á ninguno de estos dos métodos puede darse un carácter de certeza, son sin embargo los que mas se aprocsiman á la verdad.

La parte mas notable en los peces es su prodijiosa fecundidad. Algunos son vivíparos i otros ovíparos, i los productos de estos últimos son infinitamente mayores que los de los primeros, pero al mismo tiempo están mas espuestos á ser pre-

sa de otros pescados i aun de los de su misma especie ó familia; por consiguiente una parte mínima de estos huevos es la que llega á vivificarse, i con todo se pueblan los mares de estos seres. ¡Cuál pues no sería su número si todos los huevos se aprovechasen? Podrá formarse una idea de este exceso de materia procreativa al ver los millones de huevos que se encuentran en el vientre de algunos de estos animales, especialmente de la merluza en nuestros climas, i en el sollo, salmon i beluga en los caudalosos rios de la Rusia, de donde se esportan todos los años infinitos toneles ó pipas de *caviar*, que no son otra cosa sino los millones de millones de huevos ó huevas aprensados de dichos pescados.

De los insectos.

Los insectos i gusanos forman el último órden entre las varias tribus de los seres vivientes que pueblan nuestro globo. Los caracteres distintivos de los insectos son sus cuerpos cubiertos de una especie de sustancia huesosa en vez de piel, i sus cabezas provistas de antenas que vulgarmente se llaman cuernos. Un insecto puede ser definido con mas propiedad animal pequeño sin sangre colorada (porque la que tiene es blanca i fria), sin huesos i sin cartílagos; que está dotado de trompa ó boca grande en proporcion á su cuerpo, i que se abre de derecha á izquierda; de ojos que no tienen túnica alguna que los cubra; i de pulmones que se abren por los lados del mismo cuerpo. Esta definicion comprende toda especie de insectos.

Es tan numerosa i tan variada esta

especie, que es imposible dar la historia jeneral de ellos; de lo cual se convencerá cualquiera al considerar que aun el referir tan solo las innumerables familias de moscas i mosquitos es superior á las fuerzas del entendimiento humano. Esta empresa es tanto mas difícil cuanto que se observa una extraordinaria variedad en las formas de estos animales, en sus tamaños, en sus propiedades, en los métodos de propagacion i en la duracion de su vida.

El pólipo, la lombriz i otra porcion de clases pueden multiplicarse con la division de su cuerpo; pues algunos de ellos, aunque se partan en cien pedazos, se conserva en cada uno de éstos el principio vital que les puede dar animacion hasta formarse tantos seres vivientes cuantos fueran los trozos divididos.

Las mudanzas i trasformaciones de los gusanos se verifican. 1º del huevo (*ovum*;) 2º

en gusano (*larva*;) 2.º en crisálida (*pupa*;) 3.º en palomita (*imago*). A la crisálida se le da tambien el nombre de (*pupa*) por la semejanza que tiene el gusano en aquel estado con un niño fajado de los pies á la cabeza. El período de la existencia de los insectos en cada una de estas situaciones varía segun la especie; pero por lo comun es mas largo el estado de reptil que el de volátil.

Reino mineral.

Son veinte i una las sustancias metálicas bien conocidas, no haciendo mencion en este tratadito de algunas otras sustancias descubiertas modernamente por no estar todavía bien clasificadas; todas ellas tienen puntos de gran diferencia entre sí, i son: *platina, oro, plata, azogue, plomo, cobre, hierro, estaño, zinc, bismuth, artimo-*

nio, arsénico, cobalto, nickel, manganesa, moli'bdena, wolfram, chroma, uranium, titanium i tellurium.

Los metales esceden á todos los fósiles en gravedad específica, i entre todos ellos ecsiste en esta parte una notable diferencia. Todos los metales son opacos, poséen una propiedad reluciente, i presentan la superficie conveca cuando se funden en vasijas de tierra. Ninguno de ellos se disuelve en el agua; i por estos caractéres esternos es fácil distinguirlos de los demas fósiles, como son la tierra, las sales, el betun i el azufre. Cuando la naturaleza ha dispensado á los metales su propia apariencia metálica, aunque estén ligados con otros metales conservan el nombre de *nativos*. Cuando se combinan, como lo están por lo regular en todas las minas, con algunas sustancias eterojéneas, se dicen mineralizados, i el compuesto de ambas materias se llama mineral.

Varios de los metales son ductiles i maleables, i sus partes pueden ser separadas unas de otras por compresion ó por percusion sin perder su cohesion, como lo vemos en el oro, plata, platina, cobre, plomo, estaño i hierro, que se estienden en hojas mui delgadas i se reducen á filamentos menudísimos. Otros metales son frágiles i vidriosos, i no admiten estension ni reduccion: tales son el antimonio, el arsénico, el cobalto, el bismuth, ect.

Todos los metales son fusibles, mas no en el mismo grado; el mercurio se derriete con la temperatura comun de la atmósfera; el estaño i el plomo antes de caldearse; i la plata, oro i cobre tan solo despues de haberse caldeado.

Todos los metales se funden de repente cuando han llegado á aquel grado de calor que les corresponde, menos el hierro i la platina, los cuales se ablandan antes

de principiar la fusión; i he aquí por qué son los únicos que se prestan á servir de instrumentos ó de vasos para que se derretan dentro de ellos los demas metales.

Casi todos ellos pueden ser combinados por medio de la fusión en una masa homogénea, de cuya operación proceden las mezclas ó ligas metálicas que son de tanta utilidad para las artes. Todos los metales se calcinan al fuego menos el oro, la plata i la platina, cuya importante cualidad les ha valido el nombre de *metales nobles*, en contraste con los otros, los cuales por estar sujetos á esta descomposición se llaman *metales bajos*.

La *platina*, que es el metal mas noble i mas precioso de todos, se llama oro blanco por ser éste su color peculiar. No se conoció en Europa hasta mitad del siglo pasado, i nos fué traída en granos pequeños de figuras irregulares, mui impuros i mezclados con hierro. Este metal

bien depurado escede á todos en gravedad específica, pues que no es menos de 21 - 061 (1). Es ductil i maleable, i su dureza i tenacidad son mayores que las del oro.

El *oro* es de color amarillo, i despues de la platina i del azogue es el mas pesado de los metales, pues su gravedad específica es de 17 - 486 á 17 - 640. No es tan considerable su dureza i elasticidad como su tenacidad; pero es mas ductil i maleable que las demas sustancias metálicas.

La *plata* es un metal noble de color blanco, cuya gravedad específica está entre 16 - 474 i 16 - 542; es tambien mui maleable i no mui duro, pues se derrite en menos tiempo i con menos fuego que

[1] El cómputo de la gravedad específica en los metales se hace con proporcion al agua, i así en la gravedad á que nos referimos se establece por base que la platina es 21 veces mas pesada que el agua, i así de los demas.

el oro. Una de sus cualidades es la de fijarse en el fuego, i de permanecer sin alteracion tanto al aire como dentro del agua, pero los vapores sulfúreos lo deslustran i manchan al instante.

El *mercurio* ó *azogue* es un metal bajo, de color blanco, cuya gravedad específica es de 18 - 568. Es el metal mas fusible de todos, pues se conserva en estado fluido aun en los mayores frios del invierno, i tan solo se hiela á los 10 bajo cero de Reaumur, i entonces es tenaz i ductil.

El *plomo* es un metal bajo, de color ceniciento i de una gravedad específica de 11 - 352 á 11 - 445; se distingue por su considerable ductilidad, i por su poca tenacidad i dureza i casi ninguna elasticidad; de aquí es que puede batirse en hojas mui sutiles, mas no reducirse á filamentos ó hilos como los anteriores.

El *bismuth*, cuya gravedad específica llega á 9 - 822, es un metal amarillento,

6 mas bien de un encarnado blanquecino, compuesto de capas frágiles i vidriosas que pueden con el martillo ser reducidas en polvo. Es algo mas duro que el plomo, i mucho mas fusible.

El *nickel* es un metal gris, maleable i mui compacto, cuya gravedad específica se halla entre 9 - 000 i 9 - 333.

El *cobre* es de color pardusco, sonoro, mui tenaz, ductil i maleable, sumamente compacto, moderadamente duro i elástico, bastante quebradizo, i de una gravedad específica de 7 - 788 á 7 - 000.

El *arsénico* es un metal vidrioso i quebradizo, de color bajo, entre blanquecino i aplomado; pero cuando se espone al aire se vuelve negro. Su gravedad específica es de 8 - 310; es bastante duro i al parecer mas que el cobre; pero su ductilidad es tan poco considerable i su fragilidad tan grande, que al momento se reduce en polvo con el martillo.

El *hierro* es el metal que ofrece mas variedades en el color, densidad, vidriosidad, tenacidad, ductilidad i grados de fusibilidad. El hierro blando i maleable es de color ceniciento, fibroso i quebradizo. Su gravedad específica por un término medio se calcula de 7 - 700; i llega á tal grado su ductilidad i maleabilidad, que se presta á ser batido en frio sin quebrarse. Por hierro crudo entendemos aquel metal que se saca de la primera fusion del mineral, i se diferencia del blando en que no puede estenderse con el martillo ni frio ni caliente, i en que es mas vidrioso i mas á propósito para fundirse i vaciarse en moldes, en los que forma lo que se llama hierro colado.

El *acero* se diferencia del hierro fuerte i blando en que cuando está templado, es decir, cuando se ha sumerjido de un golpe en el agua en el estado de ignicion, ó de estar hecho ascuas, se vuelve mas du-

ro, mas quebradizo é inflecsible, i en que antes de ser templado es ductil, bien este frio ó caliente, i tambien en que despues de haberse endurecido vuelve á tomar su ductilidad por una nueva ignicion i gradual enfriamiento sin inmersion. Su color es de un gris luciente, i su materia granular.

El *cobalto* es un metal bajo, de un gris aplomado, vidrioso, duro i de difícil fusion. Su gravedad específica se regula en 7 - 000 á 7 - 700.

El *estaño* es un metal blanco con tintas azuladas, mui blando i maleable; pero poco compacto i elástico. Cuando se quebranta ó se dobla, ó cuando se le aprieta entre los dientes, cruje de un modo particular. Su gravedad específica varía desde 7 - 216 á 7 - 331.

El *zinc* es un metal blanco formado de capas; se halla en un medio entre los metales maleables i vidriosos, i puede esten-

derse en hojas muy delgadas á favor de buenos cilindros. Su gravedad específica es de 6 - 862 á 7 - 215.

El *antimonio* tiene un color blanco, parecido al estaño, una estructura tambien de hojas muy vidriosas: su gravedad específica varía de 6 - 702 á 6 - 806.

La *manganesa* es blanca, dura i vidriosa, i su gravedad específica se halla entre 6 - 807 i 7 - 000.

La *molibdena* ó lapiz es tambien metal formado de capas de un color aplomado, con cierto lustre metálico, i por naturaleza muy blando: se emplea para rayar el papel; tiene una gravedad específica de 4 - 138 á 4 - 569.

El *wolfram* es una sustancia metálica, descubierta á fines del siglo pasado, i susceptible de calcinarse, en cuyo estado toma un color amarillo, que es una de las partes constitutivas de este fósil.

El *uranium* es una sustancia metálica

descubierta tambien á fines del siglo pasado por Klaproth, cuyo óxido ó calcinacion forma una especie de arcilla amarilla que se fija en el fuego, i que es infusible por sí sola, si bien cuando se caldea toma un color gris oscuro.

El *titanium* ó titanito se debe tambien á Klaproth, su color es encarnado; pero cuando está mui caldeada esta sustancia metálica sobre la brasa, toma gradualmente un color amarillo, azulado i con tintas negras.

El *tellurium* es otro metal blanco como el estaño, cen algunas tintas aplomadas: es vidrioso i desmenuzable; su estructura es de capas ú hojas, i conserva el lustre metálico. Se funde con gran facilidad, i cuando se enfria despues de la fusion presenta una superficie cristalizada. Tiene una gravedad específica de 6 - 115.

El *chroma* es un metal blanco aplomado, mui vidrioso i cristalizabile.

De las producciones volcánicas.

Las producciones volcánicas son de tres clases; á saber: la piedra pomez, la lava i el basalto.

La *piedra pomez* es una especie de vidrio en la forma de pequeños filamentos aplomados i mui relucientes, con muchos vacíos ó poros de varios tamaños, por cuya razon se nota mucha variedad en su gravedad específica; pero comunmente es mas lijera que el agua.

La *lava*, materia inflamada que se desprende de los volcanes, es una sustancia medio vitrificada que toma un color oscuro á causa de su densidad.

Los *basaltos* son negruzcos i opacos que se convierten en vidrio de un negro mui hermoso con la accion del fuego. Se cristalizan á veces en prismas de tres á siete caras.

De las sales.

Los álcalis, los ácidos i las combinaciones en que entran éstos en suficientes cantidades, se llaman *sales* ó *sustancias salinas*, cuya principal cualidad es la del gusto mas ó menos acre, i la de ser solubles en el agua. Estas sustancias no pertenecen exclusivamente al departamento fósil, pues que tambien se sacan del reino animal i vegetal, i son los agentes mas activos de la creacion, pues que dan á los cuerpos toda su consistencia, los preservan de la corrupcion, i les comunican el sabor de que tanto necesitan.

Los *álcalis* se distinguen por su acrimonia abrasadora, por su gusto ingrato, por su causticidad, por su poderosa accion sobre las sustancias animales i por su actividad para borrar los colores. Se conocen tres especies de álcalis; á saber: po-

tasa, soda i sal ammoniaca. El primero i segundo han tomado el nombre de *álcalis fijos* porque se derriten i enrojecen al fuego antes de volatilizarse; i el tercero de *álcali volátil*, porque posee la virtud opuesta.

La *potasa* se distingue por los caracteres siguientes: es seca, sólida, blanca i mui delicuescente, absorve el agua i tiene un olor particular. Se combina con la tierra silicea por la fusion, i sirve para hacer el vidrio. Se halla frecuentemente en su estado natural mezclado con cieno i combinado con diferentes ácidos; pero se saca principalmente de los vegetales quemados.

La *soda* ó *álcali mineral* se saca tambien de las cenizas de vegetales, i constituye la base de la sal marina. Se parece mucho á la potasa en su forma, en su causticidad, fusibilidad, delicuescencia i combinacion con las demas sustancias e-

terojéneas por medio de la fusión ó acción sobre sustancias animales. De aquí ha provenido el haberla tenido confundida por mucho tiempo con aquella, i habría continuado en tal creencia si no se hubiera visto que formaba sales mui diferentes con los ácidos.

La *sal ammoniaca* ó *álcali volátil* se diferencia notablemente de las dos sustancias anteriores por su forma de gas cuando se disuelve en calórico, por su forma líquida cuando se disuelve en agua, i por su olor penetrante i sofocador, i por su solubilidad en el aire. Esta sal, que se hace de sustancias animales quemadas, venia antes de Egipto, hasta que en estos últimos tiempos los químicos se dedicaron á hacerla de los huesos por destilacion; los árabes la sacaban del escremento de sus camellos.

De los ácidos.

Todos los ácidos se presentan como combinaciones del aire ocsígeno ó vital con sustancias elementales. Su gusto es agrio, como lo indica su nombre; alteran la mayor parte de los colores, i tienen una tendencia á combinarse con materias térreas, álcalis i sustancias metálicas.

Como todos los ácidos son un compuesto de ocsígeno i de diferentes sustancias, el primer principio es la causa de su semejanza i de tener tantas propiedades comunes. Las materias que son variables en los ácidos se llaman principios *radicales* ó *acidificables*. Así, pues, todos los ácidos son combinaciones de estas sustancias con el ocsígeno. La palabra ácido forma su nombre jenérico, i la clase de sustancia acidificable forma la especie: el azufre por ejemplo es el principio radical

del ácido que conocemos con el nombre de sulfúrico; el fósforo del fosfórico; el carbon del carbónico, i así de los demas.

Estos principios radicales pueden contener diversas cantidades de ocsígeno, i bajo este punto de vista poseen dos estados de acidez: el primero es aquel en el que entra la menor cantidad posible de ocsígeno, i por resultado se obtiene que sea mui flojo, i que se adhieran con flaqueza á las bases, con los cuales son capaces de formar sales. El segundo estado de los ácidos es aquel en el que contienen mas ocsígeno, durante el cual alcanzan toda la fuerza i atraccion de que son susceptibles.

Para ilustrar mas este punto haremos cuatro divisiones de los principios radicales ó acidificables; á saber: 1.º Cuando contienen mui poco ocsígeno, el cual no llega á comunicarles la naturaleza de un ácido, como por ejemplo el azufre es-

puesto al aire i á un grado de calor insuficiente para producir inflamacion. 2.º

Cuando contienen mas oxígeno que en el caso anterior i que pueden entrar en la clase de ácidos, aunque flojos. 3.º Cuando el oxígeno es ya tan considerable que llega á adquirir propiedades ácidas muy poderosas, como por ejemplo el ácido sulfúrico. 4.º Cuando el oxígeno es mucho mayor del que se necesita para constituir un ácido poderoso, i toma el nombre de *ácido oxigenado* ó *superoxigenado*.

Los *ácidos minerales* que se conocen hasta el dia son:

1. El *ácido sulfúrico*, llamado antes *vitriolo*.

2. El *nítrico*, llamado tambien *agua fortis*.

3. El *muriático*, ó *ácido marino*, al que se da tambien el nombre de *espíritu de sal*.

4. El *carbónico*, que era conocido antes

con los nombres de ácido de carbon, ácido aéreo, ó aire fijo, &c.

5. El *fosfórico*, que es al mismo tiempo ácido animal, porque se halla indistintamente entre las materias animales i minerales.

6. El *ácido de borax*.

7. El *fluórico*.

8. El *arsénico*.

9. El *molíbdeno*.

10. El *tungsténico*

11. El *chrómico*.

Los cuatro últimos se llaman tambien ácidos metálicos.

Los ácidos vejetales son doce en número, á saber:

1. El *acético* ó de vinagre.

2. El ácido de *tártaro*.

3. El *ácido empireumático* de idem.

4. El *ocsálico*, ó ácido de Sorrel.

5. El *ácido de agallas*.

6. El *cítrico*, ó ácido de limon.

7. El *málico*, ó ácido de manzanas.
8. El *benzoico*, ó ácido de benjui.
9. El ácido *empireumático*, de madera.
10. El ácido *empireumático*, de azúcar.
11. El ácido de *alcañfor*.
12. El *suberico*, ó ácido de corcho.

Los ácidos animales son por el orden siguiente:

1. El ácido de *leche*.
2. El *fórmico*, ó ácido de hormigas.
3. El *prúsico*, que es la misma materia colorante del azul de Prusia, el cual se saca de la sangre seca, pezuñas, &c.
4. El *sebánico*, ó ácido de sebo.
5. El *bómbico*, ó ácido de gusanos de seda.
6. El *láccico*, ó ácido de cera.
7. El *zoónico*, ó el ácido estraído de las materias animales por medio de la cal.

Los ácidos i los álcalis ejercen gran fuerza de atraccion unos con otros; i cuando se combinan en tales proporciones que

ninguno de ellos predomina, forman sales *neutras*, que son unas sustancias de los elementos de que se componen. La sal que usamos para nuestros alimentos se forma de ácidos i álcalis minerales: cualesquiera de estas dos sustancias que estuviere sola sería mui nociva al cuerpo humano, i mucho mas el ácido solo.

Reino vegetal.

Las plantas constan de tres partes principales, que son: la *corteza*, la *madera* i el *corazon* ó *médula*. En la corteza hai tres cáscaras ó cubiertas que corresponden á la piel, á la carne, i al periostio de los animales, lo que prueba la grande analogía que ecsiste entre la vejetacion de las plantas i de los animales.

La primera corteza, ó sea la exterior, es tan floja i tan áspera que se llena al mo-

mento de grietas que se quiebran con facilidad. La segunda corteza, ó sea la del medio, es blanda i flexible de modo que la de algunos árboles sirve para hacer los tapones de las botellas. La tercera corteza es mucho mas delgada que las dos primeras, pues representa la piel de la madera á la cual está pegada como el cutis al cuerpo humano.

La madera de los árboles se compone de *fibras*, de *tráqueas*, de *utrículos* i vasos *proprios*. Las fibras forman el cuerpo del árbol á lo largo, i no van todas por línea recta, sino que dejan algunos vacíos para que pasen al través las filas de los utrículos ó vejiguillas: estos utrículos forman una especie de cuentas de rosario huecas por dentro i sirven para que conservando por algun tiempo su jugo, fermente éste i pase adelante á nutrir las demas partes de la planta, ejerciendo por decirlo así las mismas funciones que nuestro estómago.

Las *tráqueas* son otras fibras mas gruesas de forma espinal, que se van envolviendo á manera de rosca, del mismo modo que se envuelve un cordon al rededor del dedo sin que se sobreponga una vuelta á la otra con lo cual pueden ensancharse i se ensanchan á medida que crece la planta: por lo regular no contienen mas que aire, aunque en algunos se halla agua. A estas fibras ó tráqueas se les da el nombre de órganos de la respiracion.

Los *utrículos* son unos conductos que á manera de las arterias animales, pues que son tan numerosas como éstas, chupan i conducen el humor por toda la estension de la planta.

Los *vasos propios*; se llaman así los que contienen el humor peculiar de cada planta: unos están provistos de cierta especie de leche como las higueras; otros arrojan una calidad de aceite, el cual sale tan viscoso por la corteza de determinados

árboles, que se cuaja i forma la resina.

La *médula* ó *corazon* de los árboles es aquella especie de tuétano que va por su interior i corresponde al que tienen los huesos de los animales. Dicho tuétano visto con el microscopio nos presenta una multitud de rayos confundidos unos con otros como las ampollas de la espuma, i entre esta confusion se perciben unos utrículos sueltos i otros amontonados, algunos de los cuales tienen comunicacion con la madera, i otros con la corteza. El autor de la naturaleza al formar todos estos vasos no pudo tener otro designio sino el de proporcionar al jugo sus respectivos elaboratorios para su cocion, filtracion i preparacion.

Del sustento i nutricion de las plantas.

Como todas las plantas tienen el mismo sustento ó nutricion, que lo forman la tierra, el agua i el aire, no deja de causar admiracion el ver que plantados en un mismo punto á la vez árboles de veinte ó mas especies, cada uno de ellos va asimilando la sustancia que chupa á las cualidades que representa, convirtiéndola los unos en un agrio limon, otros en una dulce castaña, otros en una amarga bellota, i así de los demas. Este fenómeno no tiene mas esplicacion sino la virtud que imprimió el criador á dichas plantas de chupar de la tierra las sales i sustancias mas análogas á su especie; lo cual se confirma al observar que no todas prosperan con igualdad en todos los terrenos aunque su clima sea igual, porque no hallan con abundancia las sales i sustancias que les

son propias. Esta diferencia es mayor todavía según su temperatura.

Para demostrar que las plantas no chupan de la tierra sino aquella sustancia que le es homogénea, nos valdremos del ejemplo siguiente. Si dos mechas de algodón, bien empapadas la una en aceite i la otra en agua, se introducen dentro de un vaso en el que hallen reunidos ambos líquidos, dejando colgar fuera del vaso dos de sus puntas mas largas que las que están dentro, se verá que cada una de ellas chupa del líquido en que fué mojada i no al contrario.

Además del alimento que las plantas chupan de la tierra, reciben otra parte bastante considerable por las ramas i por las hojas, por las ramas como que en ellas terminan principalmente las tráqueas de los árboles, i por las hojas á causa de lo tierno i delgado de sus fibras, por las cuales se introducen en todos sus vasos

la humedad, las partículas del fuego que el sol pone en movimiento, las del nitro trasportado por el aire, &c. Con este fin dispuso el Ser Supremo que dichas hojas fuesen planas i delgadas con muchas puntas i entradas en sus superficies; á fin de que pudiesen recibir las partículas que necesitan las plantas para conservar la vida.

El jugo ó *sábida* de los árboles tiene su circulación como nuestra sangre, es decir, que va de arriba abajo i vice versa, i lo prueba la observación que se tiene hecha de que si á uno de ellos que no tenga mas que dos raíces se le corta la una, lejos de secarse como parece debiera ser por faltarle el sustento de aquel lado, se le ve echar un renuevo por la parte cortada, lo cual no podría suceder si el alimento ó jugo, ó sangre vegetal que es lo mismo, no le viniera de arriba. De ésta i de otras observaciones de esta especie que se

han hecho, se deduce que el jugo sube por la corteza i baja por la madera, que es la opinion mas recibida entre los naturalistas.

No siendo nuestro ánimo ni nuestra misión dar un tratado de botánica, i sí tratar filosóficamente de los principales puntos de este ramo de la ciencia natural, concluiremos este capítulo con algunas breves indicaciones relativas al mismo objeto.

1.^a A cada suelo i clima corresponden diferentes clases de vegetales.

2.^a Puede decirse que cada pais posee una vejetacion suya propia.

3.^a Los que mas han enriquecido la ciencia botánica han sido: Linéo, Tournefort, Saussure, Young, Stromeyer, Kielman, Treviranus, de Candolle, Humboldt, Wahlemberg, Von Buch, Smith, Brown, Boué, Schow, Von, Martius, Brongniart, Cunningham, Mirbel, Baston i varias academias i sociedades científicas.

4.^a Los elementos ó agentes externos en los que Mr. de Candolle comprende el calor, la luz, la humedad, el terreno i el aire, ejercen la mayor influencia sobre las plantas.

5.^a Las plantas las clasifican los modernos naturalistas por estaciones i habitaciones: la primera voz tiene relacion á las varias formas que presenta el terreno, como seco, húmedo, pantanoso, salitroso, de playa, de monte, &c. La segunda comprende la diversidad de pais ó clima; i segun esta inmensa variedad de accidentes se desenvuelven las semillas para poblar el mundo de las infinitas especies de vejetales de que está enriquecida la botánica.

HISTORIA.



RASGO SUBLIME DE BENEFICENCIA.

La hermana de la Caridad.

AL concluirse la gran batalla que se dió en las puertas de Paris en 30 de marzo de 1814, en la cual hubieron de retirarse á la ciudad los 25000 soldados franceses que hicieron tantos prodjios de valor contra 180,000 extranjeros que los habian atacado, corrieron en tropel i á

porfia á dar auxilio á los heridos no solo los individuos pertenecientes al arte de curar, sino tambien muchas otras jentes benéficas, algunas de las cuales salieron aun antes de terminar el combate á disputar á la muerte algunas de sus víctimas. Entre ellas se señalaron heróicamente las hermanas de la caridad, las cuales guiadas por el ferviente celo de su instituto, habian llegado á mezclarse en las mismas filas de los guerreros para dar oportunos socorros á los que iban sucumbiendo al fuego ó al hierro enemigo.

Aun despues de haberse retirado las tropas, i cuando aquel lúgubre sitio no presentaba sino imájenes de dolor i espanto, continuaban estas almas piadosas tan embebecidas en su caritativa ocupacion, que ni la llegada de la noche pudo sacarlas de aquel embeleso celestial, ni suspender sus sublimes obras.

A los pocos dias cesó la guerra de e-

jercer los estragos; la abdicacion de Bonaparte contuvo la efusion de sangre; i ya no se trató sino de cicatrizar las llagas abiertas por aquellas guerras de desolacion. Los heridos apiñados sobre los hospitales eran el mejor testimonio de los males que aquel hombre ambicioso habia causado á la Francia. Mas felices sin embargo que tantos i tantos de sus compañeros que habian quedado insepultos en extrañas rejiones, recibian éstos á lo menos una asistencia asídua i esmerada de los parientes, amigos i conocidos.

Las hermanas de la Caridad eran las que con mayor empeño se prestaban á tan piadoso oficio, no perdiendo un momento de vista las camas en que yacian el oficial i el soldado, el veterano i el bisoño, el guardia nacional i el paisano. Multiplícándose estos dechados de virtud con el deseo de ser útiles á sus semejantes, se las hallaba por todas partes rodeando el le-

cho de los enfermos i dando los últimos consuelos á los moribundos.

Por un sentimiento particular de atraccion se dirijia con mas frecuencia una de estas venerables hermanas á la cama de un herido. Ella ignoraba su nombre, su pais i su familia; pero guiada por la Providencia, logró salvarlo de una muerte irremediable. Los obstáculos que hubo de superar aumentaron el noble estímulo de su piadosa ambicion; los peligros que arrosó para arrancarlo de la tumba fueron los vínculos que en lo sucesivo la ligaron con la suerte de este individuo.

En la noche de aquella batalla, i cuando mas afanosa se hallaba en busca de desgraciados que necesitasen de su auxilio; cuando sus ojos, i aun mas su corazon, la conducia por aquellos sitios de mayor espanto i horror en que no se hallaban sino imágenes lúgubres de la muerte, llegó á sus oidos un jemido lastimero; de-

tiene su paso, aplica el oído, fija intensamente su atención... no, su corazón no la ha engañado; se adelanta ácia el lugar de donde habian salido aquellos signos del dolor; oye mas de cerca exclamaciones mejor articuladas, i halla entre los muertos un jóven soldado que implora su tierna compasion.

Vuelto de su profundo letargo este infeliz por el exceso del dolor que le causaban sus heridas, cuya sensibilidad se habia aumentado con el frio de la noche, habia lanzado aquellos débiles pero expresivos anuncios de sus agudas penas; corre la hermana con azoro, le suspende la cabeza, le hace respirar algunas sales, disipa totalmente su desvanecimiento, i oye distintamente de su boca la deplorable situacion en que se encuentra. Le falta el brazo derecho; una bala le habia atravesado una pierna; trata de incorporarse, mas no le es posible, i en aquel sitio os-

curo i desierto nó se le presenta otra esperanza para conservar su vida desfallecida, sino los votos impotentes de una muger!

Abatido su espíritu con esta idea de abandono, vuelve á caer sin aliento, i espera tranquilamente que una pronta muerte venga á terminar la carrera de sus dias; pero una ardiente caridad vela sobre él, i medita su salvación. Tal vez sus voces podrian ser oidas; acaso... pero la buena hermana fija exclusivamente su pensamiento en llevar sobre sus hombros al moribundo; le comunica esta heróica resolution, le hace concebir halagüeñas esperanzas, i sacando fuerzas extraordinarias del mismo fervor de su piedad, logra arrastrar al herido á un punto de alguna elevacion, inclina su cuerpo i coloca en equilibrio sobre sus espaldas el de aquel desgraciado, echa á andar encorbada con tan gloriosa carga, i llega por fin embriagada de tanto

gozo al campamento hospitalario de los heridos.

Como era mas jóven que sus compañeras, i como no estaba tan cursada en el ejercicio de las obras de misericordia, el placer de haber ejercido este acto de beneficencia hace palpitar su corazon con mayor viveza. Con qué dulce emocion se acerca á la cama en que descansa aquel ser humano, cuya vida ha salvado con sus propias manos! Cuando éste se queja de los males que sufre, la buena hermana lo alimenta con balsámicas palabras. Si se irrita al pensar en la victoria de sus contrarios, ella le habla de la felicidad que la paz promete á la Francia; en las miradas del paciente conoce la cuidadosa enfermera su indignacion ó sus penas.

Poco tiempo estuvo su protejido en estado de peligro; pero necesitaba de eficaces consuelos para hacerle amable la existencia. Ah! decia ella; este pobre nada

posee, i sus heridas le impedirán dedicarse al trabajo para ganar su sustento. ¿Qué será de él cuando se le dé de alta en el hospital? En tanto que estuvo amenazada la vida del enfermo elevaba la hermana fervientes votos al cielo por su restablecimiento; ahora ya le parece que su mejoría corre con demasiada rapidez; i su inquietud va en aumento á medida que se aproximan los últimos instantes de su convalecencia.

El jóven soldado conocia sobradamente el corazon de su bienhechora para que dejase de adivinar la causa de la turbacion que experimentaba al hablarle de su suerte futura. "Tranquilícese V., le dijo él un dia; yo no me moriré de hambre, aunque devorado como me hallo por tantos pesares i quebrantos, muy poco apego puedo tener á una vida tan penosa que me espera. Sin embargo, consuéllese V. con saber que respetaré i que sostendré con todas mis fuer-

zas el beneficio que he recibido de sus manos.”

”Justo es que V. sepa ahora quién soy yo. Yo me llamo Federico; vi la primera luz en un pueblo de Normandia. Mis padres fueron pobres; yo nací á los catorce dias de haber muerto mi hermano mayor, es decir, que vine al mundo en medio del luto, del llanto i del dolor. Antes de llegar á la adolescencia murieron otros dos hermanos que me quedaban; i aunque los autores de mis dias me amaban como á su único hijo, i me consideraban como el báculo de su vejez, llegaron á creer, i aun lo decian en mi presencia, que su adversidad habia principiado desde la época de mi nacimiento.”

”Vivian todavía mis hermanos mayores cuando un tio materno, eclesiástico respetable, me llevó á su curato i se encargó de mi educacion. Aunque pobre habia estudiado mucho, i sus sábias lecciones

valian mas que todos los brillantes sistemas de educacion que proporciona la abundancia de medios. El mayor placer que tenia este buen anciano era el de enseñarme ademas de las lenguas muertas que él sabia con perfeccion, algunas artes de agrado que habia cultivado en otro tiempo.”

”Esta instruccion, superior á mi estado, fué para mí una desgracia; yo era demasiado altivo para buscar compañeros entre los jóvenes de jerarquía superior á la mia, los demas eran demasiado humildes para asociarse con el sobrino del cura. Cuando iba á pasar algunas temporadas á mi pais nativo encontraba todavía alguna complacencia i cordialidad entre mis antiguos camaradas; pero la diferencia de hábitos i una cierta desigualdad que ya mediaba entre nosotros, alejaba todo sentimiento afectuoso. Finalmente, yo no tenia amigos en ninguna

parte: tal fué el fruto primero de una educacion que en el fondo de una provincia no me ofrecia recurso alguno cuando hu-
be de necesitarlo.”

”Antes de haber salido de mi casa pa-
terna habia pensado dedicarme á manejar
el arado tan pronto como hubieron falle-
cido mis hermanos, á fin de aliviar á mi
padre en unos trabajos tan pesados para
su edad; pero se opuso á ello mi tío di-
ciendo que iba á alcanzarme mui pronto
la quinta, de cuya suerte nadie podia ec-
simirse; que valia mas siguiese la carrera
de la iglesia, único modo de poder ser al-
gun dia de utilidad á mis padres, á cuyas
necesidades proveeria él en tanto que yo
concluia mis estudios, me iniciaba en el
sacerdocio, i empezaba á cojer el fruto de
mis tareas literarias.”

”Nos conformamos con este saludable
consejo dictado por una alma tan bella;
pero el hado adverso habia dispuesto tras-

tornar todos nuestros planes. Un ataque de apoplejía borró del número de los vivos á ese tío tan recomendable cuando yo concluía mi primer año de seminario. Los socorros que con tanta jenerosidad dispensaba á mis padres, lo habian empobrecido de tal modo que nada se halló á su muerte; así, pues, me vi en la dura alternativa ó de volver á la vida agrícola que ya tenia olvidada i correr los riesgos de ser llamado al ejército, ó quedarme en el seminario haciéndome insensible á las estrecheces i privaciones de mis padres.

No estuve mucho tiempo indeciso sobre el partido que habia de tomar: renunciando á lo menos por de pronto al estado eclesiástico, me despedí de mi superior, i con un palo en la mano, i un paquete de ropa debajo del brazo, me puse en camino para reunirme con mis padres. Habia avisado mi llegada de antemano á

mi madre, la cual me esperaba en uno de los caminos trasversales que conducian á la casa paterna. ¡Con qué alegría me arrojé en sus brazos! Mas ella rompió en un amargo llanto.... Trémulo, alarmado i lleno de afliccion, le pregunto por mi padre con balbuciente voz, pues ya el temor habia embargado mi lengua, i me contesta entre jemidos i sollozos: "Ayer ha hablado de ti por la última vez...." Ya no me quedó fuerza sino para sentarme en la márjen del camino; abrazados allí estrechamente permanecemos largo tiempo mezclando nuestras lágrimas."

"Todavía no se habia sepultado el cadáver de mi padre por falta de medios para ocurrir á los gastos de los funerales: vendí mis hábitos clericales, con los que salimos de aquel amargo trance. Como hijo único de viuda estaba ya esento de las armas; me dediqué con empeño á cavar nuestro campo, i á sacar partido de nues-

tros miserables recursos, i logré con efecto proveer á las más urgentes necesidades de mi madre. Tuve dias de placer; hallaba dulzuras en la vida al considerar que podia emplearme útilmente en servicio de la que me habia dado el ser, que podia proporcionarle un pan menos miserable aliviar sus penas, merecer sus caricias, i hacerla feliz; ¡pero oh! fué este intervalo de corta duracion; quedé mui pronto aislado sobre la tierra. Nadie se interesó en mi suerte; nadie derramó sobre mí jénero alguno de consuelo, i mi melancolía me habría conducido mui pronto al sepulcro, si las noticias de tantas derrotas sufridas por nuestros ejércitos no hubiesen venido á despertarme de mi mortal apatia.”

”Apenas murió mi madre vendí mi corta herencia con la idea de volver al seminario; la invasion extranjera por lo tanto podia dar poco cuidado á quien nada tenia que perder, pero al orar sobre el se-

pulcro de mis padres me vi de repente conmovido i escitado por la necesidad i por el deber que me incumbia de defender aquellos lugares en que descansaban sus cenizas. Empléé mi dinero en equiparme para la guerra á fin de poder conseguir del prefecto un certificado de mi alistamiento voluntario con armas i equipo; habiendo entrado mui pronto en accion participé de los desastres jenerales, i vine á recibir dos heridas mortales en las mismas puertas de Paris.”

”Ya V. sabe lo demas... Ya mutilado como estoi no puedo entrar en el estado eclesiástico, i la flaqueza de mi pierna me priva hasta de la esperanza de ir á mi pueblo para gozar del consuelo de juntar mis huesos con los de mis padres. Aunque soldado de un dia, la patria, sin embargo, está obligada á conceder algun auxilio á un desgraciado; pero de qué sirven estos débiles socorros á mis necesidades ac-

tuales? Todavía preveo que podré sacar algun partido de ciertos talentos que son mui apreciados en Paris. ¿I le parece á V. que ésto podrá bastarme? No; no es el pan lo que yo necesito para amar la vida, i sí el afecto i la estimacion!...

La hermana de la caridad habia estado mui atenta á este discurso, i cuando Federico lo hubo concluido, lanzó un profundo suspiro, i esforzándose por reanimar sus amortiguadas esperanzas, lo ecsortó á ponerse en manos de la divina providencia, la cual no abandona cuando se implora su auxilio con recta intencion, i no de otro modo habría ella podido salvarlo del campo de batalla sobre sus hombros, i concluyó por inculcar en su corazon otras virtuosas máximas de piedad i resignacion.

El dia en que fué dado de alta en el hospital, i despues de haber desahogado Federico su pecho con palabras de la mas

ardiente gratitud á su caritativa libertadora, le dijo ésta con las lágrimas en los ojos: "Deseo que esta carta llegue á su destino; es verdad que la calle está mui distante i que va á ser á V. mui molesto ir en persona á entregarla; pero interesa á mi tranquilidad que no se estravie, i creo que no podría confiarla á mejores manos. ¿Me promete V. hacerme este servicio?

— Sí que lo prometo, contestó Federico. Ah! sí; aunque fuera arrastrándome por el suelo he de dar cumplimiento á los deseos de V. Coje la carta, i llevando devotamente sus labios sobre la mano de la piadosa hermana, imprime un casto beso mezclado con sus ardientes lágrimas, causando la mas deliciosa emocion en aquella alma pura é inocente.

Apoyándose con trabajo en una muleta colocada en el muñon, todavía adolorido de su brazo amputado, salió de aquel hospicio, i sacando de su seno la preciosa

carta de que iba encargado, preguntó por la calle de *Fer-á-moulin*, en el arrabal de San Marcelo. La persona á quien se habia dirigido lo mira de pies á cabeza, dirige sus miradas al hospital, i conociendo que acababa de salir de él, le dijo: "Temo, amigo mio, que V. no pueda llegar á ese punto sin el auxilio de un coche de alquiler, que si V. gusta podré proporcionarle. No, replicó Federico; en tal caso no sería mio el servicio. El pasajero no comprendió el sentido de esta contestacion; i figurándose que tendria motivos para desechár su ofrecimiento, le indicó el camino mas corto i menos espuesto á perderse.

La hermana de la Caridad habia visto la salida de Federico sin ninguna clase de inquietud á cerca de su suerte, porque se figuraba que ya habia tomado las medidas necesarias para que nada le faltase, pues la carta que le habia entregado era de viva recomendacion para que se le diera un

asilo.—Cuídelo V., escribia á su mejor amiga, ánimelo V. porque su desaliento es estremado. No son los recursos los que le hacen falta, i sí la voluntad de servirse de ellos. Procure inspirarle amor á la vida.

La que va á recibir la carta no dejará de desempeñar con ardor esta mision de beneficencia; fué rica en un tiempo; fué feliz en su matrimonio; pero ha llegado á conocer la desgracia: una hija es el único bien que le queda. Cecilia, la incomparable Cecilia á la edad de diez i seis años se ha encargado de mantener á su madre, cuya vista se hallaba gastada con su incesante llanto; consagra todo su tiempo al trabajo; el fruto de sus tareas corresponde á su recta intencion, i ya la señora Fréval ve huir de su casa la miseria, i se halla en un estado de regular decencia i comodidad.

Este cuadro de felicidad doméstica vol-

vió á pintarse con mayor viveza á la imaginacion de la piadosa hermana en el momento en que desde el pórtico del hospicio habia hecho la última señal de despedida á su protejido. Confiada en que va á hallar un agradable retiro entre aquella virtuosa familia, vuelve á encerrarse con la sonrisa en los labios para consagrar nuevas vijilias en auxilio de tantos otros infelices que yacian en aquella mansion del dolor.

Aunque Federico habia salido del hospital á las siete de la mañana, eran ya las doce del dia cuando llegó á la calle de *Fer-á-moulin*. Sube al quinto piso á una casa de bastante buena apariencia, i se para de repente al oir sordos jemidos cuando hubo llegado á la puerta. Llama; continúan los sollozos i nadie responde. Se azora, abre con mucho cuidado, se adelanta i halla una mujer de edad avanzada que se hallaba al lado de un fuego mise-

rable en un estado de insensibilidad ó de letargo: al ruido que hizo con su muleta se despierta aquella acongojada mujer, lo mira con sorpresa en tanto que el inválido se adelanta diciendo:

— Perdone V. si me he introducido en su habitacion sin haber sido anunciado; tengo un encargo especial de entregar esta carta en mano propia de la señora Fréval, que me figuro será V.

— La señora Fréval cojió la carta, i despues de haberla leído dijo suspirando: "La amiga que me envia esta carta lo es de mi mayor aprecio; ella me encarga que lo cuide á V. i que lo distraiga de sus graves infortunios. Ah! ella no sabe, ni yo me atrevo á decírselo, que necesito mas que nadie de poderosos consuelos, i que ya me falta el ánimo. Acaso V. sabrá que un pleito me arruinó totalmente, i que mi hija proveia á todas las necesidades de la casa con su habilidad é incansable traba-

jo en pintar flores, cuyas continuadas tareas la han consumido, de modo que aun viéndose devorada por una fiebre lenta no quiso dejar de las manos un dibujo que la habian encargado, hasta que sucumbió á tan pesada i no interrumpida fatiga. Allí está la infeliz postrada en esa cama haciendo su enfermedad rápidos progresos, sin que yo pueda proporcionarle los mas simples remedios. Conozco que le aflije á V. la relacion de mis desgracias; pero séame permitido este injenuo desahogo para que V. se persuada de que no nace de falta de voluntad, i sí de impotencia la falta de cumplimiento á los encargos de una amiga que tanto aprecio.

—Ah señora! ya no se trata de mis penas, sino de las de V., le interrumpió Federico con el acento del interes mas vivo, á quien tan dolorosa situacion habia enternecido sobremanera. En lugar de la indiferencia por los males de la humanidad,

de los que participaba por desgracia con demasiada intension, se apoderó de su alma un deseo violento de convertirse en objeto de consuelo para aquella desolada familia; i en vez de aquel desaliento que lo hacia insensible aun á sus propias necesidades, sintió en su pecho un vigor desconocido sin mas tendencia que la de hacer el bien.

Sorprendida sobremanera la señora Fréval al ver la alegría que habia aparecido en el semblante de su recomendado, se convenció mui pronto del orijen tan puro que tenia aquella extraordinaria ecsaltacion, cuando vió que precipitándose ácia la mesa del dibujo levantó con viveza el papel de seda que cubria la pintura, i que se animó su fisonomía del mas puro placer; lo cual no podia tener otra significacion sino la confianza que tenia de acabar con lucimiento aquella obra, i aun de sacarla mas perfecta. Estas fueron las

primeras ideas que aquella escena de expresivo silencio despertó en el ánimo de la señora Fréval; i en consonancia con aquellas le preguntó si sabia pintar.—Sí señora, le contestó Federico; i gracias á Dios que he conservado mi brazo derecho. Dentro de pocas horas concluiré esta obra, i antes que se acabe el dia estará socorrida vuestra hija.” En su consecuencia se puso sin dilacion al trabajo, olvidándose del cansancio, de sus dolores i de sus pesares. Como se hallaba inspirado por el vehemente ardor de la caridad, sacó una obra maestra.

Mientras que tan noble ambicion tenia ocupado al inválido, la señora Fréval estaba á la cabecera de la cama de su hija refiriéndole en voz baja los pormenores de una escena tan orijinal, i bendiciendo la providencia por haberles proporcionado un artista tan hábil, un hombre jeneroso, por fin un salvador en aquel soldado, que

habiendo venido á ponerse bajo su amparo principiaba por ser el ángel de su consuelo. Cecilia, que en medio de su debilidad no habia dejado de oír todo lo que habia ocurrido desde la entrada del soldado, manifestó el mas vivo deseo de ver el dibujo antes que la madre lo llevase al que lo habia encargado.

Con efecto, le fué presentada esta obra luego que el inválido hubo concluido de darle la última mano; i Cecilia, á pesar de su debilidad, no bien hubo fijado la vista cuando conoció la hábil ejecucion de un maestro, con el cual no podia ella rivalizar; i una suave sonrisa que se asomó á su pálido semblante en testimonio de su admiracion, fué interpretada por la señora Fréval como un signo positivo de que su hija miraba el porvenir bajo un aspecto menos sombrío i espantoso.

Al salir la madre de Cecilia se vió asaltada de repente de una cierta inquietud

que no le fué posible disimular. Federico conoció que procedía del temor de dejar á su hija sola con una persona estraña i militar; y le dijo con aquel tono melancólico de voz, el mas á propósito para desvanecer toda desconfianza: "tranquilícese V., señora; yo cuidaré de su hija de V. hasta que V. vuelva," i al mismo tiempo dirigió la vista sobre sí mismo como para darle á entender que sus deformes mutilaciones eran la mejor garantia de su buena conducta.

Poco tardó la señora Fréval en dar la vuelta, i en traer en su compañía un médico con todos los elementos de que su hija podia necesitar para su restablecimiento, i encontró á Federico sumerjido todavía en sus reflexiones, las cuales no tenían mas objeto que el de hallar los medios de hacer la felicidad de dos personas que la Providencia habia colocado bajo su proteccion. Envanecido con la idea de po-

der servir todavía de alguna utilidad; escitada su sensibilidad al considerar que acaso sus buenos oficios le valdrian una grata correspondencia, de la que habia desconfiado hasta entonces; ya no pensó sino en los medios de conservar i de embellecer su nueva ecsistencia. Desde aquel dia tomó el interior de esta virtuosa familia un aspecto mas risueño. Federico dormia en el piso superior, i bajaba por la mañana mui temprano para no separarse de la amable Cecilia hasta la noche. Restablecida ya esta jóven como por encanto, trabajaba con doble esmero i facilidad bajo la direccion de tan fino protector; los encargos se sucedian sin cesar, así que su suerte era de dia en dia mas lisonjera; su madre sumamente prendada del recomendable carácter de su huesped, i no menos confiada en el juicio i cordura de la hija, dejaba sola á esta amable pareja pegada al bastidor ó á la mesa del dibujo, en tan-

to que salia á proveer á las haciendas de la casa.

Los primeros tres meses se pasaron con la velocidad de un día; ya habia desaparecido de aquella casa hasta la mas remota idea de miseria, los ahorros se iban haciendo considerables; la pura alegría presidia á todas sus acciones; en fin, nada habrian tenido que desear si dos tiernos corazones acostumbrados á corresponderse con finas atenciones, no hubieran aspirado á estrecharse todavía mas.

La señora Fréval, cuyas visitas á la hermana de la Caridad eran mas frecuentes que las de Federico i Cecilia, le habia contado todo, escepto los progresos de un amor que mal podia ocultarse á la vista de una madre cuidadosa i atenta. ¡ I cómo habia de atreverse á hablar de flaquezas juveniles á una casta i santa doncella que pasando su vida en medio de los enfermos ignoraba que ecsistiera otro sentimiento

no fuese el de la compasion, i otros desig-
nios sino los de ejercer en nombre de Dios
los deberes de la caridad?

Se presentó, sin embargo, una favora-
ble oportunidad para hablar de las vivas
impresiones del amor i de los sinsabores
que causan en la vida de las personas que
pierden los objetos de su cariño. La idea
de no poder volver á ver á una jóven con
quien debia casarse uno de los heridos del
hospital, cuyo restablecimiento era mui
probable al favor de su robustez, le habia
acarreado una fiebre delirante que parecia
iba á llevarlo al sepulcro. Acababa la her-
mana de presenciarse este estravío mental
cuando fué anunciada la señora Fréval.
La casta doncella conmovida con tan tris-
te espectáculo, despues de los cumpli-
mientos de estilo refirió á su amiga esta
ocurrencia singular, añadiendo: "¡Qué lás-
tima que la tranquilidad del alma sea tur-
bada con una pasion tan funesta!"

— En verdad que es deplorable, contestó la Fréval, i lo siento tanto mas cuanto que temo sino un total frenesí, á lo menos violentos pesares que debe producir la mútua pasion que se va manifestando entre Federico i mi hija.”

— La vírjen dirijió una mirada de sorpresa á la señora de Fréval; i como si descendiese de una rejion en la que son desconocidas las pasiones para entregarse á una afectuosa simpatía por la frágil humanidad, la dijo con un tono de calma: “¿Por qué no los casa V?”

— Son tan jóvenes los dos muchachos que temo la inconstancia que por desgracia es tan comun aun en la edad de madurez.

— Siendo así debe V. separarlos.

— ¡Ah! sería una crueldad separar dos corazones que parecen hechos el uno para el otro.

— Pues bien, cáselos V.

—Nuestros recursos son tan limitados, que un aumento de familia empeoraría nuestra situacion.

—No hai mas remedio que separarlos.

—¿I querrán ellos? ¿Podrán hacerlo?

—Si V. teme la desesperacion, vale mas que los case.

—Pero Cecilia, que no ha podido hacer todavía comparaciones entre Federico i los demas hombres ¿se conservará siempre firme contra el disgusto i aversion que causa por lo jeneral un valetudinario i un inválido? ¿Sabrá ser constante en sus cuidados i atenciones?

—Si V. duda de su resignacion en el estado de matrimonio, es mas prudente que V. aleje á Federico de su casa.

—Pero en tal caso volveríamos á caer en el estado de indijencia del que nos ha libertado este escelente mozo con su habilidad i con su celo.

—Pues si V. quiere evitar esta nueva

desgracia, es preciso que se resuelva á tomarlo por yerno.

—Ya lo veo; mas yo no puedo proponérselo así bruscamente, i hasta de ahora no me ha hecho él ninguna insinuacion que me autorice á pedirle esplicaciones completas.

—La buena hermana se sonrió de esta irresolucion que disfrazaba con mui poca destreza el deseo formado desde mucho tiempo de no descomponer una posicion tan llena de encantos, i antes bien de cimentar la union que habia sido preparada por el encuentro mas feliz.” Mi querida amiga, le dijo con timidez al mismo tiempo que su semblante tomaba las tintas encarnadas del pudor, iré mañana por la tarde á ver á V.; i aunque no sea propio de mi estado mezclarme en el arreglo de matrimonios, con todo, espero que Dios me ha de inspirar el medio mas conveniente de sacarlos de tal apuro.”

Una visita de la hermana era un día de gran solemnidad para aquella honrada familia; así, pues, desde muy temprano se preparó á recibir á la humilde hija de Dios como si fuera una reina. Animado Federico por la gratitud, por la veneración i por un cierto amor filial, quiso que nada se omitiese para atestiguar el gozo que inundaba su corazón, por habersele proporcionado la ocasión de espresar los sentimientos de un vivo reconocimiento á la mujer bienhechora que no se había desdenado de prosternarse en el polvo para cargar en sus hombros su cuerpo casi inanimado, i para llevarlo un largo trecho sin haber mostrado asco ni repugnancia al verse cubierta de la sangre que se desprendía de las heridas de su brazo magullado.

La sala arreglada con el mayor esmero i adornada de flores, parecía un santuario destinado á honrar la Divinidad. Se tenía dispuesta una merienda sencilla en apa-

riencia, pero capaz de lisonjear aun el paladar mas delicado. En fin, cuanto puede imaginar quien desea hacer una cosa grata sin caer en la ostentacion, iba á ser ofrecido como un tributo de homenaje á la virtud.

Llegó la buena hermana con aquella alegría propia de su candor i de su virtud; se sonrió i se llenó de placer al recibir tantas pruebas de la amistad agradecida, i dirigiéndoles la palabra desde el momento de su entrada, les dijo: "Señores, yo no puedo detenerme sino mui corto tiempo; así pues, procuremos emplearlo bien. Federico, enséñeme V. esos dibujos en los que dicen es V. tan primoroso. Como ya Federico habia previsto este caso, sacó algunas flores, i en seguida le presentó un cuadro sumamente espresivo de la lúgubre escena de la noche de la batalla, en la que la buena hermana iba caminando con tan pesada carga sobre su espalda; pero no

bien habia fijado la vista sobre este cuadro, cuando la dirigió con mucho mas gusto á una santa Cecilia puesta en un marco mui sencillo de ébano. "Esto es para mí, creo no equivocarme si considero este obsequio como destinado para mí; sí, lo acepto, i me lo llevaré con mucho gusto.

Dejemos por ahora las pinturas, i hablemos de negocios. Federico, ese aire de salud i de satisfaccion me prueba que V. está mui contento de su posicion actual; pero ¿puede ser duradera? ¿No se opone la decencia á que V. esté muchas veces solo en compañía de una jóven?" Conociendo la turbacion de ambos amantes, i deseando terminar pronto su mision, prosiguió: "No sé por qué se corta V. cuando se le hace una pregunta tan sencilla i natural. Me parece que ó debe V. buscar otro hospedaje, ó casarse con Cecilia."

Al ver que se aumentaba la cortedad i confusion de ambos jóvenes, añadió:

”Responda V., Federico, ¿qué partido se propone V. tomar á fin de conciliar la decencia? — Respondió Federico con tono balbuciente, que su mayor placer sería ofrecer su mano á Cecilia si se creyese digno de ser su esposo.—”Ahora te toca á ti responder, Cecilia.”—La señora Fréval acudió en su socorro, manifestando que en aquella misma mañana le habia dado cuenta de sus favorables disposiciones ácia Federico. — Pues bien, amigo mío, ya que nada se opone á esta union, le aconsejo á V. que sea pronto, i que cese de una vez este escándalo.”

El olor de santidad que se difundia al rededor de esta hija del Señor, habia alejado de aquella escena todo sentimiento profano; cada cual observaba en su porte la mas pura devocion. Cecilia habia conservado las manos juntas; i en el momento en que la hermana dejó de hablar, se echó á sus pies diciendo con el acento de

una piedad ferviente; ”¡Oh, madre mia, bendígame V!”

Llevado Federico de la misma inspiracion religiosa, se arrodilló igualmente, i la venerable hermana pronunció al poner las manos sobre la cabeza de ambos: ”Hijos mios, yo os bendigo en el nombre de Dios; acordaos siempre que este santo nombre debe ser honrado con buenas obras.

(*Hubert.*)



MORAL.



FRAGMENTO INEDITO DE FRANKLIN.

Acia el año de 1730 formé el atrevido i difícil proyecto de llegar á la perfeccion moral. Deseaba recorrer la prefijada carrera de mis dias sin cometer la mas leve falta; traté de hacerme superior á cuanto pudiese desbaratar mi propósito, i de snbyugar especialmente mis inclinaciones naturales i los usos de la sociedad. Como conocia el bien i el mal, ó creia á lo menos que lo conocia, no sabia por qué no habia yo de tener la facultad de practicar

aquel i de huir de éste; mas luego me persuadí que habia emprendido una tarea mucho mas difícil de lo que podia figurarme. En tanto que dedicaba toda mi atencion á preservarme de una falta, incurria en otra sin echarlo de ver; el hábito era superior á mi mas atento cuidado, i la inclinacion tenia mas fuerza que mi razon.

Me convencí por fin de que por mas que el hombre se persuada especulativamente que es interes suyo hacerse completamente virtuoso, es insuficiente esta conviccion para prevenir nuestros tropiezos, i que era menester atacar de firme todos los hábitos contrarios, adquirir otros buenos i arraigarlos con solidez antes de poder contar con una rectitud constante i uniforme de conducta; i en su consecuencia, para llegar á esta altura, imaginé el método siguiente:

En las diferentes enumeraciones de
cualidades morales que habia yo visto en

las obras que habia leido, era el catálogo mas ó menos numeroso, segun eran mayores ó menores las ideas que comprendian los autores bajo la misma denominacion. La templanza, por ejemplo, no tenia segun algunos mas relacion que con el comer i beber, al paso que otros estendian su influencia á los demas placeres, apetitos, inclinaciones ó pasiones del cuerpo ó del alma, i aun hasta la avaricia i la ambicion. Para mayor claridad dispuse aumentar las voces á fin de que representasen cada una de ellas menos ideas. Así, pues, comprendí bajo trece denominaciones todas las virtudes que consideraba como necesarias i apetecibles, i á cada una de ellas fijé un corto precepto que mostrase claramente la estension que yo daba á su significado.

He aquí los nombres de estas virtudes.

1.º Sobriedad.

2.º Silencio.

3.º Orden.

4.º Resolucion.

5.º Economía.

6.º Aplicacion.

7.º Sinceridad.

8.º Justicia.

9.º Moderacion.

10. Pureza.

11. Tranquilidad.

12. Capacidad.

13. Humildad.

Para adquirir el hábito de estas virtudes me pareció que sería lo mejor, en vez de dedicar mi atencion á todas ellas á un tiempo, fijarme en una sola á la vez hasta que hubiese llegado á poseerla, i pasar sucesivamente á las demas hasta que hubiese recorrido las trece; i como la adquisicion primaria de algunas podia facilitar la de otras, les di la clasificacion que acabo de espresar.

La sobriedad fué la primera como la mas

á propósito para refrescar la sangre i despues la cabeza, de que tanto necesita el hombre para estar en guardia contra el aliciente seductor de hábitos antiguos i contra la fuerza de tentaciones continuas.

Poseida ya esta primera virtud, era mas fácil alcanzar la del silencio. Considerando que con el auxilio del oido se llega mas pronto que con el de la lengua á adquirir los conocimientos á que yo aspiraba, sin desatender la virtud, i deseando por lo tanto perder la costumbre que tenia de charlar, de hacer el gracioso i de dar bromas que no podian ser admisibles sino en las sociedades frívolas, di en mi plan el segundo lugar al silencio.

La economía i la aplicacion, al mismo tiempo que debia ayudarme á pagar algunas deudas que tenia atrasadas, i proporcionarme la abundancia i la independenciam, habian de facilitarme la práctica de la sinceridad i de la justicia; por lo cual les

concedí un lugar de preferencia. Siguiendo los consejos de Pitágoras, espresados en sus dorados versos, necesitaba hacer todos los dias un ecsámen reflexivo, i para su mejor desempeño discurrí el método siguiente:

Formé un cuaderno, destinando en él una pájina para cada virtud, dividiéndola con tinta colorada en siete columnas, es decir, una para cada dia de la semana, la cual dejé marcada con la letra inicial de aquel dia; rayé asimismo sobre las columnas trece líneas colocadas transversalmente fijando al principio de cada una de ellas la primera letra de una de las virtudes descritas. En esta línea i en la columna correspondiente podía señalar con un ligero golpe de pluma todas las faltas que segun mi ecsámen habia cometido en aquel dia contra la indicada virtud.

Conforme á mi plan dediqué semanalmente mi mas esmerada atencion de pre-

ferencia á una sola de las referidas virtudes, empezando por la primera que era la sobriedad, habiendo tenido el mayor cuidado en evitar cuanto pudiera atacarla, i abandonando en el entretanto las demas virtudes á su curso ordinario. Por la noche apuntaba las faltas del dia: por manera que si en la primera semana habia logrado conservar limpia mi primera línea que representaba dicha virtud, me consideraba ya bastante fortificado en ella; i juzgando que sus enemigas, que son las inclinaciones contrarias, debian estar muy débiles, me dirigía á la segunda, i me esforzaba en saear tambien sin raya alguna la segunda línea.

Procediendo por este órden hasta la última virtud, podia hacer un curso completo de trece semanas, i repetir dicho turno cuatro veces en un año; imitando en esta parte al que cultiva un jardin, el cual no trata de arrancar de una vez toda la

yerba mala porque no le alcanzan sus fuerzas para tanto, sino que principia por cuadros. Yo me lisonjeaba de poder gozar del placer tan grato de ver en mis páginas mis progresos en la virtud, borrando sucesivamente las marcas de mis líneas hasta que hubiese logrado ver mi libro enteramente blanco despues de muchas repeticiones del ecsámen diario de trece semanas.

— Mi cuadernó tenia por epígrafe estos versos que Addison puso en boca de Caton:

Here will i hold: if there is a power above us
 [And that there is, all nature cries aloud
 Thro all her works] he must delight in virtue,
 And that which he delights in, must be happy.*

(*) Aquí me fijaré, porque si hai un poder sobre nosotros [i la naturaleza entera grita en alta voz por todas sus obras que lo hai,] debe deleitarse en la virtud, i no puede menos de hallarse la felicidad en lo que forma sus delicias.

Tenia asimismo por segundo epígrafe esta sentencia de Ciceron.

Oh vitae philosophia ; oh virtutum indagatrix expultrisque vitiorum ! Unus dies bene et ex preceptis tuis actus peccanti immortalitati est anteponendus. [1]

Otro de los epígrafes que habia tomado de Salomon sobre la sabiduría i la virtud decia así:

La duracion de los dias está en su mano derecha i en su izquierda se hallan las riquezas i los honores: sus vias son las del dolor i todos sus senderos son los de la paz. [Proverb. cap. 3. vers. 16 i 17.]

Al considerar á Dios como la fuente de la sabiduría, vi que era justo i necesario

[1] ; Oh filosofía de la vida, exploradora de virtudes i azote del vicio ! Un solo dia empleado bien segun tus preceptos, es preferible á la inmortalidad que se pasa en el crimen.

solicitar su asistencia para obtenerla; i en su conformidad compuse la siguiente oracion que coloqué al frente de mis tablas de ecsámen para recitarla todos los dias:

”¡Oh poderosa bondad! padre clemente!
 „guia misericordiosa, aumenta mi sabidu-
 „ría para que yo pueda conocer mis ver-
 „daderos intereses; fortifica mi resolucion
 „para ejecutar lo que ella prescribe; séan-
 „te gratos mis buenos oficios para con tus
 „otros hijos; i acéptalos como el único ac-
 „to de reconocimiento que me es dado
 „prestar por los continuos favores que me
 „dispensas.”

Empleaba asimismo esta otra súplica, sacada de los poemas de Thompson:

”¡Oh padre de la vida i de la luz! ¡oh
 „bien supremo! enséñame la buena senda
 „i enséñame á conocerte. Presérvame de
 „la locura, de la vanidad, del vicio i de
 „toda miserable inclinacion; llena mi al-
 „ma de sabiduría, de paz interior i de

„pura virtud, i bendícela con una felicidad
„sagrada, sustancial é imperecedera.”

El precepto del órden ecsijía que á cada parte de mis negocios se asignase un tiempo proporcionado. Una pájina de mi cuaderno contenia el plan siguiente distributivo de las veinte i cuatro horas del dia natural.

Horas.

5	} Levantarse, lavarse, invocar la bondad Suprema, poner en órden mis negocios del dia, estudiar, almorzar.
6	
7	
8	} Trabajo.
9	
10	
11	} Lectura agradable, ecsámen de cuentas, apuntaciones, comer.
12	
1	} Trabajo.
2	
3	
4	
5	

6 } Colocar cada cosa en su lugar, ce-
 7 } nar, música ó recreacion, ó conver-
 8 } sacion, ecsámen del dia.
 9 }

10 }
 11 }
 Media noche. }
 1 } Dormir.
 2 }
 3 }
 4 }

Cuestion del dia.

¿Qué acciones buenas he hecho yo hoi?
 Principiaba la ejecucion de este plan
 por mi ecsámen, i lo interrumpía en cier-
 tas ocasiones. Al cabo de algunos dias re-
 pasé mis apuntes, i me admiré de ver que
 yo tenia muchos mas defectos de los que
 habia creido; pero al mismo tiempo tuve

la satisfaccion de ver que me habia corregido de otros.

Estando ya mis apuntes mui borroneados i raspados, los trasladé del papel al marfil. Despues de haber continuado por algun tiempo este plan, no hice ya mas que un curso en el año, i sucesivamente uno en muchos años; i por último dejé de hacerlos por estar empleado fuera de mi casa, en viajes i ocupaciones graves i complicadas.

Sin embargo, yo llevaba siempre conmigo este libro. Mi precepto de orden me dió mas trabajo que los demas, i observé que si bien es practicable cuando los negocios de un hombre son metódicos i arreglados, no así con respecto al jefe de un establecimiento, el cual no tiene hora suya, porque á cada momento debe recibir á sus dependientes, i no hai un momento seguro de que no pueda ser perturbado. Se me hzio asimismo mui embarazoso

ordenar mi ropa i papeles, porque como estaba dotado de una buena memoria, nunca me habia dedicado á este arreglo, el cual me era por lo tanto el mas repugnante; así que hice en esta parte tan pocos progresos, i mis recaidas eran tan frecuentes, que me resolví á pasar por alto este punto.

En medio de mi grande empeño por adquirir la perfeccion, me ocurría que talvez mis escesivos escrúpulos me darian un aire de ridiculez, porque un carácter perfecto debe ser un objeto de envidia i aun de odio; i que debiendo tener algun defecto para no abochornar á mis amigos i compañeros, valia mas incurrir en esta falta que en otras de mayor gravedad.

Se agregaba á esta consideracion de conveniencia social la de ser yo en verdad incorregible por lo que tiene relacion con el órden i arreglo de mis negocios; i ahora que soi viejo i que ya mi memoria no

me favorece, se me hace mucho mas sensible dicho defecto. Finalmente, aunque yo no he podido llegar á la perfeccion que me habia propuesto, con todo, debo decir en honor de la verdad que mis esfuerzos han mejorado mi índole i me han hecho mas feliz de lo que habría sido si no hubiera formado la citada empresa. Me sucedió en esta parte, i sucederá á cualquiera que trate de imitarme, lo mismo que al que quiere aprender bien á escribir, el cual aunque no llegue á formar una letra tan perfecta como la de la muestra ó modelo que le pone el maestro, no deja sin embargo de adquirir mayor facilidad i destreza en la mano.

Dejo consignadas estas noticias confidenciales para que sepa mi posteridad que á este pequeño artificio debió con la ayuda de Dios uno de sus ascendientes la felicidad constante que disfrutó hasta la edad de setenta i nueve años, que es cuan-

do escribo tales apuntes. Los reveses que puedan acompañar el resto de mis dias estan en manos de la Providencia; si se presentan, el recuerdo de mi felicidad pasada debe ayudarme á soportarlos con resignacion. No puedo pasar por alto que la sobriedad ha sido esencialmente la causa de la buena salud que he disfrutado sin interrupcion; i asimismo del vigor que todavía conservo á una edad tan avanzada; á la aplicacion i á la economía atribuyo el desahogado bien estar que supe formarme desde mui jóven, i la adquisicion de medios i conocimientos con los que he podido ser un ciudadano útil, i granjearme alguna reputacion entre los sabios.

A la sinceridad i á la justicia he debido la confianza de mi pais, i los empleos honrosos con que me ha distinguido. Finalmente, á la influencia de todas estas virtudes, sin embargo de no haberlas llegado á poseer sino imperfectamente, soi deu-

dor de este buen humor i alegría imperturbable que todavía hace que sea apetecida mi compañía aun por personas mas jóvenes que yo. Espero, por lo tanto, que algunos de mis descendientes seguirán mi ejemplo con tan buenos resultados.

Debe tenerse presente que sin embargo de que mi plan no dejase de estar relacionado con la verdadera relijion, no consigné en él ningun dogma particular, porque persuadido de la escelencia jenérica de mi método, creo que podria ser útil á todos cualesquiera que fuese su creencia.

Habia pensado escribir un pequeño comentario sobre cada virtud para demostrar las ventajas de su posesion, así como los males de incurrir en los vicios que les son opuestos. Era mi ánimo intitular mi libro "*Arte de la virtud*," porque debia desempeñar mi trabajo proponiendo los medios i el modo de adquirir dicha virtud; pues no basta un simple ecsorto, el cual

por sí solo es tan poco provechoso, como si se aconsejase á un hombre hambriento i desnudo que comiese i se vistiese, sino se le enseñaban los medios de satisfacer ambas necesidades; pero los negocios han tomado tal sesgo, que nunca han llegado á cumplirse estos mis deseos, unas veces por mis ocupaciones personales i otras por las del servicio público, las cuales han absorbido toda mi atención.

Me proponia asimismo probar en esta obra que las acciones viciosas no eran perjudiciales porque estaban prohibidas, sino que estaban prohibidas porque eran perjudiciales; que está en el interes, aun en los que limitan sus deseos á la felicidad de esta vida, el ser virtuosos; i considerando que hai siempre en el mundo muchos negociantes ricos, príncipes i naciones que para administrar sus negocios necesitan de hombres honrados (los cuales son muy raros), habia procurado convencer á los

jóvenes de que no hai elemento mas bien calculado para conducir un hombre á la riqueza que la probidad i rectitud.

Mi catálogo de virtudes no contenia al principio mas que doce; pero un cuácaro, amigo mio, tuvo la bondad de avisarme que yo era orgulloso, i que daba frecuentemente pruebas de poseer este vicio; que no contento con pretender tener razon en mis disputas, me esforzaba en hacer ver á los demas que ellos andaban errados; i que tenia asimismo arranques insolentes, de cuya falta me convenció igualmente citándome algunos casos. Resolví por lo tanto curarme de este vicio, si me era posible, al mismo tiempo que de los otros; i añadí entónces á mi catálogo la *humildad*.

Aunque no puedo lisonjearme de haber triunfado completamente de tal falta, no he dejado de mejorar mucho mi carácter en este ramo, habiéndome prescrito la regla de evitar toda contradiccion directa á

la opinion de otros, i no sentando jamas una asercion positiva en favor de la mia. Llegué al extremo de desterrar de mi diccionario toda espresion que marcasse una opinion fijada definitivamente, como son los adverbios *ciertamente, indudablemente,* en lugar de los cuales adopté las voces de *yo concibo, yo creo, se me figura* que esto puede ó debe ser de otro modo, i otras por este estilo. Cuando alguno afirmaba alguna cosa que me parecia fuera de razon, me abstenia de contradecirle bruscamente, i de echarle en cara lo absurdo de su proposicion; i en su vez principiaba por hacerle observar que en ciertos casos ó circunstancias podria ser acertada su opinion; pero que en la cuestion que se ajitaba hallaba alguna diferencia.

Reconocí desde luego la ventaja de este cambio en mis modales: las conversaciones en que yo me empeñaba fueron ya mas agradables, la modestia con que yo

proponia mis opiniones les aseguró mejor acogida i menos contradicciones; i otro de sus buenos efectos fué la mayor facilidad con que los demas reconocian sus errores i se daban por convencidos, al paso que yo recibia menor desagrado cuando se me hacia ver que no tenia razon en mis disputas.

Esta disposicion, á la cual yo no pude sujetarme sin violentar mi inclinacion natural, se me fué haciendo tan fácil, que en mis cincuenta años últimos nadie creo que me haya oido una espresion ofensiva ni molesta. A esta costumbre, reunida á mi reputacion de integridad, atribuyo la gran confianza que obtuve desde mui jóven de mis conciudadanos, cuando les propuse instituciones nuevas ó algunas reformas en las antiguas; i asimismo la mayor influencia en las asambleas públicas luego que fuí miembro de ellas. De aquí es que no siendo yo sino un mal orador, nun-

ca elocuente, frecuentemente espuesto á titubear, i rara vez correcto en mis expresiones, hacía sin embargo que mi opinion prevaleciese casi siempre.

Lo mas difícil de subyugar en el carácter del hombre es el orgullo: aunque se le haga una guerra encarnizada vuelve á aparecer de nuevo cuando menos se piensa. No trató yo de santificarme; quizá se me habrá escurrido muchas veces este vicio, aun en el acto de referir sucintamente estos preceptos morales, acaso en el mismo momento en que hablo de domarlo, i puede muy bien suceder que se me encuentre orgulloso en mi misma humildad.

NOVELA.



TANCREDO, PRINCIPE DE SALERNO. [1]

TANCREDO fué uno de los príncipes mas sabios i clementes que tuvo la Italia,

[1] Esta novela, que supera en elocuencia á los escritos mas elegantes de la antigüedad, gustó tanto á Leonardo Aretino, que la tradujo al latín con infinita gracia i elegancia; cuya traducción se halla copiada en el Manni, así como un hermoso capítulo en tercetos compuesto por Francisco Accolti, el cual principia:

POICHE L' AMATO COR VIDE PRESENTE; i fi-

i su nombre habría pasado á la posteridad con los caracteres mas brillantes, si no se hubiera encruelecido en sus últimos años. No tuvo mas que una hija. Ojalá que no hubiera tenido ninguna, porque habría sido mas feliz i su nombre mas glorioso!

El excesivo amor que este príncipe

nalmente se hizo otra traduccion latina en versos elejiacos por Felipe Beroaldo. Aníbal Guasco de Alejandría la puso en octavas. Gerónimo Razzi, Antonio de Pistoya, Octaviano Asimari, conde de Camerano, el conde Pomponio Torelli, i Rodolfo Campeggi, conde de Donza, compusieron cada uno de ellos una tragedia. Nos parece quo estas respetables citas son la prenda mas segura del interes que ofrece dicha novela, por lo cual le daremos en nuestra biblioteca un lugar que no concedemos con facilidad á las composiciones de este jénero.

profesaba á dicha su hija fué causa de que no se resolviese á casarla por no separarla de su lado, i de que esta doncella fuera bien á pesar suyo adquiriendo títulos de ranciedad, i viera marchitar su lozania. Llegó por fin á convercerse de su fatal empeño, i venciendo su repugnancia la casó con un hijo del duque de Pádua; pero habiendo quedado viuda á poco tiempo regresó á los brazos de su tierno padre.

Sobresalia esta princesa en todas las brillantes dotes físicas i personales propias de su sexo: hermosura, gallardia é ingenio, todo se hallaba reunido en su persona en grado superlativo; pero ¿de qué la servian estos encantos de que la habia dotado la naturaleza con mano tan dadivosa? ¿podría el amor de su padre llenar el vacío de su corazón?

Debia Tancredo conocer que una jóven, iniciada ya en las delicias del amor, no

era fácil que viera con indiferencia la cesacion de ellas; i tambien esta jóven debió insinuar á su padre la necesidad de estrechar segundo nudo, mas bien que pensar en ilícitos devaneos. Fuese, pues, por vergüenza i timidez en hacer esta clase de revelaciones á su padre, ó porque se sentia mas inclinada á satisfacer su amorosa pasion sin perder su libertad é independencia, fijó su eleccion en uno de los pajes de su padre llamado Guiscardo, cuya virtud i grandeza de ánimo, no menos que la jentileza de su cuerpo, hacian olvidar la sangre plebeya que circulaba por sus venas.

No fué difícil al astuto Guiscardo conocer la llama que habia encendido en el pecho de la princesa; i aunque se creia con esta elevada conquista el mas feliz de los mortales, no se atrevia sin embargo á declararse por temor de que se ofendiese la altivez de tan encumbrada dama, i sacrifi-

case su naciente pasión al decoro i dignidad de su regia estirpe; pero Ghismunda (así se llamaba esta princesa), que con su fina penetracion leia lo que pasaba en el corazon de su amante, se entregó ciegamente á sus amorosos trasportes, i trató de abreviar los términos de sus elandes-
tinas conferencias.

Así, pues, conociendo que era forzoso tomase ella la iniciativa, le escribió una carta, la cual colocada dentro de una caña horadada, se la entregó con mucho disimulo, diciéndole: "Toma esta hermosa caña i que te sirva de fuelle para encender el fuego." Conociendo Guiscardo que aquellas palabras tenian un sentido figurado, apenas se halló solo en su cuarto, le abrió i encontró con efecto un billete, el cual esplicaba el modo de verse secretamente en la noche del dia inmediato.

En las avenidas del palacio habia una gruta antiquísima cubierta con cardos i

maleza, la cual daba comunicacion al entresuelo del mismo palacio; pero como no se hacia uso de aquel subterráneo, se tenia olvidada dicha comunicacion, i nadie fijaba la atencion en aquella puerta. Habiéndose proporcionado Ghismunda la llave de ella, i confiando en que su amante no dejaría de entrar en el citado subterráneo por la gruta exterior segun le habia indicado, se dirigió á él cuando ya todos se habian entregado al descanso; abrió la puerta con sumo cuidado, se introdujo con el auxilio de una opaca linterna en el oscuro sótano, i fué caminando por aquella asquerosa galería hasta que halló á Guiscardo, el cual no sin los mayores trabajos i armado de un vestido de piel para no ser desollado por las espinas i cambroneras de que estaba cubierta la boca de la gruta, i dejándose descolgar por una cuerda que habia amarrado al pié de un arbusto, se hallaba aguardando con la mayor impa-

ciencia i sobresalto el fin de aquella arriesgada aventura.

Guiado por aquella atrevida é impúdica mujer, fué conducido á su habitacion, olvidando todos los lazos del honor, de la virtud, del decoro i de la conveniencia. Repugnante es al morijerado escritor haber de referir hechos que violentan las leyes del pudor i de la decencia; pero como por desgracia son éstos mas frecuentes de lo que debiera permitir la buena educacion moral i relijiosa, no se extrañará ver esta fragilidad de una princesa, agregada al gran catálogo de males á que está afectada la naturaleza humana.

Guiscardo volvió á salir de aquel liosjero encierro; i ya provisto de llave repetia sus visitas sin calcular los funestos resultados que tarde ó temprano tiene el vicio, i mas cuando se practica en los rejios alcázares. Con efecto, el criminal embeleso de estos incautos é irreflexivos

amantes se convirtió mui pronto en triste llanto.

Solia Tancredo pasar algunos dias despues de comer al aposento de su hija i entretenerse con ella en dulce conversacion; un dia que le ocurrió hacer esta visita halló desocupado el aposento, i asomándose á una ventana que daba al jardin observó que Ghismunda estaba divirtiéndose con sus damas; i llevado de su paternal ternura en no privarla de aquel rato agradable, determinó aguardarla, habiéndose recostado sobre un camapé que se hallaba en el fondo del cuarto detras del cortinaje de la cama por el cual quedaba encubierto, i en él se quedó dormido hasta mui tarde.

Era por desgracia aquella noche destinada á recibir á Guiscardo, con cuyo motivo se iba entreteniendo Ghismunda en el jardin hasta que oscureciese; i con efecto, á aquella hora se presentó el amante, i con

el mayor sijilo fué conducido por corredores que de intento habia dejado sin luz, i entraron ambos en el aposento de la princesa. Despertó Tancredo al ruido de abrirse la puerta, i como le pareció percibir la voz de un hombre que entraba con su hija, determinó guardar silencio para saber quién fuese, i con qué motivo habia profanado aquel reservado recinto.

Bien pronto distinguió Tancredo la voz de su paje, i presencié sin ser visto con un dolor difícil de espresarse la terrible escena representada por aquella criminal pareja. Su primer impulso fué salir de su escondrijo i castigar cruelmente tan aleve atentado; pero ocurriéndole de repente la idea de una venganza mas cruel, calmó los ímpetus de su cólera, i aguardó á la conclusion de tan funesto drama, i á que hubieran salido del cuarto ambos amantes.

Aprovechándose al instante de la momentánea ausencia de Ghismunda en el

acto de salir á despedir á su amante, i de ponerlo en camino para volver á la gruta, salió disimuladamente i sin ruido de la habitacion, i corrió á seguir los pasos de Guiscardo hasta que lo vió introducirse por la puerta del subterráneo.

Ya desde el dia siguiente mandó Tancredo apostar jente en dicho subterráneo, i con efecto fué arrestado Guiscardo, i conducido al rei con el mismo cuero con que se cubria para libertarse de las espinas. Luego que lo vió Tancredo le dijo con las lágrimas en los ojos: "Es posible, Guiscardo, que en premio de tantas bondades como yo te he dispensado, te hayas atrevido á ultrajarme i afrentarme en la parte mas sensible á mi corazon." A lo cual no contestó el paje sino que el amor era mas poderoso que los hombres. Mandó entonces Tancredo que lo encerrasen en un cuarto interior con el mayor sijilo, i que lo tuviesen bien asegurado.

Atormentado el rei con la idea de este trájico suceso, pasó la noche mas cruel i ajitada, i al dia siguiente, sin que su hija tuviese la menor noticia de lo que se estaba tramando, se presentó solo en su habitacion despues de comer. Habiendo cerrado la puerta para no ser interrumpido en la interesante conferencia que iba á tener con Ghismunda, principió á hablarla entre sollozos i suspiros lo siguiente:

”Jamás habría creído, oh Ghismunda, que fueras capaz de faltar á lo que debes á la virtud i al honor, i mucho menos que llegase tu extravío hasta el punto de recibir positivos galanteos de quien no fuese tu marido, como los has recibido, pues lo he visto yo con mis propios ojos. Este cruel desengaño, que nunca habría imaginado, va á amargar mi ecsistencia para siempre, i me precipitará al sepulcro. Pero ya que habias de cometer tamaña falta, ¿por qué no escojer hombre noble i esforzado

de que tanto abunda mi corte, i no un jó-
ven de vilísimo nacimiento, al cual recojí
yo i crié por caridad i compasion?"

"Grande es el apuro en que me has
constituido sin saber el verdadero partido
que debo tomar. En cuanto á Guiscardo
que fué arrestado anoche á tiempo de en-
trar en la gruta, ya sé lo que debo hacer;
pero en cuanto á ti ¡gran Dios! ¡cómo de-
bo manejarme? Me impele por una parte
el amor que yo siempre te he tenido, en el
cual no ha habido padre que me haya igua-
lado; por otra me arrastra el justísimo eno-
jo por un atentado tan afrentoso: aquel pi-
de que te perdone, i éste escije que me en-
cruelzca en mi misma sangre; pero antes
de resolverme á tomar un partido, deseo
oir cuanto tengas tú que manifestarme."
Al concluir este breve razonamiento bajó
los ojos i prorumpió en amargo llanto.

Viendo Ghismunda que ya estaban des-
cubiertas sus intrigas amorosas, i entera-

da de la prision de Guiscardo, quedó su corazon traspasado de dolor, i faltó poco para que no lo espresase con las lágrimas i lamentos que son las armas de las mujeres; pero de repente se apoderó de su ánimo un esfuerzo varonil, i persuadida de la imposibilidad de salvar la vida á su amante, resolvió acompañarlo al sepulcro; así que revistiéndose de extraordinaria firmeza se enjugó el llanto, i con la mayor serenidad i franqueza dirigió á su padre el siguiente discurso:

„Tancredo, no trato de negar ni de suplicar, porque lo primero de nada me serviría, i lo segundo no quiero que me valga, no siendo mi ánimo apelar á tu amor, ni á tu clemencia á mi favor, i sí el defendermé primeramente con sólidas razones, i luego seguir con denodado espíritu los impulsos de mi corazon. Es verdad que he amado i amo á Guiscardo, i que lo amaré el poco tiempo que me

„resta de vida, i juro que si se puede a-
„mar despues de la muerte no se separa-
„rá un momento de mi memoria; pero en
„este estravío juvenil ha tenido mas par-
„te tu poca prevision i cuidado que la fra-
„gilidad femenina. Tú debiste conocer que
„una jóven criada con delicadeza i molli-
„cie, despues de haber participado de las
„delicias de himeneo, no era posible que
„se acomodase á la vida inerta i monóto-
„na á que me habias condenado en tu pa-
„lacio. Tú debiste conocer la necesidad
„de salvarme de este precipicio por medio
„de otro enlace honroso i de mi gusto; tú
„debiste sacrificar tu egoismo á la conser-
„vacion de mi honor i fama; tú no pudiste
„exsijir de mí una abnegacion, á la cual
„se prestan con dificultad aun las perso-
„nas de avanzada edad; i tú finalmente
„debiste arrancarme con tiempo de un es-
„tado tan repugnante á mi carácter i á mi
„inclinacion.”

„Tú no consultaste mas que la conve-
„niencia de tenerme á tu lado, fuéme pre-
„ciso por lo tanto elejir un amante: la
„culpa es mia i no de esa víctima que va
„á ser sacrificada por haber accedido á
„mis deseos. Tu queja principal se funda
„en que yo no haya elejido un amante de i-
„lustre prosapia, i que no degradase tanto
„mi rango. Podrá ser cierto que Guiscar-
„do haya nacido pobre; pero á mí me ha
„deslumbrado mas la virtud que las ri-
„quezas; éstas son un efecto de la casua-
„lidad, i aun á veces de la usurpacion i
„de la maldad, aquella es un don del cie-
„lo. Todos nacemos de un mismo padre;
„lo que nos debe distinguir son las bue-
„nas acciones, la nobleza de carácter i la
„grandeza de alma: entre todos tus caba-
„llos no hai uno que por las citadas
„prezadas pueda ponerse en parangon con
„Guiscardo. Si en esto ha habido falta,
„debes culparte á ti mismo; nadie lo ha

„ensalzado tanto como tú, nadie ha celebrado mas que tú su fidelidad, su adhesion i sus animosos esfuerzos. Si es pobre, única tacha que se le puede increpar, será culpa tuya que no has premiado como debias sus relevantes servicios. La pobreza no es bajeza; muchos se han elevado de la oscuridad hasta el trono, i tambien ha habido príncipes i otros personajes encumbrados que se han visto en la mayor miseria.”

”En cuanto á que yo diga lo que tú debes hacer conmigo, dependerá de las disposiciones de que estés animado; si á tu vejez tratas de ser cruel, si se han embotado tus sentimientos de piedad que tanto te han distinguido en tu juventud, descarga libremente tu furor, no esperes que yo lo temple con mis ruegos ni con mis lágrimas; pero te protesto por mi vida que si tú privas de la suya á Guiscardo, puedes imponerme igual senten-

„cia, i si no, yo me la arrancaré con mis
„manos. Piénsalo bien, i si te parece que
„merecemos la muerte, mátanos con un
„mismo golpe.”

Aunque el impetuoso arrojó de esta jó-
ven llenó de asombro á Tancredo, no cre-
yó sin embargo que fuese capaz de realizar
sus furibundas amenazas; i como deseaba
vengar su honor ultrajado, i castigar indi-
rectamente el crimen i la osadía de su hi-
ja, mandó que su corruptor fuese ahogado
sin el menor estrépito, i que le trajesen
el corazon.

Fueron ejecutadas puntualmente estas
órdenes; i habiendo pedido el rei una her-
mosa copa de oro de gran tamaño, puso
dentro aquel corazon i encargó á un cria-
do de toda su confianza lo llevase á su hi-
ja, i le dijese que su padre le enviaba a-
quel regalo para consolárle de lo que ha-
bia perdido. Ya desde el momento en que
Tancredo habia salido del aposento de

Ghismunda habia esta princesa puesto en infusion algunas raices i drogas venenosas previendo el fin trájico que la esperaba; así que cuando llegó el escudero con el ensangrentado presente, tomó la copa en la mano i al momento conoció que aquel debía ser el corazon de Guiscardo.

Volviéndose entonces con forzada sonrisa al confidente, le dijo: "Un corazon como éste no merecia una urna menos ilustre que de oro; en esta parte ha obrado mi padre discretamente:" arrimando entónces á la boca aquel emblema de su amor, lo besó con el mayor entusiasmo, i dijo con amarga ironía: "Siempre fué mi padre tierno i afectuoso para conmigo; pero nunca lo fué tanto como en la presente ocasion; i por lo tanto le darás las gracias mas espresivas por tan precioso regalo."

Dirijiendo en seguida la vista al corazon de su amante, exclamó: "Ah! dulcí-

„simo albergue de todos mis pensamien-
„tos; maldita sea la crueldad de quien ha-
„ce que te vea con los ojos del cuerpo,
„pues con los del alma te veia sin cesar.
„Tú ya has concluido tu carrera; ya has
„salido de penas; ya has dejado las mi-
„serias i las angustias del mundo; i tu
„mismo enemigo te ha dado aquella se-
„pultura que era debida á tu valor. Nada
„mas faltaba á tus ecsequias sino las lá-
„grimas de aquella que en vida amaste
„con tanto ardor i entusiasmo; pero mi
„desapiadado padre te ha concedido esta
„gracia enviándote para que tu no care-
„cieses del último holocausto que puedo
„ofrecerte; sí, será este el último, porque
„mi muerte está resuelta, i la recibiré con
„ánimo sereno para que mi alma vaya á
„reunirse con la tuya, pues no puede en-
„contrar una compañía mas de su agrado.”
Apenas hubo concluido este frenético
razonamiento se inclinó sobre la copa, i

fluyeron dos rios de lágrimas que fueron á mezclarse con el corazon de su amante, al cual besaba de continuo con los mas furiosos arrebatos de locura. Las damas que tenia á su lado no sabian de qué se trataba, ni podian adivinar el misterio de aquel corazon; pero enternecidas con los sollozos de su ama, principiaron á llorar todas ellas i á preguntarle, aunque infructuosamente, la causa de tan lamentable escena, consolándola al mismo tiempo por cuantos medios estaban á su alcance.

Empero cuando ya Ghismunda creyó que habia derramado bastantes lágrimas, levantó la cabeza, i enjugándose los ojos, dijo: "¡Oh amado corazon! ya he concluido mis deberes para contigo; ya no me resta que hacer sino reunirme á tu lado en la otra vida." I mandando que le trajesen la taza que contenia el agua envenenada, la derramó dentro de la copa, en la cual estaba el corazon nadando sobre el

líquido que habia salido de sus ojos, i con ánimo sereno apuró todo aquel brebaje; i sin soltar la copa de la mano se acostó en su cama, compuso su cuerpo lo mas honestamente que pudo, i arrimó á su corazón el de su amante esperando la muerte con la mayor tranquilidad.

Como las damas ignoraban cuanto sucedia, se alarmaron sin embargo con la bebida que habia tomado la princesa, i se apresuraron á ponerlo en conocimiento de Tancredo, el cual adivinando el duro trance en que se hallaba su hija corrió á verla, i con efecto la halló ya en los últimos momentos de su vida; cuyo horroroso espectáculo le hizo derramar copiosas lágrimas. Aprovechándose Ghismunda de su último aliento, le dijo: "Tancredo, reserva esas lágrimas para mejor ocasion, que yo no las deseo. Quién ha visto jamas llorar á quien ve cumplida su voluntad? Sino ha desaparecido de ti todo el amor

„que me tuviste en otro tiempo, concéde-
 „me la última gracia que voi á pedirte, i
 „es que pues no quisiste que yo viviese
 „con Guiscardo, al menos que mi cuerpo
 „sea espuesto al público juntamente con
 „el suyo, i que reciba la misma sepultura.

La angustia i el dolor trabaron la len-
 gua del rei; i viendo Ghismunda que se
 acercaba el último instante de su ecsis-
 tencia, estrechando en su seno el corazon
 de Guiscardo, dijo: „Quedaos con Dios,
 que llegó mi última hora;” i con efecto, se
 le vidriaron los ojos, perdió el sentido i
 espiró.

Este fué el término fatal que tuvieron
 los amores de Guiscardo i de Ghismunda.
 Tancredo deshecho en lágrimas i arrepen-
 tido, aunque tarde, de su crueldad, con
 dolor universal de los salernitanos, sepul-
 tó honrosamente en un mismo sepulcro á
 estos dos desgraciados amantes.

Nota. Si hallamos un mérito sublime

en la parte literaria de esta composicion del sublime ingenio de Boccacio, bajo cuyo aspecto la recomendamos, no puede ser tan favorable nuestra opinion por la parte moral, como cuando vemos en primer término modelos de virtud i viveza de colores para marcar la fealdad del crimen. Detestamos, pues, los frenéticos desahogos de los corazones emponzoñados con los extravíos de fogosas i culpables pasiones; i deseamos que la lectura de sucesos tan abominables sirva para preservarse de los escollos i abismos á que suelen conducir á las jóvenes los ardientes afectos del corazon, sino los contiene la educacion i la virtud.

FISICA EXPERIMENTAL.



LECCION CUARTA.

De la Neumática.

ESTA parte de la filosofía natural trata de la naturaleza, peso, presión i origen del aire que respiramos, i de los diferentes efectos que emanan de estas propiedades.

De la naturaleza del aire.

El aire es un fluido cuyas partes ceden á la menor presion; pero el pueblo indoc- to que ni ve dicho fluido ni cree tocarlo, no puede hacerse una idea de él i menos concebir que sino estuviera contrabalan- ceado por otro poder, aplastaría al ins- tante al cuerpo humano sobre el cual gra- vitan nada menos que treinta mil libras de peso segun diremos mas adelante.

Una de las propiedades que conocemos en el aire es su inmensa raridad á causa de los infinitos poros que tiene entre sus partículas, lo cual se esplica, aunque de un modo incompleto, comparándolo con la esponja i el corcho: es sin comparacion mucho mas lijero que el agua, porque en igual grado es mas poroso; i si damos crédito á algunos físicos, dicha proporcion

es como de uno á mil próximamente, ú ochocientos por lo menos.

El aire es de naturaleza tan distinta del agua, como que dejamos probado en el tratado de la hidrostática que este elemento es incompresible, i aquel es tan susceptible de compresion que algunos filósofos han deducido de sus experimentos que puede reducirse á un espacio 1551 veces menor, i aun hai quien estiende á 1837 esta reduccion. (Mr. Hales.)

El aire por su gran elasticidad crece i se aumenta de tal modo, que sino estuviera comprimido, como lo está el que nos rodea, ocuparía segun Mr. Mariothe un espacio cuatro mil veces mayor.

De que el aire es un fluido, del mismo modo que el agua, lo prueban los seres que habitan en ambos elementos, porque si cuando se deja en seco un punto cubierto de agua los peces se van al fondo, mueren en breve, del mismo modo si

se pudiera quitar el aire de un punto por donde anduviera un pájaro volando, se le vería caer de repente al suelo i morir del mismo modo. En la máquina neumática se hacen, aunque en pequeño, estos experimentos, que quitan todo jénero de duda á las teorías que acabamos de sentar.

La máquina neumática está construida de modo i con el objeto de estraer el aire de cualquier cuerpo, i sus experimentos ofrecen el mayor agrado é instruccion. Al ver que estraído el aire de una vasija, i desprendiendo á un tiempo una libra de plomo i una pluma, llegan ambos objetos al fondo al mismo tiempo, no puede ya dudarse de cuanto acabamos de afirmar.

—

De la presion del aire.

La presion del aire está demostrada con tanta claridad como la del agua. Al

tratar de la hidrostática dijimos que la presión del agua era tan fuerte que era casi imposible abrir una esclusa cuando el agua estaba tan solo por un lado, pero que cuando se igualaba por ambos al favor de una válvula que se abre en tales casos, se podría manejar dicha esclusa con la mayor facilidad, porque se había neutralizado la fuerza de la presión, ó lo que es lo mismo, porque ya la reacción era igual á la acción.

Del mismo modo sucede en el aire; i para probar esta proposición escogeremos entre los infinitos experimentos físicos el de los dos hemisferios de Magdeburgo, inventados por *Otto de Guericke*. Estos hemisferios son dos semi esferas cóncavas de latón, de las que la una está guarnecida de una llavecilla por la cual puede ajustarse á la máquina neumática, i la otra tiene un anillo en medio de su convexidad para suspenderla fácilmente. Unidos

estos dos hemisferios forman una especie de globo perfectamente ajustado, que se abre i se cierra con la mayor facilidad, porque la presion del aire exterior está contrabalanceada por la del aire interior; mas si se aplica este globo á la máquina neumática, i se le extrae el aire por la llavecita ó válvula indicada, se necesitará de una fuerza extraordinaria para abrirlo, porque la presion del aire exterior no se ve ya en este caso contrabalanceada por la interior.

Hágase otro experimento de comprobacion. Póngase de nuevo dicho globo sin aire interior dentro de otra vasija mayor, extraigase el aire de esta vasija i se abrirá el citado globo con facilidad, porque en tal caso no hai presion interior ni exterior.

Del peso del aire.

El aire ha llegado á pesarse con tanta exactitud como el oro por medio del frasco de Florencia: este consistió en una balanza mui fina con un solo plato, en el cual se ponen las pesas, i en el otro brazo un gancho que equilibre la balanza. A dicho gancho se cuelga una bolsa de encerrado de seda perfectamente cerrada, de la cual se haya estraído el aire por medio de una válvula; despues de tomado conocimiento de su peso, se pincha la bolsa con una aguja, i se aguarda á que esté llena de aire, se vuelve á poner en la balanza; i se verá que si en el primer caso pesó por ejemplo tres onzas i cinco granos, en el segundo pesa 3 onzas 19 i medio granos; luego el peso del aire fué de 14 i medio granos.

Mr. Humberg estrajo el aire de una bolsa que tenia trece pulgadas de diámetro i

halló que pesaba una onza menos; i habiendo hecho lo mismo con otra de veinte pulgadas le resultaron dos onzas menos. El exactísimo Wolfio sentó como principio deducido de sus experimentos, que un pié cúbico de aire pesa una onza i 27 granos.

El aire pesa mas ó menos segun la condensacion que tiene, i aun en su peso quando se halla en su estado natural disienten los autores mas acreditados, porque Boile pretende que está respecto del agua como 1 á 938; Humberg lo eleva á 1088; Hales lo reduce á 860; Hauxbee á 885; Muschenbrok á 681 i Nollet á 900.

De la elasticidad fuerza i compresion del aire.

La elasticidad del aire está acreditada con un millon de experimentos; citaremos

algunos de los más comunes para ser mejor entendidos sin traspasar los límites de la concisión. Si se coje una vejiga medio inflamada i se le estruja por un lado, se verá que el aire se escurre por el otro, i luego vuelve á ocupar su primitivo lugar. Si se la tira contra el suelo, rebota como una pelota. Si se la aplica á la máquina neumática, es decir, á un sitio falto de aire, se inflará toda, porque hallándose fuera del influjo del aire que la oprime, podrá ejercer libremente su fuerza elástica. Si se le saca de nuevo al aire libre se verá que vuelve á ponerse floja i medio arrugada.

Mas no es tan solo la elasticidad la que obra este efecto, porque le acompaña la fuerza compresiva tanto en el experimento que acaba de citarse como en el de una pera arrugada que se aplique al citado recipiente vacío de aire; pues al momento se irá estendiendo la piel hasta que queda

tan estirada como si acabara de cojerse. Pruébase asimismo la fuerza compresiva del aire volviendo á sacar la pera de dicha máquina, porque al momento se pondrá arrugada.

Quando en el tratado de la hidrostática hablamos de la campana urinatoria dejamos bien consignada la teoría de la elasticidad del aire; é igual experimento lo hacemos muchas veces sin considerar que sea una operacion física, cuando aplicando á una palangana ó taza de agua un vaso por la boca, vemos que no penetra el líquido sino hasta una mínima parte de dicho vaso, es decir, que el aire que habia en el vaso se reduce á menor volúmen con la presion i por la fuerza elástica.

La elasticidad, ó el resorte del aire contenido en nuestra carne, queda bien demostrado con la aplicacion de las ventosas, en cuya operacion no es la carne la que se levanta, sino que se estraee el aire

esterno que gravitaba sobre aquella parte, cuyo resultado es el de que la fuerza elástica del aire que está en los poros se estiende i hace que la carne abulte mas.

Las ventosas, pues, hacen igual efecto sobre la carne que la máquina neumática sobre la pera arrugada de que hemos hablado; i cuando se quiere que la parte del cuerpo, á la cual se aplican las ventosas, se hinche mas, se enciende una candelita dentro del tubo de cristal; i como es un principio conocido que el calor enrarece el aire, se consigue por medio de aquella llama, aunque débil pero activa por estar encerrada en tan corto recinto, que el aire salga con mas facilidad de los poros, i tomando mayor enrarecimiento entumezca mas la parte i se aboque á ella mas sangre, que es lo que desea el flebotomiano para que su punzante instrumento se emplee con buen resultado.

La fuerza compresiva del aire sobre los

cuerpos la calculan los físicos modernos del modo siguiente. La presión del aire sobre una pulgada cuadrada es igual á 14 libras, calculándose en catorce pies i medio la superficie de un hombre de mediana estatura, que equivalen á 2088 pulgadas á razón de 144 de éstas por cada uno de aquellos, i multiplicadas dichas 2088 pulgadas por 14 libras, dan un resultado de 29232 libras, ó lo que es lo mismo trece toneladas: éste pues es el peso que gravita sobre nuestro cuerpo. Parece esta teoría una paradoja á primera vista; mas no lo es si se considera que si el hombre resiste este inmenso peso sin sentirlo, es porque tiene en su mismo cuerpo un aire capaz de contrapesar la citada columna, tanto por su cantidad como por su elasticidad. Este enigma se descifra del mismo modo que el de la columna de agua, pues aunque un hombre llegue á una profundidad de cuatro á cinco ó mas

brazas de agua, en cuyo caso es de un peso enorme la columna que sostiene sin molestia con su cuerpo, i aunque su peso llegue á una profundidad inmensamente mayor, no revienta ni se aplasta, como parece debia suceder, viéndose oprimido por una columna de agua que representa un peso tan enorme.

Para esplicar la accion compresiva del aire la comparan algunos físicos á un rímero de pacas de algodón puestas las unas encima de las otras; en las que se ve que la última de todas llega á aplastarse bastante, algo menos la mas prócsima que gravita sobre ella; i así en progresion descendente, hasta que en la paca que se halla encima de todas no se percibe la menor presion. Lo mismo se observa en la atmósfera, la cual tiene mayor presion en los puntos bajos que en los altos, porque en los primeros es mayor la columna i mayor por consiguiente su peso. He a-

qué por qué se dice que el aire es sutil i delgado en los montes, porque la columna de aire es menor que en las llanuras. He aquí tambien porque en tiempo de cer-razones i oscuros nublados se dice que está el aire mui pesado, porque entonces se halla el aire mas condensado, i la columna que tenemos encima nos oprime con mayor fuerza. Con el uso de la máquina neumática podrá quedar suficientemente ilustrada la cuestion de la resistencia que oponen los cuerpos á la columna de aire que gravita sobre ellos, no bajando de 30 mil libras, segun dijimos anteriormente, el peso que el cuerpo del hombre sostiene con el aire que encierra en sí.

Cualquiera cuerpo que se aplique á dicha máquina hará ver la gran cantidad de aire de que están llenos todos sus poros. Si es un cuerpo sólido como el hierro, zinc, piedra, &c., se verá en su superficie

una multitud de glóbulos como las gotas del rocío; si es un cuerpo blando, como una remolacha ú otra sustancia vegetal, se ve salir materialmente el aire; lo mismo sucede en los líquidos, i la prueba de que es considerable la cantidad que se extrae de ellos, se halla en la total descomposición que se forma con dicha extracción, pues que un vaso de vino de buen gusto, por ejemplo, que se aplique á la citada máquina, pierde al momento su esencia i queda tan insípido que no puede beberse.

Luego si el aire que contienen todos los cuerpos inanimados forma una parte tan importante de los mismos, debemos calcular que ha de ser mucho mayor la masa que contengan los cuerpos animados, tanto por razon de los huecos de sus cavidades internas, como de sus infinitos poros en las partes exteriores. He aquí, pues, demostrada la razon que tuvieron los físicos

para emitir la opinion relativa al peso que sostiene el cuerpo del hombre.

De la escopeta de aire ó de viento.

La escopeta de viento por medio de la elasticidad i compresion del aire produce efectos tan terribles, que puede dar la muerte á 50 ó 60 varas de distancia, sin causar el menor ruido.

Por este motivo ha sido i es reputada esta arma por traidora, i no está permitida sino en los gabinetes de fisica. Su forma i estructura es como la de las escopetas comunes, con la sola diferencia de tener por añadidura una bola que pende debajo del oido en la cual se halla el depósito del aire condensado, cuyo aire se introduce por medio de una válvula en el acto de dejar caer las barras al tirar del gatillo.

Dicho depósito puede contener materia para quince ó veinte tiros; de lo cual es fácil inferir cuán terrible es esta arma no solo por el pérfido silencio con que hace sus estragos, sino porque tiene mayor duracion su fuerza ofensiva; pues si bien es cierto que á cada tiro que va saliendo se dismiuuye la fuerza de la impulsión, de modo que ya en los últimos es casi nula, puede correjirse este inconveniente llevando en el bolsillo una reserva de aire condensado para ir rellenando la bola citada.

Del Sonido.

El sonido no es un cuerpo como la luz, i lo forma la concusión de dos cuerpos elásticos, los cuales puestos en un movimiento trémulo escitan una especie de oleada circular en el aire que los rodea. El ai-

re, pues, es el primer elemento del sonido, i lo prueba la misma máquina neumática, dentro de la cual si se coloca una campana, por mas que se de á un lado i otro con el badajo no suena, i por el contrario si se deja entrar el aire, sonará como si estuviera fuera de dicha máquina; luego no hai sonido sin aire. Esta proposicion se prueba sino de un modo tan absoluto, á lo menos relativo, pues observamos que el mismo sonido se oye á mayores distancias cuando el aire está mas condensado, es decir, cuando hai mas cantidad de aire, ó cuando el viento sopla de frente; luego el aire no solo es un elemento necesario para la ecsistencia del sonido, sino tambien un escelente conductor. Empero no lo es tanto como el agua ni como la tierra, pues si aplicamos el oido á esta última, oimos las pisadas de los caballos á una distancia mucho mayor que por el aire, i está probado que por la primera es por lo menos

de un duplo la diferencia en razon de ser su superficie mas plana.

La franela es tambien un escelente conductor del sonido, pues si á una tira de esta estofa atamos una barra delgada de hierro, i cojemos ambas puntas con los dedos pulgares con los cuales tapamos los oidos al tiempo de dar un golpe sobre dicha barra, se percibirá un sonido tan fuerte como el de una gruesa campana.

Hai unos cuerpos mas sonoros que otros, lo cual consiste en su mayor elasticidad, como la tienen la cuerdas de instrumentos i otros metales, cuyas partes vibran con la percusion, i en tanto que duran las vibraciones se comunican unas con otras á la manera de las olas del mar, i llevan el sonido por este medio. Aunque las vibraciones de los metales no se perciben como las de las cuerdas, ecsisten sin embargo, i lo prueba el polvo que se desprende del interior de una campana

cuando se le da un golpe, aunque sea muy suave; lo cual no pudiera suceder sino hubiese movimiento en sus partes, ó lo que es lo mismo, vibracion.

De las bocinas i cerbatanas.

Formando el sonido una especie de ondulacion en el aire, muy parecida á las del agua, nos parece que este punto de comparacion será el mejor auxilio para dar á conocer el modo de comunicarse dicho sonido. Así como vemos que las olas agitadas por un cuerpo extraño van perdiendo su fuerza á medida que se van alejando del punto de su sacudimiento hasta que por último quedan reducidas á cero, del mismo modo el sonido, en el punto en que se forma, comprende una oleada aérea de bastante estension que empuja la

segunda, mas ya ésta es menor que la primera, la tercera menor que la segunda, i así en progresion descendente hasta que se hace imperceptible.

Bajo este principio se construyeron las bocinas i trompetillas: las primeras son unos tubos de diversos tamaños, pues las hai de dos piés hasta quince; el orificio que se aplica á la boca del que las maneja es angosto, i desde aquel punto se va ensanchando el tubo hasta el remate. Los efectos de esta construccion son los de estrechar la oleada aérea para que caminando con mas velocidad, sea mayor el empuje que dé á la segunda, i tengan mas viveza las acciones i reacciones de las sucesivas; de lo cual debe resultar aumento de oleadas i mayor celeridad en el movimiento, ó lo que es lo mismo, el mayor alcance del sonido.

Estas bocinas, que en el dia son de uso jeneral especialmente en la marina, eran

ya conocidas en la antigüedad, pues se cuenta que Alejandro el grande se valía de ellas para comunicar sus órdenes al ejército; i aun se añade que las tenia de tan maravilloso alcance, que se hacian oír claramente á 10 ó 12 millas de distancia. Stentor es celebrado por Homero por la calidad de su voz, que dice era mas fuerte que la de cincuenta hombres reunidos. De aquí procedió el llamar á la bocina *tubo Stentorofónico*; i tambien el que á una voz de trueno la apellidemos voz *stentórea*. La espresion de Homero de que Stentor tenia pulmones de bronce, parece aludir á la bocina, de la cual debia estar encargado aquel individuo.

Las cerbatanas ó trompetillas para los sordos son una especie de bocinas en escala menor que reciben la oleada del sonido por el orificio ancho, cuyo mayor recipiente da entrada á una columna mayor.

El eco es la repetición de los sonidos producida por el aire. Sentado el principio de que el sonido se comunica por oleadas, que tienen una gran analogía con las del agua, esplicaremos la formación del eco por este mismo punto comparativo. Cuando arrojamos una piedra á un estanque, observamos que el agua se levanta sobre las orillas, mas en el instante vuelve para su lugar, es decir, que se marca la acción i la reacción. Del mismo modo sucede con el sonido, porque en el momento en que las oleadas aéreas promovidas por dicho sonido, llegan á dar con una superficie acomodada al intento, como lo es una casa, una pared de ladrillo, un monte i aun un árbol, sufre igual reacción que las oleadas fluidas, es decir, que retroceden para su puesto; i los que se hallan en la línea recta de reflexión perciben el eco que forma dicho retroceso.

Para ilustrar esta cuestión esplicare-

mos lo que es línea de incidencia i línea de reflexión: la primera es la que se dirige de primer movimiento á un objeto, i la segunda la que retrocede por rechazo: éstas pueden ser de dos clases, la una cuando hiere un plano perpendicularmente, i la otra cuando es oblicua la dirección. Cuando en el juego del villar damos impulso á una bola contra la tabla de modo que le hacemos volver á la misma línea de donde partió, dejamos marcada la primera división, ó sea la perpendicular; i cuando damos el golpe oblicuamente, será oblicua la línea de incidencia i oblicua la de reflexión.

Sucede lo mismo en un espejo: cuando nos colocamos de frente son rectas las dos líneas que describimos, i cuando nos colocamos oblicuamente son por consiguiente oblicuas dichas líneas: en el primer caso nos vemos en el espejo, mas no en el segundo. Empero en el sonido hai

la diferencia de que estando uno á veces en la línea recta de incidencia no percibe el eco, i sí el que se halla en la oblicua; lo cual consiste en que la superficie forma algunas veces una reflexión oblicua segun su posicion i estructura. A esta circunstancia se debe asimismo la multiplicada repetición del eco que ocurre con frecuencia.

Para que se forme el eco se necesita asimismo de una distancia proporcionada, porque cuando ésta no ecsiste, es decir, cuando el sonido repetido llega á nuestro oído antes de haber cesado el directo, no percibiremos dicha repetición, pero el sonido directo adquirirá mayor fuerza.

En Rosneath, cerca de Glasgow, hai un eco que repite el sonido tres veces clara i distintamente. Cerca de Roma hai otro que lo repite cinco veces. En Thornbury-castle, 10 ú 11, en Bruselas 15. El que se halla entre Coblentz i Bingen es su-

mamente curioso, porque la repetición es mucho mas clara que la emisión, presentándose unas veces como mas cerca, i otras como mas lejos, á unas personas con mas claridad que á otras, i mas veces de un lado que de otro. Hai un eco en Milan, en una quinta del marques de Simoneta, que repite 55 veces la esplosion de una pistola.

El ingenioso Mr. Derham aplicó el eco á las medidas jeométricas. Hallándose un dia en las orillas del Támesis, frente á Woolwich, observó que el eco de un simple sonido tardaba tres segundos á ser reflectado, de lo cual dedujo que habia viajado de ida i vuelta 3426 piés á razon de 1142, que es lo que se calcula recorre el sonido en cada segundo, i partiendo por mitad dicha suma, fijó la anchura del rio por aquella parte en 1713 piés.

De la galería del cuchicheo i del arpa Eolia.

Llámase galería del cuchicheo, *whispering gallery*, á una galería circular que se halla en una de las medias naranjas de la iglesia de S. Pablo en Lóndres, en donde sin embargo de su considerable estension se percibe clara i distintamente lo que se dice en voz baja en la parte opuesta con la cara pegada á dicha pared.

Se dice que esta curiosidad consiste en la gran lisura ó igualdad de aquella superficie por encima de la cual se resbala la voz sin perder la mas mínima fracción, pues parece que tiene uno pegada la oreja á la boca del que habla. No pudimos obtener otras esplicaciones, las cuales no nos satisficieron, pues habiendo visto otras muchas galerías parecidas á la de que se trata, i con paredes sumamente lisas, no sabemos de ninguna que produzca este efec-

to si se exceptúa una de las iglesias de Florencia, la catedral de Girgenti, en Sicilia (1), en donde corre la voz distintamente 250 piés, i la sala llamada de secretos en la Alhambra de Granada.

Nos parece mas filosófica la solución que dan otros á este fenómeno, el cual dicen es producido ó bien por las refracciones repetidas sucesivamente sobre los costados de un polígono inscritos en un mismo círculo, ó cuando la voz hiere el

[1] Por una desgraciada coincidencia se habia colocado un confesonario en el punto céntrico de las dos superficies de esta galería parlante, por manera que algunos curiosos se divertian en escuchar las fragilidades que se depositaban á los pies del ministro de Dios, i aun se dice que un marido descubrió por este medio la infidelidad de su mujer; mas luego se interrumpió este vehículo de la voz interponiendo molduras i otros adornos.

punto céntrico de una superficie, que corresponde á la de otra inmediata, á la cual se halla colocado el que debe recibir la voz.

Ya hemos dicho que el agua es un excelente conductor para la voz; á este elemento se debe la repetición del eco de Milan de que hemos hecho mención. El Dr. Hulton dice en su Diccionario matemático, que en Lambeth (arrabal de Londres) hai una casa mui húmeda en invierno i mui seca en verano, i que forma eco tan solo en la primera estación. Persuadidos los romanos de estas verdades, hicieron correr un canal de agua por debajo de uno de sus coliseos á fin de que la voz adquiriese mayor estension.

Despues del agua entra la piedra en la línea de buenos conductores de la voz, si bien ésta adquiere cierta aspereza i desagradado: se calcula que una pared fresca de ladrillo puede conducir el cuchicheo á 200

piés de distancia. La madera es mui sonora, produce los tonos mas agradables, i es la sustancia mas propia para instrumentos de música; tanto los llamados de viento de simple madera, como los que tienen su virtud en las cuerdas dependen del aire, ó lo que es lo mismo de las vibraciones que dan en el aire que los rodea.

Si se pone mui tirante entre dos puntos una cuerda de ocho ó diez varas de largo, i se la toca con un arco, no vibrará toda la cuerda, i sí solo algunas de sus partes; pues del mismo modo obra el aire sobre el arpa. Las diferentes notas que forma el violin dependen de lo mas ó menos largo de las cuerdas, que se alargan ó se acortan con los dedos del músico, porque la corriente del aire hiere en tantas partes cuantos son los puentes imaginarios.

Cada cuerda del arpa Eolia, aunque todas estén templadas en un mismo tono, es capaz de diferentes sonidos; de lo cual re-

sulta la prodijiosa i encantadora armonía de aquel instrumento.

Las ondulaciones del aire, causadas por las repetidas vibraciones de una cuerda, las esplica una especie de simpatía mecánica que ecsiste entre sonidos acordes. Si dos cuerdas de un instrumento se templan unísonas i se hiere la una, tambien la otra corresponde, porque siendo las oleadas de la primera cuerda del mismo jénero que las que promovería la segunda, comunican un golpe mecánico á dicha segunda cuerda, i producen igual sonido.

Si todas las cuerdas del arpa Eolia están templadas en un mismo tono, vibrarán todas ellas aunque una sola sea la que reciba la percusion; i se demuestra colocando pedacitos de papel encima de cada una de dichas cuerdas, los cuales se caerán al tocar la citada única cuerda; i asimismo se demuestra si se dejan tan solo dos cuerdas acordes, las cuales serán las

que tan solo dejarán caer el papel, i no las demas que tengan otro tono.

De las máquinas de vapor.

No es posible dar esplicaciones claras i estensas sobre las máquinas de vapor sin tener á la vista figuras de demostracion; pero aun á falta de ellas procuraremos comunicar la posible instruccion sobre un punto de tanto interes, reservándonos para otro lugar entrar mas de lleno en esta cuestion.

Las máquinas de vapor fueron inventadas en el reinado de Carlos II con el objeto de desaguar las minas de carbon que por su demasiada profundidad era preciso abandonar, ó por lo menos su elaboracion era extraordinariamente pesada i costosa reducida á las máquinas comunes.

Empero no fueron llevadas al debido grado de perfeccion hasta medio siglo despues.

Están mui divididas las opiniones sobre quién fué el primer inventor. El marques de Worcester describió este mecanismo en una obra titulada "Siglo de invenciones" que se publicó en 1663, i se reimprimió algunos años despues en Londres. Esta invencion, sin embargo, parece quedó abandonada por mucho tiempo, hasta que el capitan Tomas Savery principió á sacar partido de ella levantando el agua á una altura regular, aunque no en grandes cantidades.

Mr. Desaguliers asegura que Savery no hizo mas que poner en planta las ideas del citado marques, i que con el objeto de que no se descubriese su robo compró i quemó todos los ejemplares de la obra de que acabamos de hacer mencion, habiendo urdido el cuento siguiente para dar mayor

verosimilitud á su pretendida orijinalidad. "Habiéndose bebido un frasco de vino de Florencia, i arrojado dicho frasco al fuego, observó que las pocas gotas que habian quedado pegadas á sus paredes i al fondo se convirtieron en vapor; le ocurrió sacar del fuego el citado frasco i sumerjirlo por el cuello dentro de una palangana de agua, cuyo líquido con la presión de la atmósfera se introdujo de repente en el frasco.

Sea cierta ó falsa esta relacion, no cabe duda que siendo el vapor mucho mas ligero que el aire, espele la parte que se encuentra dentro de cualquier punto en que el vapor puede ejercer su influjo, i formando por este medio una especie de vacío, la presión natural de la atmósfera impele el líquido contra dicho vacío; i he aquí la causa de que el citado frasco se llenase de agua al momento, porque el vapor, que era lo único que habia quedado

en el frasco, debió condensarse i dejar la entrada libre al referido líquido, i sucedió lo mismo que se ve en las bombas de viento, es decir, que el agua sigue espontáneamente el vacío porque la presión activa de la atmósfera no sufre la reactiva, i no sufriendola, no puede menos de describir aquella línea.

De estas teorías procedió Savery á la aplicación del vapor para elevar el agua por el método indicado; á cuyo mecanismo dió maravillosa extensión i perfección Jacobo Watt, al cual se le atribuye el honor principal del invento de esta potencia, porque todo lo anterior fué muy informe i defectuoso. Explicaremos del mejor modo que nos sea posible la construcción de una de estas máquinas, aunque no con la claridad i extensión que desearíamos, porque carecemos de láminas tan necesarias para su ilustración.

La primera cosa que se observa es una

caldera sobre la hornilla que debe estar medio llena de agua; en seguida un tubo que conduce el vapor que se estrae de dicha caldera al cilindro, en el cual entra por dos válvulas, la primera de las cuales introduce el vapor cuando el émbolo se mueva ácia abajo, i la otra cuando el citado émbolo se mueve ácia arriba; (se entiende cuando el émbolo presenta la figura vertical, porque si fuese horizontal marcará estos dos movimientos yendo para adelante i para atras.)

Hai asimismo otras dos válvulas que se llaman de salida, las cuales hacen pasar el vapor desde el cilindro al condensador, que es una vasija diversa colocada en un pozo ó receptáculo de agua fria, i la cual tiene siempre abierto un surtidor de esta misma agua en juego con la parte interior. Se ve á sn lado la bomba de viento que estrae del condensador el aire i el agua por medio de la gran barra

ó palanca, i el agua que se toma del condensador, i que se arroja en el pozo ó receptáculo caliente, vuelve á ser absorbida por otra bomba que se halla á poca distancia de la primera, i conducida de nuevo á la caldera por otro tubo.

La tercera bomba es movida tambien por el mismo mecanismo que provee de agua al receptáculo en que se ha fijado el condensador.

Las tres bombas de que hemos hablado i el émbolo son movidas por la accion de la gran barra ó palanca. Dos barras que siguen el movimiento del émbolo abren i cierran las dos válvulas de que hemos hecho mencion; i para comunicar á la máquina un movimiento rotatorio, inventó Mr. Watt un gran volante á cuyo eje adhirió concéntricamente una pequeña rueda dentada, que hace juego con otra igual por la parte inferior: esta última está pegada á un rodillo que sale de la punta de

la barra, por cuyo medio se le imprime el movimiento de arriba abajo, i vice versa.

La palanca unida á los centros de las dos pequeñas ruedas dentadas imprime el primer movimiento á la rueda inferior, ésta lo transmite á la superior, i de aquí pasa al volante, el cual hará dos revoluciones en tanto que la primera no hará mas que una. Dichas dos ruedas dentadas se llaman del *sol* i del *planeta*; la primera, del mismo modo que aquel astro, se revuelve sobre su eje, i la segunda, á imitación de los planetas que jiran al rededor del sol, se mueve asimismo al rededor de su compañera. Así, pues, cualquiera máquina que se aplique al centro del volante recibe un movimiento constante, que, segun hemos esplicado, lo imprime la gran barra dirigida por el vapor, que es el primer ajente.

Hai otras muchas máquinas construidas de diversos modos; pero se observa

rá que todas ellas gobiernan por las mismas leyes. Lo dicho podrá ser suficiente para adquirir los primeros conocimientos de este precioso mecanismo; un examen mas detenido á la vista material del objeto podrá completar la instruccion que no nos es posible dar en tan pocos renglones.

Del barómetro.

El barómetro es un tubo de cristal de 33 á 34 pulgadas de largo, cerrado herméticamente por la parte superior, i cuyo remate por la inferior está adherido á una bombita de madera ó de metal que contiene el azogue, que es el alma de este curioso iustrumento. He aquí el modo de fijarse dicho barómetro.

Como una de sus estremidades debe hallarse tapada herméticamente, i en je-

neral lo está por haberse ya fundido de este modo, se echa el azogue por la otra, i luego que se ha llenado el tubo se vuelve de arriba abajo tapando el orificio con el dedo i se coloca dentro de la bomba que estará medio llena de aquel fluido metálico. Hecha esta operación se observará que el mercurio baja tres ó cuatro pulgadas, i no mas porque la columna restante la sostiene la presión de la atmósfera sobre la superficie del fluido en que fué sumergida.

La causa de este aparente fenómeno se halla en aquella lei física de que ya hemos hablado en la hidrostática, i que enseña que la presión de la atmósfera puede elevar el agua á 33 ó 34 piés, i sostenerla en un tubo adherido al recipiente del mismo líquido; i como las 29 ó 30 pulgadas á que sube el mercurio en el barómetro son un equivalente relativo de los 33 ó 34 piés en el agua, porque siendo

el mercurio catorce veces mas pesado que el agua, es claro que los 34 piés que forman 408 pulgadas divididos en 14 partes dan 29 á cada una de ellas, parece que no debe quedar duda en esta cuestion.

Torricelli fué el primero que hizo este útil descubrimiento, dejando bien determinado que la presion de la atmósfera era la causa de la ascension del agua en el vacío, i que una columna del agua de 34 piés de altura será un escelente contrapeso de otra columna de aire estendida hasta la cima de la atmósfera, de lo cual dedujo la consecuencia que acabamos de citar, de que en un tubo de cristal subiría el mercurio 29 ó 30 pulgadas que son iguales á los 34 piés de que se eleva el agua. Algun tiempo despues se observó que en dicho tubo subia i bajaba el mercurio segun el estado de la atmósfera, i de aquí fué el aplicarlo á graduar las variaciones del tiempo.

He aquí, pues, el oríjen del barómetro que se halla en muchas casas para señalar el mayor ó menor peso ó presion de la atmósfera. Cuando el aire se condensa, efecto de la mayor presion de la atmósfera, baja el mercurio en el tubo, i cuando se enrarece ó es mas lijero, efecto de su menor presion, sube: en el primer caso indica mal tiempo, i en el segnndo bueno.

En dicho tubo se fija la escala de grados que llamando *variacion* por décimos de pulgadas; pero su mayor altura es de 28 á 30 pulgadas. Se calcula que el ascenso de una pulgada en el barómetro supone una presion menor de la atmósfera equivalente á mil piés de elevacion: de esta regla infalible, siempre que no haya *variacion* accidental en dicha atmósfera, se valen los naturalistas para medir las alturas de los montes, fundada en el menor peso del aire que la oprime, á medida

que se va elevando á las altas rejiones.

Este es, pues, el uso importante que se hace del barómetro, i con el cual tanto se han adelantado las ciencias naturales. Deben sin embargo tener presente los que se ejercitan en estas medidas, que el aire no es igualmente denso en todas partes, porque su calidad elástica lo dilata i lo contrae mas ó menos segun su altura, como lo indica la adjunta tabla que puede ser de mucha utilidad.

Altura de millas sobre la
superficie de la tierra.

Veces que el aire es mas li-
jero que el del nivel del mar.

A 3 i media mi- llas es el aire.	2 veces mas lijero.
A 7.	4
A 10 i media.	8
A 14.	16
A 17 i media.	32
A 21.	64
A 24 i media.	128
A 28.	256

De esta progresion ascendente se deduce que la atmósfera no puede llegar á gran altura, porque va el aire enrareciéndose mas i mas hasta que se hace imperceptible: en este principio sin duda se han fundado los físicos para fijar el término de la atmósfera á las 45 ó 50 millas.

Del termómetro.

El termómetro es un tubo de cristal de cuya estremidad inferior pende una bomba la cual está llena de azogue, cuyo fluido se halla igualmente en parte del tubo. En su estremidad superior es mui parecido al barómetro, pues que está cerrado herméticamente. Este instrumento sirve para marcar los grados de calor i frio, del mismo modo que el barómetro para determinar el peso i densidad de la atmósfera

idos cambios de la temperatura. Cuando se inventaron los termómetros, que fué á principios del siglo XVII, se hizo uso del aire, del agua, de los espíritus de vino i aceite; pero se dejaron todos estos fluidos i se adoptó el mercurio desde que se observaron sus cualidades mas acomodadas al intento, como lo son su mayor expansion i contraccion, i su mayor capacidad de determinar una escala mas estensa de calor. En la Gran Bretaña se usa mas el termómetro de Fahrenheit, i en el continente el de Reaumur.

El principio del termómetro es el del dilatarse el mercurio con el calor i de contraerse con el frio, es decir, de subir en el primer caso, i de bajar en el segundo. Cada cual puede hacer la esperiencia por sí mismo. Si pone el dedo en la bola ó bomba del termómetro, como que comunique algun calor al mercurio, verá que va subiendo gradualmente; i tan pronto co-

mo retira su mano, verá que va bajando con igual velocidad con que subió, hasta que vuelve á su antiguo lugar, á menos que no haya ocurrido en este tiempo alguna variacion en la atmósfera.

Si dicho termómetro se sumerge en el agua hirviendo se elevará el mercurio hasta los 212 grados de Fahrenheit; i si se coloca en el hielo descenderá á los 32. Entre estos dos puntos se divide la escala en 180 grados iguales, que son los que se hallan encima de cero de Reamur, los cuales con los 32 que se figuran debajo de cero forman los 212.

A la escala de estos grados acompañan los calificativos de la temperatura; por ejemplo, principiando por lo mas elevado á los 212 grados se leerá *hervor del agua*; á los 176 *hervor de los espíritus*; á los 112 *calor febril*; á los 98 *calor de la sangre*; á los 76 *gran calor*; á los 55 *calor templado*; á los 32, que es el cero de Reamur, *hielo*.

Los mayores grados de calor i frio que podrian graduarse por el termómetro, á saber: el estado de ebullicion i de conjeccion del mercurio, serían para los primeros 600, i para los segundos 39, ó 4 bajo cero; así pues, se puede asegurar que el termómetro es susceptible de una escala de 640 grados de Fahrenheit.

Al ver que el azogue llega á adquirir tanta consistencia cuando se hiela que se hace maleable como cualquiera metal sólido, i que cuando hierve se disipa en vapor como el agua aunque mas lentamente, se ha sacado por conclusion que todos los cuerpos pueden ecsistir indistintamente en las tres formas, á saber: como *sólidos*, como *fluidos* i como *aeriformes*, segun el grado de calor al que se espongan.

Como entre nosotros se usan indistintamente los termómetros de Reaumur i de Fahrenheit, nos parece oportuno explicar los puntos de diferencia que hai de uno á

otro. Reaumur coloca el punto de hielo en
cero, i cada uno de sus grados es igual á
2 i un cuarto de los de Fahrenheit. Bajo
esta base toca á los 80 grados el punto del
agua hirviendo, lo cual equivale á los 180
en que Fahrenheit coloca ese mismo
punto, porque 80 multiplicado por 2 i un
cuarto dan aquel resultado.

Así, pues, para convertir los grados de
Fahrenheit en los de Reaumur, deben
sustraerse 32 del número dado, i dividir
el resto por 2 i un cuarto, cuya operacion
se ejecutará con mas facilidad multipli-
cando dicho resto por cuatro i luego divi-
diéndolo por nueve. Para saber, por ejem-
plo cuántos grados de Reaumur harán 167
de Fahrenheit, se sustraen 32, quedan
en 135; éstos repartidos entre 2 i un cuar-
to son 60; ó mas claro, dichos 135 se
multiplican por 4 i son 540, se dividen
por 9 i son 60: recomendamos este últi-
mo método.

Para convertir los grados de Reaumur en los de Fahrenheit se multiplican aquellos por 9, se divide el producto por 4, se agregan 32 i queda hecho el cálculo. Por ejemplo, el número dado de los grados de Reaumur es 40, multiplicado por 9 son 360; divididos los 360 por 4 toca á 90, agregando 32, forman 122 grados, que son cabalmente los que corresponden á los 40 de Reaumur.

Hai otro termómetro de Fahrenheit que equivale próximamente á cuatro tantos del de Reaumur, i cuya conversion deberá hacerse del modo siguiente:

Por ejemplo el número dado de Fahrenheit es de 77 grados, se bajan 32 quedan en 45, se multiplican éstos por 100 son 450, se parten por 250, i dan un resultado de 20 grados, que son los que corresponden á dicho termómetro de Reaumur.

Para hacer la conversion de los grados de Reaumur á los de Fahrenheit en esta

segunda especie de termómetro, se fijará por ejemplo el número 20; se multiplica por 2 i un cuarto son 45, se aumentan 32 son 77.

Se conocen otros instrumentos para medir el fuego i el agua, cuyos nombres son los de *pirómetro* é *higrómetro*, i tambien hai otro para medir el agua que cae en un punto dado: todos ellos tienen un mecanismo mui ingenioso; pero como el conocimiento de dichos instrumentos no puede interesar sino á un corto número de personas científicas, hemos juzgado por mas conveniente dedicar las páginas que su esplicacion debiera ocupar en nuestra obra, á la insercion de otro punto de utilidad jeneral, como son las

Reglas para conocer las variaciones de la atmósfera.

1.^a La ascension del mercurio presajia por lo jeneral tiempo bueno, i su descen-

so tiempo malo, como lluvia, nieve, vientos recios i tempestades. Cuando la superficie del mercurio se presenta convesa, es decir, mas alta por el centro que por los lados, es señal que está subiendo; i cuando se presenta cóncava ó hueca en el medio, es señal de que está bajando.

2.^a En tiempo de mucho calor el descenso del mercurio denota truenos.

3.^a En tiempo de frio el ascenso presajia hielos; i en tiempo de hielos su descenso indica deshielo, i su ascenso nieve.

4.^a Si llueve á poco de haber bajado el mercurio, será la lluvia de corta duracion; por igual razon durará poco el tiempo bueno si se presenta apenas ha subido dicho mercurio; es decir, que las rápidas variaciones en uno i otro sentido no ofrecen seguridad.

5.^a Cuando en tiempo de lluvia se ve que el mercurio sube mui alto, i permanece en aquel estado dos ó tres dias antes

de cesar el mal tiempo, es seguro indicio de que el tiempo bueno que se entable ha de ser de mucha duracion.

6.^a Cuando en tiempo bueno descende mucho el mercurio i continúa así dos ó tres dias antes de entablarse la lluvia, se debe esperar que ésta durará mucho tiempo, i que se levantarán probablemente vientos mui recios.

7.^a El movimiento azorado del mercurio indica tiempo variable é inseguro.

8.^a No se debe fiar tanto en las palabras estampadas en la escala como en la elevacion i descenso del mercurio, porque si está en la línea que marca *mucha agua*, i pasa á la *variable*, denota tiempo bueno, aunque no tan seguro i duradero como si se hubiera elevado mas; pero si el mercurio está en *tiempo bueno* i cae al *variable*, se debe esperar tiempo malo.

9.^a En invierno, primavera i otoño el repentino descenso del mercurio, si con-

tinúa en aquella depresion por algun tiempo, es seguro anuncio de grandes vientos i tempestades; i cuando ocurre igual variacion en verano, denota grandes chubascos, i regularmente tambien truenos. El descenso mayor del mercurio presajia vientos impetuosos acompañados de agua; i cuando aquellos vienen sin agua son tambien pronosticados por lo mui bajo de dicho fluido, aunque no lo está tanto como en el primer caso.

10. Si despues de la lluvia cambia el viento ácia cualquier punto del Norte coincidiendo la elevacion del mercurio con el despejo i claridad del firmamento, puede tenerse por seguro el tiempo bueno.

11. Si pasada una gran tempestad se conserva mui bajo el mercurio, es seguro que subirá pronto con mucha rapidez. En tiempo de agua debe apreciarse en mucho la menor depresion, porque estando el aire inclinado á la lluvia, un pequeño des-

censo en el mercurio denota mas agua.

12. Cuando mas sube el mercurio, es cuando reinan los vientos de Este i Nord-Este; i sucede que aun en este caso llueve i nieva, sin embargo de estar tan alto el barómetro, porque la misma fuerza de los vientos supedita el curso natural de la atmósfera.



AVENTURAS

De un Americano.

....."My hart was sad
For the maid was married when J should have had." (1)

He tenido varios amores; pero he sido mui desgraciado con ellos; i no se crea que debo mis malogros á mi volubilidad é inconstancia, antes bien me precio

[1] Mi corazon se angustia i despedaza
Porque mi tormento me ha dado calabaza.
(Traduccion libre.)

de haber sido el mas rendido de los adoradores, i el mas firme en mi pasion á un solo objeto i nunca á dos á un mismo tiempo. No es, pues, culpa mia si una deidad me ha dejado por volar á los brazos de otro amante afortunado; ni se debe esperar que arda en mi pecho una llama impura, como lo sería desde que ha estrechado vínculos tan sagrados con el enemigo de mi felicidad.

Aunque el chasco que acabo de sufrir, no es el primero, no sé por qué se me haya de tener menos lástima, cuando nadie ignora que en el amor, del mismo modo que en la gota el último ataque es el mas sensible i doloroso: esto es lo que á mí me sucede. El que en tales apuros se ahorca, se arroja al agua ó se pega un tiro, pierde ya toda accion en la lotería matrimonial; he aquí por qué yo no he recurrido á ninguno de los tres expedientes que están en uso para salir de penas.

Sin embargo, estaba demasiado abochornado para permanecer en un círculo social, en el que habia de estar espuesto de continuo al disgusto de encontrar á la feliz pareja, como se llaman todos los recién casados, i lo son con efecto hasta su primera riña; resolví por lo tanto hacer un viaje al continente; i deseando beber en su nativa pureza el precioso *hock*, mi vino favorito, me embarqué para el Rhin.

Como no estaba mui impuesto en el modo de viajar á la inglesa, que es el de recorrer el mayor número de leguas en el menor tiempo posible, me fuí tranquilamente por el rio, deteniéndome un dia en cada parada, i observando con detencion todos los puntos por donde transitaba.

A poco tiempo de haber llegado á Schaffousa (en Suiza) me encontré con un amigo antiguo, cuyo designio, del mismo modo que el mio, habia sido el de visitar las cascadas del Rhin. Al segundo dia de

nuestra cordial reunion recibió de su apoderado en Paris las mas urjentes escitaciones para pasar á aquella capital sin pérdida de tiempo, porque así lo ecsijian sus negocios. Habiendo tomado la posta en el acto, me confió el cuidado de un birlocho i de dos hermosos caballos ingleses para que á marchas cómodas los llevara á Lóndres, sirviéndome de ellos para hacer mi viaje. Me dejó asimismo su cochero, que era un mozo aleman bastante práctico en la lengua inglesa, el cual me habia de ser mui útil, tanto como intérprete durante mi travesía por Alemania, como en la clase de postillon.

Al pasar cerca de Stuttgard me ocurrió hacer una visita á un amigo mio que habia fijado temporalmente su residencia en aquella ciudad, i me aproveché de esta circunstancia para dar un par de dias de descanso á mis caballos, pues que solo con algunas de estas paradas podian re-

sistir un camino tan largo. Era una hermosa tarde á fines del otoño cuando al cruzar por Schwartzwald ó la Selva negra, en direccion al citado punto de Stuttgard, aunque todavía habia dos horas de sol para llegar de dia á la posada, empecé á sentir una gran inquietud, i á escitar al postillon á que acelerase el paso.

Estaba el camino mucho mas pesado de lo que yo habia creido, i los caballos no podian mover el carruaje con la velocidad con que yo habria deseado para tranquilizar mi espíritu ajitado con los funestos i trágicos sucesos que me recordaba mi memoria.

En una de las muchas veces que saqué la cabeza fuera de la portezuela para recomendar á mi cochero la necesidad de que llegásemos pronto á la posada, me llamó la atencion una silla de posta que habia volcado en la márjen del camino, i al parecer sin posibilidad de moverse por,

que tan solo se veia un caballo paciendó á los alrededores; lo cual me hizo creer que el compañero se habia desgraciado en la caída. Hice alto con intencion de prestar algun auxilio, i reparé en un mozo como de veinte i cinco años, de estatura mas que mediana, de formas atléticas i que no carecian de elegancia, de cabello claro i ligeramente ensortijado, de complecsion rolliza, aunque algo tosca, de facciones demasiado abultadas para merecer en rigor el título de hermoso, pero de una espression abierta i agradable, formando un conjunto el mas á propósito para interesar el corazon de las señoritas románticas.

Este jóven, cuyo traje i porte le daban el aspecto de un caballero, se hallaba á mi primera aparicion empeñado en echar lumbre con la dura friccion de un peder-
nal sobre uno de los clavos de las ruedas de su volcado carruaje, sin duda para encender un cigarro. Al dirijirme á él dejó

su penosa ocupacion; i no bien habia empezado á hablarme de su desgracia, cuando conocí que era americano.

Al preguntarle la causa de aquel accidente me enseñó el juego delantero que se habia hecho pedazos, i me dijo que el postillon habia ido montado en uno de los caballos en busca de algun auxilio á la posada inmediata, de la cual debiera ya haber vuelto, pues distaba de allí pocas millas. He aquí el diálogo curioso que sostuve con dicho americano.

—¿I cree V. que vuelva pronto su postillon?

—Segun sean los encantos de la posadera i la calidad del vino que encuentre en la posada, porque en cuanto á lo primero parece que ha nacido en Francia con la propension natural de aquellos habitantes al bello secso, i en cuanto á lo segundo, no desdice de la sangre que circula por sus venas.

—Estraño cómo i ya V. no ha montado en el otro caballo i ha ido tras de él.

—Traté de hacerlo; pero no me salió bien el ensayo.

—¿Pues qué no se deja montar ese bucéfalo?

—Sí, señor; me admitió benignamente sobre sus lomos; pero cuando quise indicarle la necesidad de que dejase la verde yerba por el seco i estéril camino, me dió pruebas nada equívocas de su desobediencia, levantando al aire sus talones, i apeándome por las orejas lo mismo que si yo fuera un saco de arena.

—¿I qué piensa V. hacer?

—¿Qué he de hacer? Ya V. lo ve: pasar la noche en el bosque con riesgo de ser devorado por las fieras. En fin, á la mañana se verá lo que ha sido de mí.

—Pero amigo, le queda á V. todavía un recurso.

—¿I cuál es?

—Ocupar el sitio que llevo vacante en mi carruaje. Ya V. conoce que ni yo ni ninguna otra persona que tenga buenos sentimientos puede dejar á V. en tal apuro.

—Yo no sé en verdad lo que puede esperarse de sus paisanos de V.; pero en cuanto á sus paisanas acabo de convencerme de que les interesa mui poco el hombre en la desgracia. El único carruaje que ha pasado por aquí era de una dama, la cual acompañada por un caballo frison con barba i vigote, sacó la cabeza fuera de la portezuela de su berlina, i me hizo un millon de preguntas sobre mi desgracia, i cuando estuvo bien informada de todos sus pormenores, se despidió de mí diciéndome que no podia admitirme en su carruaje, pero que tuviese buen ánimo, porque si venian algunos lobos á visitarme, se entretendrian con el caballo i me dejarían sin lesion.

Como los momentos eran preciosos me apeé para ayudar al americano á desliar su equipaje i trasladarlo á mi carruaje; i concluida esta operacion entramos ambos en el i seguimos nuestro camino. El nombre de mi protegido, segun pude leer en una chapa de bronce que tenia cosida á su maleta, era el de Woodley.

Este jóven se insinuó mui pronto en mi amistad por su carácter franco i alegre; i antes que llegásemos á la posada ya me habia instruido de cuanto pudiera tener relación con su persona i con sus ulteriores designios, habiéndome dicho entre otras confianzas, que él habia estudiado medicina; pero que habiendo logrado á los veinte i un años de edad una herencia considerable, habia abandonado aquella carrera como que ya podia vivir de sus rentas, i que se hallaba actualmente recorriendo la Europa por su recreo.

Llegamos por fin al punto de descanso

por el que tanto anhelábamos; ¡pero qué posada! un edificio viejo i medio arruinado; i aunque de bastante estension, tan solo tenia dos cuartos que pudieran ser habitados, ó por decir mejor, uno solo i la cocina: el primero lo ocupaba ya un caballero ingles con una señora; tuvimos pues que dirijirnos á la cocina, en donde el primer objeto que se presentó á nuestra vista fué el del postillon galo-teutónico con un vaso en la mano, i en la otra los dedos rosados de una maritornes.

La justa indignacion del americano no se habría limitado á desahogos verbales contra la villanía de su postillon, si éste, conociendo el peligro que corrian sus espaldas, no se hubiera puesto en salvo inmediatamente llevándose consigo á la fe-gatriz deidad. Habiéndonos quedado solos con el mesonero al lado de un hermoso fuego que hallamos encendido, i con abundancia de provisiones en la dispensa,

se tranquilizó mui pronto mi compañero, i volvió á aparecer su buen humor i natural alegría.

Fué sazónada nuestra cena con un frasco de vino del Rhin que nuestro posadero nos presentó como de la cosecha de 1789. Sea como quiera, el vino nos pareció bastante bueno, i causó una grata alteracion en nuestros sentidos, de modo que escitada nuestra locuacidad nos internamos en hondas cuestiones defendiendo el americano su gobierno republicano, i yo el monárquico moderado.

Engolfados en esta disputa, la cual iba ya tomando un calor tan vivo que no parecia posible prolongarla mas tiempo sin incurrir en algun esceso, pedimos otra botella, i habiendo llenado nuestros vasos iba yo á llevar el mio á mis labios, cuando el americano que habia olido el suyo lo plantó de repente sobre la mesa, i arrancándome el mio con violencia lo derramó por el suelo.

—¿Qué hace V., caballero? le dije ardiendo en ira mezclada de sorpresa.

—Nada, contestó con cierta calma; pero tomando un aire de seriedad mui diferente de su festivo humor, no es otra cosa sino que este vino está tan poderosamente emponzoñado, que una sola copa que bebiéramos de él nos haría hacer un viaje para el que no estamos ciertamente preparados.

—Querido compañero, exclamé, dispense V. mi primer arrebató.

—Ha sido mui natural, me contestó, i tan excusable en V. como lo es en mí la violencia con que procedí á arrancar de sus manos el tósigo que iba á destruir á V. irremediabilmente.

—¿Pero está V. bien seguro de lo que afirma?

—Tan seguro, que no me es posible equivocarme. ¿I cómo no he de conocer una dosis regular puesta dentro de una bo-

tella, cuando soi capaz de distinguir una gota sola que se mezcle dentro de un barril?

—; Mas cuál podrá ser el objeto de este envenenamiento?

—Cuál? El de robarnos despues de habernos asesinado. Estas posadas de Alemania son mui sospechosas. Nada me ha gustado la fisonomía del posadero; i no tengo la menor confianza en mi postillon. Empiezo asimismo á recelar que la rotura de mi carruaje ha sido menos el resultado de imprevisto accidente, que de algun oculto designio para dejarme en medio del bosque, espuesto no ya á las garras de las fieras, i sí á los tiros de alguna banda de ladrones con los que debe estar confabulado.

Habiendo convenido sin embargo en la necesidad de usar del mayor disimulo i reserva con nuestro fondista, hasta que no se presentasen las cosas con mas clari-

dad, le preguntamos por el postillon del americano; i la criada, que ya á este tiempo habia vuelto á la casa, nos dijo que habia ido en busca del caballo que habia quedado paciendo al lado del volcado carruaje para evitar que en aquella noche fuera pasto de los lobos. Lejos de tranquilizarnos esta contestacion nos hizo creer que su salida tan precipitada no habia tenido otro objeto sino el de avisar á los ladrones, que viniesen á recibir á la posada el premio de sus péfidas combinaciones.

Permanecimos un rato en silencio; yo fuí el primero que lo rompí esclamando: ¡Compañero, qué haremos? ¡Le parece á V. que envíe á buscar al hombre que me sirve bajo el triple carácter de ayuda de cámara, postillon é intérprete?

—De ningun modo, me contestó Woodley, quien en esta ocasion dió muestras de una serenidad sin igual; nosotros no debemos manifestar la menor desconfian-

za si queremos evitar la anticipacion de la catástrofe que nos amenaza. Mas bien me inclinaria yo á abrir comunicaciones con el ingles que está en ese cuarto, porque si bien nos podemos prometer poco apoyo segun una ojeada rápida que he podido dirigir cuando se abrió la puerta, con todo, conviene avisarle el peligro de que se ve amenazado.

Yo, pues, me encargué de la embajada, i habiendo pedido licencia previamente para ser admitido á su presencia, me encontré con un caballero de buen porte, sobre cuya venerable cabeza habian dejado caer su nieve sesenta inviernos, i cuya fresca complecion i rubicundo semblante anunciaban un ánimo tranquilo. A la otra estremidad de la mesita, en la que le habian servido la cena, se hallaba sentada una jóven al parecer de diez i nueve años próximamente, en cuyas facciones se veia copiada toda la fisonomía del anciano; lo

cual me hizo creer que los dos huéspedes debían ser padre é hija.

Pocos hai que dejen de molestarse cuando se les interrumpe á la hora de la comida á menos que no sea algun amigo de su confianza; no es, pues, extraño que se asomase al semblante del venerable anciano una sombra de indisimulable desagrado con mi inesperada introduccion; sin embargo, el sabio magistrado de Candlerwik, pues tal era el augusto individuo en cuya presencia me hallaba, no dejó de prestarme todos los actos de cortesía que ecsije la fina educacion, i arrimando una silla á su derecha me rogó que me sentase.

Sin entrar en preámbulos difusos le dí cuenta de mi descubrimiento en el vino, de las sospechas que habia concebido por aquella alarmante circunstancia, cuyo resultado no podia ser otro sino el de despojarnos de nuestros bolsillos, i de nues-

tras vidas. Al concluir esta breve pero enérgica relacion, vi que el respetable magistrado dejó caer el cuchillo i el tenedor, i con un tono de ira mas bien que de alarma, exclamó: "¡He aquí lo que se saca de los viajes! Si yo vuelvo á verme dentro de los límites de la antigua Inglaterra, que me saquee, que me corte el pescuezo i que me empale el que me halle fuera de mi concha, lo autorizo á ello. Ah! si no fuera por haber caido enfermo mi postillon, ya podíamos estar á cuarenta millas de distancia de este peligroso azar, i tal vez ni aun mañana podremos ponernos en camino; pero ¿de qué nos sirve ya si esta noche hemos de ser asesinados? Mas no les arriendo la ganancia á los ladrones; nos hemos de ver las caras."

Revistiéndose entonces de valor el pacífico letrado, abrió con urgencia su maleta i sacó un par de pistolas de arzon, que aseguró eran de *patente*, i que habian forma

do parte de su equipo cuando sirvió en sus mocedades en el distinguido cuerpo de "caballería ligera urbana;" i dirijiéndome la palabra dijo: "Aunque mis fuerzas no pueden competir con las de V, caballero, gracias á mi avanzada edad i á la gota, son sin embargo suficientes para tirar del gatillo; i si mi pólvora no ha perdido su virtud, podrán los ladrones llevarse mi dinero, pero tambien irá con él una onza de plomo."

Despues de una breve deliberacion se dispuso que mi compañero trasatlántico i yo trasladásemos nuestros cuarteles desde la cocina al cuarto del anciano campeón á fin de reconcentrar nuestros medios de resistencia. Al volver á dar cuenta al Sr. Woodley del resultado de mi embajada, supe que habia vaciado entre la ceniza toda la botella con el mayor disimulo, con la idea de que no sospechase el posadero el descubrimiento que habíamos

hecho de su emponzoñada bebida.

Antes de pasar á reunirnos con el respetable majistrado cojimos nuestras pistolas sin ser obsevados por dicho posadero, al cual encargamos nos trajese otra botella del mismo vino para beberla á la salud de los huéspedes del aposento i en su compañía.

No bien se habia efectuado esta coalicion, i cuando acabábamos de cerrar la puerta, oimos las pisadas de mucha jente que venia de la caballeriza en direccion de la cocina; i habiendo cesado el ruido, apliqué la vista al agujero de la cerradura i divisé un grupo de hombres de mala traza sentados al rededor del fuego, aparecer en conversacion mui seria; i observé que tambien se hallaba entre ellos el postillon del americano, cuya circunstancia fortificó mis temores.

Para no aumentar la alarma de nuestra hermosa compañera me abstuve de re-

ferir el funesto ecsámen que acababa de hacer, i me limité á dirigir una mirada significativa á Woodley, quien se levantó al instante para reconocer el campo por sí mismo, i volvió á sentarse con igual inquietud.

El majistrado i su encantadora hija tenían la atencion demasiado fija en nuestros movimientos para no echar de ver por las inevitables contracciones de nuestros semblantes que los negocios iban tomando mui mal aspecto. El buen anciano no dejaba traslucir su turbacion sino en la inquietud con que dirigía la vista desde la puerta á su hija; lo cual indicaba el gran dolor que oprimia su corazon, en tanto que la amable doncella se esforzaba en aparentar serenidad delante de su padre, si bien se descubria su terror en la compresion de sus labios i en las continuas variaciones de su color, prevaleciendo á estas contrastadas tintas la palidez de la muerte.

Traté entonces de sondear al americano; mas sus miradas eran firmes i resueltas sin que el gran peligro en que nos hallábamos hubiera sido capaz de apagar la viva espresion de sus risueños ojos azules. Su cara podia servir de estudio para un artista; en ella estaba pintada una calma imperturbable, cuyo oríjen no era el del desprecio del peligro, sino el de la fortaleza habitual i de la serenidad que es propia del hombre valiente, el cual aunque conoce su apurada posicion, está resuelto á vender cara su vida.

En el entretanto seguia el conciliábulo de la cocina hablando en voz tan baja que era imposible entender lo que decian. Aunque el americano i yo tratábamos de promover alguna conversacion indiferente para distraer la atencion de nuestros compañeros, ni nuestros discursos podian ser mui largos, ni lográbamos nuestro objeto, pues no era posible ocultar lo erí-

tico de nuestra situación. Aprovechándose el americano de un momento en que el padre i la hija se habian puesto á conversar en voz baja, armó disimuladamente sus pistolas, i yo hice lo mismo. Falta lo mas difícil, que era el reconocimiento de las del anciano; pero el americano, que nunca carecia de recursos ingeniosos, empezó á dar algunas vueltas por el cuarto, i cojiendo con desembarazo dichas pistolas con el pretexto de examinarlas, levantó el rastrillo i observó que no tenían un grano de cebo, pero siguiendo con su natural franqueza, i volviéndose de espaldas sacó pólvora de su bolsillo i remedió aquel defecto con la velocidad del rayo, i con tal destreza que nadie sospechó aquella maniobra.

No bien habia concluido dicha operacion, cuando un horroroso trueno, anunciado mui de antemano por un sordo ruido, precursor de la tempestad, hizo su explo-

sion en el mismo techo de la posada con tan tremenda vibracion, que conmovió todos los muebles de nuestro cuarto i nos dejó estremecidos, especialmente á la inocente niña. Los relámpagos i los truenos se sucedian unos á otros sin intermision, i empezó á caer la lluvia á torrentes con tal violencia, que cada gota parecia una bala.

Escusado será referir el nuevo espanto que este inesperado incidente produjo en nuestros ánimos, ya bastante afectados con la tormenta que íbamos corriendo, sin que la atmosférica viniese á aumentar el horror de nuestra situacion. Se oyó en aquel momento otra horrible esplosion acompañada del crujimiento de un monarca de los bosques, el cual anunciaba que habia sido víctima del fluido eléctrico. Esta fué la crisis de la borrasca, la cual cedió gradualmente; el trueno se empezó á oír ya de mas lejos, i por fin desapareció,

i todo quedó en silencio, habiendo vuelto la profunda oscuridad á ejercer su imperio.

Empero poco tiempo permanecimos sin que se nos presentase otro objeto de aprension. Oimos las pisadas de un caballo que venia á todo escape, i á los pocos segundos ya se percibió en el patio empedrado de la posada el chacoloteo de sus herraduras. Se abrió la puerta de la cocina, i llegó á nuestros oidos el ruido de botas i espuelas, que debian ser del hombre que acababa de apearse; i con efecto, á poco tiempo se oyó una voz extraña que se dirigía en tono de autoridad á la comitiva que se hallaba allí reunida.

Debo advertir que aunque el americano i yo conocíamos bastante el aleman para entender los libros, no así la viva voz á causa de la pronunciacion en la que estábamos poco ejercitados. Nuestro anciano compañero estaba todavía mas atrasado que nosotros en esta parte.

Parece que el conciliábulo de la cocina tan solo habia estado aguardando la llegada del caballero montado para ponerse en accion; i mui pronto llegamos á quedar plenamente convencidos de que el golpe se dirigía contra nosotros, porque distinguimos que las pisadas de todos aquellos malandrines indicaban su aprocsimacion á nuestra puerta, en la cual hicieron alto, i el personaje que acababa de llegar intimó con tono áspero é impaciente que se le abriese.

Como no dudábamos de que íbamos á ser asaltados, habíamos tomado la precautoria medida de asegurar la puerta del mejor modo posible, tanto con su cerrojo como arrimando todo el ajuar pesado de la habitacion, con el que formamos una especie de parapeto, detras del cual pudiéramos hacer con mayor ventaja nuestras descargas cuando llegase el probable caso de ser forzada la puerta.

A la intimacion contestamos con una ne-

gativa absoluta; i al preguntar nosotros la causa de venir á darnos aquel asalto, sucedió una conversacion animada entre los adversarios, ó mas bien una especie de consejo, durante el cual se dirijió á nosotros el americano, i nos dijo: "Amigos, si esta jente llega á quebrantar la puerta, i no dudo que así sea, no se precipiten Vs. á hacer fuego. Nosotros no debemos desperdiciar un tiro, sino señalar cada uno á su hombre con la mayor serenidad; de este modo podremos hacer morder el suelo á seis de nuestros enemigos antes que caigan sobre nosotros.

Todavía no habia concluido su arenga el americano cuando con doble enerjía se reiteró la intimacion de abrir la puerta, i con igual decision se contestó negativamente. De las confusas voces de los asaltadores tan solo pudimos entender: "Vs. están jugando con sus vidas: abran Vs. sino todos van á morir."

—Para entrar Vs. han de pisar antes nuestros cadáveres, contestó el americano.

—Insensatos! locos!, añadieron ellos; Vs. no saben lo que se hacen. ”Ea, muchachos, Guillermo, Rodolfo, Schwartz, vengan Vs. acá”; i al instante descubrimos que se estaban haciendo los preparativos para derribar la puerta. Empezaron á dar pesados golpes sobre los paños de la misma, la cual aunque vieja resistió su violencia. Recurrieron á una palanca, al parecer con la idea de romper el cerrojo, ó bien de levantarla de quicio; pero ni la cerradura ni los goznes dieron señales de flaqueza.

Durante estas maniobras dirijí una mirada á mis compañeros. La casta doncella, la cual para mayor seguridad habíamos colocado detras de los muebles mas voluminosos, estaba de rodillas con las manos cruzadas i los ojos elevados en el fervor de su oración á aquel Ser Supremo,

único protector en momentos de turbacion i apuro. Aunque el majistrado estaba muí aflijido, no por eso dejaba de aparentar valor; valor comparable al de una tigre que está defendiendo sus cachorros.

El americano desplegó una serenidad i sangre fria que nos dejó admirados. Habiendo sacado una de sus pistolas levantó el rastrillo, ecsaminó el cebo i volvió á armarla con tanta indiferencia como si hubiera dado cuerda á su reloj. Su ansiedad por salvar á la jóven desconsolada fué tan grande, que tan solo el padre de la misma pudiera tenerla mayor. A cada instante volvía la vista ácia ella, i observando que no estaba suficientemente cubierta con los muebles que tenia delante, se colocó de modo que si los contrarios disparaban algun tiro en aquella direccion hallase su propio cuerpo por escudo. No se ocultó ni al padre ni á la hija esta muestra de solicitud caballerosa, ni dejaron

ambos de agradecerla con una lijera aunque mui espresiva cortesía.

Por mi parte no puedo decir si dejé traslucir alguna vacilacion; pero tan solo recuerdo que en aquel momento habría dado cualquiera suma por verme libre de tal aprieto. Oyóse en este momento un nuevo ruido que lo formaba una barra de hierro de gran potencia, la cual aplicada debajo de la puerta la sacó de quicio, i nos la echó encima descubriendo un grupo de personajes malcarados, capitaneados por nuestro posadero i por un hombre alto i de fiero aspecto embotado hasta los muslos, cuyo tono de voz lo identificaba con el hombre que habia llegado á caballo.

Cada uno de estos sospechosos individuos estaba armado de un modo bien extraño: el héroe de las botas nos presentaba un vaso que al parecer contenia una parga, i nuestro patron estaba á su lado con un jarro de agua caliente!!!

Como no estábamos preparados á pelear con enemigos que usaban de esta clase de armas, el americano i yo que teníamos en cada una de nuestras manos una pistola amartillada, reservamos nuestros tiros; pero el fogoso majistrado, cuyo ardor militar no era tan fácil de contener, apenas vió que habia sido forzada la puerta descargó su pistola sobre la fresca i rolliza cara del posadero, i con el mayor sentimiento nuestro vimos la catástrofe que produjo en uno de los acompañantes, que lo era un perro mastin que habia seguido á su amo al asalto.

Bonifacio, que así se llamaba el posadero, sin hacer caso de la desgracia de su fiel compañero se hincó de rodillas, i con las lágrimas en los ojos nos instaba á tomar aquellas drogas. No habiendo comprendido bien el sentido de sus palabras, no sabíamos á qué atribuir aquella escena tan curiosa, cuando nuestro intérprete, que

Á la esplosion del tiro se habia levantado de su cama i habia corrido al lugar de aquella algazara, nos sacó del laberinto de nuestras confusiones.

Parece que el posadero, que estaba mui escaso de botellas cuando le pedimos la segunda de la cosecha de 1789, habia cogido por inadvertencia una que le habia servido para conservar el soliman con el cual mataba los ratones de que estaba lleno aquel caseron tan abundante en agujeros i remiendos; echó de ver este fatal error cuando ya habíamos vaciado la botella, i figurándose que mezclado el vino con el sedimento de la ponzoñosa mistura habia de causarnos la muerte sino acudía prontamente con oportunos antídotos, de los que él carecia, habia enviado á buscar á toda prisa un facultativo con encargo de que viniese provisto de los auxilios necesarios para tan apurado lance, cuyo desastre no habia querido anunciarnos

hasta el momento de poder aplicarnos los competentes remedios.

El postillon de Woodley dijo que apenas habia visto á su amo, habia salido precipitadamente en busca del otro caballo aprovechándose de la claridad de la luna, i que en el camino se habia encontrado con algunos aldeanos que le traian su bucéfalo, para agradecer cuyo servicio los habia convidado á beber una copa de aguardiente en la cocina, en donde se habian visto precisados á detenerse por la violencia de la tempestad.

El chacoloteo de las herraduras que tanto nos habia alarmado procedia del caballo del médico, en el que habia venido á todo escape á quitarnos del cuerpo el veneno que suponía habíamos chupado.

El posadero, que no pensaba verse libre de aquel aprieto sino con la horca, se llenó de gozo al saber que nosotros habíamos tenido el gran acierto de no beber,

el vino envenenado. El doctor no tuvo motivo para sentir el mal rato que le habíamos dado, porque recibió de cada uno de nosotros una buena gratificación.

Aunque la terminacion de esta alarmante empresa fué tan ridícula como lo son tantas otras que afectan el ánimo del hombre, ó bien por acaloramiento de imaginacion, ó por equivocaciones orijinales i curiosas, ninguno de los actores estuvo dispuesto á celebrarla, pues habia llegado á un extremo angustiado de compromiso personal. Tampoco estábamos dispuestos á la alegría al considerar que el americano i yo habíamos corrido el mas inminente peligro de ser víctimas de la estolidez del posadero, mientras que el magistrado se habia hallado tan prócsimo á derramar sangre inocente, como que reputaba por un señalado beneficio de la Providencia el que así no hubiera sucedido. Habiéndose calmado algun tanto nuestra

penosa ansiedad, nos separamos para descansar en nuestros respectivos acomodos.

A una noche tan tempestuosa sucedió una mañana de las mas claras i hermosas. El sol brillaba con todo su resplandor sobre las hojas de los árboles todavía empapados en humedad; los pájaros nos encantaban con sus sonoros trinos, i la naturaleza parecia reanimada con doble vigor. Nos reunimos desde mui temprano en el cuarto que habia sido el teatro de nuestra campaña nocturna, i difícilmente se podrian juntar cuatro personas mas poseidas de gozo que nosotros.

Al querer dar gracias al Sr. Woodley por haberme preservado del envenenamiento con su finísimo i delicado olfato, me interrumpió diciéndome que igual servicio le habia yo prestado libertándolo de haber sido pasto de los lobos, ó por lo menos de haber sufrido á la intemperie la furiosa tempestad, no menos temible i pe-

ligrosa que las garras de las fieras.

I en cuanto á mi, exclamó el majistrado de Candlewick, si me he librado del veneno i del asesinato, i si llego un dia á verme en mi vieja Inglaterra, tendré la mayor satisfaccion en dar á Vs. una prueba de mi gratitud por su esforzado valor, en Finsbury Square, en donde tengo una decente habitacion que ofrezco á Vs. con la mas fina voluntad.

Habiendo sido ecsaminado con atencion el demolido carruaje de Woodley, se vió que no era posible servirse de él en mucho tiempo; por lo cual, i siendo mi direccion diferente de la del majistrado i del americano, tuvo aquel la cortesía de ofrecerle un asiento en su coche, i éste no se hizo mucho de rogar para aceptar tan grata invitacion. Nos despedimos, pues, con los mas finos cumplimientos, i con promesa de volvernos á ver; i yo seguí mi camino para Stuttgard.

Si en mis lectores hubiera escitado el jóven republicano tanto interes como el que yo siento por él, desearian saber cual fué su suerte. Siento decir que ésta fué terrible, porque no bien habia corrido algunas postas en tan amable compañía, cuando fué atravesado su corazon por un par de balas; balas de ojos, debiera haber dicho, que fueron disparadas por su encantadora deidad la hija del majistrado.

Luego que regresé á Lóndres mas de un año despues de la relacionada aventura, encontré sobre mi escritorio ^{la} vuelta de un corto viaje que habia hecho al campo, una tarjeta del Sr. Woodley; pasé inmediatamente á visitarlo, i lo encontré perfectamente alojado en una magnífica casa. Despues de los cumplimientos de estilo, i de habernos entretenido agradablemente en recordar las curiosas escenas de la posada de la *selva negra*, me inter-

rumpió diciéndome "que quería presentarme una persona de mi amistad que accidentalmente se hallaba en su compañía." Salió del cuarto, i á los pocos minutos volvió con nuestra hermosa compañera de Schwartzwald, de cuya adquisición estaba tan orgulloso, como el magistrado de la de un yerno tan denodado i de tan nobles sentimientos.

Mi amigo Woodley alquiló una casa de campo en Box-Hill, i se empeñó en que habia de pasar un mes en su compañía, cuya cordial invitacion hube de aceptar. La esposa de mi amigo tenia á su lado una parienta hermosa como el amor, de un humor festivo i de una gracia encantadora. Con esta linda jóven, cuyo nombre era Fanny, pasaba todas las horas del dia ó bien paseando, ó hablando, ó cantando; habría podido sin embargo libertarme del fatal nudo, palabra que se aplica literalmente al ahorcado, i en sentido figurado

al matrimonio; ambas operaciones son obras del destino. Muchos han tomado el primer camino en un dia de aburrimiento; por la misma causa fuí yo conducido al segundo, es decir, al matrimonio.

Fanny i yo estuvimos encerrados tres horas seguidas en la biblioteca; era un dia de mucha agua, i por lo tanto mui pesado; nuestra conversacion tambien se fué haciendo pesada; ya habíamos agotado todos los materiales discursivos; i con la sola idea de entablar otra conversacion, la ofrecí mi mano, que fué aceptada. Está visto que habíamos nacido el uno para el otro, segun se dice vulgarmente; acababa ella de emanciparse de la pesada esclavitud del mas grave de los guardianes, cual lo era el Lord Canciller, i yo me hallaba en la florida edad de los treinta. Para decirlo todo de una vez, nos casamos con todas las bendiciones de la iglesia i de la parentela; llevo ya tres semanas enteras

de estar uncido al yugo matrimonial; i como todavía no he tenido motivo para arrepentirme de haber apretado este nudo, puedo decir que soi un hombre feliz, mal que les pese á las que tantas veces me han dejado burlado. Es claro que mi signo era el de casado; quiera Dios que no conozca otros signos del Zodiaco.

(*The Albion.*)



SECRETOS UTILES I CURIOSOS.



Maravilloso remedio para la rabia.

SON tan funestos los estragos de la hidrofobia, que aun el solo nombre de esta cruel enfermedad escita una alarma tan espantosa en el público, que nos parece será del agrado de nuestros lectores la explicacion del modo con que se curaron en el siglo pasado en el espacio de pocos años mas de 500 personas atacadas de este furioso mal, segun el testimonio respetable de Mr. Joyant, cura de Ntra. Sra. de la

Quinta cerca de Mans, i de Mr. Senac, primer médico de cámara.

Las drogas que entran en esta receta son la manzanilla, polipodio de encina, centauro menor, ajenjos, mille-pertuis, llantel, toronjil, cidron, salvia, verbena i yerbabuena: todas estas plantas deben cojerse en flor, i dejar que se sequen á la sombra; luego se reducen en polvos separadamente i se pasan por tamiz; se tomará igual porcion de cada clase de estos polvos, los cuales se mezclarán con tres tantos de polvos de conchas de ostras quemadas. Reunido todo, se guardará en un puchero de barro recién cocido i sin vidriar.

Cuando convenga hacer uso de este remedio se tomará una dracma de estos polvos, los cuales se tendrán todo un dia en infusion con una buena porcion de vino blanco, i se hará que el paciente se beba en ayunas todo el vino i aun las heces. En seguida se dejará quieto en la cama por el

espacio de tres horas sin tomar alimento, i fomentándole el sudor. Se repetirá este mismo régimen por tres dias consecutivos, procurando que sus mordeduras arrojen sangre, para lo cual se tratará de tenerlas abiertas bañándolas con vino blanco mui cargado de sal comun: se aplicará á éstas algunas cataplasmas hechas con los polvos referidos infundidos en vino tinto; i estos remedios esteriores se continuarán hasta su perfecta curacion.

Si se viese que las llagas estuviesen mui envenenadas, se deberán escarificar. Como el virus de la rabia tiene una gran rapidez en sus efectos, se podrá para mayor seguridad principiar á dar estos polvos á las tres horas de haber comido el enfermo, i la cantidad i número de tales dosis se aumentarán ó disminuirán segun fuere la mordedura, la edad i la fuerza del enfermo; debiéndose tener presen-

te que las mas peligrosas son las de la cara, dedos i pecho.

Los que usan de este remedio luego que han sido mordidos, curan por lo regular con solas tres ó cuatro tomas; pero si el mal ha hecho muchos progresos se necesitará combatirlo con siete, ocho ó nueve tomas. A los que no pudieren beber el vino con los polvos, bastará que beban el vino que hubiere tenido doce horas en infusion dichos polvos, si bien en este caso debe ser mayor la cantidad de los polvos, i las tomas mas frecuentes.

Si alguno no pudiere tampoco beber el vino, se le hará tomar los polvos en conserva hecha con triaca, ó revueltos con yemas de huevos i aceite de nueces.

Tambien se propina este remedio á las amas de leche cuando los niños mordidos maman todavía; i este remedio lo pueden tomar asimismo las mujeres preñadas sin ningun peligro.

Cuando la rabia se reconoce con síntomas melancólicos, i actos de ira i furor, se deberá apresurar el efecto del remedio, redoblando las dosis. Si el enfermo se halla en un estado de indomable furor, será preciso atarlo sin lastimarlo, i hacerle tomar dichos polvos en píldoras, aprovechando aquellos intervalos de mayor sosiego i serenidad.

Este remedio es útil i eficaz en igual grado para los animales domésticos, con la sola diferencia de que al ganado vacuno, ovejuno, de pelo i de cerda se les debe dar una cantidad tres veces mayor en la infusion de vino; i en forma de bocado á los perros, gatos i cochinos, lavándoles asimismo las heridas con vino blanco i mucha sal, i cauterizándolos por fin con el fuego.

Modo de dar el color de ébano á las maderas.

Tómese palo de Campeche, córtese en pedazitos, i mézclese con un poco de alumbre, échese agua, i hágase hervir hasta que adquiriera un color violado. Dénse muchas manos de esta agua á la madera hasta que llegue á tomar un color de violeta. Póngase á hervir cardenillo en vinagre hasta que éste disminuya la tercera parte; déense á la misma madera otras manos sobre las que ya tenia, i quedará tan negra i lustrosa como el ébano.

Modo de hacer escelente tinta para escribir.

Se toma media libra de madera de añil en virutas ó acepilladuras, ó desmenuzado en cualquiera otra forma, i se hace her-

vir en una azumbre de vino hasta consumir la mitad; despues se saca la madera i se añaden al vino cuatro onzas de agallas quebrantadas, i se pasa todo á una redoma ó botella fuerte de vidrio para esponerla al sol por tres ó cuatro dias, removiéndola dos ó tres veces en cada veinte i cuatro horas; despues se le añaden dos onzas de vitriolo romano, ó de alcaparroza verde en disolucion; i consecutivamente dos onzas i media de goma arábica disuelta en medio cuartillo de agua ó de vinagre; todo lo cual se volverá á poner por ocho dias al sol, meneando la redoma muchas veces al dia; i finalmente se colará el licor.

Para que la tinta tenga algun lustre, se deberá disolver el vitriolo i la goma arábica en la decoccion de la madera del añil, hecha del modo que se ha indicado, i no en agua ni en vinagre, i añadir un puñado de cortezas de granadas. Si en vez

de esponer esta tinta al sol se hiciere hervir, quedará terminada la operacion en un cuarto de hora; pero no será tan buena la tinta, ni se preservará de criar nata blanca, de cuyo defecto queda esenta cuando se cura al sol.

Modo de curar el mal de piedra.

El agua de cal es un verdadero específico para curar tan penosa enfermedad: así lo han dejado consignado en sus obras los ilustres Mr. Whytt i Mr. Walpole. Este último fué atacado del mal de piedra, i se curó con el método siguiente, del cual hace las mayores recomendaciones.

Sobre una libra de cal viva se echan siete ú ocho de agua hirviendo, i mezclado todo, se deja en infusion por el espacio de diez ó doce horas; se beberán dia-

riamente tres ó cuatro libras de esta agua mezclada con un poco de leche, empezando por una dosis mas pequeña hasta la cantidad señalada, que será el punto mayor, i al mismo tiempo se podrá tomar en forma de tisana una decoccion de perejil, orozuz i altea. No debe desanimarse el paciente si no ve pronto los buenos efectos que espera, porque estos son bastante lentos, pero seguros, siempre que haya constancia en beber todos los dias dicha agua por algun tiempo. Si se puede conseguir que el enfermo se tome diariamente la tercera parte de una onza de jabon de Castilla, será todavía mas seguro el resultado, sin embargo de que muchos han sanado sin este auxiliar.

La referida agua de cal obra disolviendo la piedra de la vejiga; i de que ésta sea su virtud peculiar no puede haber duda, pues se tienen pruebas innegables que cualquiera puede proporcionarse cuando

guste. Echese en agua de cal una piedra sacada de la vejiga, i se verá como se va deshaciendo poco á poco. Echese agua de cal en los orinales llenos de sarro petrificado en sus paredes, i se verá que pronto se disuelve dicho sarro.

Modo de dar buen negro á los sombreros.

Para dar buen tinte á los sombreros, sean de lana ó de pelo, es menester tenerlos mucho tiempo en un buen cocimiento de agallas de Alepo ó Alejandría mezcladas con un poco de palo de Campeche á fin de que el tinte los penetre mejor. Sobre este mismo cocimiento ó baño se le da luego despues otro con suficiente cantidad de Campeche, alcaparrosa i un poco de cardenillo. Tambien es me-

nester que estén mucho tiempo en este segundo baño por las mismas razones ya alegadas; debiéndose tener presente que el palo de Campeche que se junte al segundo tinte, se haya cocido á parte, i se haya dejado enfriar por lo menos tres ó cuatro dias antes de usarlo. Si el sombrero fuere de pelo, como que recibe el tinte con mas dificultad, se deberá aumentar la cantidad de las ragallas i del palo de Campeche.

Los sombreros teñidos con esta prolijidad i esmero conservarán siempre un negro hermoso, i nunca perecerán por este lado como sucede comunmente en el dia, pues á los dos ó tres meses quedan insertibles por el color que toman de ala de mosca.

Elicsir de larga vida.

Se compone este elicsir de una onza menos una dracma de aloe sucotrino, de zedoaria, de agarico blanco, de jenciana, de azafrañ de Levante, de ruibarbo fino i de theriaca de Venecia. Las seis primeras de estas drogas despues de bien molidas i pasadas por tamiz, se pondrán en una botella de vidrio fuerte i grueso, juntamente con la theriaca. Se echará encima un cuartillo de medida mayor de aguardiente de cabeza, se tapará la botella con un pergamino húmedo, i en estando seco se picará con la punta de un alfiler; se pondrá á la sombra por nueve dias teniendo cuidado de ajitarla bien mañana i tarde; al 10.^o dia, sin remover la botella, se vaciará lentamente toda la infusion en otra vasija, i con sumo cuidado para que no caiga nada turbio sino el líquido

muy claro, i se tapará bien con un corcho.

Se volverá á echar sobre las drogas otro cuartillo de aguardiente, i se dejará por otros nueve dias cerrada como la otra, i ajitándola en la misma forma. A los diez dias se vaciará asimismo con gran cuidado para que no se mezcle lo turbio, á cuyo fin se pondrán algunos algodones en el embudo, i se filtrará tantas veces cuantas se necesite para que aquel licor salga claro, teniendo la precaucion de tapar con un corcho ajustado el embudo para que no se evapore.

Se mezclarán ambas infusiones i se guardarán en vasijas bien tapadas, i desde el primer dia se podrán empezar á usar del modo siguiente: una cucharada para los males de corazon; dos cucharadas en cuatro de té para las indigestiones; dos cucharadas puras para la borrachera; tres puras para la gota en el acceso mas violento; dos cucharadas en cuatro de a-

guardiente para las cólicas de entrañas i ventosas; una cucharada pura de las de café por el espacio de ocho dias para las lombrices; la misma dosis con otro tanto de vino blanco durante un mes para la hidropesía; una cucharada en ayunas con tres de vino tinto por tres dias consecutivos para la supresion de los loquios paseando en seguida una media hora.

Para las tercianas i cuartanas una cucharada tomada antes del frio; i si no las cura á la primera ó segunda toma, indudablemente surtirá el efecto apetecido á la tercera. Tres cucharadas puras para los hombres i dos para las mujeres, cuando se trata de administrar este licor como purgante; pero no se deberá tomar sino á las cuatro horas de haber cenado ligeramente. El uso diario que se puede hacer de este elixir es de siete gotas las mujeres i nueve los hombres: un viejo puede

tomar ademas de la dosis diaria una cucharada cada semana.

El poso que queda en la botella al componerse este licor, es escelente para los tozones de los animales si se le echa media azumbre de buen vino blanco i se le deja en infusion, administrándoles este brevaje en dosis de á medio cuartillo.

Esta receta se encontró entre los papeles del doctor Yernest, médico sueco, que murió de 104 años de una caida de á caballo. Habia algunos siglos que su familia guardaba el secreto rigurosamente, i supo sacar de él todo el partido posible, pues que su abuelo vivió 130 años, la madre 107 i su padre 112, sin que se pueda atribuir su longevidad sino al uso diario que hacian de dicho elixir mañana i tarde en la dosis de siete á ocho gotas mezcladas con vino, té ó caldo.

*Para limpiar i blanquear las blondas
i encajes.*

Se desplegan las blondas ó encajes á lo largo, i se les pasa la plancha para que queden sin arrugas; despues se van doblando una sobre otra come se hace con los encajes en piezas, i se apuntan por ambos lados; luego se echan en aceite comun para que se empapen bien en él por el espacio de veinte i cuatro horas, i así se les mete en un saquito hecho de lienzo blanco proporcionado al volúmen de las blondas ó encajes, i se hace una agua de jabon algo mas fuerte que para blanquear lienzos.

Esta agua de jabon se pone á la lumbré, i cuando hierve se echa dentro el saquito de blondas i se deja hervir por espacio de un cuarto de hora, i luego se restregan, se golpean i se lavan bien sin des-

empaquetarlas. Concluida ya la primera mano de jabon i lavadura, se les vuelve á dar la segunda; i luego se deslie en agua un poco de almidon mui blanco, i antes de cocerlo se empapa en él la bolsa ó saquito con las blondas; i por último se sacan i se desplegan, i se enjugan i aplanchan con mucho cuidado. Si se quiere que parezca la obra nueva se sientan en la almohadilla con alfileres, i allí se dejan hasta que se sequen.

Para haer un vinagre mui fuerte i mui grato al paladar.

Tómese un cuartillo de vinagre i hágase hervir hasta que mengüe la mitad; échese despues en una vasija i póngase al sol por espacio de ocho dias; despues se echará en un barril con seis tantos mas

de otro vinagre, i sin mas preparativo que éste se hará fuerte i agradable todo el que hubiere en un barril aunque fuese tan flojo como el agua.

La raiz de *Rubus idaeus*, las hojas del peral silvestre, las agallas de la encina tostadas, las castañas de Indias hechas polvos i puestas en una bolsita, hacen un vinagre mui bueno.

Para curar un caballo abierto de pechos.

Sucedede mui de ordinario que por estar un caballo mui lozano i bien alimentado al emprender un viaje suda tanto que se abre de pechos; aunque esto último suele acontecer por darle carrera violenta cuesta abajo, ó por un resbalon, una vuelta mal tomada, un golpe &c. El remedio mas eficaz para estos casos es el siguiente:

Se tomará una azumbre de vinagre fuerte, i en él se echará un pedazo de sal común; se pondrá al fuego el vinagre, i luego que empiece á hervir se le irán echando cenizas de sarmientos mui poco á poco, revolviéndolas con un palo sin cesar, procurando que el hervor no sea tan fuerte que haga saltar el licor de la cazuela, i se continuará incorporando la ceniza hasta que forme una pasta blanda.

Mientras que se hace este cocimiento se paseará el caballo para que no se enfrie, ó para que entre en calor; i se le ha de embarrar el pecho con dicha pasta que deberá estar tan caliente como lo pueda sufrir la mano. Despues de bien untado se le arropará con mantas, se le arrimará al pesebre i se le hará comer i beber. A las cuatro ó seis veces de haberle dado este baño podrá ponerse en camino sin que se resienta de dicho mal.

Para un caballo que tenga los cascos vidriosos.

Para remediar la sequedad de los cascos de los caballos, i evitar que se les hagan grietas ó aberturas, no hai remedio mas eficaz que el de meterles los piés ó manos por un cuarto de hora ó mas en un arteson con agua caliente para que se ablanden con el baño. Este mismo baño se repetirá de tres en tres dias, i todas las noches se embarrará toda la corona del casco con el sebo que despiden las ruedas de los carruajes; por cuyo medio se corregirá en breve tiempo el indicado defecto.

182

POESIA.

No hai cosa como la briba i comen de
mogollon.

QUE gran cosa es, bien mirado,
á la luz de aqueste tiempo,
el comer de mogollon,
entrar á un banquete réjio,
dar un ensanche á la panza,
i estirado de pescuezo
valerse de la ocasion,
i engullir á rostro tieso!
Sí, es gran cosa; i pues yo voi
hoi convidado, pretendo,
soltándole á la pretina

dos puntos, que vea luego
el que me hace el agasajo,
con cuánto gusto le acepto:
pues la alegría en el lance
no me cabe en el pellejo
por dos razones: la una,
porque si es de cumplimiento
el convite, vea el castigo
de lo que finje, pues diestro,
comiéndole medio lado,
le parto de medio á medio:
la otra, porque si tiene
gustazo de darlo, es necio
quien por melindre no da
un buen día al tragadero,
pues le han de pasar en cuenta
lo que él no pase por pienso.
Pues buen remedio, arma, guerra,
á ellos tripas, á ellos,
i no quede plato á vida
que al convite no apuremos,
pues en el mismo apurarlos
se esplica el agradecerlos,
aunque hai quien [despues que el triste
ha gastado su dinero]

mostrándole que le estima
le roe hasta los huesos.
¿Qué hora será? mas que aguardo
si yo tambien reloj tengo?
las once son, dos horitas
me faltan, ello por ello,
hasta que se llegue la de
el señor don Mascaberum;
en fin, valga la paciencia;
pero tenerla no puedo,
porque al presente me hallo
como arca de timbalero,
que las tripas se pasean
por los espacios del tiempo,
aunque en ésto me asimilo
á muchos de aqueste pueblo,
que á sus tripas les sucede
el mismísimo paseo,
pero en tanto que se llega
la hora de que aforremos
este individuo que está,
de puro sencillo, hueco,
quiero leer esta cartilla
que para mi regla tengo.
Siempre juzgarán que es cosa

de risa; pues les prometo,
á fé de don Chupa Cubas,
Catapan, Breton, Majuelo,
[que es mi nombre] que no es
por otro fin el intento.

Yo salgo por la mañana
de mi tortuga aposento,
porque entre el suelo i las vigas
solo hai el preciso hueco
[en donde, como almarada,
puedo envainar este cuerpo.

I despues que me levanto
de aquel empedrado lecho,
en donde son mis colchones
un aparente embeleco,
pues muestran lana, i guijarros
son los que se ocultan dentro,
como bien lo testifica
lo maduro de mis huesos],
en mi libro de memoria
miro el párrafo primero,
pues en él está por dias
hecho mi repartimiento,
para, pegando el petardo,
embocar por el garguero.

Primeramente, el domingo
 voi á casa de un barbero,
 que, como es dia preciso
 de que corra el rapaverum,
 me admite de buena gana
 atendiendo á la que llevo,
 i engullo á costa de cuantos
 experimentan su desuello.
 El lunes por todo el dia
 voi á casa de un maestro
 de obra prima; ya me entienden;
 mas claro, de un zapatero;
 i al instante que en su casa
 entro, con la costa encuentro
 la horma de mi barriga,
 que de mi zapato es viejo,
 i es en lunes porque es fiesta
 que la guardan tanto éstos,
 que el dia de Navidad
 no se reserva en su gremio;
 i este dia es siempre pascua,
 de tal clase para ellos,
 que anda la paz por el coro
 aunque es corambre el inciensó.
 Los martes tengo una viuda

que rabia por casamiento,
 i despues de mil novenas
 que para este fin ha hecho,
 me remedia á mí por ver
 si así encuentra su remedio;
 i como ya sé del pié
 que cojea, circunspecto
 la digo que tengo un novio
 en infusion, i con esto
 con una boca de risa
 me franquea su puchero,
 que yo en finjidas noticias
 me vacío por lo que lleno.
 Los miércoles voi á casa
 de un tratante, que aunque es tuerto,
 en componer mi individuo
 es cierto que obra derecho;
 pues para mi desayuno
 me previene un pan entero,
 con seis torreznos bien grandes,
 i á mi salud atendiendo,
 del rico aceite de Esquivias
 me provee, con tal celo,
 que hecho velon racional
 mi estómago con su cebo,

siendo mecheros mis ojos
se sale por los mecheros.

Los jueves tengo elejida
la casa de un despensero,

que es casa de mucho garbo
i mui garboso su dueño,

saco el vientre de mal año
con rica comida, i llevo

mi talega proveida,
que de algo nace el proverbio

de á los de la vita bona
el llamarnos talegueros.

Los viernes acudo pronto
á casa de un pastelero,

donde, á costa de las moscas
i caballos, tiene cierto

una mui rejia comida
de ricos pescados frescos,

i el pastelero es poeta,
con que sobre mesa hacemos

al serenísimo Baco
repetidísimos versos.

I los sábados me encajo
en casa de un peluquero

frances de primera clase,

mui liberal i mui bueno,
que ademas de tener carne,
muchas aves i conejos,
saca unas ricas botellas
de aquel humor de Alaejos,
San Martin, Nava del Rei,
Valdepeñas, Cien-pozuelos,
de Canarias i Peralta,
Torrente no echando menos;
de modo, que nos sentamos
á comer con tal sosiego,
que cuando nos levantamos
son las cuatro poco menos;
i haciendo mil reverencias,
me voi á casa hecho un cuero;
con que cierro mi semana,
hasta empezarla de nuevo.
Hablemos claro, que siempre
que aquesta cartilla leo,
me da gana de ser fraile,
pero se me quita luego.
Hai cosa como la briba,
i andarse cuerpo derecho
de ceca en meca, que es
ir de merienda en almuerzo,

sin cuidado de saber
quién los manteles ha puesto?
No, por cierto; pues señores,
¿por qué he de ser yo grosero,
que de aquel que me convida
no obedezca los preceptos?
Vamos, pues, á lo que importa,
que ya prevenidas llevo
cuatro novedades, tales,
que sirviéndome de anzuelo,
siendo ellos los que me ceban
les pesco yo con mi cebo,
pues con tanta boca abierta,
mientras engullo, les tengo:
en fin, saco de esta industria
un modo de vivir nuevo,
aunque juzgo que hai algunos
que ya lo tienen de viejo:
alto, pues, no hai que perder
la ocasion, aventureros
seguidme, si es que quereis
gozar los bienes mostrencos,
i sacar hoi de mal año
el vientre, que en estos tiempos
el que come á costa ajena

tiene el goce en todos ellos.
 La una ha dado, ya es hora
 del dichoso fin que espero,
 pues segun se me clarean
 las tripas, yo mui bien creo
 que pueden mirarse ustedes
 en ellas como en espejo:
 con licencia, bellas damas,
 adios, nobles caballeros. (MORALEJA).

NOTA. Insertamos estos versos tan solo por mero pasatiempo, bajo cuyo aspecto podrá ser permitido que ocupen en nuestra biblioteca un lugar que debiera estar reservado para composiciones de un género sublime, i no vulgar.



ARTICULO DE COSTUMBRES.

Un baile del estado llano en Lóndres.

YA que tantos escritores dedican su pluma á transmitir á la posteridad los hechos heróicos de esforzados campeones, i otros se ocupan en hacer pinturas mas ó menos lisonjeras de los partidos que se disputan el mando, yo emprenderé una tarea menos espinosa i mas agradable. Trazaré una estadística ecsácta no de los partidos políticos, sino de las partidas de placer que sostienen en nuestra ciudad la circulación del dinero, i distraen i divierten

á un tiempo á las clases altas i bajas, al Lóndres oriental i al Lóndres occidental, á la ciudad comercial i á la manufacture-
ra, al barrio de los curiales, i aquel rincon de la metrópoli (1) habitado por la nobleza, i que constituye, como todos saben, el verdadero Lóndres, el solo Lóndres que un hombre de moda puede i debe conocer.

La familia de Mr. Stubshaw ocupaba un lugar de preferencia entre la jente bien acomodada, pero de estado llano, en el cual podia considerarse i era en efecto respetado como uno de los primeros i mas distinguidos. Admirado por la clase comun, sobre la cual se hallaba á algunos grados de elevacion, i desdeñado al mismo tiempo por la jente de sangre azul, vi-

[1] El West end, ó sea la parte occidental, situada cerca de Hyde Park, en donde fija su residencia todo el que quiere ser considerado como hombre de buen tono.

via demasiado lejos del rastrillo de Hyde Park, para colocarse en el rango de la alta sociedad, i á no poca distancia de los barrios industriosos para que pudiera mezclarse con los simples mercaderes.

Así, pues, era su casa, por decirlo así, el punto intermedio del tono alto i bajo. Algunos personajes pertenecientes al primero, conocidos por desertores de la cumplimentera aristocracia, i que prescindiendo de su etiqueta fantástica alternan con los abogados, agentes de negocios, contratistas i prestamistas, miembros de la cámara de los comunes i directores de la compañía de la India &c., no se desdenaban de frecuentar la casa de Stubshaw. Puede decirse por lo tanto que esta era una tertulia anfibia, i un eslabon que unía, si así se me permite espresarlo, el mundo grande con el pequeño. La miscelánea singular que presentaba esta casa merecerá fijar la atención del crítico observador, i me

prestará materia para levantar en el primer capítulo mi estadística moral de las tertulias, banquetes i bailes de Inglaterra.

Una noche al acostarse madama Stubshaw con su marido, le dijo: "Querido mio, en verdad que sería tiempo de que nosotros diéramos un baile. Nuestras hijas ya están muy crecidas, i ya tu sabes que un baile es el preliminar indispensable de los matrimonios que se desean, es la convocacion de los partidos acomodables, i el único medio de hacer valer los talentos i la hermosura de las jóvenes que pueden llevar alguna dote al matrimonio. Bien lo conoces tú como yo; tampoco ignoras que en este invierno hemos recibido mil atenciones de los Atkins, de los Johnsons i de los Jenkinsons. Me parece, pues, que estamos en el caso de dar una comida i un baile á unas familias de cuyos convites hemos participado tantas veces. Por otra parte, tú necesitas tener amigos, i creo que

tus negocios habian de ir mejor si con un poco de dinero gastado á tiempo, i con algunos convites bien calculados supieras granjearte buenos protectores.

Madama Stubshaw era mujer que lo entendia, i por lo tanto habia sabido dirigir aquella solicitud no solo con una estudiada dulzura i amabilidad, sino aprovechando los momentos que creyó mas favorables, i en los que cuesta mucho trabajo decir que no; una de aquellas horas preciosas que no se deben perder, i que Virjilio llama con tanta propiedad:

.....*Mollia fandi*

Tempora.....

Empero sin embargo de la destreza de esta astuta mujer, Mr. Stubshaw, ó por hábito contraido de mantenerse siempre en la defensiva, ó por algun recuerdo penoso, ó por otras razones ocultas, i señaladamente por un escrúpulo económico, no habia contestado á la embajada de su

esposa sino con medias palabras i en un tono mui bajo de voz, que sin envolver una negativa absoluta, hacía ver una incertidumbre secreta mezclada de desagrado.

—¿Cómo? replicó madama Stubshaw, armándose de resolucion i de elocuencia. Hemos estado tantas veces en los bailes de todos los amigos que acabo de mencionar ;i no les daríamos una vez siquiera una noche de recreo? ;Amigo mio, esta sería una mala correspondencia! ;Qué va á costarnos todo esto? Algunas botellas de orchata i el alumbrado. No nos metemos en las honduras de una cena, ya esto no se usa. Nosotros debemos tener el servicio preciso para la funcion, i si algo faltare lo pediremos prestado.

Mr. Stubshaw se mantenía en silencio; pero el lenguaje tan cariñoso i espresivo de su esposa empezaba ya á vencer su resistencia, i ó bien porque ya era tarde i

tenia ganas de que lo dejase entregarse á discrecion al dios Morfeo, ó porque verdaderamente se abriera ya su ánimo á una idea tan encantadora, no opuso objecion alguna; de cuya favorable predisposicion se aprovechó su dulce mitad para forzar su empeño con las razones siguientes:

”Mira, querido, la ocasion es la mas oportuna; los Dunstanvilles están actualmente en Lóndres i podemos contar con ellos; tambien con los Lacklands, i con el anglo-indiano Rumpport, que tiene tres hijos en estado de merecer. Todos estos son partidos escelentes. Tampoco nos olvidaremos de tu compañero de colejio, que acaba de ser nombrado contador de aduanas. Esta es la ocasion de que lo indemnicas de la frialdad é indiferencia con que lo has tratado últimamente, pues bien sabes que es el todo de Canning, i que puede sernos mui útil. Es verdad que no es mui agradable el carácter de su mujer;

pero él tiene tan bien sentada su reputacion, que es recibido con agrado en todas partes."

Aunque Stubshaw se quedó dormido con esta batería de palabras dirigida á conquistar su difícil consentimiento, se consideró sin embargo su silencio como un triunfo completo, i ya á la mañana siguiente no habia medio de entrar en objeciones i reparos con la respetable compañera de su lecho. De la necesidad del baile se pasó á la necesidad de la comida, la cual fué pintada por madama Stubshaw con colores diminutos, i luego á la cena, aunque no estuviese de moda. Madama Stubshaw sabia alegar razones admirables, fundadas en el interes real i positivo de su marido, i todas tan convincentes, que una sola de ellas hubiera sido capaz de ablandar el corazon del mismo Arpagon.

Engreida madama con su victoria, em-

pezó á contar con los dedos el número de convidados indispensables, i le resultaron veinte, incluso el indiano que habia nacido en Lóndres, dos miembros del parlamento, de aquellos que no hacen más que seguir la corriente, Tomas Silene, el mayor petimetre que hubo en Lóndres en el año anterior, el gastrónomo universal Hophthetwigh, &c. &c.

Parecerá extraño que el buen Stubshaw, que habia hecho alguna resistencia á la sola indicacion del baile, no salga de su apatía ni haga oposicion alguna cuando oye hablar de comida de veinte cubiertos; mas ah! cuando el marido empieza á aflojar, i cuando ya una vez se han roto los diques, una mujer astuta hace de nosotros lo que quiere. Hai ocasiones en que les negamos una mala calesa de alquiler, i luego les concedemos una brillante carretela con buenos caballos: esta es la teoría familiar de todas nuestras rei-

nas caseras. Como lleguen á ganar un solo punto, ya son dueñas del campo.

El historiador fiel no puede menos de manifestar al lector que Mr. Stubshaw tenia asimismo buenas razones, pero tan secretas, que ni á sí mismo se las queria confesar. Acababa de hacerse retratar por el estilo del famoso pintor Sir Tomas Lawrence; el artista le habia prestado generosamente una gran peluca, la vista meditabunda, el aire romántico, i una mano puesta en el chaleco; actitud tomada de los retratos del duque de Wellington.

La esperanza i el deseo de que todos los convidados admirasen esta obra maestra, i de hacer ostentacion de sus vinos escelentes de Madera i de su hermosa vajilla de plata; cierta aficion á los lindos ojos de la señorita Jenkiuson, que no estaba en armonía sin embargo con su cordura i reserva, como tambien ciertas inclinaciones gastronómicas, á cuyos pla-

ceres no era insensible Mr. Stubshaw en medio de su severa formalidad: todo concurría á rendir su voluntad; así que si Madama cantó la victoria, fué porque halló en el campo enemigo poderosos auxiliares.

Se volvió de nuevo á la designacion, ó mas bien á la eliminacion de las personas que debian ser convidadas. Los Atkins..... son de mal tono; los Witkisson.... son un rejimiento, el padre sordo, la madre devota, las hijas mui estiradas i mui torpes. Los Jenkinson.... aunque la hija mayor es bonita i al parecer la protegida de Mr. Stubshaw, dijo Madama con una amarga inflecion de voz, tiene un hermano que no es presentable.

—Pero, mujer, exclamó el marido asombrado de ver que ninguno de aquellos buenos amigos á quienes debian tantas obligaciones entraba en la lista que estaba formando su mujer, tú te olvidas de los Hutkison, de los cuales necesito á cada

rato, i que nos han convidado á comer tres veces seguidas?

—¿Qué es lo que dices, marido mio? ¿Convidar á un curial? Quitá allá. Su mujer es vizca i tiene un tiple mui falso, bastaría con ella para descomponer la reunion mas completa i mejor escojida. No, amigo mio; ya tengo echadas bien las cuentas; mira, convidaremos en su lugar á los Whirligigs, á los Plimpton, á la señora Isabel, que nos ha manifestado tanta amistad, i que está en relaciones de intereses contigo, pues que te pidió dinero á premio el otro dia.

Esta fué la eleccion definitiva. Madama Stubshaw se llevó todo el honor de los preparativos i disposiciones; pero para contentar á su marido agregó en su lista la familia de los Johnson i Jenkinson. Llegó por fin el dia fatal; se avisó que la sopa estaba en la mesa. Todos se precipitan al laboratorio gastronómico,

el cual merecia en verdad este nombre, porque la sencillez tan decantada de Madama Stubshaw era un compuesto de todo lo mejor que ha adoptado el uso de los anfitriones de la clase rica que aspira á la nobleza i al buen tono.

Dos clases de sopas, gallinas, salmones i merluzas cocidas, fricandós, venado, chochas, perdices, pichones, costillas empapeladas, asado de pavo i carnero, pastelitos, pudines, costrada, *crocantes en templete*, i por último, ricas frutas secas, cremas, conservas, dulces i helados. La batería de vinos fué mui delicada, el champaña espumoso i el rosado circulaba con velocidad estrepitosa. ¿Qué mas se puede decir? ¿Quién no sabe de memoria el orden i la marcha prescrita en las comidas de Lóndres, cuya etiqueta está arreglada ya mui de antemano, i á cuyos sagrados dogmas no hai quien tenga el arrojo de contravenir?

Describamos ahora los terribles chascos ocurridos en esta gran comida de vanidad. Sin duda para que tuviese toda la autoridad de la moda, los convidados se habian hecho esperar largo tiempo, excepto el gastrónomo gorrón que se presentó con una prematura puntualidad. El petimetre de *Bond Stret* (1) no llegó hasta la hora de los postres: i la amable Serafina Dunstanville no pareció ni tarde ni temprano.

La irregular i tardía presentación de los convidados habia descompuesto los planes del cocinero; los pichones se habian quemado; las costillas se habian caído en el fuego, i los platos mas delicados habian perdido su punto. Agréguese á este primer desastre el triste silencio que rei-

(1) Calle de la moda, ó sea de los elegantes de Londres, en cuyas tiendas todo se vende á doble precio.

naba en la sala entre jentes que se habian colocado segun las leyes mas severas del rango i de la precedencia, pero sin conocerse unos á otros, i no abriendo la boca sino para comer, ó para interrumpir la monotonía universal con alguna reflexion acerca del buen tiempo, ó con alguna invitacion particular de beber juntos un vaso de vino. (1)

Los postres sin embargo cambiaron aquel lúgubre silencio en desentonados murmullos, en conversaciones privadas, en las que dirigiéndose cada cual al que tenia al lado, se formó una cacofonía universal, cuyos discursos interrumpidos habrian dado no poco que reír si se hubieran podido re-

[1] Es de costumbre en los convites de Inglaterra provocarse unos á otros á vaciar una eopa empleando la frase favorita de "will you allow me to drink a glass of wine with you?"

cojer todos á un tiempo. " Los griegos han sido derrotados.... La señorita D* es la mas hermosa.... Alí Bajá.... Mr. Montlosier.... Mr. Canning... Madama Stael... Byron... Tipo Saib &c. &c. Añádase á este brillante conjunto el efecto armonioso producido por el choque continuado de la vajilla de plata en el acto de manejarla, por el campaneó de los vasos i colision de platos, i se obtendrá por resultado un final que el mismo Rossini habría envidiado por su orijinalidad bulliciosa i desorden brillante.

Llegó el momento de retirarse las señoras. (1) Splutten el hablador, el cual colocado en un ángulo de la mesa no ha-

[1] Tal es la costumbre aun en las mesas de mayor tono de Inglaterra; acaso tuvo orijen para evitar que el bello seeso presenciase los desmanes producidos por la intemperancia, tan comunes en otro tiempo como raros en el dia.

bia podido entregarse á su favorita pasion, se indemnizó contando dos ó tres historias que fueron nuevas para la mayor parte del auditorio. La botella circulaba con rapidez comunicando alegría á unos, á otros audacia i á muchos una fecundidad de elocuencia política, que á nadie encantaba sino á los mismos oradores.

A medida que el diálogo se animaba, perdía una parte de su gravedad. Madama Pasta, el palacio real; las corridas de caballos, i los salones de Almack hicieron el gasto principal de la conversacion. El anglo-indiano hizo una prolija narracion de la crónica escandalosa de Calcuta, i aunque hubiera hablado el *Sanscrit*, no se le hubiera oído ni entendido mejor. Finalmente, se habian agotado las materias mas interesantes: los bailes, como las mujeres bonitas i complacientes, habian sido los objetos pasados en revista aunque rápidamente. Ya no se hallaba, pues,

que decir, i el mismo dueño de la fiesta se habia quedado á secas, cuando sus criados, de gran librea, vinieron á avisar que se habia servido el café.

¡Pobre Mr. Stubshaw! ¡Cuántas penas para atraer á su esfera á los nobles habitantes de *Grosvenor Square*! (1) Cuántos esfuerzos para levantar de su clase una sociedad de medio pelo! Fuerza es decirlo, aunque sea con dolor; inútiles fueron todas estas tentativas. Dos miembros del parlamento se retiraron sin ceremonia apenas hubieron comido. Una de las señoras mas ilustres tambien se retiró á las nueve pretestando una fuerte jaqueca.

Habian sido esceptuados de esta escogida reunion algunas familias, como los *Hutkissons* i *Atkius*, como gente ordi-

[1] Una de las mejores i mas elegantes plazas de *Lóndres*.

naria, i la fina se iba escurriendo espontáneamente. Los hijos del indiano habian imitado á su padre en hacer al vino de Porto una guerra demasiado tenaz i porfiada para que el baile tuviese el menor atractivo para ellos. Todos los que pudieran haberle dado algun lustre enviaron sus disculpas; i los sorbetes, helados, i la misma cena, quedaron sin lucimiento, i sirvieron para regalar á aquella clase de jentes de poca vergüenza que en el dia de convite llenan el vientre para toda la semana, i que á mayor abundamiento hinchen los bolsillos para no desaprovechar las sobras.

Mathews, actor filarmónico, contestó á la invitacion de Mr. Stubshaw, que daba un baile en su casa en aquella misma noche, i que no podia contarse con él. Otro cantor de los que debian asistir á embellecer con su voz aquella funcion, se escusó con el ataque de un repentino resfriado.

Los que se hallaban colocados á una elevacion de tres á cuatro grados sobre Stubshaw en la escala de la buena compañía inglesa, se veian como perdidos en el laberinto de este tropel desconocido, i en medio de aquel abandono jeneral. Empero ;cómo describir el dolor de Madama Stubshaw i de su marido al considerar la larga serie de sus desgracias en aquella malhadada funcion, cuyos bochornos no podian repararse por ningun medio? Los Atkins i los Huskinsons no perdonaron jamas el olvido voluntario que se habia tenido de ellos. El anglo-indiano se volvió á su pais en compañía de sus tres hijos, sin que ninguno de ellos hubiera tratado de solicitar el dulce título de yerno. Uno de los miembros del parlamento, que habia honrado el convite con su presencia, pidió treinta mil libras prestadas á Mr. Stubshaw, quien no pudo negárselas i las perdió para siempre.

¿I cuál fué el último resultado? Que estos necios consortes gastaron su dinero i fueron el blanco de la rechifla de los convidados. Empero esta leccion les fué mui útil, pues que conservaron siempre un triste recuerdo de la vana tentativa que habian hecho para elevarse de su esfera i brillar á la par de las distinguidas familias, que colocadas en el centro del buen gusto, pueden convidar á las jentes de gran tono i disfrutar del privilejio de arruinarse sin ser ridiculizadas, como lo fué Mr. Stubshaw, i lo son por lo regular todos los que quieren salir violentamente de su estado.

(New Monthly Magazine.)

que el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

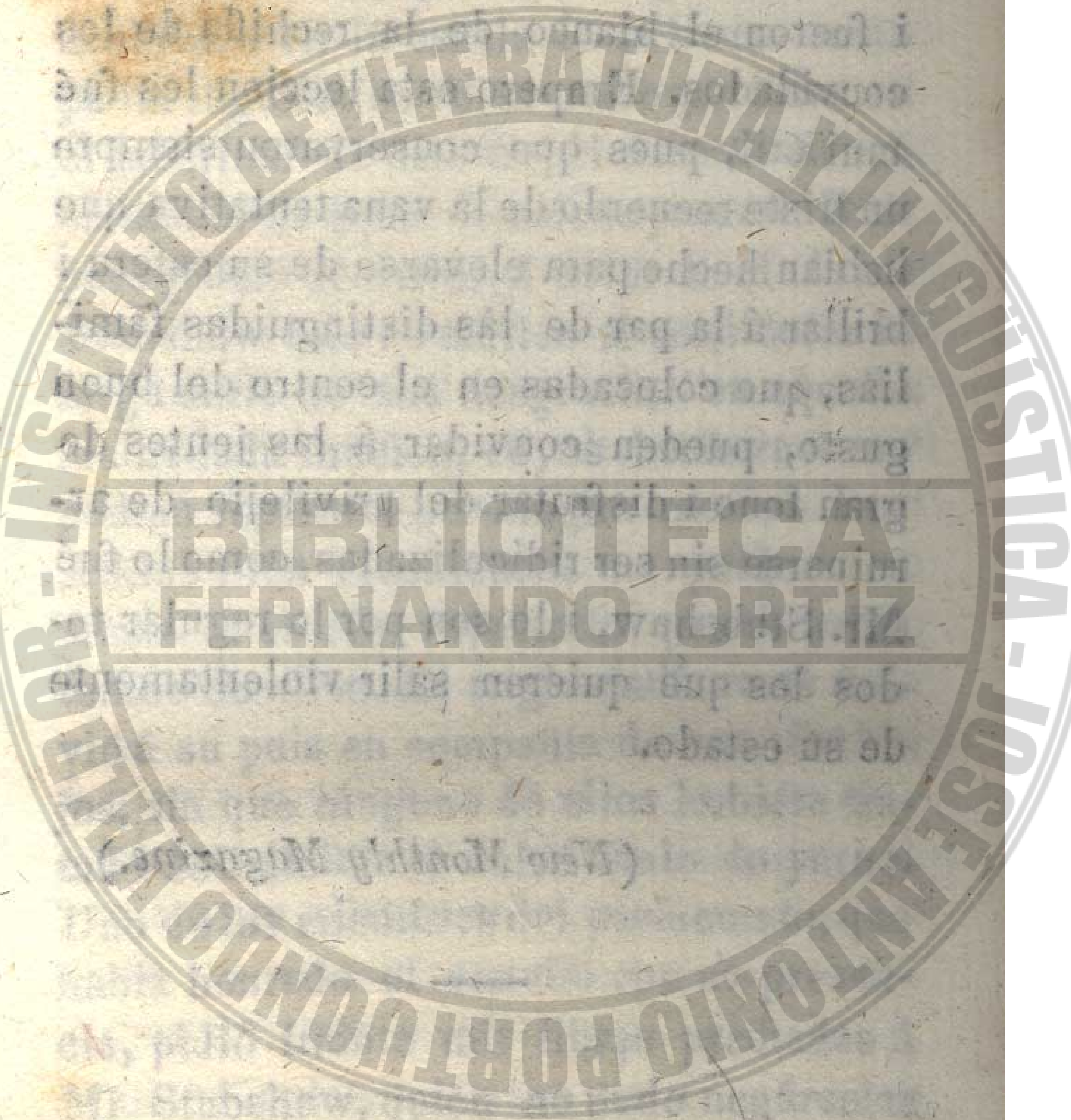
estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el

el cual me el mismo resultado que

estas cosas con otros resultados en el



LITERATURA GALANTE.



LA SORDERA.

Es mui comun que el hombre se incomode con los sordos, porque le obligan á sacar la voz de su cuerda natural, i á repetir una ó mas veces las mismas cosas; solemos tenerles lástima porque se ven privados de tantos encantos como ofrece la amena sociedad, el teatro i otras diversiones i goces.

Del erróneo concepto que se forma de la sordera resulta que aplicamos á este defecto los atributos mas desagradables:

JUSTITICA - JOST

llamamos, por ejemplo, áspid sordo al reptil mas venenoso de todos; damos el nombre de lima sorda á un tenebroso i triste pensamiento que roe el alma i la consume; decimos que obra á la sordina, el que trata de hacer algun daño á escondidas i con gran disimulo; decimos asimismo que la fortuna está sorda á los ruegos i al llanto de los hombres; se pinta sordo el fatal destino; es bien conocido aquel refran de "no hai peor sordo que el que no quiere oir." En el reinado del terrorismo en Francia fué acusada una pobre vieja de haber tenido parte en una conjuracion contra el estado: interrogada por el sanguinario decénviro, contestó que siendo sorda, mal podia haber tenido parte en los planes en que se la queria implicar. "Pues bien, replicó el tremendo juez, esta mujer conspira sordamente, que la lleven á la guillotina en silencio."

Es preciso convenir, sin embargo, en

que hai una gran equivocacion en el modo de juzgar á los sordos. Puede un hombre tener torpe el oido i aun seco el nervio auditivo, i en medio de eso poseer un entendimiento mui sutil, i mui delicadas las fibras de su corazon. Antes bien se tiene observado que los hombres de agudo ingenio son por lo regular algo sordos, ó mas bien que los sordos tienen agudo ingenio. Parece que al dispensarles la naturaleza mas vigor i brillo á su mente, ha querido cercenarles la fuerza del oido para que puedan reconcentrarse mejor en sus doctas meditaciones, libertándolos de insulsos rumores, de la importunidad de los ociosos i de insufribles habladores.

Creemos, pues, que lejos de ser los sordos dignos de compasion, merecen mas bien ser envidiados; porque están esentos de ser cruelmente molestados por los broncas i estentóreas voces de aquellos hombres atronados, que ya desde el pié de la

escalera empiezan á romper el tímpano; se ven asimismo libres de sufrir el molesto ruido de los carruajes, i los gritos de alguna indomable é inapaciguable Jantipa, que por desgracia no escasean; pueden dormir de un sueño toda la noche aunque se hallen al lado de un gallinero, ó del cuarto de un poeta que esté declamando sus versos, ó de un cómico frenético que repita su parte de tirano, i aun del mismo yunque de Vulcano.

Debe considerarse como una felicidad la sordera para no oír tantas necesidades i murmuraciones que forman por lo regular la esencia de la conversacion cortesana; sería mui útil la sordera en tantos teatros en los que no se declama sino que se chilla; en tantas reuniones en las que se disputa i no se raciocina.

Silencio, por Dios, decia un hombre de jenio en un convite en que se movia mucha algazara; ya ni sabe uno lo que come.

Decia un filósofo que habría deseado que la naturaleza hubiera provisto nuestras orejas de una válvula ó párpado que pudiese alzarse i bajarse, i que cerrase el paso á las palabras de los mentecatos i de los importunos, del mismo modo que lo tienen los ojos para ocultar á la vista el objeto que los ofende i ofusca.

El que no es sordo finje serlo cuando le tiene cuenta. Cuando uno oye gran estruendo, ó un hablador fastidioso, se tapa los oídos. Cuando no se quiere dar contestacion á una pregunta necia é impertinente, se hace ver que no se oye por aquel lado. Cuando le confían algun secreto dice que no tiene orejas, ó que por un oído le entra i por otro le sale. Cuando uno es perseguido por algun acreedor furioso é inconsolable, se hacen orejas de mercader, es decir, se aparenta no entenderlo.

Ulises se tapaba las orejas para no oír el pérfido canto de las embelesadoras Si-

renas. ¡Cuántas cosas hai que no se quisiera haber oido! ¡Cuántas que se desearía poder decir no haberlas entendido! Hubo cierto embajador que se finjió sordo, i se hacia repetir tres ó cuatro veces las palabras, i sostuvo su engaño por el espacio de muchos años. Así ni era preguntado ni se veia precisado á responder, ni se esponia á ningun jénero de compromiso. Todos hablaban en su presencia con entera libertad, por cuyo medio descubrió secretos importantes; i no se llegó á conocer su ficcion sino cuando hubo espirado el tiempo de su embajada; pues que al volver á su pais este astuto diplomático, fué ascendido á los primeros destinos.

El famoso Le Sage despues que se hubo vuelto sordo, iba al teatro, i decia que nunca habia gozado tanto como no oyendo la voz de los actores. Aprovechándose de su mismo defecto, solia decir: "Cuando me hallo en una gran reunion con ne-

cios i habladores, pongo en el bolsillo mi cerbatana, i digo: "Señores, hablen Vs. cuanto gusten, no les temo."

Nos parece, pues, que si no es preferible la sordera al oído fino, como en efecto no puede serlo porque siempre es un defecto sustancial, no se podrá negar por lo menos que los sordos tienen frecuentes i variados motivos para consolarse de la torpeza de aquel sentido.

La risa.

La risa, segun Bufon, es la calidad distintiva del hombre. El es el único de los seres animados que manifiesta por este acto físico el placer que disfruta, i la felicidad de que está inundado su corazón.

Hobbes no tiene razon cuando dice que la risa es hija del orgullo, i que nace de una comparacion que se hace con la persona que es objeto del motejo, por supues-

to favorable siempre al primero. El hombre orgulloso no se digna reírse, i tan solo asoma una sonrisa amarga de desprecio i de ironía. La persona que no hace mas que sonreírse debe calificarse de fria, recelosa, falsa i maliciosa; la que ríe mucho es susceptible de sensaciones mas delicadas, i se presta mas al trato social, á la ternura, al amor, á la dulzura, á la benevolencia, i á todas las afecciones de la nobleza i amabilidad.

Generalmente se ríe mas franca i desahogadamente cuando el corazon es puro i candoroso; en tal estado se abre fácilmente á la confianza, á la alegría i al placer; pero cuando se llega á conocer la corrupcion del mundo i la malicia, el alma se encierra en sí misma i el labio se abre con trabajo á la espresion del contento.

En los dias de inocentes juegos i de dulces ilusiones, en la aurora de la vida, en la verde estacion en que todo se pre-

senta bajo el prisma de la satisfaccion i del regocijo, se rie sin reserva i sin temor; pero cuando principian las borrascas de la vida, los desengaños de los hombres, i el conocimiento práctico de los escollos en que puede tropezarse i se tropieza por la escesiva confianza, se cambia el trato festivo en seriedad, la esperanza en temor, la franqueza en reserva i la sencillez i candor en disimulo.

La risa es, sin embargo, la espresion del contento. Decia un filósofo hablando de una escelente mujer que estaba envuelta en disgustos i quebrantos: "He creido siempre que fuera mui desventurada, pues que nunca la he visto reir." Difícil es que se muevan ni aun á la sonrisa los trémulos labios del hombre que jime bajo el peso de los años i de las desgracias. La risa es el mejor adorno de la hermosura. Homero llama á Vénus *Philomites*, la diosa de la risa. Dos ojos risueños brillan con

una luz mas hermosa: una boca de rosa es mas linda cuando se asoma á ella la sonrisa.

Todo lo que es agradable, dulce i halagüeño tiene un aspecto risueño; los poetas pintan con colores risueños todos los puntos de belleza ideal. Se rie el cielo sereno, se rien los prados floridos, se rie la primavera, se rie la juventud, sonrie la esperanza, sonrie la fortuna, es risueña la mirada del hombre feliz, risueño es el semblante del que acaba de hacer una buena accion; dulce es la sonrisa de la benevolencia, de la ternura i del consuelo; fina es i delicada la sonrisa del aplauso, de la alabanza, i de la aprobacion; lo es asi mismo la que acompaña al amistoso saludo, á la amena conversacion i á los modales elegantes.

No puede hacerse un cumplimiento mas grato que el de contestar con una fina sonrisa á los discursos de otra persona; dirigir la palabra con la sonrisa en la boca, es

anunciar el deseo de agradar; recibir á un amigo con la sonrisa es la mejor prueba de lo agradable que le es su presencia. Un rei que dispensa una sonrisa derrama el consuelo i la esperanza en el corazon; la sonrisa de una hermosa es la mejor recompensa de ardientes suspiros; la sonrisa de la patria es el premio mas precioso de las fatigas guerreras.

Cuando uno está contento de las personas que tiene á sus órdenes, no puede expresar mejor su aprobacion que dirijiéndoles una dulce mirada i una agradable sonrisa. El que implora alguna gracia, queda contento si la negativa va mezclada con cariñosas palabras i con bondadosa sonrisa. El beneficio que se dispensa adquiere doble realce cuando va acompañado de un semblante risueño.

El que no se rie á lo menos una vez al dia, dice un filósofo ilustre, puede decirse que ha perdido aquel dia. La risa, i aun

la sonrisa, dice el sensible Yorik, alarga la medida de nuestra ecsistencia. El que no sabe reir, tampoco es capaz de llorar.

Maravillas de la pluma.

El famoso hijo de Abdallah dice que se debe creer como un artículo de fé, que la pluma celestial que escribió el portentoso libro del Koran fué creada por la mano de Dios, que la materia de que se componia eran záfiro i perlas, la tinta una luz sutil sacada del sol i de los astros; i que solo el arcánjel San Rafael era capaz de tener unas letras delineadas con un brillo tan deslumbrador.

Se han concedido plumas al amor, al tiempo, al jenio i al pensamiento; se celebran las plumas de oro i las plumas de fuego. Cuando se quiere alabar una hermosa composicion se dice que está escrita con elegante pluma. Si se quiere hacer

el elogio de algun sabio escritor; se dice que es una pluma sublime. Para castigar á un desleal leguleyo se le quita la pluma.

Al hombre poderoso é inaccesible se le habla con la pluma. Las declamaciones humillantes i bochornosas se fian á la pluma. Una tierna doncella coje con mano trémula una pluma, i sin ponerse colorada confiesa su dulce pasion. Un bondadoso monarca se vale de la pluma para ejercer actos de justicia, conceder gracias, i hacer los hombres felices.

La pluma acerca á los amigos i hace conversar con los ausentes. La pluma detiene las ideas fujitivas, hace circular la razon, i eleva el pensamiento á las regiones sublimes. La pluma, ajente mas poderoso que el sonido pasajero de la voz, no puede ser encadenada, i los caracteres que traza se conservan.

Las estátuas, las columnas, i aun las grandes masas de marmol, no resisten á la destruccion del tiempo; todo perece menos los escritos inmortales. La pluma, en mano de un escritor elocuente, es tan

fuerte como la cimitarra de Scauderberg, i pesa en la balanza mas que la espada de Brenno. La pluma tiene sus dias de valor como la espada del héroe.

El literato con la pluma en la mano está en la grande esfera de su accion, en el campo mas brillante de su gloria. Encerrado en su gabinete despide relámpagos, truenos i rayos; trasmite á la posteridad las heróicas acciones, inmortaliza los nombres ilustres, i difunde luminosas verdades. El escritor defiende la inocencia acusada, la virtud oprimida i el mérito atropellado; condena i persigue el vicio, i fija el juicio del porvenir.

Dice un poeta inglés, que una gota de tinta que cae sobre un pensamiento, lo fecunda i lo hace estensivo á millones de hombres.

Decia otro poeta oriental, que la tinta de los sabios i la sangre de los martires eran de igual precio en los cielos.

FIN DEL TOMO DECIMO.

INDICE

DE LAS MATERIAS.



TITULOS.	PAJINAS.
1 Tratado de historia natural.....	5
2 Rasgo sublime de beneficencia. La hermana de la caridad.....	55
3 Fragmento inedito de Franklin so- bre la moral.....	93
4 Tancredo, príncipe de Salerno.....	115
5 Leccion cuarta de física.—La Neu- mática.....	139
6 Aventuras de un americano.....	193
7 Secretos útiles i curiosos.....	233
8 Poesía.—No hai cosa como la bri- ba, i comer de mogollon.....	253
9 Artículo de costumbres.—Un bai- le del estado llano en Lóndres..	263
10 La sordera.....	285
11 La risa.....	291
12 Maravillas de la pluma.....	296

ERRATAS.

<i>Páj.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
5	3	Reino mineral	Reino animal
10	6	una sobre otra	unas sobre otras
18	13	algunas tienen mas i otras menos	algunos tienen mas i otros menos
39	13	mezclado con cie- no i combinado	mezclada con cie- no i combinada
42	11	los cuales	las cuales
51	9	en el que hallen	en el que se hallen
96	10	Capacidad	Castidad
109	12	creo	supuse
147	18	esperimenato	experimento
180	12	do variacion	de variacion
185	5	39 ó 4	39 ó 40
261	14	mientras	mientras

CONTINUA LA LISTA

DE

LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE LA HABANA.

- 1208 Los Sres. don Eusebio Hevia.
1209 don Santiago San Juan.
1210 don Miguel Cuní.

DE CUBA.

- 1211 El señor don Juan de Moya i Morejon.
1212 don Antonio Muñoz.
1213 don José Antonio Poveda.
1214 don Miguel Montejo.
1215 don Juan Polit i Comas.
1216 don Antonio de Castillo i Niño.
1217 don Francisco Alonso Moran.
1218 don Domingo Guzman Barrientos.
1219 don Gonzalo Villar.
1220 don Francisco Soler.
1221 don José Elisástegui.

- 1222 Sres. don José del Castillo Echevarría.
1223 don Severo Figarola.
1224 don Toribio del Villar i Tatis.
1225 don José Antonio Illa.
1226 don José de los Stos. Villar.
1227 don Manuel Rodríguez Mena.
1228 don Cancio García.
1229 don Antonio de Leon.
1230 don Julian de Miranda.
1231 don José Antonio Godoy.
1232 don Jose Godoy.
1233 don Francisco Martinez de Leon.
1234 don Tomas de Betancour.
1235 don Manuel de Granda.
1236 don Juan Rodriguez.
1237 don José Repilado.
1238 don Antonio María Santi.
1239 don José Emidio Maldonado.
1240 don Mariano Ferrer.
1241 don Juan de la Cruz Salazar.
1242 P. Frai Bernabé Rodríguez Alameda.
1243 don Florencio Monreal.
1244 don José Fortun.
1245 don Agustin de la Tejera i Basso.
1246 don Antonio Alonso de Prada.

DE TRINIDAD.

- 1247 don Vicente de Lara.

- 1248 Sres. don Gaspar Arredondo.
1249 don José Felipe Pomares.
1250 don Manuel Antonio Narvaez.
1251 don Pedro Isnaga.
1252 don Juan Nepomuceno Matamoros.
1253 don Joaquin Orizondo.
1254 don Sebastian Plá.
1255 don Pedro Cantero.
1256 don Isidoro Armenteros.
1257 don José Gregorio Villegas.
1258 don Antonio Camos.
1259 don Pio La Bastida.
1260 don Francisco Orri.
1261 don Isidoro Pizeti.
1262 don Celso Gomez.
1263 don Fernando Llorens.
1264 don Felipe Lucena.
1265 don Mariano Pomares.
1266 don J. Rafael Suarez del Villar.
1267 don Julian Eligio.

DE VERACRUZ.

- 1268 don Alejo Pestana.
1269 don Antonio Lugardo Barrada.
1270 don Antonio María Valdes.
1271 don Francisco S. Berea.
1272 don Francisco Rosas 2 ejs.

- 1273 Sres. don Francisco Zamora.
1274 don Guillermo Fizmorris.
1275 don Ignacio Tellaecha.
1276 don Joaquin Göido 2 ejs.
1277 don Joaquin Llera.
1278 don José Julian Gutierrez.
1279 don José L. Ferrer.
1280 don José Lopez.
1281 don José María Cardena.
1282 don José María de la Hoz.
1283 don José María Esteva.
1284 don José María Esteves.
1285 don José María Iglesias.
1286 dan José Perez Vidal.
1287 don José Rivas.
1288 don José Vidal.
1289 don Juan Garcia Grinda.
1290 don Juan Ignacio Bonilla.
1291 don Juan Ignacio Corral.
1292 don Manuel Guzman.
1293 don Manuel Maria Martinez.
1294 don Manuel Rosso.
1295 don Mariano Pasquel.
1296 don Manuel Diaz.
1297 don Pedro Garay.
1298 don Rafael Saviñon.
1299 don Roque Serdan.
1300 don Tomas Gonzalez.

(Continuará)



INSTITUTO DE LITERATURA Y LENGUAJE

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

ANTONIO PORTUONDO

ACUÍSTICA - JOSE